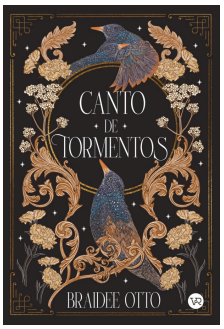

CANTO
DE
TORMENTOS
BRAIDEE OTTO



NO HAGAS PREGUNTAS.
OBEDECE LAS ÓRDENES.
Y, POR ENCIMA DE TODO, NO AMES A NADIE.

La princesa Aella nació sin vida, pero el sacrificio de su madre torció su destino y le otorgó una segunda oportunidad. Siendo apenas una niña, fue expulsada del Palacio de los Tormentos y entregada al Aviario, donde la moldearon como espía. Como ladrona. Como Pájaro cantor.

Años después, Aella ha conseguido un lugar en la prestigiosa Bandada Alfa, dirigida por un viejo amor: Cuervo. Leal, valiente y letal. Todo lo que a Aella la atrae, y todo lo que tiene prohibido desear, porque en el Aviario amar está prohibido.

Su nueva misión la llevará a infiltrarse en un reino enemigo para robar un arma escondida en el corazón de su corte. Allí, Aella deberá enfrentar las expectativas que pesan sobre ella, superar pruebas que podrían coronarla y resistirse a las llamas del pasado que amenazan con consumirla.

Pero cuando descubra que la victoria puede costarle a Cuervo, deberá elegir: obedecer las reglas o desafiarlas.

EN UNA CORTE LLENA DE SERPIENTES,
LE TOCARÁ CONVERTIRSE EN UN AVE DE PRESA.



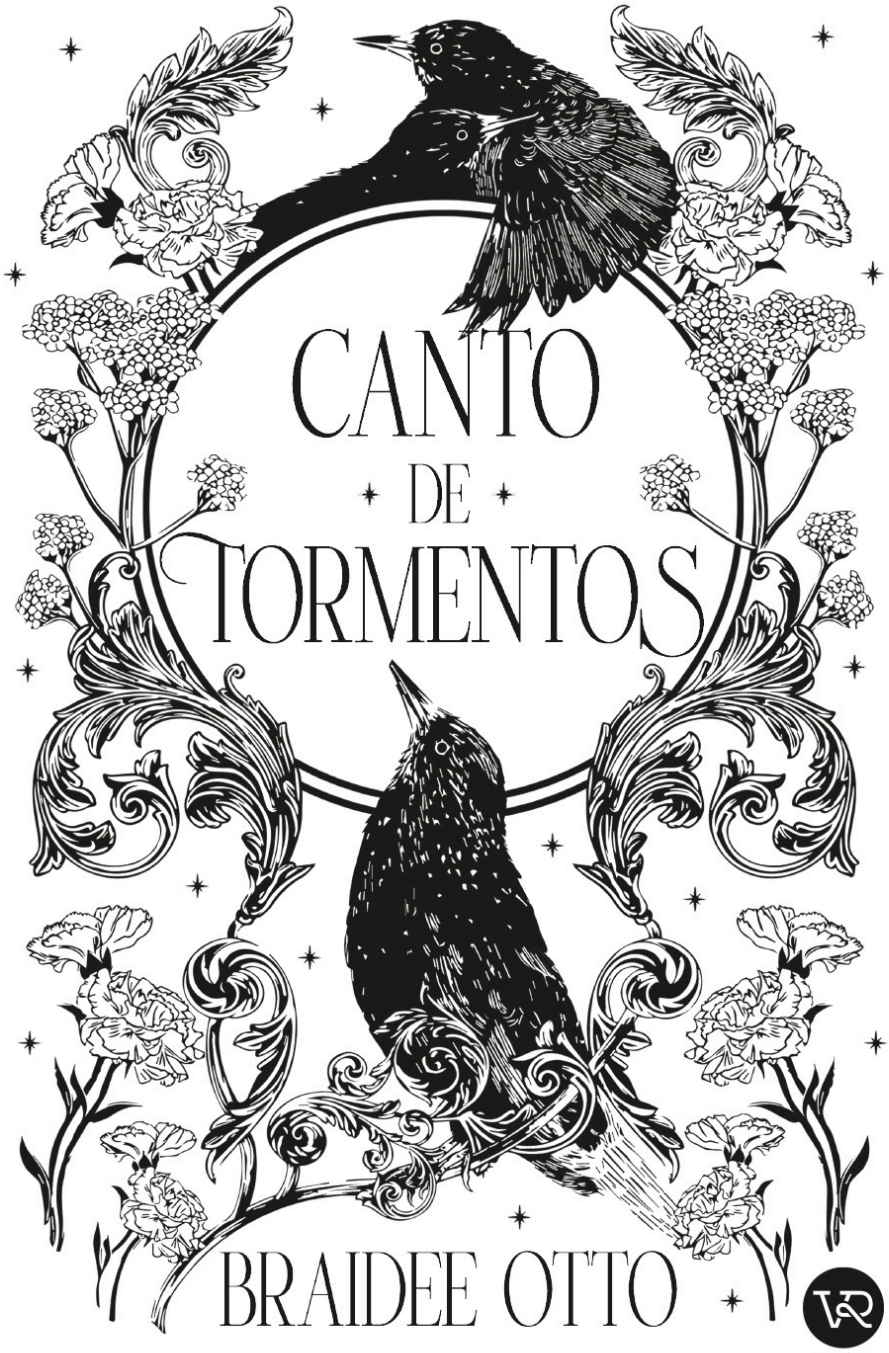
BRAIDEE OTTO

Se autodefine como una romántica empedernida. Combina su formación académica en Literatura con una profunda pasión por crear historias donde el amor, el dolor y la redención se entrelazan. Vive en Adelaida, Australia Meridional, junto a su pareja, dos perros y un gato que apareció en su patio durante el solsticio de invierno, como un presagio.

Trabaja a tiempo completo en la industria artística.

Canto de tormentos es su primera novela.

braideeotto.com


CANTO
DE
TORMENTOS
BRAIDEE OTTO
EUROPA

A quien esté atrapado en una jaula: libérate,
despliega tus alas, que tengas un largo vuelo.

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

Canto de Tormentos es una novela de fantasía romántica emocionante y llena de aventuras, que transcurre en un reino en guerra. Si eres sensible a alguno de los siguientes puntos, por favor, tenlo en cuenta antes de entrar a Los Empyrieos:

Abandono
Secuestro de un adulto (implícito)
Batalla
Sangre y contenido violento explícito
Muerte y violencia
Abuso emocional y manipulación
Sexo o actividades sexuales explícitas
Lenguaje explícito
Alucinaciones
Salud mental / TEPT
Agresión sexual / sexo no consensuado (no gráfico)
Envenenamiento
Muerte fetal (mencionado en el texto)
Consumo de sustancias

Tortura

PRONUNCIACIÓN

Algunas palabras y nombres presentes en este libro están inspirados en el griego o derivan de palabras griegas. Han sido traducidas al alfabeto romano para facilitar la lectura.

PERSONAJES

Aella Sotiría: a-e-la so-ti-ri-a
Calíope: ca-li-o-pe
Cynna: sin-a
Dédalo: de-da-lo
Hestion: hes-ti-on
Kallias: ka-li-as
Keres Selmonious: ke -res sel-mo-ni-us
Lyxander: li-zan-der (Xan: zan)
Melantha: mel-an-ta
Nyssa: ni-sa
Skiepo: ski-ep-o
Titaia: ti-ta-ia
Yiannis: ya-nis

LUGARES

Arkhadia: ar-ca-di-a

Corinto: co-rin-to
Creta: cre-ta
Elotia: el-o-tia
Los Empyrieos: los em-pi-re-os
Eretria: e-re-tri-a
Maricious: ma-ri-ci-us
Reveza: re-ve-za
El Sarathros: el sa-ra-tros
Solorai: so-lor-ai

DIOSES
Anemoi: a-ne-moi
Bóreas: bo-re-as
Céfiro: ce-fi-ro
Euro: eu-ro
Noto: no-to

RAZAS
Harpaurai: har-po-rai
Ninfai: nin-fai
Tycheroi: tai-che-roi

OTROS
Calda: cal-da
Dracma: drak-ma
Goiteía: goi-tei-a
Goiteíano: goi-tei-ano
Kalokairi: kal-ok-i-ri

Kylix: ki-lix
Theïkós: tei-kos
Thíasos ton Theíon: thi-a-sos ton te-i-on

GLOSARIO

LOS DIOSES

Anemoi, los: los cuatro dioses que fundaron el reino de Los Empyrieos.

Bóreas: dios del norte y del viento invernal.

Céfiro: dios del oeste y del viento primaveral.

Euro: dios del este y del viento otoñal.

Noto: dios del sur y del viento veraniego.

RAZAS

Esfinge: criatura mítica con torso de mujer, cuerpo felino y alas.

Harpaurai: una especie de ave mitológica. Se cree que fue creada por Bóreas.

Ninfa: espíritu elemental que prefiere vivir en la naturaleza, pero puede adquirir forma física.

Ninfai: fruto de la unión de una ninfa y un tycheroi. Tienen afinidades elementales menores y atributos físicos que dependen de su herencia nínfica.

Tycheroi: los afortunados, la raza predominante en Los Empyrieos. Tienen largas vidas y fueron bendecidos por los dioses con magia del alma.

LUGARES

Arkhadia: reino invernal del norte que honra al dios Bóreas.

Cordillera de Rithean: cadena montañosa que se extiende de norte a este en el límite de Eretria.

Empyrieos, Los: territorio de los cuatro reinos.

Eretria: reino otoñal del este que honra al dios Euro.

Isla de los Vientos: isla extensa en el centro del mar de El Sarathros, donde los acólitos de los Anemoi viven en veneración. Territorio neutral.

Mar de Solorai: océano del sur.

Reveza: reino primaveral del oeste que honra al dios Céfiro.

Sarathros, El: el estrecho que divide Arkhadia, Eretria y Reveza. Resultado de la Guerra de los Dioses.

Tormentos, Los: el reino veraniego del sur que honra al dios Noto. Compuesto por sesenta y cuatro islas.

EL AVIARIO

Águila: líder del Aviario y consejero de la Corte de Los Tormentos.

Ave Cantora: espía del Aviario.

Aviario: orden secreta de Los Tormentos, que cuenta con una red de espías y asesinos entrenados, infiltrados alrededor de Los Empyrieos.

Bandada: séquito de miembros del Aviario enviado en misiones regulares.

Búho: guardián del conocimiento y miembro del consejo interno del Aviario.

Bautizo: ceremonia del Aviario en la que un polluelo recibe su nombre en código y se convierte en Ave Cantora.

Canto: término para designar información de interés o código para identificar a otro miembro encubierto del Aviario.
Libro de Nombres: libro que registra el nombre de cada miembro que entra en el Aviario.
Polluelo: aprendiz del Aviario.

<u>OTROS</u>
Acólitos de Anemoi: personas religiosas que viven en la Isla de los Vientos, que dedican sus vidas a adorar a los Anemoi.
Calda: una bebida caliente popular hecha de vino aguado y especiado.
Dracma: moneda de cambio de Los Empyrieos.
Éter: atmósfera y fuerza que atrae a un cuerpo u objeto hacia el suelo.
Goiteía: alfabeto de símbolos utilizado para emplear la magia del alma con la que nacen los tycheroi. Su uso reduce la expectativa de vida del usuario.
Goiteíano: persona que vende el servicio de tallar símbolos o que trabaja tallando para otra persona.
Gubia: herramienta utilizada para tallar símbolos *goiteía.*
Guerra de los Dioses: guerra transcurrida siglos atrás. Antes de la guerra, Los Empyrieos era un territorio único, pero el enfrentamiento final entre los Anemoi dividió la tierra.
Kalokairi: festival de verano celebrado una vez al año en Los Tormentos.
Kylix: copa poco profunda de boca ancha, con frecuencia utilizada en ceremonias.

Magia del alma: magia plantada por los dioses en las almas de los tycheroi. Solo puede utilizarse mediante el tallado de *goiteía*, pero disminuye con cada uso.

Somnisemilla: una semilla negra pequeña con propiedades narcóticas. Suele ser utilizada por personas con insomnio o pesadillas.

Sýmvolo: símbolo religioso de uno o todos los Anemoi.

Theïkós: magia que corre en la sangre real y que les permite controlar las estaciones y algunos elementos.

Thíasos ton Theíon: tropa de lo divino, un grupo de artistas renombrado que viaja por los cuatro reinos.


LOS EMPYRIEOS
NORTE
KOSMOS
Lago Ouranos
ARKHADIA
Mar de Seleni
Los Thalkanos
Novos
Faro de Kaos
Lago Ozeros
El Agria
Faro de Estos
Bosque de Dasakos
MYSTRA
Cesme
Sarothros
Valth
Intana
Montañas de Kyanos
MODICE
VILEA
Cordillera de Ranger
PYRENE
Isla de los Vientos
Templo de Amenoi
CORINTO
Bosque de Evian
Lienz
ERETRIA
REVEZA
Faro de Iko
Bosque de Pyre
Puerto Kosta
Aes
Lago Rene
Lago Cenza
Bosque de Agios
Lago Kovos
Thiece
Bosque de Eretria
Faro de Latos
Veria
Creta
Edessa
Sezzan
PUERTO PIRA
Kivara
Puerto Serre
Puerto Belana
EL AVIARIO
Elotria
Faro de Setros
Inkora
El Gran Canal
Narcicus
LOS TORMENTOS
SANTORA
Vista - El Aviario
Mar de Solorai



UNO

Nací muerta.

Antes de que los dioses consideraran concederme la vida. Antes de que mi madre entregara su alma para salvar la mía.

Quizás haya sido ese primer encuentro con la muerte lo que me ha hecho ser tan insensata. Quizás ha definido mi percepción de la vida misma y me ha predispuesto a tomar decisiones que otras personas en su sano juicio evitarían.

Pero hasta yo debo admitir que esta es una idea pésima. Debe ser la peor que he tenido.

Los brazos me tiemblan por la fuerza del éter que intenta atraer mi cuerpo de vuelta a tierra firme. Los dedos me duelen por enterrarlos entre las piedras y la argamasa. Corre un hilo de sudor por mi espalda hasta formar un charco y otro cae desde mi frente acalorada.

Lo ignoro todo y me esfuerzo por ir más arriba. Una mano tras otra.

Una respiración calmante tras otra.

El viento acaricia mi piel mientras me aferro al muro de la torre; no amenaza con hacerme caer, sino que promete atraparme si lo hago. Pero, a pesar de la seguridad de la sensación, mi corazón da un vuelco cuando la punta de mi sandalia resbala de su nueva posición.

Respiro hondo, reafirmo el agarre y, con toda la determinación posible, me acerco al muro y busco desesperada otro apoyo para el pie. El corazón acelerado retumba en mis oídos con cada segundo que pasa hasta que mi sandalia encaja en un nuevo saliente en la superficie. Me apoyo con cuidado hasta estar segura de que el apoyo resistirá y, cuando lo hace, suspiro con alivio y apoyo la frente contra la piedra caliente por el sol.

La altura no es lo que me asusta. Tampoco el peligro de caer, sino el hecho de que se me acaba el tiempo.

Que no te vean.

Esa era la orden.

Escalar la torre más alta en Los Tormentos tal vez no sea la mejor estrategia, a menos que conozcas sus secretos tan bien como yo.

Todos los días, cuando se pone el sol y la luz de la tarde ilumina este muro, los ladrillos pintados de blanco se encienden como un faro. Entonces, si alguien intenta mirarlos con demasiado detenimiento o durante mucho tiempo, sus ojos se llenan de lágrimas y se le empaña la vista, por lo que es imposible mirarlo y poco probable ver a una figura solitaria trepando por aquí. Y la ropa blanca que traigo ayuda con el camuflaje.

Pero nada de esto servirá si tardo demasiado. El sol pronto se pondrá y perderé mi oportunidad.

Con ese pensamiento esclarecedor en mente, miro hacia la ventana del séptimo piso a poca distancia sobre mí, cuyas persianas arqueadas están abiertas para invitar a la brisa fresca. Resisto la sonrisa victoriosa que intenta desplegarse en mi rostro y evalúo las grietas que resaltan como cicatrices oscuras en la piedra para trazar el resto de mi ruta de ascenso.

Y vuelvo a moverme.

Tardo unos minutos de latidos fervientes en llegar al alféizar de la ventana, en los que el brillo blanquecino de la torre se desvanece a cada paso. Hago una pausa de todas formas, cierro los ojos y presto atención a los sonidos del interior.

Se oye un hermoso silencio.

Suelto el aire, alcanzo el alféizar con una mano y luego con la otra. Mi estómago se revuelve al despegar los pies de la pared y levantarme para mirar hacia dentro. El brillo suave del sol detrás de mí baña la habitación y hace que el escaso mobiliario envuelva en penumbra las esquinas. Hay tres hombres en el centro de la habitación, que proyectan las sombras más largas. Su atención está en la puerta.

Reconozco al hombre del medio. Con el cabello rapado, la figura alta y esbelta y las manos unidas en la espalda, el maestro Avetoro parece un soldado montando guardia. No reconozco a los otros dos hombres, pero sus túnicas blancas revelan que eso se debe a que pasan la mayor parte del tiempo recluidos en los archivos.

Han desplegado el contenido de una variedad de bolsos y morrales en el escritorio de ciprés pulido frente a ellos. Un recuento rápido de los morrales confirma que no soy la última en llegar.

Gracias a Noto.

Con los brazos temblorosos y mordiéndome los labios para contener un quejido por el esfuerzo, me impulso hacia arriba. Me seco el sudor de la frente con la manga y me pongo en posición sobre el alféizar: una pierna flexionada, la otra colgando y la espalda pegada al muro de piedra.

La imagen de la despreocupación.

Justo cuando saco el bolso de mi cinturón y los elementos en su interior resuenan, los tres hombres voltean. Debo controlar el impulso de poner los ojos en blanco ante las miradas sorprendidas de los dos de túnica blanca. En vez de eso, los mantengo fijos en la figura de autoridad.

–Qué gusto tenerte con nosotros, Polluela –dice su voz áspera, que dispara un escalofrío familiar por mi espalda y hace que mis ojos bajen a la línea de piel pálida y rugosa alrededor de su cuello.

El maestro Avetoro es una leyenda en la orden, y la historia sobre cómo casi fue capturado en el Norte es la lección más popular sobre la seguridad de las sombras. Los rumores dicen que se enfrentó solo a diez soldados arkhadianos y que, durante la contienda, sufrió una herida despiadada en el cuello. Aunque el ataque no acabó con su vida, le provocó un daño irreparable en las cuerdas vocales. Cuando por fin consiguió volver a Los Tormentos, dejó su puesto como soldado y asumió la responsabilidad de entrenar a nuevos reclutas.

El espía maestro avanza, me esquiva y se inclina más allá de mí para mirar hacia abajo. Sus cejas se elevan cuando lo hace, de forma tan sutil que dudo de haberlo visto, pero el resto de su rostro permanece impasible.

–Cualquiera pensaría que buscas tu muerte, Aella –pronuncia mi nombre en voz tan baja que los demás no debieron escucharlo, pero

mi mirada se desvía con nerviosismo hacia ellos de todas formas.

Pocos miembros selectos del Aviario conocen mi verdadero nombre. De hecho, son tan pocos que puedo contarlos con los dedos de una mano.

–No es la primera vez que me lo dicen, maestro –respondo al confirmar que los demás no nos han escuchado.

Y dudo que sea la última.

El maestro Avetoro tararea por lo bajo y no me da tiempo a pensar en el brillo atenuado en mi pecho, pues toma la bolsa de mi mano y vacía el contenido en su palma abierta. Allí caen una pluma negra con bordes dorados, una cadena pesada de oro con un colgante circular y un cuchillo arrojadizo afilado. El maestro elige primero la daga, que levanta para que todos la vean. Detrás de mí, escucho una pluma escribir sobre un pergamino, pero mantengo la vista en el hombre frente a mí.

–Es uno de los cuchillos del maestro Halcón –digo, señalando las letras irregulares talladas en el mango.

«M. H.».

El maestro de armas valora sus cuchillos sobre todas las cosas. He oído al menos de tres personas que han intentado robarle uno durante sus pruebas finales en los últimos años. Mi éxito de hoy se debe más a que el maestro Halcón estaba distraído preparando una tarea que a mis habilidades.

El maestro Avetoro inclina la cabeza y le entrega el cuchillo al hombre de túnica blanca detrás de él. Después elige la cadena, que extiende colgando de sus dedos. El amuleto circular gira en la punta y refleja los rayos del sol que se cuelan por la ventana de la

habitación. Cuando queda de frente hacia mí, revela la estrella de cuatro puntas sobre un triángulo invertido tallada en la superficie.

–El *sýmvolo* del sumo sacerdote de Noto –explico con cierta petulancia en las palabras.

No puedo evitarlo. El hombre casi nunca se lo saca, y tuve que observarlo durante semanas para identificar los momentos en los que lo hacía. Y otra semana para conseguir una réplica exacta.

El maestro Avetoro me mira con una ceja en alto, un gesto en su rostro estoico que dice que él también sabe en qué momentos el sumo sacerdote se saca su *sýmvolo*. Me estremezco al recordar imágenes de la casa de baños del templo; vapor que asciende desde el agua, pero no basta para cubrir los kilómetros de piel avejentada.

El estremecimiento se convierte en escalofrío.

Al igual que hizo con el cuchillo, el maestro le entrega la cadena y el amuleto a su secuaz sin decir una palabra y continúa con el último objeto.

La pluma.

Su expresión no cambia, pero sus ojos penetran en los míos con una intensidad que hace que mi corazón se acelere y me suden las manos. Se me seca la garganta y me borra la fanfarronería anterior. Tengo que tragar varias veces antes de conseguir articular las palabras.

–Una pluma –comienzo mientras reúno valor para continuar–, de la oficina del Águila.

El pergamino se desgarra con un sonido que resuena en el tenso silencio que invade la habitación. De reojo, veo cómo los ojos de los otros dos hombres se agrandan y luego parpadean como búhos. En

un rincón distante de mi mente, reconozco lo apropiado de ese movimiento mínimo.

Los tres hombres se alejan de mí y se reúnen con las cabezas inclinadas para hablar en murmullos presurosos. Los observo mordiéndome el labio inferior.

«Debes robar tres objetos de importancia y volver al Aviario. Que no te atrapen. Que no te vean».

Esa fue la orden. Mi prueba final.

La seguí al pie de la letra, pero tal vez llegué demasiado lejos.

El Aviario, al igual que cualquier lugar, tiene una jerarquía.

«Polluelo» es el término que designa a los estudiantes de la orden que realizan su entrenamiento antes de la ceremonia de Bautizo, en la que se convierten en Aves Cantoras y comienzan a realizar misiones a lo largo de Los Empyrieos. Las Cantoras son exploradoras, espías y, a veces, ladronas. La orden ha infiltrado una red de ellos a través de Los Tormentos y de las tierras más allá del mar de Solorai, para que observen y escuchen la composición de canciones dentro del reino y reporten sus descubrimientos. Luego están las Aves Nocturnas que, al igual que las Cantoras, se ocupan de revelar los secretos de Los Empyrieos, pero ellos cuentan con una habilidad más letal. Los Búhos son los guardianes del conocimiento, que registran toda la información recibida por el Aviario y sirven de consejeros. Y, en la cumbre de la orden, las Águilas son los reyes supremos.

Tras la Guerra de los Dioses, mi bisabuelo creó el Aviario. En pleno nacimiento de nuevos reinos del caos y la destrucción, él creyó que, para que nuestras islas prosperaran, debíamos tener ventaja sobre los demás.

Y esa ventaja era la información.

La orden nació a partir de esa creencia y la idea creció apoyándose en la importancia de las criaturas emplumadas que surcaban el cielo en aquellos años. Se volvieron vitales para los habitantes de Los Tormentos, usadas para enviar correspondencia entre los reinos, para rastrear tormentas o cazar bancos de peces. Según nuestras creencias, Noto, dios del sur y del viento veraniego, nos envió compañeros alados como bendición.

Como regalo.

Si los dioses estaban tan preocupados por nuestra supervivencia, tal vez no debieron comenzar una maldita guerra.

Hago a un lado ese pensamiento, a tiempo para detectar la elevación minúscula en la comisura de los labios del maestro Avetoro cuando gira hacia mí. El alivio me baña como la primera lluvia refrescante después de una temporada de sequía.

–Eso es todo, Polluela –anuncia al dejar la pluma sobre el escritorio–. Tu botín es impresionante, cuanto menos.

Bajo de mi puesto en la ventana e inclino la cabeza, aunque los otros dos hombres evitan mirarme, como si asociarse conmigo pudiera exponerlos a la ira del Águila.

Para ser justa, podría suceder.

Atravieso la habitación con pasos rápidos hasta la manilla de la puerta, pero se abre antes de que pueda hacerlo yo. Retrocedo cuando una joven entra exaltada, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de emoción incontenible. La ropa de algodón harapiento, los pies descalzos y el cabello enmarañado la hacen parecer una mendiga.

Pero esa es la idea, por supuesto.

Nadie sospecharía que una niña andrajosa está espiando sus conversaciones. Y no es difícil enseñarle a un Polluelo a actuar como huérfano cuando la mayoría lo son antes de que el Aviario los tome bajo sus alas.

Mendigos, huérfanos o niños como yo.

Indeseados.

Mi pecho se cierra, igual que mi mano sobre la manilla de la puerta, pero me fuerzo a ignorar la sensación y a abrir un dedo a la vez. Esos sentimientos no me sirven de nada ahora. Pertenecen al fantasma de la chica que fui, a la que su padre rehúsa reconocer. A la que culpa por los restos esqueléticos de un alma a la que se han llevado demasiado pronto. No a la mujer que soy hoy.

Esos sentimientos no hacen más que debilitarme y no puedo permitirme ser *débil*.

Así que mantengo el cuerpo lo más quieto posible y observo cómo la chica queda de pie de puntillas y el maestro Avetoro se acerca a ella. Justo cuando abre la boca, una ráfaga de viento que entra por la ventana trae sus palabras susurradas hasta mis oídos.

–*El Ruiseñor* atracó… la Bandada Alfa ha vuelto…

Sin emitir sonido, salgo por la puerta rumbo a las sombras.



DOS

Me apoyo contra la estatua de águila dorada sobre el techo abovedado, con las garras clavadas en la espalda. No tardé mucho en encontrar mi puesto preferido después de que mi padre me entregara a la orden: el cénit del Aviario, por encima de los nidos donde duermen las aves mensajeras.

No sé qué me llevó a salir por las ventanas arqueadas y subir al tejado tantos años atrás, pero la vista desde arriba me dejó sin aliento. Tal vez me lo tomé a pecho cuando los maestros me dijeron que mi misión era ser los ojos y oídos del reino, tal vez sentí lo mismo que me inspiró a subir a la torre hoy. Sea cual sea la razón, se ha convertido en un hábito después de tantos años viviendo aquí.

El sol que desciende sobre el horizonte y baña el océano y las islas con un halo dorado calienta mi rostro. El viento seco de verano me trae el aroma a salitre y me llena con sensaciones de libertad y confinamiento a la vez. Desde esta altura, puedo ver el océano interminable en casi todas las direcciones.

En todas menos en una.

El Norte.

Allí se encuentran Reveza y Eretria. Y Arkhadia tras ellas.

Esas tierras se extienden en el horizonte como una línea costera serrada, que da indicios de las aventuras que esperan allí. Las historias que esperan ser contadas.

Solo verlas, tan cerca como para vislumbrarlas, pero demasiado lejos como para alcanzarlas, despierta un dolor en mi pecho. La sensación persiste, pesada y vacía a la vez.

Con un suspiro, miro hacia abajo.

A *casa*.

A Los Tormentos.

Sesenta y cuatro islas que alguna vez formaron la península sureña de Los Empyrieos y que ahora naufragan por el mar de Solorai. Por supuesto, todos los reinos fueron parte de una sola tierra inmensa.

Pero eso fue antes de la Guerra de los Dioses.

Mis ojos se cierran cuando el viento sacude mi ropa y enmaraña los cabellos que escapan de mi trenza. La brisa ahueca la tela de mi túnica y me pregunto cómo sería ser una de esas aves tan estimadas en Los Tormentos. Cómo sería desplegar las alas emplumadas y dejarse llevar por la tentadora corriente de aire.

Planeando y deslizándose.

Cada vez más lejos.

La presión del metal en la espalda me devuelve a la realidad.

Respiro, abro los ojos y aparto los cabellos color castaño oscuro que el viento ha liberado. Sigo el camino del Gran Canal, que atraviesa las parcelas irregulares hasta llegar al puerto.

El mundo se desdibuja en mi visión periférica. Las tonalidades de piedra pulida se vuelven gris pálido cuando fijo la vista en el barco

atracado en el muelle. Mientras una ráfaga de viento hincha las velas, la imagen del ruiseñor grabado en la tela desteñida acelera mi corazón y me impide escuchar algo más allá de sus latidos.

Vi zarpar el mismo barco hace un año y he estado esperando su regreso desde entonces.

Una bandada de mariposas ingenuas agita las alas en mi estómago al ritmo de las velas que vuelan con la brisa. Las acallo conteniendo la respiración hasta extinguir toda chispa de su existencia. Pero, cuando lo hago, una nueva sensación de vacío comprime mi pecho.

Mucho mejor.

Con la facilidad que me han dado los años de práctica, me deslizo por el techo empinado y me sujeto del alero de una ventana abierta antes de sentir la liviandad de la caída. Me balanceo hacia dentro y aterrizo despacio sobre los talones, pero de todas formas mi aparición repentina sorprende a las aves en sus nidos.

Les lanzo una mirada arrepentida antes de correr hacia las escaleras.

Este día está a punto de ponerse interesante.



Las noticias de la llegada de la Bandada Alfa se esparcieron como una repentina tormenta, aunque no es ninguna sorpresa cuando eres parte de la red de inteligencia más grande de los cuatro reinos.

Hacía siete años que no veía tanto movimiento en el vestíbulo. Todos están ansiosos por ver el regreso de la élite del Aviario y por

escuchar algo de las últimas misiones al otro lado del océano.

Me apoyo sobre la barandilla del descansillo del segundo piso, observando la multitud, con una pequeña sonrisa de suficiencia que intenta escapar por la comisura de mis labios.

Los Polluelos revolotean por ahí; a algunos los reconozco de mi grupo, pero la mayoría son jóvenes principiantes. Algunos se esconden en rincones oscuros, otros fingen admirar los retratos que adornan las paredes con falsa fascinación. A simple vista, su actitud parece casual, pero de vez en cuando desvían la mirada hacia las puertas de madera arqueadas del vestíbulo. Sus intenciones son obvias, y son muy ingenuos si piensan que la Bandada Alfa no planeaba un recibimiento como este. No puedes esperar que una comitiva de los miembros más hábiles de la orden entre por la puerta sin más.

Sin duda, ya han sido encerrados en la oficina del Águila para entregar sus informes oficiales de la misión.

Se me escapa una risilla mientras me bajo la capucha de la túnica hasta la frente antes de bajar por las escaleras y doblar a la izquierda al llegar abajo. Atravieso la habitación y tomo el pasillo detrás de las escaleras antes de acelerar el paso.

Cuando atravieso la puerta de la cocina al final del pasillo, una sonrisa genuina se despliega en mi rostro al ver a María, quien levanta la vista de las bandejas enormes de musaka que está metiendo en el horno. Se me hace agua la boca al ver los albaricoques y las uvas en la mesa central.

La cocina es una de las pocas cosas que me gustan del Aviario. Aquí cuelgan ollas y sartenes de marcos suspendidos del techo, estantes llenos de frascos de hierbas y especias cubren las paredes y

un horno ocupa la enorme chimenea que arde a la izquierda. La pared trasera tiene varias ventanas, abiertas para dejar entrar la brisa nocturna, y una puerta que da a un pequeño huerto de hierbas y a un sendero estrecho. Una mesa enorme de vieja madera ocupa el centro de la cocina; la superficie está cubierta de harina, porque Eva y Sophie (dos de las cocineras) están amasando pan.

El lugar es un caos.

Un caos hermoso y reconfortante.

Pero mi elemento preferido de la cocina es María, en parte porque es una excelente cocinera, en parte por cómo me está mirando ahora. Con los brazos en jarras, una cuchara de madera en una mano, los rizos oscuros en un desordenado moño sobre la cabeza y las cejas tan levantadas que por poco se fusionan con su cabello.

Su edad es un misterio para mí. Cada vez que se la pregunto, me dice que me ocupe de mis asuntos. Pero las líneas sutiles que arrugan la piel tostada alrededor de sus ojos sugieren que ha vivido al menos algunos siglos o que ha usado algo de *goiteía* en su vida.

La magia no es algo infrecuente entre nuestra especie.

Tycheroi.

Los «afortunados».

Cuando los Anemoi descubrieron Los Empyrieos y nos crearon, dotaron a nuestro pueblo de largas vidas, cuerpos resistentes, y visión y oído excepcionales. Los cuatro dioses usaron fragmentos de su propio poder en nuestra creación, que entretejieron en nuestras almas. No sé si todos lo sienten del mismo modo, pero yo siempre lo he imaginado como una presencia luminosa junto a mi corazón.

Para hacer uso de esta magia tenemos el *goiteía*, una serie de símbolos que pueden capturar ese poder y convertirlo en algo

tangible. Para crear algo permanente o infundir magia en un objeto, los símbolos pueden ser tallados o grabados en una superficie; para hacer algo temporal, basta con dibujarlos.

Sin embargo, no todos están dispuestos a pagar el precio por usar *goiteía*.

Con cada uso, la magia del alma merma y la energía brillante comienza a flaquear y a llevarse parte de tu vida con ella. Restar algunos días a cientos de años no es significativo, pero el uso extensivo de *goiteía* puede reducir la expectativa de vida a la mitad.

La otra forma de magia es *theïkós*, un instinto que corre por las líneas de sangre y da control sobre las estaciones y sus elementos. Es la magia de las ninfas, sus descendientes y de los propios dioses, pero, cuando los nuevos reinos surgieron como resultado de la Guerra de los Dioses, los Anemoi bendijeron a las nuevas monarquías con su *theïkós* y legaron el poder de las estaciones a cualquiera con la sangre adecuada corriendo por las venas.

Verano para el sur, otoño para el este, primavera para el oeste e invierno para el norte.

Su dominio divino.

Como heredera de la sangre Sotiría, la realeza de Los Tormentos, debería tener afinidad con el fuego y el calor del verano, pero nunca he sentido el canto del sol. Nunca me ha atraído con el encanto de su poder llameante. Nunca me ha susurrado sus secretos al oído.

Otra marca en mi contra ante los ojos de mi padre.

–¿Y bien? –pregunta María, en un tono que, acompañado de las cejas arqueadas, sugiere que no es la primera vez que me habla.

–Hola, Mimi –digo con un tono tan dulce que empalaga–. También es un placer verte.

–Deja la farsa. El día que me la crea, el Águila me propondrá matrimonio.

–Este podría ser tu día de suerte –respondo con sarcasmo mientras me apoyo en un taburete frente a la mesa y echo un vistazo a las dos chicas que me lanzan miradas tímidas–. ¿Vosotras qué pensáis?

Sophie parece hacer un gran esfuerzo por mantenerse inexpresiva, pero Eva suelta:

–Creo que prefiere los peces antes que las aves.

Mi mandíbula por poco toca el suelo, y el rostro de María enrojece.

–Mimi, ¡descarada! Es Petra, ¿no? Siempre pensé que las entregas de pescado eran demasiado frecuentes.

María me lanza la cuchara de madera, que esquivo justo a tiempo.

–No diréis una palabra más ¡o no probaréis mi comida durante una semana! –amenaza señalándonos a las tres.

Yo la miro con una ceja en alto, pero no puedo evitar sentirme impresionada por cómo Sophie y Eva agachan la cabeza hacia la masa. Son nuevas aquí, las asignaron a la cocina porque eran demasiado mayores para convertirse en Polluelas, así que no saben que son solo palabras vacías. María vive para llenar estómagos.

Aun a mis veintitrés años, sigue aprovechando cada oportunidad para alimentarme. Todavía me ve como a la niña abandonada que llegó hace años, con necesidad de algo más que nutrientes. Famélica de algo de bondad que me sostuviera.

Y María no hace más que reforzar esa idea al girar hacia mí y preguntarme en tono esperanzado:

–¿Tienes hambre?

Pienso en ello, porque el aroma que escapa del horno es tentador, pero niego con la cabeza.

–Tengo cosas que hacer y luego debo cubrir algunas horas de un turno en Elotia.

–¿Otra vez? –María frunce el ceño con un mohín de desaprobación. Así es como imagino que sería una abuela preocupada–. Está bien descansar de vez en cuando.

–Me han ofrecido un nuevo par de sandalias –respondo, y me encojo de hombros.

–¿Recuerdas que tienes una paga? –La exasperación en su voz es tan clara como el agua que rodea Los Tormentos–. Y cuando te conviertas en Cantora, tendrás algo que se llama *salario*.

–Estoy ahorrando –respondo. Cojo un albaricoque del cuenco sobre la mesa y bajo del taburete. Cierro los ojos al morder la pulpa madura y saborear el dulce néctar que explota en mi lengua.

–¿Para qué? ¿Para un palacio donde dar vueltas?

La dulzura del albaricoque se vuelve amarga. Dejo caer el brazo y me obligo a tragar la fruta mientras que el jugo se derrama en el suelo y se filtra por las grietas.

Cualquiera pensaría que haber crecido en un palacio con todas las necesidades cubiertas me habría vuelto frívola, pero no hay nada como ser echada de tu vida y lanzada a lo desconocido para volverte cauta. Soy la primera en admitir que acumulo *dracmas* como un dragón de las historias. Y me gustaría poder decir que solo son monedas, pero estos días acumulo casi cualquier cosa.

Cualquier cosa que me ayude a salir de esta vida condenada por los Anemoi.

Pero María no conoce mi pasado y no es consciente del impacto que sus palabras tienen en mi mente, así que me obligo a sonreír de camino a la puerta.

–Recordaré esta conversación cuando llames a la puerta de mi palacio para pedir encargarte de mi cocina –replico, y descarto el albaricoque a medio comer en un cubo de basura.

–Si llega a pasar, espero que tengas a alguien que cocine para mí –le grita a mi espalda.

La puerta se cierra detrás de mí y silencia sus palabras.



TRES

Agacho la cabeza para que la capucha cubra de sombras mi rostro y lo oculte de la marea humana a mi alrededor.

Elotia es una de las islas más grandes de Los Tormentos, con forma de luna menguante, sede de uno de los puertos más concurridos del reino. Los muelles de madera se extienden sobre las aguas turquesa como los dientes de una bestia, con barcos mercantes y botes pesqueros atracados en sus postes.

El faro Seiros se erige entre los talleres y los depósitos desteñidos por el sol y, en el extremo norte, las construcciones apiñadas dan paso al mercado.

Sin importar cuándo visite la isla, siempre rebosa de actividad. A pesar de que ya es bien entrada la noche, hay trabajadores descargando equipaje de embarcaciones, pescadores acarreando sus botines, artesanos saliendo de sus tiendas y mercaderes merodeando por las calles adoquinadas anunciando sus mercancías.

La isla tiene su propia energía, una emoción que permea el aire.

Quisiera poder capturarla, embotellarla en uno de los muchos frascos vacíos en los estantes de mi habitación y no dejarla ir nunca.

Si tan solo un simple recuerdo pudiera hacer que un momento, un sentimiento, durara para siempre…

El puerto desaparece cuando doy la vuelta a una esquina, reemplazado por un callejón estrecho, con muros altos a ambos lados que bloquean la poca luz solar que queda. Mis pies se mueven por voluntad propia hasta llevarme a una puerta que pasaría desapercibida de no ser por el farol que cuelga sobre el letrero clavado en la madera avejentada.

Skiepo, talladores y otras curiosidades.

Cuando atravieso la puerta, un coro de campanillas anuncia mi llegada a la que estoy segura de que es la guarida de un acumulador disfrazada como tienda.

Las paredes están llenas de estanterías desde el suelo hasta el techo, estantes tan cargados que la madera se ha curvado por el peso. Un mostrador de madera desgastada se extiende frente a la cortina que cuelga de la pared del fondo; su superficie marcada y envejecida parece haber recorrido los cuatro continentes antes de haber encontrado un lugar para descansar. El resto del espacio está lleno de mesas pequeñas, cargadas de cuencos de gubias y grabadores para tallar *goiteía* y de una enorme cantidad de plumas que apenas dejan espacio para que los clientes recorran el lugar. Juro que se ve más atestado con cada visita, estoy segura de que uno de estos días entraré y encontraré los estantes cayendo de las paredes.

–¡Un momento! –exclama una voz apagada desde atrás de la cortina.

Zigzagueo entre las mesas que rebosan de artículos, con cuidado de no derribar ninguno; Skiepo conoce la ubicación específica de

cada cosa dentro de su caos organizado. Una vez, rocé una concha gigante y la moví un milímetro de lugar, y él resopló como si le hubiera suplicado a Noto que desatara una tormenta dentro de la tienda.

Al llegar al mostrador, hago sonar la campana y sonrío al escuchar el murmullo exasperado que llega desde el fondo.

–He dicho que un momento –grita Skiepo–, ¿por qué no tiene un poco de paciencia, maldi…?

Las palabras se silencian cuando abre las cortinas para hacer su aparición. Con el ceño fruncido, deja caer una cesta sobre el mostrador que parece tener cientos de brazaletes tejidos.

Levanto una ceja al verlo y cojo un brazalete para inspeccionarlo. El hilo es áspero entre los dedos, y la pequeña marca tallada en el disco de bronce en el centro hace que mis cejas se eleven todavía más. Es una estrella de ocho puntas sobre un pequeño símbolo circular que se asemeja a una rueda.

El símbolo *goiteía* para la buena suerte.

Dejo caer el brazalete como si me hubiera quemado y observo la infinidad de pulseras que siguen en la cesta.

Las hay para fuerza, para el valor, el amor, la protección.

Ver años desperdiciados en simples amuletos de buena suerte me revuelve el estómago. Alguien ha vendido fragmentos de su alma para que otras personas los usen como baratijas en las muñecas.

Mi disgusto por la magia del alma no es común entre los tycheroi, es algo personal. Así fue como mi madre me salvó la vida cuando nací: talló un símbolo antiguo en nuestros pechos y suplicó a los Anemoi que aceptaran su sacrificio. Los símbolos se desvanecieron al igual que ella, y cualquier rastro de que haya existido se enterró

hace mucho tiempo. Pero el brillo cálido de la magia en mi pecho no parece mío y pensar en gastar algo tan preciado me provoca náuseas.

–Ah, vale, quítate esa expresión de tragedia.

Las personas tienen que ganar dinero de alguna forma, ¿no? –dice Skiepo.

Le respondo mirándolo con el ceño fruncido, pero él hace lo mismo. Sus ojos oscuros me observan a través de delgadas rendijas.

–¿Tú has hecho todos estos?

–No digas tonterías, niña. No tengo edad para tallar *goiteía*.

No lo dudo.

Desde que lo conozco, su cabello se ha vuelto del color del polvo que cubre sus curiosidades sin tocar. Un cabello que se arremolina alrededor de un rostro con tantas líneas que se parece a las vetas intrincadas del mostrador viejo sobre el que se apoya.

Es como si se estuviera transformando en una de sus curiosidades. Algún día lo visitaré y lo encontraré sentado sobre un estante, como otro objeto acumulando polvo en una esquina olvidada.

Un acorde disonante resuena en mi mente ante la idea y su eco a través de mí deja una sensación de intranquilidad. Me froto el pecho para intentar cambiar esa sensación.

–Creí que habíamos acordado que ya no me llamarías «niña».

–No hemos acordado tal cosa. Tengo casi quinientos años y tú no eres más que una niña. Además, no tengo otra forma de llamarte –resopla.

Dejo caer la mano y pongo los ojos en blanco, tanto que agradezco a los dioses que no se me queden clavados mirando al

techo. Skiepo odia no saber mi nombre, en especial por el hecho de que he visitado su tienda con mucha frecuencia durante los últimos años.

–Muy bien, anciano.

Él resopla otra vez, pero la leve curvatura de sus labios es presumida ahora, seguro que es porque cree haber ganado esta conversación.

–¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas una gubia nueva para borrar tus problemas? ¿Perfume para hacer que los hombres pierdan la cabeza, tal vez? Tengo un lote nuevo, recién llegado de los campos de flores de Reveza. –Agita las cejas tupidas, y tengo que morderme la lengua para no reír por lo absurdo de la sugerencia.

–¿Cuándo he dado la impresión de querer enloquecer a los hombres?

–Hay un momento para todo. –Se encoge de hombros, decidido–. Conocí a una chica que…

–Necesito más somnisemillas –interrumpo para no escuchar otra historia conmovedora sobre los «buenos tiempos». Ya he escuchado suficiente y debo llegar a otro sitio.

–¿Qué pasó con el último vial? –Las cejas del anciano se fruncen y sus labios arrugados forman una línea dura–. Te lo llevaste hace apenas un mes.

–Un amigo necesitaba un poco. Así que, si tienes un vial extra, me llevaré dos. –La mentira es amarga, pero sale con facilidad.

Skiepo se muerde el labio inferior y analiza mi rostro, como si pudiera leer la verdad en él.

No lo hará.

Entonces, deja caer los hombros, desaparece detrás de la cortina y vuelve con dos viales pequeños en la mano. Las pequeñas semillas en su interior brillan como perlas negras diminutas, y la luz tenue de la tienda ondea sobre el cristal cuando Skiepo deja los viales sobre el mostrador.

Extiendo el brazo para cogerlos, pero él cubre mi mano con la suya. Nuestras miradas se encuentran, y mi garganta se cierra al ver la preocupación en su rostro. Para ser un hombre que comercia artículos del mercado negro, es bastante reacio a entregarlos.

–Dile a tu amigo que tenga cuidado. Solo una semilla cada tres noches –me advierte antes de liberar mi mano.

Respira.

El recordatorio resuena en mi mente y presiona mis pulmones.

Exhalo con fuerza, saco dos *dracmas* de plata de la bolsa que cuelga de mi cinturón y los dejo en el mostrador. Mientras guardo los viales en mi bolsillo, le dedico una sonrisa satisfecha.

–No te preocupes, anciano. Conozco las reglas.

Solo que a veces no soy muy buena siguiéndolas.



La tensión en la parte baja de la espalda es demasiado fuerte para ignorarla, así que me muevo para aliviarla, con cuidado de no hacerlo fuera de las sombras que me ocultan en el techo.

Un grupo de tycheroi que esperan junto a una embarcación en un muelle cercano me llama la atención. Conversan entre sí con sonrisas anchas, ojos brillantes y las manos en movimiento, en una

sinfonía de gesticulaciones. Seguro que están recordando una gran aventura por los mares.

Un oleaje suave sacude el casco de la embarcación con un ritmo que me atrae hacia ella.

¿Cómo sería olvidar la razón y subir a un barco? ¿Navegar hacia lo desconocido, guiada solo por las estrellas y mi propio corazón inquieto?

Libertad.

La palabra es un murmullo que resuena en el viento en este momento robado, que despierta recuerdos que aún no existen pero esperan hacerlo. Otro sueño absurdo.

Con esfuerzo, me obligo a mirar los mercados iluminados otra vez.

A pesar de que la luna ya adorna el cielo, el calor es sofocante. Mi piel cosquillea con una gota de sudor que corre por mi espalda y sigue la línea de mi columna. La parte baja de mi espalda se contrae para recordarme el malestar, así que por fin cedo. Me arrastro hasta la esquina del tejado y dejo colgar las piernas sobre el callejón oscuro. El ruido del mercado se vuelve distante cuando me preparo para la caída. Con una oleada de adrenalina en las venas, me dejo caer, acompañada por el viento que silba en mis oídos. El tiempo se ralentiza mientras giro el cuerpo y aterrizo en cuclillas a la perfección, con la agilidad de una acróbata entrenada.

Bajo la capucha de mi túnica antes de levantarme y salir a la calle atestada para mezclarme con la multitud. Mientras merodeo por el mar de cuerpos, adaptándome a los sonidos e imágenes que me rodean, mantengo los ojos y oídos atentos a cualquier cosa de utilidad.

Una sonrisa enternecida curva mis labios al ver pasar a un grupo de niños, riendo con la alegría reservada para quienes son libres de limitaciones.

Cuando me uní al Aviario, estar en medio de gente fue una experiencia fascinante. Dado que pasé la infancia tras los muros de un palacio, la vida que se desplegó frente a mí en las islas y canales me cautivó.

Los ciudadanos de Los Tormentos saben que tienen una princesa, solo que nunca me han visto. No saben que camino entre ellos o que los observo desde las sombras. Con los años, he oído rumores interesantes sobre mí; algunos dicen que soy tan horrible que mi padre no tuvo más opción que enviarme lejos, pero otros dicen lo opuesto.

Cuando el Águila me atrapó entre sus garras, la historia oficial fue que me había embarcado en un viaje hacia las Islas de los Vientos para aprender de los acólitos de los Anemoi. Durante los últimos siete años, mi señuelo ha vivido ahí, para mantener la ilusión en caso de que alguien fuera demasiado curioso.

Arrugo los labios por el resentimiento que bulle en mis entrañas, resoplo frustrada y giro en dirección a los muelles. Aunque no ha sucedido nada en las últimas horas, tengo que decirle a Nyssa que no solo lord Arsenio tiene un amorío con una cortesana, sino que también embarazó a una costurera local. Ella ha estado siguiendo el escándalo durante meses y persuadiéndome para que apostara cuándo la vida del lord se desmoronará frente a él.

Creo que hablar sobre los problemas de los demás le da una sensación de normalidad. Me encantaría hablar con la esposa de ese maldito yo misma, no soporto esa clase de traiciones, pero, si el

Águila llegara a enterarse, me azotarían o pondrían un collar por atraer atención hacia mí.

Llego al límite del puerto y poso la mirada en una embarcación familiar. La tripulación deambula por la cubierta, la luna recorre el casco cubierto de crustáceos pegados y deja el nombre blanco sumido en las sombras.

El Ruiseñor.

Es un nombre obvio para mí, pero es necesario conocer la orden para que lo sea. Los de afuera creen que el Aviario es un hogar e instituto fundado por la Corona para niños desplazados y huérfanos. Son pocos los que conocen su verdadero propósito.

Mis ojos recorren los contornos oscuros de la tripulación.

La curiosidad mató al gato.

Esa idea se abre paso en mi mente mientras me debato con la indecisión.

–Al diablo.

Avanzo por el muelle con un paso despreocupado. Al llegar junto al barco, mientras me agacho y desprendo una correa de mi sandalia, cierro los ojos y tomo aire para tranquilizarme. El ruido de la isla queda atrás y el viento se aplaca, lo que me permite concentrarme. De repente, una sensación maliciosa asoma la cabeza y me clava sus garras: no debería estar haciendo esto. Si me atraparan espiando en asuntos de la orden, el precio sería más alto de lo que estoy dispuesta a pagar.

Pero el sentimiento desaparece de inmediato, y las voces de la tripulación llegan a mis oídos.

–¡Todo un maldito año! –ruge una voz–. ¡Sería un bastardo muy afortunado si mi mujer no me deja por cualquier otro idiota!

Los demás se ríen y se burlan de él.

–Si no te ha dejado todavía, hará sus maletas cuando sepa que te embarcarás otra vez en una semana.

–Si tengo que pasar más días contigo en el mar, maldito infeliz, me tiraré por la borda.

–Entonces comienza a llenar tus bolsillos de piedras. Misma tripulación, mismo viaje.

–Por las pelotas de Noto. –La maldición del primer hombre desata un coro de risas estruendosas, pero un grito autoritario las silencia.

Entonces, ajusto mi sandalia, me levanto y confío en que mis pies me llevarán a casa a pesar de la inquietud que revuelve mi estómago.

Es extraño que una Bandada sea enviada en una misión en cuanto regresa y nunca se ha oído que la envíen al mismo lugar. De hacerlo, correrían el riesgo de que alguien los recordara.

Y ser recordado puede ser tu perdición.

Así que, ¿qué misión es tan importante como para asumir ese riesgo?



CUATRO

Al llegar a mi habitación, cierro la puerta despacio, con un sonido que me llena de paz. Luego me dejo caer contra la madera y bajo la vista, con el ceño fruncido, al escuchar un trozo de pergamino deslizándose por el áspero suelo.

Observo con sospecha el papel doblado bajo mis pies. La delicada flor dibujada en la superficie marmoleada revela que es de Nyssa, pero saberlo solo aumenta mis sospechas.

Con un suspiro, me inclino para recogerlo y me adentro en la habitación mientras lo despliego.

Mi estimado fastidio con aires de nobleza:

Dado que llegué con el maestro Avetoro antes que tú, asumo que has sido demasiado ambiciosa con tus adquisiciones.

Espero que no hayas ido a buscarme de inmediato porque tuviste un revolcón de celebración o porque cogiste otro turno y no porque te estén castigando por insubordinación.

Resoplo y me froto el rostro con una mano.

Nyssa debió estar toda la noche preocupada, preguntándose dónde he estado y si pasé la última prueba. Debí ir a verla en lugar de trepar al tejado. Me sorprende que no esté aporreando mi puerta ahora mismo.

Si es lo primero, ¡bien por ti! Ya era hora de que tuvieras algo de acción. Si es lo segundo, tienes que aprender a vivir un poco.

Como sea, los demás iremos a La Musa para celebrar nuestros últimos momentos como Polluelos. ¡Ve, por favor! No solo quiero que vayas, lo necesito.

Con amor
La mejor y probablemente única amiga que tendrás

–Ni lo pienses. –Arranco la parte superior del pergamino, me lo meto en la boca y lo mastico con ganas antes de tragarlo. No es una experiencia de lo más agradable, pero es la forma más fácil de hacer desaparecer información potencialmente incriminatoria.

Nyssa es una de las pocas personas a las que he decidido confiar mi historia. Aliso el resto de la nota y la añado a la colección en la pared con uno de los muchos alfileres, luego doy un paso atrás para admirarla.

Durante los últimos siete años he cubierto todas las paredes de mi habitación con mapas, bocetos y páginas de poesía descartada de Nyssa. Es una colección que me hace sentir más en casa. Recorro la

habitación con la mirada: las estanterías llenas de libros y recuerdos, el escritorio abarrotado bajo la pequeña ventana, la cama envuelta en sábanas y la mesa de noche junto a ella. Sobre mi cama cuelga un mapa de Los Empyrieos de pergamino envejecido, perforado con varios alfileres de perla que marcan los lugares que mi hermano y yo soñábamos visitar.

En pocos pasos, subo a la cama y bajo el mapa de la pared para recorrer con el dedo el contorno irregular de El Sarathros, el curso de agua que divide los reinos del norte. Una cicatriz de la Guerra de los Dioses que no hay magia que pueda sanar.

La historia dice que la guerra comenzó por codicia y celos entre los Anemoi, la misma razón por la que dejaron su primer mundo. Lucharon por definir qué estación sería superior y qué linaje debía gobernar la tierra. Durante su última batalla usaron una magia tan poderosa que dividió al reino en pedazos.

Después, se retiraron a sus esquinas de Los Empyrieos destrozado y crearon nuevos reinos y linajes reales en su lugar.

El este reclamó el nombre Eretria, el de la antigua capital del reino. Allí viven en un otoño eterno, en una tierra de abundancia siempre al límite del cambio, con campos teñidos en tonos ocre y hojas que vuelan con los vientos fríos de Euro.

Al oeste, Reveza entró en una primavera perpetua. Es una tierra de sol radiante, flores y brisas suaves de Céfiro.

El norte se convirtió en Arkhadia, tierra invernal de escarcha, montañas de cumbres nevadas y vendavales de Bóreas.

El sur se llevó la peor parte.

Aislado de las demás tierras y sumido en el calor y los vientos secos de Noto, Los Tormentos parecía un nombre apropiado en un

principio.

Mis ojos se desvían hacia la ventana contra mi voluntad.

Siempre me pregunto si fue un giro cruel del destino o un arreglo mezquino del Águila lo que aseguró que tuviera una visión perfecta del palacio desde mi habitación. El edificio blanco brilla bajo la luna, que se refleja en las muchas ventanas arqueadas. Las torres de cúspides cerúleas penetran en el aterciopelado cielo negro, coronadas con banderas blancas con águilas grises bordadas en dorado.

Mi pecho se cierra ante la imagen de esos muros que me cobijaron durante mi infancia. Dudo que llegue el día en que no sea extraño verlos de lejos.

Con un quejido, dejo el mapa a un lado, me desprendo las sandalias y las dejo caer al suelo sin elegancia. Luego, con dedos hábiles, libero el cinturón de mi cintura, la daga y el bolso con él, y los dejo en la mesilla de noche. Tras un instante de duda, saco el pendiente que llevo a mitad de mi oreja derecha, cuyo grabado de *goiteía* queda oculto en las sombras cuando lo dejo con los demás objetos.

Siento escalofríos ante el cosquilleo que recorre mi piel. Llevo la trenza gruesa hacia delante sobre mi hombro para observar cómo el castaño oscuro se vuelve rubio ceniza.

No suelo sacarme el pendiente, porque nunca sé si podrían despertarme en medio de la noche, pero quiero sentirme yo misma aunque sea por un instante.

Frunzo el ceño al mirar el simple anillo de oro en mi dedo y, con un suspiro, me dejo caer sobre las almohadas. Luego cierro los ojos para olvidar el mundo exterior, pero es demasiado ruidoso.

Demasiado caótico.

Los pensamientos se agolpan en mi mente, luchando unos con otros para tener preferencia. Uno aniquila al otro y ese al siguiente, solo para que el primero reviva, cobre venganza y reinicie el círculo vicioso. Mi mano baja hasta el bolsillo de mis pantalones, donde siento la suavidad del cristal y rodeo los viales con los dedos. Los saco, dejo uno en la mesa de noche y aferro el otro con la mano.

Solo uno cada tres noches.

La promesa resuena en mi mente y supera a los demás pensamientos, acompañada de un peso firme en mi pecho. Saco el corcho para coger una semilla entre los dedos (ignoro el pequeño temblor) y me la llevo a la boca. Me estremezco al morderla y sentir el amargor antes de dejar que se deshaga debajo de mi lengua.

El cambio es inmediato.

Un manto de paz me cubre y el calor cosquillea en mis labios.

En mi pecho.

En las puntas de mis dedos de manos y pies.

Mis ojos se cierran y la oscuridad me acuna para llevarme a los brazos de una agradable noche sin sueños.



Me despierto de un salto porque alguien aporrea mi puerta.

–Será mejor que no te estés ocultando de mí bajo las sábanas –exclama una voz provocadora desde el pasillo, que tranquiliza el ritmo frenético de mi corazón.

Nyssa.

Resoplo y me hundo en la cama con la almohada sobre la cabeza para no escucharla, pero un escudo de plumas no es suficiente contra los golpes incesantes.

–Abre la puerta ahora mismo o gritaré tu nombre a todo pulmón. –La amenaza me hace estremecer, así que maldigo por lo bajo, lanzo la almohada a un lado y salgo de la cama para ir hacia la puerta–. Ae…

Abro la puerta y la arrastro adentro antes de que pueda terminar de decirlo. Después de comprobar que el pasillo está despejado, cierro la puerta y me giro hacia ella.

Nyssa se queda de pie a mi lado, con una expresión inocente en la que no confío en absoluto.

–No tenía pestillo –rujo.

–Lo sé –admite con una sonrisa burlona. Sus ojos color avellana centellean cuando se abre paso en la habitación, con la misma facilidad con la que se abrió paso en mi vida hace muchos años–. Pero esta era una forma más efectiva de hacerte salir de la cama.

Deambula por la habitación y comienza a revisar mi armario. Nyssa es un torbellino que se cuela en tu vida como un viento huracanado y agita el océano con tanta fuerza que hace temblar el lecho marino. Un caos que te llena de miedo y emoción a partes iguales, aterrador y hermoso de ver.

No la cambiaría por nada.

–¿Qué haces? –pregunto, y la diversión eleva mis labios en una sonrisa a pesar de la irritación con la que intento ahogarla. Mientras Nyssa destripa mi armario como a su peor adversario, los últimos rastros de molestia se disipan.

–Una intervención de emergencia. Si te dejara la decisión a ti, nunca saldrías de esta habitación.

–No seas dramática –resoplo.

–Si tanto me equivoco… –Deja de revolver mi ropa y me mira por encima del hombro con una ceja en alto. Ella ya está vestida para esta noche, con un vestido color borgoña ajustado a sus curvas. El color complementa el tono rojizo suave de su piel a la perfección. Lleva brazaletes dorados en las muñecas y cadenas tejidas de forma delicada entre los rizos color canela que caen por su espalda–. Dime que no terminaste la prueba, cogiste otro turno de guardia y te quedaste dormida en cuanto llegaste a tu cueva.

La miro sin expresión antes de bajar la vista a los pantalones de algodón sucios y la camisa con los que me dormí. Mi túnica está hecha un ovillo en el suelo junto al mapa abandonado, que cayó cuando me quedé dormida.

Al menos me saqué las sandalias y el cinturón.

–Eso pensé. –Nyssa saca un vestido azul y lo acerca a mi cuerpo. Yo bajo la vista y frunzo el ceño–. Es este. Tienes dos minutos para lavarte el polvo del día. No te mojes el pelo –ordena al dejar el vestido sobre la cama y empujarme hacia el cuarto de baño.

–Nyssa, no…

–Vamos, una copa y te vas –suplica–. Los demás estarán felices si apareces. Y sus expresiones de sorpresa valdrán la pena.

Los demás.

Mis ojos traicioneros se desvían hacia la ventana, hacia los muros de piedra iluminada del palacio. Muros que me separan de las personas que alguna vez me importaron. Cuando fui enviada al

Aviario, sentí cada una de esas pérdidas como una herida física en mi corazón.

Una telaraña de grietas.

La experiencia hizo que levantara mis propios muros a mi alrededor, ladrillo a ladrillo, para mantener a los demás fuera. Es más fácil de este modo.

Pero el mortero que une los ladrillos debe estar debilitado, porque se desintegra frente a Nyssa.

Silencio el que debe ser el centésimo resoplido del día y comienzo a quitarme la ropa, que dejo desperdigada por el suelo camino al cuarto de baño. Dos minutos no bastan para llenar la bañera, así que mojo una toalla en el lavabo y froto cada centímetro de mi cuerpo. Cuando vuelvo a la habitación, Nyssa tiene la ropa, accesorios y sandalias elegidos esperándome.

–¿Te he dicho ya cuánto me irritas? –pregunto.

–Al menos trece veces esta semana. –Me lanza una toalla, que atrapo en el aire antes de que me golpee en el rostro.

–Hoy escuché un canto –le digo mientras me seco. Es una frase significativa entre los miembros del Aviario. Puede significar que has descubierto una información relevante o confirmarle al otro que has estado hablando con un miembro de la orden.

–¡Ah! ¿Alguna novedad del drama de lord Arsenio?

–No, bueno, sí. Dejó embarazada a una costurera, así que su esposa no tardará mucho en descubrir que es un bastardo infiel.

–Espero que lo castre –suspira Nyssa–. ¿Y qué más escuchaste?

–La tripulación de *El Ruiseñor* cantó una tonada interesante.

–¿El barco de la Bandada Alfa?

–El mismo. –Me muerdo el labio inferior, pensando si decir las siguientes palabras–. Al parecer, volverán a partir en poco tiempo.

Una pequeña arruga se dibuja entre sus cejas elegantes. Odio verla ahí y más ser quien la dibuja.

–Luc… *Alondra* no dijo nada.

Su forma de balbucear el nombre de su hermano me hace sonreír. Lucaz tuvo su ceremonia de Bautizo hace un año, después la orden lo asignó a la Bandada Alfa antes de que emprendieran su misión al otro lado del océano. Este año ha sido difícil para ella, ya que era la primera vez que se separaban en su vida.

Se me corta la respiración cuando proceso lo que ha dicho. Levanto la vista y mis dedos presionan las fibras ásperas de la toalla.

–¿Lo has visto?

–Lo vi un momento esta tarde. Todos estuvieron en reuniones informativas desde que llegaron, pero… –La arruga en su ceño se profundiza antes de que niegue con la cabeza para borrarla–. Estoy segura de que no hay nada de qué preocuparse. Alondra me lo diría.

–Por supuesto –coincido y olvido la intranquilidad que he sentido desde temprano esta noche. Acaricio la tela suave del vestido que Nyssa ha escogido para mí y sonrío al sentir la textura sedosa. Con los años, me he hecho adepta a los pantalones al entrenar con la orden, pero echo de menos tener motivos para arreglarme, para ser suave y femenina.

El Aviario no es un lugar para cosas suaves. Serlo solo te lleva a la tumba al fondo del mar de Solorai.

–Alondra vendrá esta noche –añade Nyssa detrás de mí, y su tono pícaro me eriza la piel de la nuca.

–¿Sí? –Dejo la toalla a los pies de la cama y cojo el vestido, pero sus siguientes palabras me dejan congelada:

–Cuervo seguro que vendrá también.

Entorno los ojos y me giro hacia ella con intención de fulminarla con la mirada, pero parece que no soy tan amenazante como pretendo, porque solo consigo hacerla reír.

–Noto, sálvame de los idiotas irritantes y entrometidos –balbuceo mientras deslizo el vestido por mi cabeza; la seda plisada cae hasta mis tobillos. Luego ajusto el cinturón bordado azul y dorado en mi cintura, de modo que sujete la tela y solo se vea un rastro de mis piernas cuando camino. Dos brazaletes dorados esperan en mi cama, así que me los pongo en las muñecas mientras Nyssa deshace mi trenza para peinarme el cabello.

–¡Mi trabajo está hecho! –anuncia al desplegar los brazos y arrojar mi cepillo. Este impacta contra la pared y cae al suelo de madera con un estruendo. Lo observo con una ceja elevada, pero me encojo de hombros porque estoy acostumbrada a su dramatismo. En cambio, me giro hacia ella, pero me detengo al captar mi reflejo en el espejo en la pared.

Una cortina de cabello rubio ceniza cae más allá de mi cintura, y el contraste con el tono cálido de mi piel la hace parecer más clara. No es habitual ver un tycheroi con cabello rubio en Los Tormentos, los más frecuentes son los tonos de castaño y negro. Cuando llegué al Aviario, creí que me harían teñirlo para ocultar mi identidad, pero el Águila me dio un arete con un grabado de *goiteía* y me ordenó que lo usara siempre que no estuviera sola.

Ese momento me llenó de alivio.

El cabello rubio es herencia de mi madre, extranjera de Arkhadia, el reino de invierno, y siempre lo he sentido como mi única conexión con ella. También heredé sus ojos azules, otro rasgo infrecuente en el sur.

A veces me pregunto cuánto me parezco a ella; tal vez por eso mi padre no podía verme cerca. Él nunca me habló de ella cuando era niña, así que lo único que sé es cómo se llamaba y de dónde venía.

Después de nacer yo, les prohibió a todos hablar sobre ella.

Parpadeo para aliviar el escozor en mis ojos al ver el reflejo de Nyssa detrás de mí. Sus labios como capullos se fruncen cuando me entrega el pequeño arete dorado.

Resoplando por la nariz, lo ajusto en mi oreja derecha junto con la colección de argollas y joyas y vuelvo a girarme hacia el espejo para ver cómo mi reflejo se transforma. El cabello rubio se oscurece hasta volverse castaño y mis ojos adoptan el color de la arcilla húmeda.

–Te sentaría bien no rugir con la mirada –dice como si intentara amansar a un animal salvaje. La miro con furia, pero borro esa expresión, porque no hace más que darle la razón.

Me acerco a la mesilla de noche para coger mi daga y desenfundarla. Recorro la hoja intrincada con el pulgar; es como una pluma bañada en metal fundido y dotada de un filo letal en la punta. La empuñadura es tan única como la hoja, tallada de una piedra de marfil y adornada con una balanza de plata, grabada con símbolos extranjeros.

Es mi posesión más preciada.

Además de mis rasgos, es el único objeto tangible que tengo de mi madre.

Me muerdo el labio inferior mientras busco una cartuchera de muslo y la ajusto en mi pierna derecha. El calor reconfortante de la empuñadura pulida contra la piel se esparce por todo mi cuerpo y libera una tensión que no había notado. Mi próxima respiración es mucho más ligera.

Cuando levanto la vista, veo que Nyssa está mirándome exasperada. Mis labios se agitan con la necesidad de reír.

–Sabes que me gustan los accesorios.

–Te ascenderán a Nocturna en un santiamén. –Resopla mientras me coge de la muñeca y me arrastra hacia la puerta–. Ahora, vamos, nos estamos perdiendo la diversión.



CINCO

Cuando bajo del ferri con Nyssa y nos adentramos en las calles de Maricious, el aire está cargado de emociones. La Musa aparece ante nosotras, con una cola de personas en la puerta esperando a unirse a las siluetas que se dibujan en los vitrales de las ventanas.

Es el establecimiento más popular en Los Tormentos y atrae a los tycheroi tanto por el encanto de su dueña, lady Calíope como por el entretenimiento que ofrece. Nadie sabe mucho del pasado de lady Calíope, solo que llegó desde Reveza cuando era joven, con una pequeña fortuna en oro y en talento. El misterio que representa, junto con su acento del este, su espeso cabello color bronce y sus facciones exuberantes, acrecienta el éxito de su negocio.

Con su cuidadosa combinación entre taberna, auditorio y casa de placer, La Musa casi siempre está atestado. Y, cuando lady Calíope celebra sus afamadas fiestas, las personas hacen cola con esperanzas de entrar.

Esta es una de esas noches, pero, por suerte para nosotras, Calíope es colega del Aviario desde hace años. Nyssa y yo hemos

trabajado con ella para perfeccionar el arte de la danza, la seducción y la personificación.

Esas lecciones son uno de mis momentos predilectos de mi etapa como Polluela.

Siempre he amado bailar. Cuando vivía en palacio tenía a los mejores instructores que pudieran encontrarse en Los Tormentos. Luego, me alivió saber que podría continuar con mis lecciones, ya que dominar los movimientos de baile también es valioso para nuestro trabajo.

Seguimos la cola hasta la entrada. No reconozco al guardia que está de servicio esta noche, pero Nyssa y yo nos llevamos el cabello detrás de la oreja para revelar los pequeños pendientes de oro que llevamos. Son águilas en vuelo, con ojos de rubí, que cuelgan de argollas pequeñas en la parte superior de nuestras orejas izquierdas.

Es la única señal visible de la orden a la que pertenecemos.

Es costumbre que nuestra gente use joyería, así que, aunque el guardia sabe que debe concederle acceso a quien use estos pendientes, no comprende su verdadero significado. Entonces, el hombre nos abre la puerta sin dudarlo, sin emoción alguna en su rostro estoico. El privilegio desata una serie de protestas y abucheos, pero se silencian cuando la puerta se cierra detrás de nosotras.

Entrar en La Musa es como haber llegado a otro mundo.

Hay una barra a lo largo de la pared derecha, donde los trabajadores manipulan botellas de arcilla y copas para servir a los invitados. Telas finas de color malva adornan el lugar, iluminadas por cientos de velas en sus candelabros. La pared trasera está cubierta por espejos de distintas formas y tamaños, con elaborados marcos

dorados. Algunos invitados descansan en sofás de terciopelo en varios tonos de carmesí e índigo mientras admiran a la artista que canta al ritmo embriagador de la banda, con el cabello color zafiro derramado sobre los hombros. Otros asoman desde la entreplanta, riendo mientras observan la actividad del piso inferior.

Nyssa me toma de la mano para que nos abramos paso hasta el fondo, donde unas cortinas ocultan una sección elevada. Subimos algunos escalones antes de abrir las cortinas y encontrar al resto de nuestros compañeros, reunidos en un círculo de divanes y sofás, en torno a una mesa baja llena de entremeses. Ver dolmas, pulpo a la parrilla, tzatziki, aceitunas y verduras frescas hace que mi estómago ruja y me recuerde que lo único que he comido hoy ha sido un bocado de albaricoque que robé de las cocinas.

El grupo celebra vernos y se apiñan para hacernos sitio. Nyssa se deja caer entre Mateo y Calix, quienes se giran para sonreírle con picardía, y yo me siento en el extremo de un diván junto a Syrus, quien me sonríe con timidez.

–Me alegra ver que pudiste sacar a la comelibros de su madriguera, Nys –comenta Calix mientras descansa el brazo en el respaldo tras ella.

–Esa descripción no podría ser más acertada –ríe Nyssa.

Cojo un almohadón de atrás y se lo arrojo tan rápido que no tiene tiempo de reaccionar. Ella chilla cuando el cojín la golpea de lleno en el rostro, y yo me reclino en el asiento con una sonrisa satisfecha.

–No puedo evitar estar tan entregada al estudio –replico.

–¿Y qué es lo que aprendes en tus picantes novelas románticas, El? –pregunta Nyssa con falsa inocencia y llamándome por el nombre por el que me conocen los demás.

Cuando los nuevos reclutas llegan al Aviario, se supone que deben dejar atrás sus antiguas vidas y sus nombres. Hasta el día de la ceremonia, deben ser llamados solo «Polluelos». Sin embargo, nuestro grupo decidió romper esa regla en noches como esta. Y, como no podía decirles mi verdadero nombre, «El» fue lo primero que se me ocurrió.

Miro a Nyssa con el ceño fruncido, pero sigo ese pensamiento y desvío la conversación.

–¿Cómo os sentís respecto a la ceremonia de Bautizo?

–¡No veo la hora de que llegue! –exclama Mateo antes de vaciar su copa. Nyssa le da un codazo en las costillas–. Espero que me envíen a Reveza –añade en susurros.

Su declaración inicia un debate habitual en el que todos discuten qué reino sería el destino ideal. La emoción bajo la superficie es palpable, mezclada con una tensión creciente por la cercanía de la ceremonia.

El Bautizo es una especie de graduación, solo que después de ella, en lugar de emprender nuestras propias vidas, nos comprometemos a servir a sus planes y cumplir las misiones que nos asignen. Es perfecto para quienes, como Nyssa y Alondra, no tienen familias u hogares y son acogidos, educados, vestidos, alimentados y provistos de un futuro estable.

Es diferente para mí.

Pensar en mi hermano me oprime el corazón, me despierta el dolor ardiente de una herida sin cerrar durante demasiado tiempo. A pesar de haber nacido de madres diferentes, crecimos siendo tan cercanos como cualquier par de hermanos. Él es lo único que echo

de menos de verdad de mi vida anterior; podría prescindir de lo demás.

–Yo estoy algo nervioso. –La voz amable de Syrus me salva de volver a un humor caótico–. Por el cambio y por enfrentarme a lo desconocido.

Syrus sería perfecto como Cantor, pero aún más como Búho por lo callado y observador que es. Se coloca bien un rizo oscuro detrás de la oreja y ofrece una sonrisa molesta. Le doy un apretón reconfortante en la mano, pero lo suelto enseguida al ver a Luci fulminarme con la mirada desde el otro lado de la habitación.

–¿Alguien sabe qué pasa de verdad en la ceremonia? –pregunta Mateo.

–Rezan a Noto para que les brinde su guía divina y luego te graban tu nombre en la piel –dice una voz detrás de mí.

Veo cómo los rostros de mis compañeros palidecen ante esas palabras, pero una sonrisa eleva las comisuras de mis labios. Porque esa voz solo sirve para una cosa.

Decir tonterías.

Nyssa ahoga una risa antes de levantarse de un salto y lanzarse a los brazos expectantes de su hermano. Son tan parecidos que podrían ser gemelos. Rizos color canela, piel tostada y ojos avellana que brillan de alegría. Pero él es diez años mayor, aunque no sea notorio por su comportamiento.

–Te he echado muchísimo de menos –exclama ella.

–Creo que yo un poco –bromea Alondra, pero la calidez en su mirada revela la verdad. Luego me mira con esos mismos ojos y hace pucheros–. ¿Y tú no me has echado de menos, revoltosa?

Me río por lo bajo ante sus payasadas, pero me levanto para abrazarlo de todas formas. Él me abraza, con cuidado de no derramar el vino mientras sigue sosteniendo a Nyssa con el otro brazo.

–Estoy algo decepcionada de que no te hayas caído por la borda –bromeo, lo que hace que me apriete más fuerte antes de soltarme.

–¿Podemos volver al tema del grabado en la piel? –pregunta Mateo con voz tensa.

Yo vuelvo a mi asiento y Nyssa al suyo. Alondra arrastra una silla del revés junto a mí y se sienta con una sonrisa taimada antes de abrir la boca, pero Nyssa le lanza el almohadón que le arrojé antes a ella. Él lo bloquea con una risotada, protegiendo la copa como si contuviera los mejores años de su vida.

Cuando estoy a punto de asegurarles a los demás que está bromeando, suena otra voz, con una melodía profunda que flota en el aire y cosquillea en mi piel.

–Asustas a los Polluelos, Alondra.

Tomo aire cuando mi estómago se revuelve y mi corazón se acelera como las alas de un colibrí.

Cuervo.

Cuando por fin me doy la vuelta, es difícil procesar el hecho de que hace un año que no lo veo. Está igual que como lo recuerdo. Cabello castaño oscuro, salvaje y alborotado, que cae alrededor de sus rasgos fuertes y angulosos. La barba incipiente que cubre su mandíbula suaviza parte de la agudeza y enmarca sus labios gruesos, que están apretados en una línea firme. Sus ojos color miel se ven penetrantes contra su piel color bronce, un tono más clara

después de un año lejos de las islas de Los Tormentos bañadas de sol.

El tiempo debió haberse detenido y tejido en su órbita, porque cada uno de los minutos que pasó lejos fue una eternidad, pero su presencia ahora hace que el año pasado parezca un sueño distante. Me siento tentada de extender la mano para tocarlo para confirmar que está aquí en verdad y no es solo mi imaginación.

Resisto el impulso enredando los dedos en la tela de mi vestido, mientras una mezcla extraña de consciencia y agitación forma un escudo débil a mi alrededor.

–El –dice, y mi nombre falso en su voz profunda y suave logra derribar mi escudo y provoca un escalofrío que recorre mi espalda. Sé que lo nota, porque el rastro de una sonrisa asoma en sus labios.

Ni siquiera había notado que estaba conteniendo la respiración hasta que se escapa temblorosa entre mis labios.

–Cuervo –pronuncio, y me aclaro la garganta porque ha sonado como un jadeo apenas audible–. Bienvenido.

Aparto la vista de él y la fijo en Nyssa en su lugar. Mis ojos se entrecierran al ver a mi amiga traicionera abanicándose a sí misma con la mano y mirando a uno y al otro. La atención de Cuervo es como un hierro ardiente que quema mi piel. Solo me relajo cuando la desvía para saludar a los demás y sentarse junto a Alondra; suspiro cuando queda fuera de mi línea de visión.

Aprovecho el momento para recoger todos mis sentimientos y guardarlos en la caja de seguridad de mi mente, que es donde pertenecen.

–El Bautizo no es tan dramático como Alondra quiere haceros creer –por fin responde a la pregunta de Mateo–. El Águila presidirá

la ceremonia, en la que cada uno de vosotros será llamado a jurar lealtad al Aviario y a recibir su nuevo nombre.

–Y luego os enviarán lejos a reptar y arrastraros por las sombras de los reinos para robar los cantos de los semejantes a los tycheroi –añade Alondra con un giro dramático y un sorbo de vino.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo contener la ansiedad que crece en mi mente. Todos se han quedado en silencio, perdidos en sus propios pensamientos. El nerviosismo comienza a superar la emoción previa. Observo los rostros de todos a mi alrededor, preguntándome si estaremos juntos más que unos pocos minutos después de esto. Una parte de mí espera que sí, pero otra parte espera cruzar el mar de Solorai para nunca volver.

De repente, me invade una chispa de culpa cuando miro a Nyssa y el rostro sonriente de Kal aparece en mi mente.

La habitación parece sofocante.

Me levanto, con lo que Nyssa me mira intrigada, pero niego con la cabeza.

–Ahora vuelvo –balbuceo.

Ella asiente y vuelve a enfocarse en Mateo con una sonrisa coqueta.

Respiro hondo y exhalo despacio antes de atravesar las cortinas hacia el abarrotado salón principal. Apenas he dado dos pasos cuando un brazo musculoso me rodea por la cintura y me mantiene fija en el lugar.

–¡Mierda, Noto! –maldigo cuando soy atraída hacia un cuerpo firme.

–Querida, ¿te parece forma de hablarle a nuestro amado Dios?

Ahogo la decepción que brota al escuchar la voz seductora y sentir el aroma del océano a mi alrededor.

–Estoy segura de que se sentiría honrado. –Giro hasta estar frente al hombre que me está deteniendo.

El cabello, de un azul tan profundo que con la luz tenue parece negro, cae en ondas sedosas por debajo de los hombros y enmarca un rostro que, sin duda, debió haber sido tallado a semejanza de los dioses. Los ojos turquesa están enmarcados por pestañas que son la envidia de todas las mujeres en Los Tormentos, y los labios carnosos me sonríen con picardía.

–Yo sin duda me sentiría honrado si me hablaras sucio a mí –dice. La luz ilumina sus pómulos afilados y brilla sobre las escamas color zafiro que salpican su rostro como pecas.

Kashton es un coqueto incorregible. Nunca he sabido si se debe a su crianza o si es parte de su naturaleza. Es ninfai, nacido de la unión de una ninfa de agua (espíritu de la naturaleza con afinidad por los ríos y mares) y un tycheroi.

Ha estado en La Musa desde que tengo memoria, probablemente desde antes de mi nacimiento, y ascendió de cortesano a mano derecha de Calíope. Como parte de mi entrenamiento en el Aviario, me ayudó en el arte de la seducción y la tentación y, cuando fui mayor de edad, se esforzó por tentarme para que fuera a su cama. Después de que lo rechazara de todas las formas posibles, iniciamos algo parecido a una amistad.

Ahora, mis pensamientos están ocupados con otro tono de cabello y un par de ojos color miel.

–¿Por qué esa cara larga, querida? ¿No soy el hombre que esperabas? ¿Preferirías que fuera más alto, más oscuro y con

nombre de ave?

Ignoro las preguntas y a la vocecita en mi cabeza que coincide con él.

–¿Esta emboscada tiene un propósito, Kash? ¿O vienes a seducirme?

–La noche en que te tenga en mi cama retorciéndote de placer seré muy feliz, sin duda. Pero, por desgracia, no será esta noche. La dama quiere verte.

Me muerdo los labios, miro hacia las cortinas que ocultan a mis amigos y dudo un momento.

–De acuerdo, llévame con ella.

Kashton me dedica una sonrisa que vuelve su rostro más que hermoso, deslumbrante, y luego me coge de la mano y me lleva hacia la pared de espejos. Cuando llegamos al espejo más grande, él lleva la mano libre al marco dorado y presiona el punto donde sé que está el cerrojo escondido. Con un chasquido agudo, el espejo se adelanta, Kashton lo abre y se inclina en una reverencia para indicarme que pase.

Entro en la habitación de luces tenues, paso la vista sobre la familiar decoración de cedro y de terciopelo, iluminada por las linternas que brillan a través de los vitrales a lo largo de la pared del fondo. Calíope se encuentra sentada tras el escritorio de madera pesada, detrás de un par de sofás en el centro, con una pluma en mano, escribiendo en un pergamino.

Miro por encima de mi hombro cuando la puerta se cierra detrás de mí y mis ojos se detienen en la pared que ahora me separa del salón principal.

Los espejos de este lado siempre me han resultado fascinantes. Mientras que parecen simples decoraciones de un lado, por dentro son ventanas que le permiten a Calíope vigilar a sus invitados. Gracias a ellos y a los cortesanos que le susurran al oído, debió saber de mí en el mismo instante en el que puse un pie en La Musa.

–Toma asiento, mi dulce anémona. No será rápido –dice, y el trato afectuoso confirma que sabe que soy yo antes de levantar la vista del pergamino. Tiene la costumbre de darle a cada una de las chicas del Aviario el nombre de una flor, algo que nos recuerda nuestra gracia y delicadeza, pero también la fuerza y la resistencia que tenemos.

Con una sonrisa, me siento en el sofá más cercano, me saco las sandalias y doblo las piernas debajo de mí. Y contemplo la alegría del otro lado a través de los espejos mientras espero.

Pasa un momento antes de que Calíope se siente a mi lado y yo me gire hacia ella. Sus rizos de bronce caen como una cascada alrededor de su rostro en forma de corazón, y su piel tostada brilla con la luz parpadeante de la linterna. Me toma la mano y me mira con sus ojos ocres y cálidos.

–¿Cómo está mi flor favorita?

–Apuesto a que les dices lo mismo a todas. –Exhalo una risa, pero sonrío de todas formas.

–Solo a las más hermosas.

–Me siento halagada –respondo sin expresión.

–Deberías –afirma antes de soltar mi mano y reclinarse en el sofá–. Estás esquivando mi pregunta.

–Estoy bien.

–Bien… –repite Calíope, con la mirada distante–. Una palabra engañosa. La dices con frecuencia. Pero, si me necesitas, sabes que solo tienes que decirlo.

–Kash me ha enviado aquí –respondo, decidida a ignorar lo que pretende. No es fácil abrirse con las personas cuando te han entrenado para guardar secretos, para estar oculto. Aunque Calíope es de las pocas personas en las que confío, algunas verdades es mejor mantenerlas guardadas.

Ella me observa un momento más antes de ladear la cabeza.

–He oído que una Bandada atracó esta mañana, pero volverá a partir pronto.

–¿Dónde lo has oído? –pregunto, rígida.

–Me lo contó un pajarito –responde encogiéndose de hombros como si nada, como si conocer los secretos del Aviario no tuviera consecuencias para ella.

–¿Y por qué me lo dirías?

–Para advertirte, niña. Tú partirás con ellos. Es hora de que dejes esta jaula oxidada, de que por fin extiendas esas alas gloriosas.

–No puedes saber eso –sentencio, pero mi corazón da un brinco y mi respiración se acelera–. Aún no nos han dado nuestros nombres ni nuestras misiones.

Calíope me recorre con la mirada de pies a cabeza en silencio, como si pudiera penetrar las capas de piel y de tejidos para ver dentro de mi corazón y de mi alma. Al final, encoge sus elegantes hombros.

–Lo he visto.

–¿Eres un oráculo? –Los latidos inestables de mi corazón aceleran como alas frenéticas.

No ha habido un oráculo en Los Empyrieos desde la Guerra de los Dioses, al menos no uno que se haya revelado como tal. En aquellos días, los ejércitos enfrentados los encerraban y los obligaban a usar sus dones para ayudarlos en la victoria. Durante los siglos siguientes, nadie supo si los Anemoi habían despojado al reino del don de la adivinación o si quienes lo poseían lo habían mantenido oculto.

Siempre sospeché que Calíope había sido bendecida con el don. O maldecida, según como lo mires. Algunas veces ha dicho cosas que se anticipaban a los acontecimientos, pero eran asuntos menores, inconsecuentes. Nunca fueron suficientes para afirmar o negar las sospechas. Sin embargo, aquí está, confiándome un secreto que despeja todas las dudas, con la fuerza con la que una tempestad derriba el silencio.

–No del todo –dice con una risa ronca–. Al menos no de la forma en la que estás pensando.

–¿Por qué? –pregunto en un susurro apenas audible. Una sola pregunta que esconde muchas otras que no puedo formular. ¿Por qué me confía su secreto? ¿Por qué enviarán a la Bandada Alfa lejos otra vez? ¿Por qué me enviarán con ellos?

Calíope se dirige a su escritorio para servir dos copas de vino del decantador de arcilla. Regresa en silencio y me extiende una copa, que tomo entre mis dedos adormecidos, luego vuelve a alejarse y se apoya contra la superficie de madera, desde donde me evalúa con la mirada.

–¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos conocimos?

Niego con la cabeza mientras me llevo la copa a los labios. El vino dulce se desliza por mi garganta, pero no registro su sabor.

–Pusiste los brazos en jarras y, con ese ceño fruncido adorable, dijiste: «Nadie me dice cómo debo comportarme» –continúa, y yo me ahogo con el vino–. Me vi en ti, aún me veo. Obstinada, determinada, apasionada. –Baja la vista a su copa de vino y levanta los hombros con elegancia–. Supongo que puede decirse que te he tomado cariño con los años.

Su confesión despierta un calor en mi pecho, y tengo que apartar la vista para ocultar como sube a mis mejillas. No sé muy bien cómo responder.

–Te estoy diciendo esto porque me importas. Y, como me importas, tengo miedo. Solo veo fragmentos en mi mente. Destellos. Pero esos fragmentos siempre están acompañados por una sensación, algo más esclarecedor.

–¿Y qué sientes? –pregunto, aunque no estoy segura de querer saberlo.

–Nada bueno, dulce anémona. Nada bueno.



SEIS

Salgo por la puerta trasera de La Musa y me apoyo en la áspera pared de piedra a respirar el aire nocturno que calienta mis pulmones. La luna pende del cielo, iluminando el canal que rodea la isla. Todavía escucho la música y las risas desde el interior, aunque amortiguadas. Aquí hay paz.

Suelto un suspiro e intento olvidar las palabras de Calíope que se reproducen sin parar en mi mente. Siempre ha sabido meterse bajo mi piel, leerme mejor de lo que yo misma me leo; como si fuera la flor por la que me nombró y, con pocas palabras, pudiera abrir mis pétalos y ver el pistilo de mi ser. Solo que esta vez sus palabras han dejado una carga pesada en mi pecho.

El ruido de una sandalia arrastrándose sobre la grava rompe el silencio. Mi corazón se dispara al tiempo que, de forma instintiva, me oculto en las sombras contra la puerta de madera. Recorro la superficie rugosa con los dedos, en busca de agarre, mientras la oscuridad me envuelve. Estabilizo la respiración y agudizo los sentidos para escuchar más allá de la emoción apagada de La Musa y de la sangre agitada en mis oídos.

Maldita Calíope, con su habilidad de meterse bajo mi piel.

Mientras me maldigo por estar tan alterada, observo el callejón bajo la iluminación tenue y entorno los ojos al divisar una figura familiar bajo la luz de la luna. El brillo pálido recorre el rostro anguloso de Cuervo, que se aproxima a mi escondite, así que me adentro más en el marco oscuro de la puerta.

La tensión en los hombros de Cuervo despierta mi curiosidad y a las criaturas que habitan en mi estómago, que estiran las alas y las sacuden para llamar mi atención. Ansían desentrañar los secretos escondidos detrás de la mandíbula apretada y de los ojos atentos de este hombre.

Sus movimientos son demasiado deliberados y controlados.

Demasiado familiares.

Imagino que yo debo verme igual en mis visitas clandestinas para ver a mi hermano en palacio. Mis ojos se entrecierran ante esa revelación, y mi curiosidad entierra sus garras más profundamente.

Después de un momento, Cuervo se levanta la capucha, gira hacia una calle angosta en el siguiente edificio, y las sombras se extienden hambrientas para envolverlo conforme avanza.

Dudo mientras oigo alejarse el eco de sus pasos en la noche. No debería seguirlo, debería volver al Aviario, meterme en la cama y dormir bien antes de la ceremonia de Bautizo de mañana.

A mi pesar, me debato en el filo de la indecisión, preguntándome qué lado cortará menos.

Al diablo.

A pesar del deseo lejano de tener un atuendo más apropiado para el espionaje, salgo de las sombras y sincronizo mis pasos con el eco distante de los suyos. Adopto con facilidad el ritmo que he

desarrollado con el entrenamiento y avanzo por los callejones sinuosos, esquivando los charcos de luz que se derraman por las ventanas de los edificios amontonados. Cuervo sigue un camino irregular por las calles laberínticas de los suburbios de Maricious rumbo al lado sur de la isla.

Cuando gira de forma abrupta en una esquina, siento un cosquilleo sutil en las venas, que aumenta hasta llenar mi cuerpo con una descarga de energía. Mi corazón se acelera y golpea como un tambor en mi pecho al ritmo de cada calculado paso. Todas las sensaciones se exacerban y la noche estrellada adquiere colores más vibrantes.

Las sombras se tornan violetas.

Los charcos de luz adquieren un brillo incandescente.

Y, entonces, lo oigo. O, más bien, dejo de oírlo.

Ya no hay pasos delante de mí.

Me detengo al límite del edificio, con los músculos tensos, listos para salir corriendo de inmediato, y me asomo por la esquina.

El callejón está vacío.

Él solo… ha desaparecido.

–Siempre tan curiosa –susurra una voz aterciopelada en mi oído, antes de ser empujada contra la pared–. Me alegra ver que algunas cosas nunca cambian.

Cuervo exhibe una sonrisa burlona mientras usa el antebrazo para inmovilizarme contra la piedra implacable en mi espalda. Me veo obligada a levantar la vista para poder fulminarlo con la mirada.

–¿Cómo lo has sabido?

–Juego a esto desde hace mucho más tiempo que tú.

–Presumir no te sienta bien, Cuervo.

Su risa baja y contagiosa vuela en el aire nocturno.

–Y también combativa como siempre –añade. Su mirada se suaviza al mirarme.

–Y tú sigues siendo tan arrogante como te recuerdo –replico, aunque el tono provocador en mi voz contradice la dureza de mis palabras.

–Ah, pero así es como te gusta, ¿no?

Mi respiración falla cuando tomo consciencia de lo peligrosamente cerca que está su rostro del mío. Tanto que, si me inclino hacia delante, nuestros labios se tocarían.

Demasiado cerca.

Él debe notarlo al mismo tiempo, porque frunce el ceño, retrocede y deja caer el brazo. Me estremezco cuando la ligereza entre nosotros desaparece y recuerdo la última vez que estuvimos en esta situación.

Romperíamos las reglas.

Se me cierra la garganta ante ese pensamiento, que se aloja en un espacio vacío en mi pecho.

Las reglas.

No hacer preguntas. Obedecer las órdenes. Respetar a los maestros. Y, sobre todo, no amar a nadie.

El Aviario las graba en nuestra mente apenas cruzamos el umbral. Hacer preguntas es cuestionar al Aviario en sí mismo. Desobedecer las órdenes demuestra falta de compromiso. Faltar al respeto a los maestros es insubordinación.

Pero amar a alguien es lo peor. Hacerlo cambiaría las lealtades, alteraría las prioridades y eclipsaría los objetivos. Si amaras a alguien, no podrías poner las necesidades del Aviario primero.

Moverías el sol, la luna y las estrellas del cielo para garantizar la seguridad del ser amado.

Al menos, yo lo hubiera hecho.

Pero no era tonta.

Sabía que no podía haber nada entre Cuervo y yo, y él también. Fue por eso que, cuando vimos que nuestros sentimientos habían llegado demasiado lejos, les pusimos fin nosotros mismos.

Fue como cortar las flores más delicadas antes de que pudieran abrir sus pétalos. Pero a veces es mejor aplastar un capullo antes de que crezca y verlo morir porque no puede vivir en la tierra bajo sus raíces.

–¿Vienes conmigo? –La inesperada pregunta interrumpe mis pensamientos y me devuelve al callejón en penumbra.

La sopeso en el aire entre los dos, porque no estoy segura de qué debería responder. Esa pregunta podría ocultar demasiado bajo la superficie. Podría ser una simple invitación o el canto de sirena que me atraiga hacia un camino más peligroso.

Uno rumbo a nuestra destrucción mutua.

Analizo los rincones de su rostro iluminados por la luna, como si los rayos de luz plateada pudieran revelarme la respuesta.

–¿A dónde? –inquiero al no encontrarla.

–Confía en mí.

Y, aun después de todo este tiempo, lo hago.

Y eso que no era tonta.



Frunzo el ceño cuando el capitán del trasbordador atraca en el pequeño muelle de Ioa. Un torrente de confusión ondea dentro de mí, sincronizado con el oleaje que golpea la embarcación. Mientras Cuervo desembarca y paga nuestros billetes, observo la colección de casas humildes de piedra y madera esparcidas por la isla, de donde emanan luces cálidas de algunas ventanas a pesar de la hora. El olor a algas en el aire batalla con el hedor a pescado que hace que frunza la nariz.

–¿Mucho olor para tu olfato sensible, princesa? –se mofa Cuervo. Tengo que luchar contra la reacción visceral de mi cuerpo al escucharlo pronunciar con tanta facilidad el antiguo apodo que tenía para mí.

–No suelo venir a las Islas del Sur –replico con una mirada hostil.

Él suelta una risa grave que vibra en la noche tranquila y marca el camino por las calles serpenteantes de la isla con familiaridad. Lo sigo, tengo demasiada curiosidad como para quedarme atrás.

Al pasar por un enjambre de pequeñas casas de piedra, miro a Cuervo de reojo, sin poder creer que esté a mi lado. Como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero lo ha hecho.

Como si percibiera mi mirada, se gira hacia mí con el esbozo de una sonrisa que no llega a sus ojos.

–¿Lista?

–¿Lista para qué? –pregunto desconcertada.

Él me dedica otra sonrisa antes de acelerar y girar por un camino angosto hacia una casa un poco alejada de las demás. Aun en penumbra, noto que la piedra está menos desgastada y que alguien ha tallado símbolos *goiteía* de suerte y protección en la puerta.

Cuervo levanta la mano y duda apenas un segundo antes de tocar la puerta con un patrón rítmico: dos golpes rápidos, pausa, tres golpes más.

–Cuervo…

La puerta me interrumpe al abrirse para revelar a una mujer mayor, cuyos ojos albergan el calor de un verano en Los Tormentos. La mirada de Cuervo demuestra el mismo cariño, de un modo abierto que nunca se permitiría bajo el escrutinio del Aviario.

De un modo que nunca había visto antes.

La idea crea un nudo en mi estómago. Con el ceño fruncido, tiro de la cuerda para deshacerlo, hacer una bola con ella y arrojarla a los confines de mi mente.

–Mi muchacho –dice la mujer antes de precipitarse a abrazarlo. Justo cuando lo suelta se fija en mí, con una curiosidad que me acelera el pulso–. ¿Y a quién tenemos aquí?

–Ella es El, una amiga –responde Cuervo con facilidad. Entonces, dibujo una sonrisa amigable en mi rostro–. El, ella es Areti.

–Es un placer conocerte, querida –responde Areti–. Vamos, pasad.

Cuervo la sigue sin dudarlo, pero yo dudo, como un espíritu amarrado al umbral. Hasta que un despliegue de niños pequeños lo emboscan y me impulsan a entrar, hipnotizada por la exhibición de calidez y de vida. Cinco niños, llenos de risas y gritos, se amontonan para exigir la atención de Cuervo. Las pequeñas manos y pies se enredan en un caos de afecto que hace que mis ojos se abran más a cada segundo.

La imagen del centinela estoico que conozco de Cuervo desaparece cuando su risa se une a las carcajadas infantiles. Es un

contraste impactante con el Cuervo de mi mente, y me confunde y fascina a la vez.

Él encuentra mi mirada por encima de las cabezas despeinadas de los niños y me habla sin palabras. Es una confesión.

Una ofrenda de paz.

Me doy la vuelta para mirar a mi alrededor en lugar de a él. Una gastada mesa de madera ocupa el centro de la sala, con marcas como recuerdos de infinitas comidas y reuniones. En la esquina más lejana, las llamas de una hoguera danzan en una modesta chimenea, proyectan un halo dorado en los muebles tan queridos y llenan el aire con aroma a humo y salvia. Sonrío al ver las redes, las baratijas y los dibujos que adornan las paredes de piedra y que me recuerdan a mi propia habitación. Excepto que, mientras que yo he intentado convertir mi pequeño santuario en el Aviario en algo que no es, esta casa es un verdadero hogar.

Esto hace que vuelva a mirar al hombre que sigue haciendo alboroto con el grupo de niños.

Conocí a Cuervo poco después de que me enviaran al Aviario, y la tensión entre nosotros fue palpable desde un principio. Él me recibió con un comentario sarcástico y me llamó «princesa mimada», porque, al parecer, actué como una. Sin dudarlo, yo contraataqué llamándolo amargado. Durante los meses siguientes estuvimos en guerra, pero, cuando vio a otro chico empujándome, todo cambió y la enemistad se convirtió en amistad. Con el tiempo, la amistad dio paso a algo más profundo y llegué a confiar en él.

Saber la verdad hizo que el apodo que me había puesto le resultara más divertido.

Sin embargo, a pesar de todos los años que compartimos en el Aviario, nunca supe nada de su pasado que no fuera de conocimiento popular. Nunca pensé que pudiera tener un lugar como este.

Y él nunca me lo dijo.

Algo más punzante se abre paso entre la confusión, se cuela entre mis costillas y me oprime. Mis ojos se posan en el águila que pende de su oreja y solo se apartan cuando una advertencia de Areti resuena en la habitación.

–Muy bien, niños, suficiente. Ya deberíais estar en la cama.

–Una historia, por favor –suplica un pequeño de cabello tan oscuro como el de Cuervo.

–No lo hemos visto en años –lamenta otro.

Areti resopla, cruza los brazos sobre el pecho y mira a Cuervo.

–Ya los has oído, no me han visto en *años* –dice él. Luego se sienta en el viejo sofá, y los niños se agolpan a sus pies, mirándolo con asombro infantil.

Me toco el rostro con disimulo para asegurarme de no estar mirándolo con la misma expresión, lo que hace que Areti se ría por lo bajo mientras pone una taza de arcilla en mis manos. Al sentir el calor que me llega a la piel, bajo la vista para ver el contenido y cierro los ojos al sentir el delicioso aroma a *calda* especiado.

Mientras Cuervo comienza a relatar una historia tan antigua como Los Empyrieos mismos, sobre una ninfa valiente que desafió las dificultades, me siento frente a la mesa. Todos guardan silencio para prestar atención a cada una de sus palabras. La historia no está llena de batallas grandiosas ni de magia increíble, sino que habla de

resiliencia y de un alma solitaria que atraviesa los reinos peligrosos para encontrar su hogar.

Un dolor crece en el vacío de mi pecho ante la historia y la escena que se despliegan frente a mí. Sé lo que se siente al estar perdida, vagar por un mundo que parece familiar y desconocido al mismo tiempo. Pero, a diferencia de la ninfa de la historia de Cuervo, yo no tenía la libertad de salir a buscar mi hogar.

El Aviario te clava sus garras afiladas hasta los huesos, hasta que te fusionas con él y ya no puedes diferenciar qué es parte de tu propia esencia y qué no.

El viaje de la ninfa deja su eco en mi mente después de que la historia termine y Areti anuncia que es hora de dormir para los niños. Cuervo se levanta, dibujado por el brillo de la chimenea, y se sienta en la silla vacía a mi lado.

–No sabía que tenías familia –digo en voz baja, mientras veo cómo los niños representan las escenas y Areti los guía hacia la puerta al fondo de la sala.

–No la tengo –responde, y yo frunzo el ceño a la espera de que continúe–. Pero Areti es lo más cercano a una familia.

–¿Cómo la conociste?

–Me encontró mojado en la orilla de Ioa. Siempre está acogiendo a los desamparados e intentó cuidarme por un tiempo. –Sacude la cabeza, con el indicio de una sonrisa afectuosa. Esta noche, lo he visto sonreír más que en todos los años desde que lo conozco–. Pero creo que supo que necesitaba más de lo que ella podía ofrecerme, así que me llevó al Aviario.

–No tenías por qué traerme –digo, porque siento que he invadido algo privado, algo sagrado.

–Lo sé. Podría haberte perdido en un segundo en Maricious. –Su sonrisa se volvió provocadora.

–Si eres tan hábil, ¿por qué no lo hiciste? –replico con sarcasmo.

–Porque quiero que mañana recuerdes lo que hacemos. –Su voz pierde el tono provocador–. Quiero que recuerdes que no se trata de nosotros, sino de nuestra gente. *De tu gente.*

Mi mirada se desvía hacia la puerta por la que han desaparecido Areti y los niños. El peso de sus palabras cae como un manto sobre mis hombros y, mientras el fuego se reduce a brasas, me pregunto si alguna vez estaré lista para cargarlo.



SIETE

La luz del sol se derrama sobre mi rostro a través de la ventana de mi habitación, anunciando temprano la llegada del Día del Bautizo.

Después de las revelaciones de anoche, di vueltas en la cama, distraída por la posibilidad de por fin cruzar el mar de Solorai como siempre soñé. Solo que las advertencias de Calíope y de Cuervo añadieron un amargo sabor de anticipación.

Volví a casa después de la aventura con Cuervo, así que sé que hoy también me espera un interrogatorio de Nyssa. Mientras resoplo al pensar en eso, pateo las sábanas y me obligo a levantarme y arrastrar los pies hasta el armario.

Cuando volví anoche, mi túnica ceremonial colgaba de la puerta, lavada y almidonada por el silencioso personal del Aviario. Las prendas están hechas con las mejores telas en el más puro blanco y con el estilo tradicional de nuestro pueblo: un quitón largo hasta el suelo, con un patrón intrincado de filigranas y pequeñas aves cantoras bordadas en dorado y plateado a lo largo del dobladillo y de las argollas alrededor del cuello. Sobre el quitón hay una túnica con capucha del mismo color, con el mismo patrón de aves bordado

en los bajos. Aunque no tiene la delicadeza del estilo moderno que llegó después de la Guerra de los Dioses, es un traje hermoso.

La intranquilidad que ha estado creciendo los últimos días se hace notar mientras contemplo el bordado. La advertencia de Calíope resuena en mi mente y hace que me pregunte si estoy preparada para levantar el vuelo y dejar atrás la seguridad de Los Tormentos.

Un repiqueteo agudo en la ventana me arranca de mis pensamientos y una sonrisa se despliega en mi rostro al ver las alas blancas que revolotean detrás del cristal. Con una risotada, me apresuro a abrir la ventana para que Tizne la atraviese como una flecha a toda velocidad. Da una vuelta por la habitación antes de aterrizar sobre el escritorio, donde sacude las alas con motas negras e inclina la cabeza para mirarme con un ojo perlado.

Kal y yo encontramos a Tizne cuando era un polluelo y no reconocimos que era un halcón hasta que creció y cambió el plumaje. Cayó del nido por la chimenea del palacio, así que su plumaje blanco se había teñido de negro con el hollín ya apagado. Por eso Tizne nos pareció un nombre apropiado para nuestro nuevo amiguito emplumado.

Al principio intentamos devolverlo a su nido con su familia, pero, cuando Kal casi se cae de una de las torres del palacio, decidimos conservarlo. Juntos nos ocupamos de alimentarlo y de entrenarlo para que llevara nuestros mensajes secretos, pero, para disgusto de Kal, Tizne prefería pasar la mayor parte del tiempo conmigo.

Ahora, Tizne extiende una pata en la que veo un pergamino pequeño sujeto con un cordel. Después de retirar la nota, rasco las plumas de la espalda de mi amiguito, justo entre las alas.

–Niño listo –canturreo y lo premio con unos trozos de pescado seco, que le inspiran un graznido satisfecho.

Desenrollo el pergamino y sigo las letras arremolinadas con los dedos. Los trazos de pluma de Kal calientan mi corazón.

Jardines del este en media hora.

Dejo el papel y me apresuro al armario a ponerme un par de pantalones de algodón blanco y una blusa a juego. Me recojo el cabello en una trenza (aún castaña, ya que raza vez que saco el pendiente de *goiteía*) y extiendo la túnica con capucha sobre mis hombros. Tras un instante de dudas, también cuelgo la daga del cinturón y la oculto bajo la túnica.

Al terminar, le echo un vistazo a Tizne, que está picoteando los últimos restos de pescado. Él ladea la cabeza otra vez y parpadea despacio.

–¿Quieres ser mi segundo par de ojos?

Responde con un graznido agudo, que puedo jurar que significa «obvio». Si las aves pudieran poner los ojos en blanco, Tizne lo haría, y con frecuencia. Sonrío y aparto la cabeza cuando se lanza con un aleteo salvaje para aterrizar en mi hombro. Sus garras atraviesan la tela, pero, más allá de sobresaltarme, provocan una sensación de bienestar en mi interior.

A pesar de que es temprano, salgo de la habitación a hurtadillas y atravieso el Aviario con cuidado. Nunca es demasiada precaución cuando estás en un edificio lleno de espías. El instinto me guía por los pasajes cubiertos de sombra hasta el límite de Vinta, la pequeña

isla en la que está emplazado el Aviario. Doblo la última esquina del edificio, y Santora aparece a la vista.

Debo tener cuidado estando tan cerca de la isla real. A pesar de ser hija del rey, el Águila ha dejado claro que no debo tener contacto con mi antigua vida mientras siga en el entrenamiento, porque eso podría comprometer mi habilidad como Ave Cantora. Además, existe el pequeño detalle de que todos creen que estoy en la Isla de los Vientos. En la superficie, obedezco las reglas, pero Kal y yo amamos romperlas.

Me agacho en las sombras de la mañana para mirar el camino frente a mí. Un chasquido de la lengua le indica a Tizne que levante el vuelo sobre la calle adoquinada y aterrice en el puente que se eleva sobre el agua. Desde allí, mira de un lado al otro antes de emitir un solo graznido.

El camino está despejado.

Entonces, salgo de mi escondite y atravieso la calle y el puente corriendo. Tizne se adelanta para ir como centinela.

Los cambios se hacen evidentes en cuanto pongo un pie en la isla. Las calles de perfecto adoquinado están surcadas por hileras de casonas blancas inmaculadas, casas de la alta sociedad de Los Tormentos, y en sus pequeños jardines abundan los árboles cítricos y las buganvillas en flor. Corro de una calle a otra, avanzando a paso firme hacia los muros acechantes del palacio.

Al divisar la puerta del este, me oculto detrás de una maceta con un albaricoquero para observar a los guardias apostados a cada lado. Mientras lo hago, un tercer guardia se acerca. Es alto, fornido y viste el mismo uniforme oficial que los demás, pero el himatión cerúleo que cuelga de su hombro lo identifica como uno de los

guardias reales. Los otros dos hombres lo saludan antes de marchar hacia el interior y que el guardia real ocupe su puesto. Imagino que esto es parte del plan de Kal, así que me levanto y me apresuro hacia la entrada. El hombre no se mueve, y me tomo la mínima curvatura de sus labios como una buena señal.

Seguro que cree que estoy aquí para algo muy *diferente.*

La idea me da escalofríos, así que la borro de mi mente antes de atravesar la puerta.

Como siempre, mis pies dudan cuando cruzan el umbral, y la imagen frente a mí me corta la respiración.

El Palacio de Los Tormentos.

Un camino pavimentado atraviesa los impecables jardines en dirección a un arco de columnas de piedra con intrincados tallados. Las torres blancas del palacio resplandecen con la luz de la mañana, con el fondo azul y lila del cielo y banderas cerúleas que ondean al viento. Cientos de ventanas reflejan los rayos del sol saliente. El recuerdo de intentar contarlas con Kal cuando éramos niños me provoca una sonrisa nostálgica.

Tizne se adelanta otra vez, entonces aparto la vista de las ventanas y lo sigo a través de los setos ornamentales y los arbustos altos y que han ocultado mis visitas clandestinas de ojos curiosos durante los últimos siete años.

De repente, una mano me toma de la muñeca, me arrastra por una esquina y me lleva bajo la sombra de un seto esculpido a imagen de mi bisabuelo, el rey Cadmo. Sin pensarlo, desenfundo la daga y la apunto a la garganta de mi atacante, pero mi estómago se desploma y apenas alcanzo a apartarla al encontrarme frente a los brillantes ojos color ocre de mi hermano.

–¿Intentas hacer que nos atrapen? –exijo, al tiempo que le doy un golpe en el hombro y enfundo la daga con la otra mano–. ¿O que te *mate*?

–Me sorprendes, Aella, no creí que te asustaras tan fácilmente –bromea Kallias.

Resoplo fingiendo irritación, pero él ve a través de mí, como siempre, y sonríe con sorna antes de envolverme en un abrazo.

–He oído que hoy es la ceremonia de Bautizo y quería ver cómo estabas –confiesa Kal, por lo que me sacudo para liberarme y lo miro con una mueca. Él se ríe–. Nada bien, ¿eh?

–Siento que están sucediendo demasiadas cosas a mi alrededor, pero que soy ajena a todo. –La confesión sale con facilidad para poner en palabras lo que me lleva molestándome desde anoche–. Parece que todos saben cosas que me involucran antes que yo. Odio no saber qué esperar.

Kal se pasa una mano por las ondas de cabello oscuro y suelta un suspiro.

–Hay mucho de eso por aquí ahora –dice con una mirada hacia el palacio. Sus palabras clavan las garras en mi aprehensión, como aves de presa que arrancan carne de un esqueleto, y hacen que frunza el ceño al añadir preocupación por mi hermano a lo demás.

–Hay algo que te está preocupando, ¿de qué se trata?

–No estoy seguro. Padre ha estado ausente, recluido en su estudio y reuniéndose con ese buitre que te llevó lejos de aquí. Y, aunque algún día reinaré en su lugar, no confía en mí. He intentado hacer que hable conmigo, pero me manda callar y dice que no es nada por lo que yo deba preocuparme. Pero lo siento, Aella. Se percibe la tensión al estar cerca de él, como si fuera una serpiente enroscada,

esperando para atacar. Los sirvientes también lo notan; no quiero imaginar los rumores que estarán difundiendo.

Con el corazón partido en dos, me inclino para ver cómo Tizne se posa en la corona verde del seto del rey Cadmo, con la cabeza emplumada atenta. Me invade un torrente de emociones: dolor, culpa y rabia.

Mucha rabia.

Antes de que nuestro padre me enviara lejos con el Águila, Kal y yo creíamos que siempre íbamos a estar el uno para el otro. Fuimos inseparables desde que aprendí a gatear, unidos como ladrones merodeando por el palacio y sus tierras. Pero eran fantasías, ignorancia infantil, que fue aplastada por una realidad mucho más lúgubre.

–¿Recuerdas cuando creíamos que le propondría matrimonio a la horrible lady Cynthia? –pregunto cuando una idea comienza a tomar forma en mi mente. La arruga en el ceño de Kal se profundiza.

–¿Y luego irrumpimos en su estudio para encontrar pruebas?

–¿Crees que ya es hora de repetirlo? –sugiero, y la sonrisa que se despliega en su rostro remienda la grieta de mi corazón. No toda, pero casi.

Tizne chilla desde arriba: se nos ha acabado el tiempo.

–Debo irme –digo, pero lo lamento de inmediato. Odio no poder darle a Kal el apoyo que necesita con desesperación, pero ambos fuimos condenados a navegar por este mundo solos.

–Lo sé, pero nos volveremos a ver. ¿Después de la ceremonia? –Aunque lo formula como una pregunta, su tono no puede ocultar su temor a que esta sea la última vez que nos veamos.

Esta vez soy yo quien lo envuelve en un abrazo y aprieta con fuerza.

–Después de la ceremonia –murmuro.

Alejarme de él no duele menos con el paso del tiempo, en especial cuando no estoy segura de lo que me depara el futuro.



Formamos filas de a dos frente a las puertas ornamentadas del salón, todos con los mismos trajes ceremoniales, como el que encontré antes colgado en mi habitación. La tensión en el aire es tan densa que podría cortarse con un cuchillo.

Recibimos instrucciones precisas del orden en el que debíamos formarnos para la ceremonia; yo estoy al fondo, con Nyssa a mi derecha. Siento cómo me lanza miradas furtivas, pero mantengo la mirada al frente, fija en el intrincado tallado de la madera.

Las puertas se abren con un chirrido que corta el silencio, repta por mi espalda y me eriza la piel. Mientras nuestros compañeros avanzan, respiro hondo y me armo de valor para seguirlos.

Esta es la primera vez que entro en el salón ceremonial en todos los años que he pasado en el Aviario. Es una cámara rectangular, con columnas de piedra a lo largo de las paredes, que se encuentran con un techo que ha sido convertido en lienzo. La pintura representa la historia de Los Tormentos y el surgimiento de nuestra orden; la historia de un reino y sus secretos, capturados por una mano experta.

Hay varios Búhos de pie contra la pared más lejana, vestidos con túnicas ceremoniales como las nuestras y con los rostros ocultos bajo profundas capuchas. Los últimos rayos de sol brillan a través de las ventanas arqueadas del muro occidental, iluminan el polvo en el aire y proyectan charcos dorados en el suelo de mármol pulido. En el centro del salón hay un estrado circular, con un pedestal dorado con forma de águila en vuelo. Las alas desplegadas del águila soportan el peso de un libro antiguo.

El *Libro de los nombres.*

El libro que registra la identidad de todas las personas que han entrado en la orden y que, después de hoy, también incluirá el mío.

Aparto la vista del libro y dirijo la atención hacia el hombre de pie junto a él.

Lord Amon Malis. *El Águila.*

Respiro por la nariz para combatir el impulso de apretar los puños por la amargura que brota como bilis en mi garganta.

Las facciones del hombre son afiladas como el cristal; los ojos, insondables como un cielo nocturno sin alma; el cabello negro cae trenzado sobre la espalda de la túnica ceremonial dorada. Cuando esos ojos vacíos se posan en mí, un escalofrío no solicitado baja por mi espalda.

Las dos filas se dividen como en una danza coreografiada, en la que los doce formamos alrededor del estrado circular. Cuando llegué al Aviario éramos dieciocho, pero un tercio del grupo ha desaparecido con el paso de los años. Después de no obtener respuestas y de infinidad de castigos, todos memorizamos la primera regla.

No hacer preguntas.

Esperamos juntos, conteniendo la respiración. Mi corazón golpea contra mis costillas mientras me esfuerzo por mantener una expresión neutral y la espalda erguida. Con el paso de los eternos minutos, la tensión adquiere un peso letal.

Hasta que, finalmente, el Águila rompe el silencio.

–Cada uno de vosotros ha sido elegido para estar aquí hoy. –Su voz de acero resuena en la sala, como el rugido metálico de espadas en medio de una batalla–. Como Polluelos, habéis sido educados, guiados y entrenados en nuestra orden, y ha llegado la hora de que despleguéis vuestras alas. Hoy no solo es un reconocimiento de vuestros logros, también es la última prueba de vuestra dedicación y lealtad hacia nuestro reino. Todos beberéis del Kylix del Águila y, si el gran dios Noto os considera dignos, seréis registrados en el *Libro de los nombres*. A partir de hoy, ante la mirada atenta del Aviario, dejaréis atrás vuestras vidas pasadas y comenzaréis de nuevo.

Mi parte disidente está tentada de preguntar qué pasará si Noto no nos considera dignos, de cuestionar cómo se nos juzgará si desapareció hace siglos. Por suerte, logro controlar la lengua.

–Polluelo, pronuncia tus votos –dice lord Malis, con la mirada fija en un punto a mi derecha.

Mi cuerpo se tensa cuando Mateo avanza, con la cabeza en alto, y habla con voz firme.

–Desde este día, ante la mirada de Noto, dios de las tierras y el viento del sur, Portador del Verano, entrego mi vida y mi lealtad al Aviario y a Los Tormentos. Juro ser los ojos del Águila y el viento bajo las alas de nuestra orden. Desde hoy y hasta mi último día.

Un Búho se adentra en el círculo, sujetando un *kylix* grande por las asas, y se acerca a Mateo. Mis ojos se entrecierran cuando un

poder palpitante emana del recipiente, y las marcas desconocidas talladas en su superficie dorada, diferentes a cualquier *goiteía* que haya visto antes, me provocan escalofríos.

Tras un instante de duda, Mateo extiende las manos hacia las asas y se lleva el recipiente a los labios. Cierra los ojos al tragar, y los demás contenemos la respiración y lo observamos sin que se escape ni un susurro.

Desde el estrado, lord Malis levanta la vista de las páginas del libro, con el indicio de una sonrisa en los labios.

–Bienvenido al Aviario, Petrel. Que tu vuelo sea largo.

Mateo vuelve a su lugar en el círculo y despliega una sonrisa gigante cuando nuestras miradas se encuentran. Correspondo a su sonrisa, con un alivio que libera parte de la tensión que me ha estado agobiando. Sigo observando en un silencio estoico cómo lord Malis continúa con la ceremonia. Mientras mis compañeros pasan uno a uno para recibir sus nombres, me pregunto por un momento cuántas especies de aves hay en estos reinos.

De repente, un grito agudo atraviesa el aire e interrumpe ese pensamiento.

El Búho arranca el *kylix* de las garras de Luci, quien se lleva las manos a la garganta con tanta desesperación que se desgarra la piel. Suelta otro grito ahogado, comienza a brotar sangre de su boca y se desploma.

Todos la observamos en un silencio horrorizado que nos deja congelados en el suelo de mármol mientras ella cae inconsciente.

–Una pena. –Las palabras mordaces del Águila atraviesan la habitación, abren un agujero en mi corazón y me dejan sin aire.

Cuando aparto la mirada de Luci, me encuentro con sus ojos negros fijos en mí–. Continuad.

A mi lado, Nyssa tiembla junto al cuerpo inerte de Luci, y su piel cálida se vuelve pálida antes de recitar sus votos y aceptar el recipiente con manos temblorosas. Contengo la respiración mientras bebe del *kylix* y solo la dejo ir cuando lo devuelve y parece ilesa; el aire escapa de mis pulmones irritados en un suspiro de alivio.

Está bien. Nyssa está a salvo.

Y, entonces, el Búho se me pone delante.

–Polluelo. –La voz de lord Malis me obliga a mirarlo. Hay algo en ella, como si me retara a rechazar mi destino. Como si me retara a darle una excusa para castigarme y ponerme en mi lugar. Odio su forma de mirarme, como si siempre esperara algo. De todas formas, enderezo los hombros, levanto el mentón y sostengo su mirada insondable–. Pronuncia tus votos.

Las palabras brotan con una fuerza que me llena de orgullo. Al terminar, acepto el *kylix* y bebo hasta la última gota. Los pensamientos corren por mi mente cuando la magia repta por mi cuerpo, baja por mi garganta y se cuela en mi torrente sanguíneo para intentar desentrañar cada uno de los secretos en todos los rincones recónditos de mi alma.

Tal vez yo sea la próxima en caer muerta. Tal vez el *goiteía* tallado en el *kylix* me encontrará indigna y tomará mi vida como castigo. Me contengo de jadear cuando el poder se agita dentro de mí, se eleva como una ola sobre la costa y arrasa con todo mi ser. Aplasta la sensación de inquietud con tanta fuerza que la magia del *kylix* se desintegra.

Sigue un momento de silencio tenso, en el que me niego a romper el contacto visual con el Águila. Me niego a permitir que el más mínimo ápice de la confusión que se agita dentro de mí atraviese mis defensas.

Con el tiempo, la sensación se desvanece por completo, y lord Malis baja la vista. Respiro hondo, aliviada, cuando el sonido de una pluma contra pergamino atraviesa el resonar de mi corazón en mis oídos.

–Bienvenida al Aviario, Estornino. Que tu vuelo sea largo.



OCHO

Estornino.

Me repito el nombre una y otra vez, tendida en la cama, con la mirada perdida en el dosel.

Lo saboreo.

Lo detesto.

Le doy la vuelta de un lado al otro para examinar cada letra y sílaba, sin definir si la emoción que evoca supera la pena.

¿Cómo se supone que debes reaccionar cuando te dicen que dejes atrás la vida que conoces? ¿Que la abandones como una prenda vieja y harapienta en favor de una nueva y reluciente?

Lo más probable es que debas estar lleno de orgullo y de emoción, pero yo siempre he visto esta nueva prenda por lo que es: la tela más fina, pero bordada con cristales rotos esperando a clavarse en mi garganta.

La imagen del cuerpo de Luci tendido en el suelo de mármol reaparece en mi mente. El sonido de sus sollozos ahogados y las palabras frías e insensibles que siguieron resuenan dentro de mi mente.

«Una pena».

Estoy más que familiarizada con la brutalidad del Aviario, y he sido blanco de la ira de lord Malis incontables veces. He pasado días encerrada en celdas, sin comida ni agua como castigo, y me han esposado con grilletes infundidos de *goiteía*, que me quemaba la piel y me hacía sentir enferma y vacía. Lo he resistido todo en el nombre de ganar resiliencia y aprender obediencia.

Con el paso de los años, ambos han mermado, reemplazados por una furia que se cuece a fuego lento.

Alguien llama a la puerta, así que, con un suspiro, me levanto de la cama y arrastro los pies para abrir. Pero me quedo helada al encontrarme con un par de ojos imponentes de color miel.

–Cuervo. –Ajusto la ropa de dormir sobre mí, con un escalofrío ante la forma en la que él sigue mis movimientos–. ¿Qué haces aquí?

–Necesito que vengas conmigo.

Espío sobre su hombro y frunzo el ceño al ver a Nyssa en el pasillo detrás de él, también vestida con ropa de dormir. Le alzo una ceja interrogativa, a lo que responde encogiéndose de hombros. No sabe más que yo.

–¿Puedo vestirme?

–No es necesario –responde Cuervo sobre su hombro, porque ya se está alejando por el pasillo.

Cierro la puerta antes de seguir a mi amiga.

–¿Tienes idea de qué se trata, Gorrión? –Es extraño llamarla por su nuevo nombre. Siempre será Nyssa en mi corazón y en mi mente, sin importar lo que ordene el Aviario.

–De todas las aves del reino, tenía que llamarme como la más sosa. ¿Por qué no podía ser yo estornino? ¿O halcón?

–Creo que es bonito.

De reojo, veo cómo Nyssa gira la cabeza despacio para asesinarme con la mirada.

–Ninguna mujer de sangre roja quiere que piensen que es bonita, Aella.

–Podría ser peor. –Me encojo de hombros y me muerdo los labios para no reír.

–¿Por ejemplo?

–Oí que hay una especie de ave común en Reveza que se llama «guarrilla».

Nyssa se cubre la boca para silenciar una carcajada.

–Tú ganas, prefiero mil veces Gorrión.

Cuervo nos guía escaleras arriba. Siguiéndolo, mi mirada recorre su espalda, la camisa suelta que no alcanza a ocultar sus hombros anchos ni la cintura definida. Mis ojos siguen bajando, hasta notar como los músculos de su trasero se tensan con cada paso, dibujados por los pantalones de cuero negro. Nyssa se ríe con complicidad, así que le lanzo una mirada de advertencia y le doy un codazo en las costillas para asegurarme.

Finalmente, Cuervo se detiene frente a una puerta ornamentada con un águila y cualquier rastro de diversión se convierte en amargura. Como si percibiera mi cambio de humor, Cuervo me dedica una mirada de advertencia antes de llamar a la puerta. Tras una pausa breve, la abre y nos guía adentro.

El aire de la habitación en penumbra de lord Malis huele a libros viejos y a pergamino. La luz de las velas ondea sobre la biblioteca de

madera y proyecta sombras en las paredes. Los estantes están cargados de reliquias antiguas y de manuscritos, con el peso de siglos de historia en cada página desgastada y amarillenta, que hace que me pregunte cómo tantas curiosidades han llegado hasta esta habitación en nuestro reino fragmentado.

Luego, mi mirada se detiene en lord Malis, quien levanta la vista del escritorio y sonríe con malicia mientras señala las cuatro sillas frente a él. Alondra, que ya ocupa una de ellas, levanta las cejas mientras me siento a su lado. Cuando Cuervo y Nyssa también se sientan, lord Malis nos mira a cada uno con intensidad, en forma de silenciosa advertencia de que cualquier desobediencia llevará a un castigo.

–Gorrión. Estornino. –Su mirada insondable se fija en mí y me eriza la piel–. Gracias por venir tan tarde, pero estoy seguro de que comprenderéis la gravedad de la situación cuando os asigne vuestras tareas.

Nyssa y yo nos sentamos en silencio, esperando a que continúe. La advertencia de Calíope de anoche ruge en mi mente y me lleva a aferrarme al borde del asiento para intentar aplacar la sensación fatídica que me invade.

–Como sabéis, Cuervo y Alondra han llegado de una misión en Eretria, lo que se desconoce en la orden es el objetivo de dicha misión. Hace un año, una de nuestras Aves Cantoras nos informó que el rey de Eretria se había hecho con un arma tan letal que podría ser el final del mundo tal y como lo conocemos. Después de esa primera misión, perdimos comunicación con el Cantor, por lo que debemos suponer que fue capturado.

Lord Malis se levanta, camina hacia la ventana y contempla el abismo de oscuridad mientras continúa.

–Son pocos los que recuerdan cómo era nuestro reino antes de la Guerra de los Dioses. La destrucción y el derramamiento de sangre han devastado nuestras tierras y, aunque ya no estamos en guerra, la hostilidad entre los reinos se ha incrementado con el tiempo. La tensión se está elevando a lo largo de Los Empyrieos, y los cantos que hemos escuchado nos llevan a pensar que la guerra podría dejar de pertenecer solo a los libros de historia. El rey Dédalo está envenenado por la codicia y se presenta como un visionario que reunirá a los cuatro reinos bajo una misma corona. Con este arma en sus manos, Eretria tiene ventaja sobre los otros reinos y no podemos permitir que su idea de formar un solo reino con un solo rey se haga realidad.

Hace una pausa para volver a nosotros.

–En una semana, acompañaréis a Cuervo y a Alondra a Eretria. La Bandada Alfa viajará a la capital, Vilea, con el objetivo de infiltrarse en la corte y recuperar el arma. No es necesario que enfatice la importancia de que la misión sea exitosa. El destino de nuestro reino depende de ello.

Mantengo una expresión neutral a pesar del impulso de fruncir el ceño. ¿Qué clase de arma tiene el poder de inclinar la balanza en una guerra?

–¿Cuál es el arma, milord? –pregunta Nyssa como si fuera la voz de mis pensamientos.

–Aún no se ha determinado. La Bandada Alfa ha conseguido determinar su ubicación probable, pero no ha podido acercarse lo suficiente para definir qué es lo que están ocultando con precisión.

Mientras que tú y Estornino os encargáis de las tareas de infiltración y distracción, el resto de la Bandada se ocupará de encontrar el arma y robarla.

–Y cuando lleguemos al arma, ¿cuál será el plan para sacarla de allí? –pregunto, al tiempo que todos los posibles riesgos se reproducen en mi mente.

–Cuervo y Alondra os dirán los detalles. Eso es todo, podéis iros.

Los cuatro inclinamos la cabeza con respeto y nos levantamos para salir. Al llegar a la puerta, lord Malis vuelve a hablar.

–Estornino, concédeme un momento.

Nyssa me mira con preocupación, pero sigue a Cuervo y a su hermano hacia el corredor mientras yo doy la vuelta. Esta vez no recibo indicaciones de tomar asiento, así que permanezco de pie, con las manos unidas en la espalda. Lord Malis se reclina en la silla, evaluándome con ojos insensibles. Luego coge una pequeña daga, que golpetea contra la palma de su mano. Yo me armo de valor para no mostrar reacción frente a la intensidad de su escrutinio durante los segundos eternos hasta que por fin habla.

–¿Sabes por qué te recibí en el Aviario?

La pregunta me pilla por sorpresa.

Aunque es retórica, porque ambos conocemos la respuesta. Él no solo es la autoridad máxima del Aviario, sino que esa posición lo convierte en consejero de la Corona.

–Porque mi padre quería deshacerse de mí, Águila.

Me esfuerzo por mantenerme firme cuando se levanta de la silla y se acerca, y mi atención se debate entre su rostro y la daga que aún tiene en la mano.

–Así es. Y, cuando me consultó al respecto, no pude dejar pasar la oportunidad de tener a la sangre real de Los Tormentos aquí, bajo mi control. Las posibilidades y lo que podría lograr contigo eran infinitas. –Me rodea y, cuando desaparece de la vista, la adrenalina se dispara dentro de mí. El metal frío toca mi cuello antes de que él continúe, susurrándome al oído con un cariz hambriento. Ambicioso–. Me pregunto qué más brotaría de ti si te cortara la garganta ahora mismo.

Como si respondiera a la pregunta, se desata una tempestad dentro de mí, destructiva y llena de furia.

Me obligo a aplacar la sensación, y agradezco en silencio a los cuatro Anemoi que él se encuentre detrás de mí y no pueda ver el esfuerzo en mi rostro. Convierto mi expresión en aceptación cuando la hoja fría abandona mi garganta, antes de que lord Malis vuelva a girar frente a mí.

–Tendrás un papel especial en esta misión y tienes que estar preparada.

Se acumulan palabras punzantes en la punta de mi lengua. Afiladas como fragmentos de cristal roto. Pero me las trago, con una mueca de dolor cuando me raspan la garganta al bajar.

–Haré lo que el Aviario necesite, Águila –respondo en su lugar.

Una sonrisa cruel curva los labios pálidos del hombre. Está satisfecho con la respuesta, como si creyera que por fin me ha doblegado, que ha diezmado a la persona que alguna vez fui.

No podría estar más equivocado.

–Representarás el papel de… –hace una pausa para alargar el momento, como una serpiente antes de atacar–, la princesa Aella Sotiría de Los Tormentos.

Parpadeo despacio.

Lo sabía.

Sabía que había una razón para todo esto, para que me uniera al Aviario, para que no me tiñera el cabello, para que un señuelo, mi señuelo, llevara una vida falsa entre los acólitos.

A pesar del esfuerzo por tranquilizarme, sus palabras son como un golpe físico, por lo que me clavo las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza que estoy segura de que las hago sangrar. Solo sé que no puedo respirar y que quiero gritar. Sin embargo, a pesar del caos dentro de mi mente, mantengo la expresión ensayada de aceptación pasiva.

No le dejaré ver bajo mi presencia. No le dejaré tener más poder sobre mí.

–Como el Águila ordene –digo, inclinando la cabeza.

No paso por alto el destello de decepción que atraviesa sus ojos. Por supuesto que el maldito quería que doliera. Pero me niego a darle esa satisfacción.

–Mañana por la noche, el rey dará una celebración por tu regreso a Los Tormentos. –Se ríe por lo bajo antes de seguir–. Recibirá a un dignatario de Eretria, un lord prominente de su corte real, y debes darle una buena impresión. Eso te dará crédito cuando llegues allí.

–¿Por qué? –la pregunta escapa antes de que pueda evitarlo, pero, por fortuna, él está muy ansioso por explicarlo.

–Porque competirás en las Pruebas Reales de Eretria para convertirte en esposa del príncipe.

Mi garganta se cierra ante la petulancia en su tono. Intento tragar, pero mi garganta está seca como el desierto. Me domina el deseo repentino de lanzarme hacia él, arrebatarle la daga y borrar esa

expresión de satisfacción de su rostro. De pintar las paredes cubiertas de manuscritos con su sangre carmesí.

Cojo aire y parpadeo para borrar la visión grotesca.

–¿Y qué hay de mi señuelo?

–Nos estamos ocupando de ella –responde con un brillo siniestro en los ojos que me hace estremecer–. Entonces, ¿he sido claro?

–Sí, Águila. Daré lo mejor de mí.

–No *darás lo mejor*, ganarás.

Los límites de mi visión se nublan antes de recuperar el foco y ver cualquier esperanza para el futuro desvanecerse, arrasada por sus expectativas. Ganar no solo implicará que me encuentre atrapada en una vida junto a un príncipe extranjero, sino que me convierta en la marioneta del Águila a distancia.

Un destino del que no tendré escapatoria.

–No me decepcionarás, Aella. –Su voz gélida atraviesa mis acelerados pensamientos, pero son las siguientes palabras las que destruyen mis defensas mentales–. Recuerdas lo que pasa cuando me decepcionas, ¿verdad?

Una serie de imágenes domina mi mente antes de que pueda fortalecer mis defensas.

Tablas de un bote destruido… burbujas que brotan a la superficie de un canal oscuro y hambriento… una mano demasiado pequeña que asoma del agua… y desaparece.

El aire escapa tembloroso de mis pulmones. Parpadeo rápido para despejar la vista, mientras giro mi anillo para que me ayude a concentrarme.

–Me alegra que aún tengas claro lo que está en juego. Odiaría perder a Nyssa, es una Cantora prometedora, a fin de cuentas. –Su

sonrisa es tan maliciosa como sus palabras, y sus dientes brillan a la luz de las velas–. Si tienes éxito, permitiré que se quede allí; necesitarás una criada o dos.

–Muy considerado, Águila.

–Puedes irte.

Agacho la cabeza otra vez y me obligo a dar la vuelta y salir controlando el paso, cuando lo único que quiero es correr. Quiero desahogar en gritos mi rabia a la luna solitaria en el cielo.

Pero no lo haré.

No puedo hacerlo.

El mensaje del Águila ha sido claro: si fracaso, Nyssa lo pagará.

Si ella es la jaula con la que ha elegido encerrarme, con gusto me mantendré prisionera el resto de mi vida. Haré lo que sea por mantenerla a salvo.

Llevo la rabia al fondo de mi mente, la entierro entre las sombras que viven allí y la guardo donde nadie más la encontrará.

Con suerte, tampoco yo.



Sin pensarlo, me encuentro en el tejado del Aviario. Entre pensamientos caóticos y con los ojos perdidos; los pies me trajeron hasta aquí, siguiendo el mismo camino que han recorrido infinidad de veces, ya se ha grabado en mi subconsciente.

El cielo nocturno es un manto sin fin de terciopelo negro, con las estrellas ocultas por una tormenta inminente. La luna asoma tras

una nube, proyecta un brillo inquietante sobre Los Tormentos y derrama su luz plateada por las aguas movedizas del mar de Solorai.

–No es sorprendente que todos se hayan ido –susurro hacia la luna, pensando en los Anemoi y en sus descendientes, que se esfumaron después de la Guerra de los Dioses hace siglos. Supongo que no me sorprendería saber que eligieron dejar este mundo atrás antes que caminar entre nosotros como lo hicieron alguna vez. Los tycheroi podemos ser volubles y crueles, por lo que me pregunto si hemos sido una decepción para nuestros creadores. Tal vez se marcharon después de la guerra porque les afligía demasiado ver a su gran reino destrozado y a los habitantes que habían creado masacrándose unos a otros.

Porque estaban avergonzados de nosotros.

De sí mismos.

Pienso que no hemos hecho más que empeorar con el paso de los siglos. Solo que, ahora, en lugar de hacer la guerra abiertamente, lo hacemos en secreto, con trucos y engaños.

Pero si hemos sido creados a imagen y semejanza de los dioses, como dicen las historias, tal vez esto era lo que ellos querían. Tal vez nos observan desde lejos, entre risas, a la espera del próximo giro de los acontecimientos. Después de todo, la Guerra de los Dioses comenzó con ellos.

Dejo de lado esos pensamientos traicioneros al escuchar el roce suave de pasos por debajo de mí. Todos en el Aviario se mueven sin hacer ruido, así que valoro el hecho de que quienquiera que se aproxime tenga la cortesía de hacerse notar.

Pasa un momento antes de que Cuervo se siente a mi lado en el voladizo del tejado. No dice nada, solo mira a la distancia, en

silencio.

¿Él lo sabía? No me sorprendería. Tal vez de eso trató su advertencia oscura de anoche. El Águila siempre ha tenido preferencia por él, tanto que algunos lo mencionan como su hijo adoptivo e insisten en que fue por eso que ascendió hasta convertirse en el comandante de la Bandada Alfa.

No sé cuánto tiempo pasamos en silencio. Podrían haber pasado segundos, minutos, horas, pero, al final, mis pensamientos se vuelven demasiado ruidosos, rugen en mis oídos como una tormenta en el mar.

–¿Ya no hay nada sagrado? –las palabras brotan sin que pueda evitarlo, así que cierro los ojos para reprenderme en silencio.

–No sabía que te habías proclamado dueña del tejado.

–Lo hice. Lo reclamé hace siete años.

–Mis sinceras disculpas, princesa. –Le lanzo una mirada furiosa y, distraída, disfruto al ver cómo se estremece–. ¿Así que te lo dijo? –pregunta con voz suave.

Tarareo en respuesta, sin confirmarlo ni negarlo, pero lo miro por el rabillo del ojo.

Es deslumbrante a la luz de la luna, con una mirada triste perdida en el mar que atempera mi rabia. El brillo plateado resalta el castaño de su cabello, casi blanco en la noche. También pinta los ángulos de su rostro, recorre su mandíbula afilada y acentúa la suavidad de sus labios. Recorro cada detalle como he hecho incontables veces, pues este podría ser uno de los últimos momentos de paz en que podré verlo así.

Cuando por fin devuelvo la mirada a sus ojos, me miran con ardor, como brasas que queman hasta mi alma. Luego extiende su mano

grande, que no casa con la suavidad de los dedos en mi mejilla.

–Esta no es la vida que esperaba –admito. ¿Cuántas veces me he sentado en este mismo tejado, soñando con la tierra al otro lado del mar? ¿Cuántas veces he anhelado una aventura, algo más allá de la pseudovida que he estado viviendo? Pero ahora, cuando podía tener la oportunidad, es como si hubieran puesto otro barrote en mi jaula.

Cuervo afirma la mano contra mi mejilla, y yo descanso en el calor de su contacto.

–Eres fuerte, Aella de Los Tormentos –susurra como una plegaria–. Tienes la fuerza para esto.

Cierro los ojos, respiro hondo y saboreo su esencia a humo y a canela y el calor de su mano en mi rostro. Disfruto de este momento de ternura, tan diferente al Cuervo que conozco, y rezo para que dure. Pero, cuando abro los ojos, veo cómo se alzan sus barreras y se llevan la ternura de hace un instante. Cuando deja caer la mano y se levanta, echo de menos el calor, tanto como echaría de menos una extremidad de mi cuerpo.

–Ven. Hay mucho que hacer antes de irnos y tienes que descansar. –Me levanta y baja las manos a mi cintura para estabilizarme, donde permanecen un momento antes de apartarlas para tomar mi mano en su lugar.

Dejo que me guíe fuera del tejado en silencio, mientras hago a un lado el dolor en mi pecho y espero encontrar la fuerza que él dice ver en mí.



NUEVE

Nuestro bote estrecho se desliza por las aguas del Gran Canal, de un azul profundo que destella con la luz de la mañana, en contraste con los coloridos edificios que se extienden por los muelles y orillas.

Hace casi un año, ciudadanos de todos los rincones de Los Tormentos se reunieron a lo largo del canal y pintaron las fachadas con los colores del arcoíris como parte del *Kalokairi*, el festival de verano. Después de unos meses de calor sureño, los colores se han desgastado y los edificios se ven más rústicos.

El aire huele a cambios, el calor seco del verano va dando paso de mala gana a la estación húmeda. El viento se desliza entre mis dedos, que cuelgan a un lado del barco, bailando al ritmo de una canción secreta que imagino que puedo escuchar.

–Se aproxima una tormenta.

–Gracias por la predicción –resopla Nyssa–. Nunca lo hubiera imaginado.

–Cállate. –Me doy la vuelta y le doy un golpe juguetón en el brazo, pero ella solo me sonríe.

–¿Por qué querrías hablar del clima cuando hay tantas cosas interesantes que discutir?

Mis ojos se desvían hacia el capitán en la proa, quien nos guía con su remo largo hacia Inkora, la isla de artesanos y tiendas de lujo. Además de buena vista y de una velocidad excepcional, nuestra especie tiene un oído muy agudo, así que no hay forma de que discutamos asuntos del Aviario sin que él pueda oírnos. Así que ladeo la cabeza hacia él y levanto una ceja hacia Nyssa.

–¿Te refieres al escándalo de lord Arsenio y la hija del pescador? –pregunto en un susurro conspirativo. Como esperaba, la cabeza del capitán se inclina con sutileza hacia nosotras.

Maldito chismoso.

–¡Sí! –responde Nyssa en el mismo tono–. Alguien debería decírselo a su pobre esposa.

Guardamos silencio el resto del viaje, entretenidas viendo pasar las fachadas coloridas hasta llegar al puerto. Al desembarcar, deslizo un *dracma* de cobre en la mano del capitán, que evita mi mirada deliberadamente. No dudo que la noticia de la infidelidad de lord Arsenio habrá llegado a cada isla de Los Tormentos al final del día. El idiota desleal se lo merece, pero siento una sacudida en el corazón al pensar en la esposa enterándose de la traición.

Nyssa y yo caminamos por la calle adoquinada, rumbo a la plaza de los Artesanos, un sitio lleno de los mejores artesanos y costureras de Los Tormentos. Los cipreses de gran altura crecen en filas distribuidas con uniformidad y recortados a la misma altura. Todas las plantas en Los Tormentos son iguales: jardines recortados, buganvillas en flor, árboles frutales y glicinas trepadoras.

–¿Cómo crees que debe verse un bosque? –le pregunto a Nyssa.

–He oído que son salvajes –responde con una sonrisita–. Al parecer, los bosques en otros reinos son tan grandes que ocupan casi la mitad de sus territorios.

–¿Alguna vez has visto un mapa, Nyssa?

–Solo cuando el maestro Kestrel nos hizo estudiar los reinos en geografía, pero sus clases eran muy aburridas –dice encogiéndose de hombros–. Supongo que pronto lo veremos por nosotras mismas.

–¿Alondra y Cuervo te dijeron algo más anoche después de irse?

De reojo, veo cómo se estremece. En realidad, es como un espasmo de cuerpo completo.

–Solo que tendrás que representar el papel de la princesa, lo que es ridículo. ¿Cómo alguien actúa de sí mismo?

–Es más bien un retorno, supongo. –Mantengo un tono casual, como si no me molestara en absoluto–. Otro de los planes retorcidos del Águila.

–No nos preocupemos por el plan por ahora, Su Alteza –responde con una sonrisa maliciosa mientras enlaza su brazo con el mío–. Tenemos que conseguirte un vestido que vuelva loco a tu padre.

Me arrastra por la calle que se abre hacia la plaza extensa. Hay una pequeña multitud reunida alrededor de un hombre que toca el laúd al borde de una fuente de piedra circular, de la que brota agua hacia arriba, cae por las formas de ninfas talladas superficialmente y se acumula en el estanque inferior. Su voz melodiosa se eleva sobre las conversaciones, combinada con las notas del instrumento y el sonido del agua.

Las fachadas de las tiendas que rodean la plaza, con escaparates que exhiben sus mercancías y las puertas abiertas como invitación, están pintados como los edificios a lo largo del Gran Canal. Pasamos

de largo frente a las tiendas hasta llegar a nuestro destino. Aquí, la piedra está teñida de color salmón, la puerta de cedro tiene un diseño de pequeñas enredaderas y rosas rojas en los bordes, tres vestidos hermosos visten los maniquíes en el escaparate, cada uno más extravagante y revelador que el otro, y el cristal tiene un letrero con florituras doradas.

Modistas miss Daphne.

Con la nariz arrugada, miro a Nyssa con ojos suplicantes.

–¿No podría usar uno de los vestidos que tengo?

Ella resopla y responde mientras entra en la tienda.

–Necesitas un atuendo apropiado para una princesa, no para ir a un antro.

La sigo de mala gana, sobresaltada por la campana que anuncia nuestra llegada. El interior está cubierto de estanterías de telas de colores vibrantes y creaciones impecables en seda y gasa. Unas sillas tapizadas de terciopelo ocupan el centro del salón, alrededor de una mesa baja con un jarrón lleno de rosas algo marchitas. Al fondo de la tienda hay un mostrador lleno de paquetes y cajas, y una puerta de madera que lleva al cuarto de costura y a los probadores.

Daphne emerge por esa puerta en un alboroto de seda, listones y rizos oscuros y con una sonrisa de falsa dulzura en su anguloso rostro. Ella también es parte de la nómina del Aviario y usa su negocio para aflojar la lengua a damas de la alta sociedad que no tienen acceso al sastre real del reino. Yo podría haber ido con el sastre, ya que se han esparcido rumores de mi regreso al reino, pero prefiero a Daphne antes que un posible encuentro con mi padre.

–¡Polluelas! Tomad asiento, queridas –dice en un tono agudo que crispa mis nervios.

–Ahora somos Gorrión y Estornino –digo. Oculto la sonrisa de suficiencia mientras Nyssa pone los ojos en blanco y las dos nos sentamos.

–¡Claro! El Bautizo. –Daphne se sienta frente a nosotras, con un brillo curioso en sus ojos color avellana–. Así que ya habéis recibido vuestras misiones, ¿eh?

–¿Cómo lo has sabido? –pregunta Nyssa.

–Me lo ha dicho un pajarito –responde con una sonrisa presumida.

Resisto otro escalofrío, porque estoy segura de que ese pajarito no es nadie más que el propio lord Malis.

Y estoy segura de que son amantes.

A pesar de mis esfuerzos, el escalofrío que intentaba contener asciende por mi espalda.

Nyssa debe notar mi sufrimiento, porque se compadece de mí y desvía la conversación hacia aguas más seguras.

–Con respecto a eso, Aella necesita un vestido para esta noche.

–¡Ah! Por supuesto. –Da un aplauso antes de levantarse–. Tengo algunas creaciones que serán perfectas para la ocasión.

Se apresura a la habitación trasera, y yo le lanzo una mirada acusadora a Nyssa cuando me llama para que la siga. Mi amiga traicionera me sonríe y pone los dedos a modo de saludo militar. Sigo mirándola con rabia, pero, sin más opción, arrastro los pies hacia el vestidor. Mis cejas se elevan al ver los vestidos que Daphne tiene para mí. Cuando la campana de la puerta vuelve a sonar, me dice que la llame si la necesito y desaparece hacia el salón principal.

Una vez sola, ojeo los vestidos, invadida por las dudas. Adoro arreglarme y, sin contar anoche, hacía mucho tiempo que no podía hacerlo. Sin embargo, hay demasiados volantes y fruncidos en esta

sección para mi gusto; son estilos más populares en el reino occidental, Reveza. Uno incluso es del mismo color que la calabaza que Mimi cultiva en el jardín detrás de la cocina. Lo miro con el ceño fruncido, segura de que Daphne ha elegido los peores vestidos para mí.

Un rastro de brillo gris me llama la atención entre un caos de rosado y melocotón, así que saco el vestido del perchero. Tiene perlas salpicadas en el corpiño y la cintura y cayendo por los pliegues delicados de la tela. Los lazos que se ajustan al cuello son más largos que el propio vestido, por lo que parecen una túnica.

Me desvisto para ponerme el vestido y me ato los lazos como puedo, pero frunzo la nariz ante el nudo caótico que acaba siendo.

–¡Daphne! –llamo. La puerta se abre y se acercan pasos hacia mí–. Creo que este es el indicado. ¿Me ayudas a atarlo en la espalda?

Silencio.

Me doy la vuelta con el ceño fruncido y me quedo helada, sin poder ocultar la sorpresa.

Cuervo está de pie en medio de la habitación, pero su expresión confiada de siempre se ve reemplazada por una que acelera mi corazón. Presiona los dientes mientras sus ojos recorren cada centímetro de piel expuesta por el vestido; siento esa mirada tanto como sentiría sus manos sobre mí, y arde. Cuando levanta la vista, sus ojos se ven más oscuros bajo la luz tenue del vestidor, tanto que me pierdo en sus cálidas profundidades color miel.

–Creo que tienes razón –dice con la voz profunda y espesa como melaza.

–¿Qué? –Parpadeo para volver en mí.

Él señala con la cabeza el vestido que llevo puesto, con una sonrisa devastadora.

–Date la vuelta.

Entorno los ojos hacia él, pero me giro despacio. Siento un cosquilleo expectante en el cuello y el cuerpo tenso, pero se relaja cuando unos dedos cálidos barren el cabello sobre mi hombro.

Peligroso.

Esto es peligroso.

Pero, cuando cierra el nudo en la base de mi cuello y tensa la tela sobre mis hombros y mi cintura, ese pensamiento desaparece también.

Me permito cerrar los ojos y saborear esta sensación por un instante. Siento calor en el estómago y el vello erizado, pero luego lo cubro todo con un baño helado de realidad. Abro los ojos y rodeo a Cuervo para verme al espejo, mientras ignoro la forma en que acecha como una sombra detrás de mí.

–¿Hay alguna razón para que estés acosándome? –pregunto, al tiempo que bajo las manos por la ligera curva de mis caderas, donde la tela se ajusta antes de caer al suelo como una cascada. Como imaginaba, los lazos del cuello ondean por mi espalda hasta el suelo, donde forman una pequeña cola.

–Creo que no eres quién para hablar de acoso.

–Yo tenía una razón. Actuabas de forma sospechosa. –Me encuentro con sus ojos a través del espejo.

–Yo también tengo mis razones, princesa.

–¿Y cuáles son? –Presiono los labios e intento ignorar la forma en que ese apodo atraviesa mis defensas.

–He venido a comprobar que estén hechos los arreglos para esta noche. Tienes que estar lista antes de que el sol comience a ponerse. –Sus ojos bajan por mi cuerpo antes de volver a los míos–. Estás hermosa.

Esas palabras me dejan sin aire y aumentan la presión en mi pecho. Los ojos de miel permanecen en mi reflejo un momento más antes de que dé la vuelta y se marche.

Solo cuando cierra la puerta tras él soy capaz de respirar otra vez.



A pesar de que la noche aún es cálida, la habitación en la que espero es fría. El aire me presiona, y los pasos distantes y las voces apagadas que resuenan en los muros de piedra no hacen más que incrementar el peso sofocante de este momento.

Después de que Nyssa y yo saliéramos de la tienda de Daphne, nos hemos pasado el día asegurándonos de que yo pareciera la princesa que todos esperan ver, seguido de un ensayo muy detallado de mi regreso a Los Tormentos. Pero, a pesar de todo, mi llegada al palacio es decepcionante.

Los salones opulentos y la magnificencia del entorno, familiar pero extraño al mismo tiempo, aumentan la ansiedad mientras espero a que mi padre me presente a los altos mandos de la sociedad sureña.

Se me escapa un suspiro pesado mientras acaricio distraída los pliegues intrincados de mi vestido. Pero es un intento fútil de no pensar en el peso de la corona de hojas de laurel doradas y claveles sobre mi cabeza.

Neutralizo mi expresión cuando la puerta de roble se abre detrás de mí para dar paso a mi padre.

El rey Costa.

Es imponente y familiar a partes iguales, como el palacio en el que nos encontramos. Me inclino en una reverencia, de la que solo me levanto cuando él me lo indica, y lo observo, dudosa.

Los tycheroi tenemos expectativas de vida largas y envejecemos lentamente una vez alcanzada la madurez, así que es impactante ver a mi padre mucho más avejentado de lo que recuerdo. Se parece mucho a Kal, los dos tienen ojos color ocre y cabello ondeado color caoba. Excepto que el de nuestro padre ahora tiene hebras plateadas en las sienes, bajo la simple diadema de oro que usa, y marcas finas del tiempo han comenzado a surcar su piel bronceada.

Él me mira con el mismo detenimiento, y me pregunto qué es lo que ve en mí. ¿Solo ve la superficie o llega más allá? ¿Solo ve los ojos de mi madre o ve el alma herida detrás de ellos?

Como respuesta a mis dudas, él presiona los labios y me mira a los ojos, con un desprecio que casi me hace estremecer.

–Vamos –ordena con voz dura al levantar el brazo flexionado hacia mí. Lo tomo con precaución, un contacto que quema la palma de mi mano, y dejo que me lleve. Se detiene antes de atravesar la puerta, así que tomo aire para prepararme–. Demuestra que no eres un desperdicio de la vida de tu madre.

El aire escapa de mis pulmones como un murmullo por el profundo impacto de sus palabras. Una puñalada letal en el corazón. El sabor metálico a bilis cubre mi lengua, pero trago deprisa; me resisto a que salga a la superficie. En cambio, enderezo la espalda y

levanto el mentón. Sé que lo que él quiere en realidad es verme abatida, rota.

Respira.

Respiro hondo para estabilizarme y dejo que una sonrisa de tranquilidad se dibuje en mi rostro mientras él da la señal con un golpeteo para que abran la puerta. Entonces, salimos al salón comedor lleno de gente, con los brazos aún entrelazados. La inmensidad de la sala es arrolladora, con sus techos abovedados perdidos en sombras, tapices amplios que retratan la historia de Los Tormentos iluminados por las luces parpadeantes de las velas. Los aromas lejanos a delicias horneadas se mezclan con el perfume espeso de la nobleza.

Las cabezas adornadas con joyas brillantes y ojos curiosos giran hacia nosotros. El bullicio va dando paso al silencio, interrumpido solo por el rechinar de las sillas sobre la piedra pulida cuando los tycheroi se levantan frente a la mesa larga.

Tengo fuerza para esto.

Repito las palabras de Cuervo en mi mente, con esperanzas de que, si las repito lo suficiente, se harán realidad.

Aun así, mi piel cosquillea al sentir sus ojos sobre mí. Me evalúan, me juzgan, buscan las vulnerabilidades bajo mi falsa sonrisa. Nos detenemos en un extremo de la mesa, y mi padre me presiona el brazo a modo de advertencia silenciosa.

–Distinguidos invitados –su voz hace eco en el espacio cavernoso–, es un placer presentarles a mi hija, la princesa Aella Sotiría, quien ha regresado de sus estudios en la Isla de los Vientos. Por favor, siéntense y cenen con nosotros para celebrar este acontecimiento.

Tomamos asiento entre una ovación, y entonces me permito ver a mi hermano. Kal se encuentra a la derecha de nuestro padre, con una mirada consternada que contradice la sonrisa en sus labios.

Lo sabe.

Tal vez no sepa la historia completa de lo que está pasando, pero sí sabe que no se trata de nuestro padre cambiando de parecer.

–Aella, querida –dice el rey, como si no me hubiera dicho que no era digna del aire que respiro hace un momento–, quiero presentarte a lord Yiannis, quien ha viajado desde Eretria para conocerte.

Aparto la vista de Kal para dirigir la atención hacia el hombre a mi lado y ofrecerle una dulce sonrisa. Lleva el cabello castaño recogido, lo que resalta su mandíbula cuadrada y sus ojos castaños.

–Es un placer, princesa –afirma, y me coge la mano para darme un beso casto.

–El placer es mío, lord Yiannis.

–Debe ser agradable volver a casa después de tanto tiempo. ¿Cómo valoras tu educación?

Conozco todas las plantas venenosas y las que curan. Sé cómo forzar cerraduras y escalar muros en noche cerrada. Conozco los puntos letales del cuerpo, en los que el más mínimo corte puede ser mortal. Y puedo lanzar una espada desde lejos con precisión a cualquiera de esos puntos.

–Ha sido muy interesante. He aprendido mucho.

–Así que eres una mujer estudiosa. –La sonrisa cortés del lord se vuelve más genuina.

–Podría decirse –respondo, y cojo la copa de vino. Kal tose al otro lado de la mesa. Me giro hacia él y entorno los ojos al verlo

esconder una sonrisa maliciosa detrás de su copa.

–Mis disculpas, el vino bajó por el canal equivocado.

–He leído cada libro que he podido encontrar sobre su reino, milord –digo para desviar la atención de mi tonto hermano–. Parece un lugar hermoso.

–Creo que te sentirás como en casa en la biblioteca de nuestra corte. Tenemos algunos textos singulares e interesantes. Quizás podría enseñártelos cuando visites Eretria para las pruebas.

Resisto el impulso de reír, de decirle que para sentirme «como en casa» en algún sitio, primero tendría que saber cómo se siente una en casa.

Kal apoya la copa con fuerza sobre la mesa, nos mira al lord y a mí y frunce el ceño.

–Las pruebas…

–Suficiente, Kallias. –La voz de nuestro padre podría congelar Los Tormentos incluso en plena estación seca. Sus palabras viajan a nuestro extremo de la mesa y envían un escalofrío que recorre mi columna.

Por fortuna, el personal del palacio llega con la comida y supera la tensión, y aprovecho la distracción de lord Yiannis para lanzarle al tonto de mi hermano una mirada asesina. Durante la cena, nuestro grupo conversa con amabilidad, pero, cuando los acordes dulces de un laúd comienzan a sonar y los invitados se levantan para bailar, me escabullo de la mesa.

Me dirijo hacia el lado este del salón y atravieso las puertas hacia la terraza. Se me escapa un suspiro tembloroso cuando el aire frío de la noche envuelve mi cuerpo como un abrazo. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos para escuchar el sonido del océano en la

distancia y disfrutar de la caricia reconfortante de la brisa en mis mejillas.

No me muevo cuando la puerta se abre y se cierra a mis espaldas, tampoco abro los ojos al sentir el calor de un cuerpo a mi lado.

–¿Te importaría contarme de qué va esta pequeña escena?

Tras un suspiro, abro los ojos para enfrentarme a Kal. La luna llena de esta noche proyecta una corona de luz plateada en el cabello de Kal, acentúa sus pómulos afilados y profundiza las sombras de su ceño fruncido.

Memorizo todos los detalles para grabarme su imagen en la mente, porque esta podría ser la última vez que lo vea. Me arden los ojos ante esa revelación, así que aparto la vista.

Seré fuerte. Si no es por mí, lo haré por él.

–Partiré mañana hacia Eretria –respondo, pero debo aclararme la garganta porque mi voz suena afectada–. Representaré el papel de la *princesa Aella de Sotiría*. La conmovedora reunión familiar de hoy ha sido el comienzo de mi actuación.

Kal maldice y se pasa la mano por el cabello.

–¿El Bautizo fue ayer y ya te envían lejos?

–Solo estás celoso porque no puedes venir conmigo. –Mantengo un tono ligero y burlón para no alertarlo con mis propias dudas.

Él suelta una risotada, pero luego una expresión distante domina sus facciones.

–Se suponía que veríamos el mundo juntos –dice mirando hacia la noche.

La imagen de un mapa viejo se despliega ante mis ojos, con ciudades marcadas por alfileres brillantes. Los planes infantiles,

ideados entre susurros furtivos, y las plegarias silenciosas a los dioses resuenan en mi mente.

Tal vez siempre han estado escuchando.

O tal vez esta es la siguiente escena de su gran espectáculo y lo están observando en silencio, esperando a que se desarrolle.



DIEZ

Elevo el rostro hacia el sol que asciende en el horizonte e ilumina franjas rosadas en el cielo del amanecer, despejado casi por completo, excepto por algunas nubes esponjosas que vuelan en la distancia sobre el Mar de Solorai.

Echaré de menos el sol veraniego y su calor en la piel. Muchas veces he maldecido a Noto por haber hecho nuestro reino tan condenadamente caluroso, pero ahora desearía no haberlo dado por sentado.

Con una risita por lo bajo, me doy la vuelta. Esta mañana, los muelles de Elotia bullen con actividad. Los pescadores madrugadores vuelven con la pesca del día, carros a caballo llenan el puerto, y los marineros corren de un lado al otro, llevando cargamentos y preparando embarcaciones para zarpar.

A mi lado, Nyssa tiembla de emoción. Estamos sentadas sobre un par de barriles, en el extremo norte del puerto, observando cómo la tripulación de *El Ruiseñor* salta ante las órdenes que grita el capitán. Han limpiado los percebes del casco del barco, han teñido las tablas de madera e incluso han repintado el nombre. Las velas desplegadas

ondean con el viento vigorizante de la mañana, que augura un día exitoso.

Siento un destello oscuro en la periferia y, al girarme hacia él, veo a Cuervo moviéndose sin parar entre la multitud. Incapaz de evitarlo, me dedico a devorar cada detalle como una bestia hambrienta: los pantalones negros se ajustan sobre sus muslos musculosos y las botas gruesas se elevan por sus pantorrillas. Una camisa suelta de lino negro cuelga de sus hombros, abierta desde el cuello para revelar la piel dorada de su pecho.

–Creo que deberían intentar verse menos serios –musita Nyssa. Entonces, amplío el foco para ver la escena completa.

Alondra camina junto a Cuervo, con un tercer compañero desconocido. Los tres merodean por los muelles con la misma mirada afilada y, a pesar de sus atuendos discretos y de la sonrisa pícara en los labios de Alondra, emanan una inconfundible aura de peligro.

Bajamos de los barriles de un salto y levantamos nuestro equipaje, justo antes de que Alondra aparezca entre nosotras, nos rodee por los hombros y nos lleve hacia los muelles.

–Ah, mis pequeñas Polluelas –dice en tono melancólico–. Recuerdo cuando estaba en vuestros zapatos, recién salido del nido, admirando a todos los bellos Nocturnos con sus plumas brillantes.

–Primero, ahora somos Cantoras. –Nyssa pone los ojos en blanco de forma dramática–. Segundo, espero que los delirios de grandeza no sean hereditarios.

–No son delirios, hermanita. Muchas damas y caballeros han admirado mi *grandeza*.

Nyssa y yo fingimos arcadas, que acompaño dándole un codazo a las costillas de Alondra. Él gime de dolor y me suelta. Entonces, camino sobre mis pasos apuntándolo con un dedo.

–Guárdate esa basura, ya tengo suficientes pesadillas.

Él finge mirarme mal y yo le sonrío antes de girar hacia el barco. Una tabla de madera gruesa funciona como puente entre el muelle y la cubierta y al verla menearse, subir y bajar, la misma intranquilidad de los últimos días crece como la marea.

–¿Asustada, princesa?

Levanto la vista cuando Cuervo pasa junto a mí, con una sonrisa provocadora y gracia depredadora mientras avanza hacia la pasarela. Ladeo la cabeza al verlo subir, mientras agradezco en silencio a los Anemoi por la vista perfecta que me concedieron.

Alguien se aclara la garganta detrás de mí y, al girarme, me encuentro con Nyssa y con Alondra, que me miran con la misma expresión: cejas arqueadas y sonrisas cómplices.

–Ni una palabra –gruño.

Lanzo mis preocupaciones al viento y avanzo por la pasarela, pero, cuando lo hago, el barco se sacude y yo me tambaleo. Cuando estoy a punto de desestabilizarme, un brazo firme me rodea por la cintura, evitando mi caída, y me presiona contra un cuerpo cálido. El agradecimiento muere en mis labios al levantar la vista y ver a quién pertenece el brazo.

–No me digas que has estado holgazaneando en mi ausencia, Estornino. –Los ojos de Cuervo brillan divertidos.

–He estado practicando lo suficiente –replico, e intento liberarme de sus brazos, pero él no me suelta.

Soy consciente de cada centímetro de nuestros cuerpos, de los lugares en los que se tocan, que arden a través de la ropa. Sus ojos dejan una marca ardiente al recorrer mi rostro, y la forma en la que se detienen en mis labios calienta mi sangre.

Se oye un estruendo ligero detrás de nosotros, por lo que el brazo de Cuervo presiona un momento antes de soltarme y retroceder algunos pasos.

–Por los dioses –resopla Nyssa cuando el barco vuelve a sacudirse–. Si no me adapto al mar pronto, esta será una experiencia desagradable para todos nosotros.

–Me apuesto un *dracma* de plata a que estará vomitando en menos de una hora –arriesga Alondra–. ¿Alguien se apunta?

–Es una apuesta en la que no estoy dispuesta a participar –respondo antes de apartar la vista de Cuervo para inspeccionar el barco.

La cubierta principal es más ancha de lo que se veía desde el muelle. Es muy diferente a los viejos trirremes que requerían de cientos de tycheroi remando para moverlos. Tres mástiles altos sostienen velas pesadas, recogidas en obenques de red. En el centro, el mástil principal es el más alto, y perfora el cielo con un travesaño y una cofa en la parte superior. La cubierta es plana, excepto por el timón elevado en la popa. Los miembros de la tripulación caminan pesadamente por los tablones de madera, vociferando mientras aseguran cajas y ajustan nudos. Las cuerdas que amarran el barco al muelle crujen y se tensan cuando el agua sacude la embarcación desde abajo.

–Vamos, os presentaré al capitán –dice Cuervo.

Los tres lo seguimos a popa, mientras el resto de la Bandada continúa en la cubierta principal. Un hombre fornido está de pie detrás del timón, con una mano en la cadera y la otra sobre los ojos para protegerse del sol y observar a la tripulación trepar por el cordaje.

–Capitán Nikolas –lo llama Cuervo.

El hombre gira, y una ancha sonrisa se despliega en su rostro apuesto cuando estrecha la mano de Cuervo. Detrás de mí, Nyssa tararea pensativa, y tengo que controlar una sonrisa.

–Ya conoces a Alondra, pero ellas son Estornino y Gorrión.

Aunque mi pecho se cierra al escuchar mi nuevo nombre, sonrío mientras observo las facciones del capitán. Tiene el cabello negro recogido hacia atrás, con algunos mechones más cortos sueltos. Es más bajo que el metro ochenta de Cuervo, pero mucho más ancho. Tiene una mandíbula marcada, la nariz algo ancha, ojos castaños profundos y una sonrisa encantadora, que juntos forman un rostro apuesto.

En síntesis, es el tipo *exacto* de Nyssa.

–Es un placer conocerle, capitán –ronronea.

Una carcajada burbujea dentro de mi pecho, por lo que me muerdo el labio tan fuerte que siento sabor a sangre.

–Igualmente, dulce Gorrión. Pero llámame Nikolas, por favor. –Le ofrece una sonrisa traviesa, así que me preparo para atrapar a Nyssa si se desvanece. Por suerte, no lo hace, aunque está cerca.

–¿Cuánto falta para que zarpemos? –pregunto.

–La tripulación ya se ha encargado de todo, así que partiremos ahora que están todos a bordo. –La mirada del capitán se detiene en

mi rostro mientras responde y adquiere un brillo divertido cuando Cuervo se aclara la garganta.

–¿Los mismos camarotes que la última vez? –pregunta en un tono algo más frío que antes.

El capitán Nikolas asiente, con una pequeña mueca como si intentara esconder otra sonrisa.

–Sí. ¿Puedo contar con que organicen a la Bandada?

Cuervo asiente antes de indicarnos que lo sigamos.

–Tengo calor –dice Nyssa, que se abanica con la mano y jadea–. ¿Nadie más tiene calor?

–Ten cuidado, Alondra, parece que tu hermana se siente algo débil –bromeo.

Él resopla en respuesta y arrastra a su hermana escaleras abajo para poner distancia entre ella y el capitán.

–En mi defensa, ¿has visto esos músculos? Si no los viste, te recomiendo que veas a un sanador para que te revise los ojos, porque eran muchos.

La carcajada que me esforzaba por contener por fin escapa. Cuervo me mira por encima del hombro, así que guardo silencio y le dedico mi sonrisa más inocente.

El resto de nuestros compañeros se nos unen de camino al castillo de proa, hacia las entrañas del barco. El segundo nivel consta de un pasillo estrecho flanqueado por puertas delgadas, que dan paso a habitaciones pequeñas con literas y un ojo de buey. Nyssa y yo nos apresuramos a entrar juntas en una. El espacio libre es tan pequeño que, de pie en puntas opuestas, llegamos a tocarnos los dedos.

La miro de reojo antes de apresurarme a bajar mi bolso y dejarlo caer en la cama inferior.

–Mía.

Ella maldice y mira la cama superior como si escondiera un nido de serpientes venenosas.

–Recuérdame, ¿cuánto tiempo estaremos en el mar?

–Cinco días, dependiendo del clima.

Justo en ese momento, el barco se sacude de repente y hace que las dos caigamos en mi cama.

–¡Por las bolas de Noto! ¿Qué ha sido eso?

Me fascina que ya haya adoptado la maldición de marineros que le enseñé hace unos días.

–Creo que la tripulación ha zarpado del muelle –respondo mientras aparto los cabellos que escapan de la trenza.

–¿Entonces no estamos a punto de ser sepultadas en una tumba marina?

–Aún no. –Le sonrío con malicia, y ella gruñe.

–Detesto este vaivén constante.

–Viajamos en ferris todo el tiempo –argumento, escéptica.

–Esto es diferente –lamenta.

–Vamos a tomar aire fresco. Podremos ver Los Tormentos desvanecerse en la distancia.

–Uff. Me quedaré aquí y rezaré a los Anemoi por vientos favorables.

–Ese es el espíritu –respondo con ánimos.

Nyssa me saluda enseñando el dedo medio. Cierro la puerta y me dirijo a la cubierta, subo las escaleras hacia el castillo de proa. Al llegar, me apoyo en la barandilla mirando al puerto. El sol se ha alzado más y tiñe el cielo sureño en tonos rosa y dorado vibrantes y dibuja Los Tormentos con un brillo incandescente.

Mi mirada se desvía hacia el palacio, cuyas ventanas destellan con la luz de la mañana. A medida que la distancia con esas torres blancas se incrementa, el vacío en mi corazón también se ensancha, ocupado por un dolor anhelante.

–Estás mirando en la dirección equivocada. –La voz profunda y suave me envuelve, acompañada por un aliento cálido en mi oído, que recorre mi piel y me arranca de mis pensamientos melancólicos.

Me giro para mirar a Cuervo y observo cómo el viento sacude sus ondas oscuras y las enmaraña en su frente. Recorro su hermoso rostro hasta los labios antes de volver a sus ojos, que se encienden ante mi descarado escrutinio.

Me aclaro la garganta.

–¿Por qué lo dices?

Tengo que luchar contra el escalofrío que me provoca el contacto cuando me agarra por la cintura y me hace dar la vuelta hacia el frente del barco.

–Nunca te centres en lo que está detrás de ti, Estornino. El futuro es demasiado prometedor para ignorarlo.



Por la noche, nuestra Bandada se reúne en la oficina del capitán.

Se han formado nubes cargadas a lo largo del día, como manchas grises en el manto del cielo. Ahora cae una lluvia ligera, y las luces de los faroles resaltan las gruesas gotas que trazan líneas delicadas en las ventanas.

Los siete nos encontramos alrededor de una larga mesa de roble, con un mapa de Los Empyrieos absolutamente detallado grabado en la superficie. Como comandante, Cuervo ocupa la punta de la mesa, con Alondra a su derecha, y juntos analizan las muescas y ranuras como si guardaran todos los secretos de los reinos.

A la izquierda de Cuervo se encuentra Miná, reclinada en la silla con los brazos cruzados y el cabello negro suelto sobre los hombros. Cuando percibe que la estoy mirando, me ofrece una sonrisa, lo que desvía mi atención hacia la pequeña cicatriz en su labio interior, la única marca en su piel color bronce. Nyssa y yo nos quedamos boquiabiertas al conocerla. Era reconocida como una de las Aves Cantoras más talentosas del Aviario por su capacidad de escabullirse aun en los lugares más vigilados.

Junto a Miná, se sienta Garza, rígido. Es un hombre de aspecto majestuoso, cabello castaño claro, piel dorada, pómulos marcados y una lengua tan afilada como para atravesar la piedra. Cuando me presenté a él antes, acabó con mis esperanzas de que tuviéramos noches de chismes y nos trenzáramos el cabello unos a otros.

Luego está Lori, el más joven sin contarnos a Nyssa y a mí. Me recuerda a Alondra, excepto por los rizos castaños alborotados y las pecas sobre la piel de fauno, que sugieren que no ha nacido en Los Tormentos.

Cuervo se aclara la garganta y pone fin a mi análisis de los demás.

–Todos conocemos el objetivo de nuestra misión, pero la repasaré una vez más por el bien de los nuevos miembros.

Todas las miradas giran hacia Nyssa y hacia mí. Garza se frota las sienes y se reclina en la silla.

–Nuestras órdenes son que nos infiltremos en la Corte Real de Eretria y robemos el arma que han encontrado. Durante nuestro último viaje, redujimos la lista de posibles escondites a las mazmorras debajo del castillo o las bóvedas ocultas en las montañas. –Hace una pausa para mirar alrededor. Cuando todos asienten, continúa–: Tenemos registros exhaustivos de los guardias del palacio y de sus horarios, incluso los de estos lugares específicos. Además, hemos conseguido algunos aliados para nuestra causa, sobre todo sirvientes o guardias de bajo rango. Esta vez nuestra presencia será pública, ya que Estornino servirá de distracción para la familia real. Gorrión y Miná la apoyarán como sus criadas, y los demás actuaremos como guardias.

–Recuérdanos por qué es necesario que vengan las Polluelas –exige Garza, en un tono que deja en evidencia que no es la primera vez que tienen esta conversación–. Miná sabe de etiqueta y protocolos, podría haber representado ese papel sin dificultades.

Miná resopla y sacude la cabeza.

–Podría haber funcionado –responde Cuervo en tono pausado–, pero ella es más valiosa si puede desaparecer y ayudar en la búsqueda. Además, la cantidad de *goiteía* que hubiera sido necesaria para alterar su apariencia hubiera tenido un coste muy alto.

–Estornino tampoco se parece a la princesa.

Me muerdo los labios para no sonreír con suficiencia, pero es muy difícil mantener una expresión neutral. Dado que nunca me he quitado el pendiente de *goiteía* y mi verdadera identidad es secreta para la Bandada, solo Nyssa y Cuervo entenderían por qué me resulta tan gracioso el comentario de Garza.

–Tiene un amuleto para cambiar su color de cabello y de ojos, que comenzará a usar cuando nos acerquemos a Vilea –replica Cuervo sin lugar a argumentos, así que Garza me mira con el ceño fruncido desde el otro lado de la mesa. Yo le dedico una sonrisa animada en respuesta.

Eso es definitivamente un no a la noche de chismes.

Lori intenta contener la risa, sin éxito, y sus ojos avellana destellan entretenidos bajo la luz del farol.

–En lugar de dirigirnos a Puerto Serre, en la costa sur de Eretria, y viajar por tierra, seguiremos la ruta por la costa este y viajaremos por El Sarathros para atracar en Corinto. Extenderemos el viaje por mar unos días, pero será más fácil para la tripulación controlar el navío si vamos a favor de la corriente y no en contra. Y, ya que es el puerto más grande del reino del este, llegaremos inadvertidos. Esa será la última parada antes de encontrarnos con los demás miembros de la orden y adoptar nuestros personajes. Nos quedaremos en una casa segura del Aviario mientras reunimos lo necesario para que nuestro aspecto sea creíble. Desde allí, serán solo dos días de viaje por tierra hasta la corte.

Cada detalle hace que mi corazón palpite con más fuerza y que tome consciencia del tiempo que este plan ha estado en marcha, pues no son detalles que puedan planearse en una semana. Nyssa encuentra mi mirada y alza las cejas, señal de que está pensando lo mismo.

–¿El rey espera nuestra llegada? –pregunta Miná.

–Enviamos un ave hace dos semanas para expresar nuestras intenciones de que la princesa Aella visitara la corte. El rey respondió

con una declaración de hospitalidad de parte de su embajador, lord Yiannis.

–¿Tenemos una estrategia de retirada? –pregunta Garza.

–En un mes se celebrará un baile en la corte. Tenemos que encontrar el arma antes de ese día, ya que será la mejor oportunidad de extraerla, porque todo el palacio asistirá.

Todos asienten con la cabeza, a excepción de Nyssa, que frunce el ceño, confundida. Me tenso al verla.

–¿Qué se celebrará en el baile? –pregunta, inclinada hacia delante.

Mierda.

Alondra y yo nos miramos a través de la mesa; sus ojos, tan abiertos como deben estar los míos. He pasado los últimos días demasiado consternada y había asumido que él se lo contaría, pero, al parecer, él pensó lo mismo de mí.

Debí decírselo, debí ir a verla en cuanto salí de la oficina del Águila, pero estaba demasiado cegada por mis propias emociones como para considerar cómo podría reaccionar ella. La realidad es que mi vida no será la única que cambiará a raíz de esto. Si yo gano (*cuando* gane), no volveré a casa a Los Tormentos, me quedaré en Eretria.

Y Nyssa se quedará conmigo.

–En dos semanas, el príncipe Keres Selmonious celebrará unas pruebas para elegir a su esposa, una tradición que la corte del este ha seguido desde su nacimiento después de la Guerra de los Dioses. –Sus hombros se tensan mientras habla. Intento mirarlo a los ojos, pero me evita–. Estornino competirá en las pruebas para asegurarse de mantenerlo ocupado.

Me mantengo en silencio, demasiado consciente de todas las miradas sobre mí, esperando mi reacción. No se las doy, mantengo la mirada en Nyssa, que palidece bajo la luz del farol.

–Si Estornino gana, con suerte reducirá las sospechas sobre Los Tormentos –añade Alondra, y tensa la mandíbula antes de seguir–. Pero eso implicará que deberá quedarse allí. Igual que Miná, Garza y tú.

Los ojos de Nyssa se agrandan y se disparan hacia mí.

–¿Alguien tiene otra pregunta? –inquiere Cuervo, con la voz afectada. Cuando todos niegan con la cabeza, se levanta–. Discutiremos los detalles cuando nos asentemos en Corinto.

Con un gesto final, abandona la habitación, pero su presencia permanece como un susurro lejano. Los demás comienzan a salir tras él, con pasos que resuenan por las paredes antes de desaparecer y dejarnos en silencio.

Hasta que Nyssa y yo somos las únicas sentadas a la mesa.

Me muerdo el labio inferior, ahogada por el peso de la culpa, mientras ella permanece perdida en sus pensamientos. Tras varios minutos eternos, por fin rompe el silencio, pero, en lugar de la rabia o el dolor que esperaba, se echa a reír a carcajadas.

–*Tú* tienes que competir por un príncipe –logra decir entre espasmos.

Mi confusión tiene una muerte brutal.

–Nyssa –la reprendo, con mi mirada más asesina.

–¿Sí? –pregunta con una sonrisa temblorosa. Veo que no consigue controlarla en absoluto.

–Cierra la boca.

No lo hace.

En cambio, nos quedamos hablando hasta entrada la mañana.



ONCE

Nuestra quinta y última noche en el mar. Despierto con el calor del sol de media mañana que se cuela por el ojo de buey. Se oye el eco de los pasos de la tripulación en la cubierta superior y sus gritos se filtran por las tablas del suelo.

Hasta ahora hemos tenido suerte en el viaje. El clima ha sido en mayor medida despejado y libre de tormentas, lo que nos bendijo con cielos azules durante el día y mantos de estrellas durante la noche. El mar ha estado en calma, así que el barco ha avanzado con estabilidad por las aguas profundas, y las náuseas iniciales pronto se disiparon. Por desgracia, Nyssa no tuvo la misma suerte; ella se pasó la mayor parte del tiempo agonizando en nuestro camarote.

Casi no he visto a Cuervo desde la reunión de la primera noche. Aunque no debería ser posible en un espacio tan reducido, creo que me ha estado evitando tanto como yo a él.

Durante los cinco días de viaje, Miná ha estado repasando las reglas de etiqueta de Vilea y de su corte. Y, aunque Nyssa y yo hemos aprendido las diferentes expectativas sociales y culturales de

los cuatro reinos en el Aviario, no dudamos ante la posibilidad de refrescar los protocolos.

El barco se sacude de repente y me arranca de mis pensamientos, así que estiro el cuerpo contraído y me froto los ojos cansados. Salgo de mi pequeño nicho, esquivando la pierna de Nyssa que cuelga desde arriba, y espío hacia afuera. No muy lejos, veo como el océano rompe contra acantilados escarpados, y mi antigua emoción revive, como el sol después de una tormenta.

Me giro para despertar a Nyssa sacudiéndole el pie que tiene colgando, pero ella resopla y se cubre la cabeza con las sábanas.

–Déjame, aún no eres reina –protesta, silenciada por su cubierta.

–Parece que estamos entrando a El Sarathros. Sabes que lo lamentarás si no te levantas a verlo.

Ella empuja las sábanas y me lanza una mirada letal que dejaría helada a una mujer de rango inferior. En cambio, yo le ofrezco una sonrisa encantadora antes de vestirme y trenzarme el cabello. Nyssa finalmente baja de la cama para prepararse, pero sin dejar de protestar por lo bajo mientras lo hace.

Cuando salimos a la cubierta, la vista me deja sin aliento.

Los acantilados se erigen como dos centinelas antiguos que custodian nuestros reinos. Se elevan rocas serradas desde las profundidades del océano, negras y amenazantes en contraste con el cielo azul pálido. El viento aúlla entre las grietas, con una sinfonía escalofriante que llega hasta nosotras, insignificantes como hormigas ante enormes deidades de piedra.

Hacia la izquierda, los riscos de Eretria descienden hasta transformarse en playas rocosas. Los caminos retorcidos y las cuevas oscuras que surcan la piedra negra me tientan con los secretos que

prometen esconder. En contraste, los acantilados de Arkhadia siguen creciendo, elevándose hacia una cadena montañosa imponente, con algunas montañas tan altas que las cumbres se ocultan detrás del manto de nubes. En el centro, el océano se adentra en la boca de El Sarathros.

Por los mapas que he visto de los reinos, sé que esta es la parte más estrecha del pasaje, donde los puntos más al este de ambas tierras se extienden uno hacia el otro. La imagen provoca una sensación casi melancólica, como dos amantes desaventurados separados y condenados a ver al otro a la distancia por el resto de su vida. Buscándose para siempre, incapaces de cubrir la distancia.

–¡Buenos días, señoritas!

Nyssa y yo desviamos la mirada de la vista hacia donde el capitán Nikolas maneja el timón.

–Capitán –lo saluda Nyssa, sacudiendo las pestañas y con una sonrisa tímida. Tengo que contener el impulso de poner los ojos en blanco. A pesar de haber pasado la mayor parte del tiempo con la cabeza dentro de una cubeta o asomada por la borda para vaciar el estómago, encuentra energía para coquetear. Mi amiga no pierde el tiempo.

–¡Les aconsejo que busquen de dónde sujetarse! –advierte Nikolas–. Navegar por El Sarathros es algo salvaje.

Antes de arriesgarnos a caer por la borda, corremos escaleras arriba para reunirnos con él en el timón. El agua se ha vuelto agitada, lo que me dificulta mantener el equilibrio, pero me aferro a la barandilla de la cubierta superior y separo los pies. Nikolas nos dedica una de sus sonrisas características antes de volver a enfocarse en el timón.

Al devolver la mirada al frente, detecto los restos de un edificio a la distancia, entre las montañas que bordean los acantilados de Arkhadia. A pesar de que está en ruinas, hay algo cautivador en su belleza olvidada que no me deja mirar hacia otro lado. Desde la distancia, distingo los muros de roca negra desmoronados, que brillan con la luz que logra atravesar el manto de nubes. Si no fuera por mi visión aumentada, ni siquiera podría verlo, porque la piedra se fusionaría por completo con las montañas oscuras.

–¿Qué es eso? –le pregunto al capitán sobre el ruido de las olas. No recuerdo haber visto las ruinas en los mapas y me invade la tristeza al percatarme de que este lugar fue considerado demasiado insignificante para registrarlo. ¿Cuántos de estos lugares olvidados han sido desestimados después de la guerra? ¿Qué más hay allí afuera, esperando a ser descubierto?

Nikolas hace una mueca al seguir mi mirada y sus hombros se tensan por el esfuerzo de navegar el océano.

–Restos de Los Empyrieos, antes de que la Guerra de los Dioses destruyera el mundo.

–¿Qué les pasó a las personas que vivían ahí?

–Las leyendas dicen que fue hogar de un pueblo favorecido por el propio Bóreas, pero todos murieron durante la guerra –explica Nikolas, mientras que su mirada vuelve hacia Arkhadia–. Supongo que no queda nadie que lo llame hogar.

–¿Y han dejado que se pudra en ruinas? –pregunta Nyssa, con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

–Pocos son tan audaces como para vivir en la profundidad de los Thalkanos.

Abro la boca para responder, pero el barco se sacude y me lanza contra la barandilla. Aferro la madera con fuerza, mientras las palabras del capitán cuelgan en el aire, mezcladas con la tensión de la tripulación por la cercanía a los acantilados.

El barco cruje y gruñe bajo nosotros mientras lucha contra las olas. Me fijo en los marineros, que gritan órdenes y tiran cuerdas para intentar mantener *El Ruiseñor* en su curso. Cuando comenzamos a atravesar la boca de El Sarathros, el barco se sacude con las olas que golpean sus cascos como el martillo de un herrero. El viento que sopla infla las velas y libera mi cabello de su trenza; el agua salada salpica mi piel, me irrita los ojos y me reseca los labios.

–Agarraos –nos advierte Nikolas. Lo miro de reojo cuando gruñe al timón, con las mangas arremangadas, que revelan el esfuerzo de sus antebrazos para mantener el curso estable.

–¿Lo lograremos? –pregunto intentando mantener un tono tranquilo, a pesar del temor que crece poco a poco dentro de mí, pero las palabras salen entre los dientes de todas formas. Retengo el aire en mis pulmones, mi cuerpo se niega a soltarlo por si caigo por la borda.

–Mi chica y yo hemos navegado El Sarathros infinidad de veces. La clave es mantenerla estable.

Su tono confiado, libre de su típico flirteo, me tranquiliza, y soy capaz de liberar el aire despacio para aliviar las llamas en mi pecho.

De todas formas, me mantengo aferrada a la barandilla por mi vida.

Los momentos de tensión se alargan, mientras Nyssa y yo nos esforzamos por mantenernos en pie. Con el corazón en la garganta, guardo silencio, no quiero arriesgarme a distraer al capitán con mi

parloteo nervioso. El barco se sacude otra vez, la proa se levanta hacia la línea de cielo azul entre los peñascos elevados. Mi estómago da un vuelco cuando surcamos una ola elevada y volvemos a caer. El agua salpica por la borda hasta bañarnos a todos con una lluvia salada.

Nyssa jadea cuando pierde la barandilla, pero logro atraparla antes de que se caiga. Su rostro ha perdido el calor habitual, reemplazado por un verde pálido con el que me he familiarizado en los últimos días.

Ella comienza a darme las gracias, pero luego me mira con el ceño fruncido.

–Sabía que tenía que quedarme en la cama.

Una risa algo maníaca brota por mi pecho, agudizada por la combinación de miedo y euforia.

Por fin llegamos al punto donde el canal estrecho se ensancha, los acantilados a ambos lados se abren y descienden hasta llegar al nivel del mar. El mar se tranquiliza y el barco recupera un ritmo estable en las aguas mansas. La tripulación estalla en una ovación, y mi cuerpo se relaja, invadido por una oleada de adrenalina. La sensación victoriosa en el aire es tan palpable que no puedo evitar sonreír.

–¿Estás bien? –le pregunto a Nyssa, con un apretón leve a la muñeca.

–Siento como si Noto me hubiera masticado y vuelto a escupir.

–Así que ¿igual que siempre?

Nyssa frunce el ceño ante mi sonrisa burlona y se lleva las manos a la cintura como si estuviera a punto de darme un sermón, pero el

cabello pegado a la frente y su complexión grisácea deshacen el efecto.

–Iré a acostarme antes de añadir mi cena de anoche al agua que gotea de tu ropa. –Luego se da la vuelta con la nariz elevada y se aleja tambaleándose por las escaleras.

Nikolas se ríe mientras la vemos alejarse, ahora mucho más relajado que antes.

–El mar no es lo suyo, ¿no?

–Al parecer, los canales de Los Tormentos son muy diferentes al océano.

La adrenalina deja mi cuerpo y un escalofrío sube por mi columna mientras mis sensaciones comienzan a normalizarse. Me froto los brazos para intentar calentarme un poco, pero no es de gran ayuda cuando parece que me haya dado un baño con la ropa puesta.

Sin embargo, ante mis ojos, el agua se escurre de la tela, se acumula en el suelo y serpentea por la cubierta hasta caer por la borda. Ahora seca y desconcertada, observo lo ocurrido con la boca abierta antes de volver a fijarme en el capitán.

–¿Cómo…?

Él señala el suelo bajo mis pies con la cabeza con una sonrisa descarada en el rostro. Sigo su mirada y solo entonces veo los pequeños símbolos *goiteía* tallados en las tablas de madera del suelo. Reconozco algunos símbolos familiares, como el de agua (tres filas de líneas onduladas) y el de drenaje (un chevrón con una línea que lo atraviesa por la mitad), que son los más frecuentes. Hay otro símbolo que se repite: dos líneas paralelas atravesadas por una ondeada, el *goiteía* para fuerza.

–¿Por qué no tallas alguno para controlar el barco? –pregunto distraída mientras mi mente hace un recuento de las marcas alrededor del barco. Debe haber más de cien en las tablas bajo mis pies, las barandillas, mástiles y en la popa en sí. No puedo evitar estremecerme al pensar en la cantidad de magia que ha sido infundida en esta embarcación, que debió haber drenado años de vida del tallador.

Si es que aún respira.

–¿Dónde quedaría lo divertido?

Me deja sin palabras, dividida entre la frustración y la diversión.

Nikolas suelta una carcajada que resuena en la cubierta y hace que me fije en el resto de la tripulación. Los miro frunciendo el ceño al notar sus miradas disimuladas.

–Dime, Estornino, ¿has sentido el miedo a lo desconocido? ¿La excitación corriendo por tu cuerpo? ¿La emoción de la victoria?

Dejo la irritación de lado para pensar en sus palabras, aunque no sea necesario en realidad. Si soy honesta conmigo misma, debo admitir que he sentido todo eso y más. No puedo negarlo, así que asiento con la cabeza.

–Exacto. La magia es maravillosa, un regalo de los dioses. Pero sentir también es mágico. Si usáramos *goiteía* para todo, no habría nada por qué vivir.

–Capitán y sabio, ¿quién lo hubiera dicho? –bromeo.

Nikolas despliega su sonrisa encantadora otra vez, y ahora la correspondo.

–No puedes verla desde aquí, pero Vilea se encuentra al otro lado de esas montañas –dice señalando detrás de mí.

El acantilado aún se eleva desde el agua, pero, alrededor de un metro más arriba, da paso a una cadena montañosa imponente, no tan alta como las que vimos en Arkhadia, pero majestuosa de todas formas. Las cumbres se elevan hacia el cielo y atraviesan las nubes bajas como los dientes de un dragón. Bajo los rayos dorados del sol que se cuelan a través del velo blanco y que iluminan las gruesas venas que descienden por las laderas rocosas, las montañas parecen etéreas.

–¿Es la cordillera de Rithean?

–Sí. –Nikolas me mira impresionado–. ¿Ya has estado en Eretria?

–Solo a través de los libros.

–Ah, ¿así que eres una erudita?

–No –resoplo–. Una soñadora, en realidad.

–Eso tiene más sentido.

Ya que las aguas se han calmado, me libero del agarre implacable de la barandilla para girar el rostro hacia él.

–¿Por qué lo dices?

–Puedes ver cuando una persona tiene aventura en la sangre y sueños en el alma –responde, y el brillo de respeto en sus ojos me hace ruborizar–. Son las que se paran en el timón cuando el océano está agitado. Aun cuando no tienen la certeza de que atravesarán la tormenta.

Mis labios se elevan en una sonrisa, antes de que una conmoción me distraiga. El resto de la Bandada empieza a emerger desde las cubiertas inferiores. Veo como Cuervo mira alrededor antes de encontrarme, y sus ojos iluminados por el sol me provocan taquicardia por segunda vez en la mañana.

–¿Cuánto falta para que lleguemos a Corinto? –pregunto de camino a las escaleras.

–Unas tres horas, y el resto del camino es tranquilo desde aquí.

–Te veré en unas horas, entonces –saludo por encima del hombro. Bajo las escaleras hasta la cubierta inferior, con la sensación constante de tener ojos clavados en mi espalda. Pero resisto el impulso de darme la vuelta, a fuerza de necedad y de voluntad, porque sé que, si lo hiciera, me encontraría con un par de ojos cálidos color ámbar mirándome.

Y sería incapaz de resistir esa fuerza de atracción.



DOCE

Los muelles de Corinto son una ciudad en sí misma, como un laberinto de embarcaderos y plataformas de dos pisos, puentes de madera y escaleras. Hay cientos de barcos, grandes y pequeños, amarrados a lo largo de todo el espacio, lo que hace que me pregunte cómo lo hacen sus propietarios para ubicarlos en sus lugares.

Nikolas y la tripulación atracaron nuestro barco en uno de los muelles más tranquilos y lejanos para que pudiéramos desembarcar sin llamar demasiado la atención. De todas formas, la zona estaba llena tanto de tycheroi como de ninfai, así que la Bandada tuvo que moverse rápido y desaparecer en las sombras y callejones para evitar miradas curiosas.

Ahora, con las capuchas puestas, nos abrimos camino por la ciudad a través de callejones abandonados y calles atestadas. Después de media hora de intentar seguir el ritmo implacable de la Bandada, nos detenemos frente a un edificio sin nada en particular: muros de piedra gris de al menos seis pisos de altura, con pequeñas ventanas alejadas de la superficie. Hay una sola puerta en el centro

con manchas y marcas, con un letrero viejo colgando sobre ella. Tiene el símbolo de un ave en vuelo grabado con fuego en la madera sobre una inscripción «El nido del grajo».

Arrugo la nariz al verlo y miro a Nyssa de reojo, quien también me mira dudosa, pero seguimos a los demás adentro de todas formas. Para ser una casa de seguridad, supongo que no debe recibir muchos clientes; sin embargo, el interior no está tan mal como imaginaba. Hay un viejo bar en la pared del fondo, con estanterías demasiado altas llenas de bebidas alcohólicas y una puerta cerrada por una cortina. Una chimenea encendida calienta el lugar y su brillo dorado proyecta sombras danzantes en las paredes. El resto del espacio está lleno de muebles acogedores, con varios tycheroi sentados entre los cojines. Algunos nos miran con curiosidad un instante, pero la mayoría nos ignora.

Cuando llegamos a la barra, Cuervo hace sonar la campana y, en un abrir y cerrar de ojos, un hombre aparece desde atrás de la cortina. No parece el típico posadero; con su cuerpo fornido, el cabello negro recortado y una cicatriz que le atraviesa el ojo derecho, parece más un mercenario.

–Cuervo, ¿de vuelta tan pronto? –pregunta arrastrando las palabras mientras nos mira a todos.

–Ya sabes lo que dicen, Jax –interviene Alondra con un brazo sobre la barra–, el mal no descansa.

El hombre, Jax, pone los ojos en blanco y mira a Cuervo levantando una ceja, aunque su rostro deja en evidencia la diversión.

–¿Era necesario traer a este de vuelta?

–Es como una infestación de chinches, no logro deshacerme de él –responde Cuervo.

Alondra resopla y se lleva una mano al corazón en un fingido gesto de dolor.

–Si me encontraras en tu cama, no querrías deshacerte de mí, Cuervo. ¿No crees, Jax?

Los ojos del posadero se acaloran, fijos en Alondra.

Mis cejas se elevan, y Nyssa finge arcadas a mi lado.

–No quería escuchar eso.

Jax se aclara la garganta y vuelve a enfocarse en Cuervo.

–Buscaré vuestras llaves.

–Te lo agradecería.

Jax levanta una caja de madera de debajo de la barra, que tintinea cuando la apoya en un taburete. Luego coge una pequeña llave plateada de su cuello para abrir la caja y revuelve en su interior un momento mientras murmura por lo bajo, hasta que por fin saca un par de llaves de latón idénticas.

Cuervo acepta las llaves y deja una bolsita en la mano de Jax, que cae con un ruido metálico. El hombre por fin sonríe.

–Un placer hacer negocios contigo, como siempre. Ya conocéis las reglas. –Y, con una última mirada acalorada hacia Alondra, desaparece detrás de la cortina.

–¿De verdad? –exige Cuervo en tono cortante.

–Los hombres con cicatrices tienen algo –responde Alondra con una sonrisa compradora.

Cuervo niega con la cabeza antes de girar hacia el grupo y señalar las escaleras.

Subimos seis pisos hasta llegar al último, que tiene un descansillo tan grande como para hospedarnos a todos, mientras Cuervo abre la única puerta. Cuando lo hace, entramos en una habitación rectangular amplia, con puertas a ambos lados y un espacio común lleno de cosas en el centro. Son seis puertas en total, tres a cada lado, seguro que son las habitaciones, que espero incluyan baños. Nyssa y yo cruzamos miradas antes de elegir la primera puerta de la derecha.

La habitación es apenas más grande que el camarote en *El Ruiseñor*. Una ventana con postigos nos protege de la noche, las finas grietas en las paredes forman un patrón de tela de araña, y las camas se encuentran contra las paredes opuestas, con un espacio mínimo entre ellas. Mientras Nyssa enciende un farol, frunzo el ceño al ver la superficie irregular de mantas, pero dejo mi bolso sobre una cama y salgo al área común para dejarme caer en un sofá desgastado.

–Doy gracias a los dioses por la tierra firme –resopla Miná cuando ella y Garza se desploman en sofás individuales.

–No quiero volver a ver un barco –coincide Nyssa. Mientras ella se estira los rizos enmarañados, muevo las piernas para que pueda sentarse.

–¿Aunque el capitán sea un hombre musculoso irresistible? –bromeo.

Ella frunce el ceño, pero después se encoge de hombros, incapaz de ocultar la sonrisa.

–He arreglado que el capitán Nikolas nos encuentre en Puerto Serre –dice Cuervo al unirse al grupo–. Cuando dejemos la corte, viajaremos por tierra y luego tendremos un día por mar desde allí.

–¿Y ahora cuál es el plan, jefe? –pregunta Alondra, que está boca abajo en un sofá, con las piernas colgando del respaldo.

–Por ahora, podéis hacer lo que queráis, siempre y cuando no llaméis la atención. Mañana saldremos temprano a encontrarnos con los demás en las afueras de la ciudad.

–Entonces, ¿tenemos la noche libre? –Alondra sonríe con astucia y mira alrededor.

–Así es –responde Cuervo sin expresión, aunque se nota un brillo entretenido en sus ojos.

–Bueno. –Lori mira alrededor, emocionado–. ¿Les mostramos a las preciosas Cantoras cómo es una noche lejos de casa?



Tomo aire y exhalo mientras jugueteo con el pendiente de *goiteía* en mi oreja.

Los demás están abajo, esperando a salir para tener una noche de diversión en Corinto. Cuando Lori propuso la idea, no se me ocurrió un plan peor después de una semana en el mar, pero luego me ganó la emoción. Mi cuerpo se encendió con energía renovada por el entusiasmo de perderme en una ciudad nueva. Lo único que se interpone en la diversión es un desafío que debo enfrentar.

Cuervo.

Apenas intercambiamos algunas miradas y palabras tensas desde la primera noche en el barco y eso me ha estado volviendo loca. A pesar de que fue en parte por decisión propia, la ansiedad y la confusión me han acompañado sin descanso durante la última

semana. Tengo que ponerle fin a eso y despejar la mente para concentrarme en esta misión. Pero no puedo hacer ninguna de las dos cosas si intento evitarlo a él. Si intento evitar los sentimientos que ya deberían estar muertos y enterrados.

Entonces enderezo la espalda, reúno toda mi determinación y me obligo a llamar a la puerta cerrada frente a mí. La puerta se abre para revelar a Cuervo sin camisa y, al verlo, la determinación se desmorona tan pronto como la había reunido y se lleva mis pensamientos racionales con ella.

El cuerpo de Cuervo es una escultura, dorada y tonificada, que parece haber sido tallada por los dioses. Cierro las manos a ambos lados para resistir la tentación de recorrer los valles y colinas de su torso.

–¿Estornino?

Levanto la vista hacia sus ojos y por poco me pierdo en esas profundidades ardientes. Aparto la vista, me aclaro la garganta y me esfuerzo por recobrar algo de compostura. Cuando por fin consigo hablar, no suena tan acusatorio como esperaba.

–Has estado evitándome.

–He estado ocupado –suena tajante, aunque veo cómo sus ojos bajan a mis labios. Sus palabras reavivan la frustración y la rabia que había sentido antes.

–¿Y qué ha podido mantenerte ocupado en un barco en medio del océano?

–¿Qué quieres que te diga, Estornino? –Se alborota las ondas castañas, irritado, y aprieta la mandíbula.

–¿Qué te parece la verdad? ¿No me crees capaz de cumplir esta misión?

Él suelta una risa, pero suena amarga, autocrítica.

–No, no me preocupa que *no* seas capaz.

–¿Entonces qué sucede? –exijo con el ceño fruncido.

Él apoya las manos a cada lado del marco de la puerta y fija sus ojos ardientes en los míos, con una intensidad que acelera mis latidos. Doy un paso atrás, con esperanzas de que la distancia reduzca el calor de esa mirada.

–¿Quieres la verdad, princesa?

–Siempre –aseguro.

–La verdad es que no puedo soportar la idea de verte coquetear con algún imbécil para ganar su favor solo por el bien de esta misión. La idea de quedarme mirando cómo te pavoneas en unas malditas pruebas por otro…

Él niega con la cabeza y deja de hablar. La aspereza de su voz y su tono posesivo elevan el calor en mi estómago.

Deja caer las manos del marco de la puerta y se acerca hasta que solo nos separan unos centímetros. Nos miramos uno al otro un momento, con los ojos abiertos y la respiración agitada. Es como si estuviéramos al borde de un precipicio. Un paso podría hacernos caer y otro podría colocarnos de vuelta en territorio seguro.

Creo que no quiero seguridad.

Tampoco quiero que me empujen.

Quiero *saltar*.

–¿Por qué? –pregunto.

–Porque, durante todo un año, esto es en lo único en lo que he podido pensar.

En cuanto termina de hablar, me levanta la barbilla y presiona sus labios sobre los míos. Sabe a miel, a canela y a todas las cosas que

no debería tener. Sus manos rodean mi cuello, se enredan en mi cabello, y yo deslizo las mías por su pecho, sedoso y duro como una roca. Se me escapa un gemido, que inspira otro de su parte. Son incontables las veces que he revivido el recuerdo de sus labios sobre los míos.

Pero ningún recuerdo es comparable a esto.

Las manos de Cuervo bajan por la curva de mi espalda y mi trasero hasta coger mis muslos y levantarme del suelo. Separo las piernas para rodear su cintura, al tiempo que me lleva hacia la pared y frota sus caderas con las mías.

Jadeo ante el placer que palpita en mi interior, y él devora el sonido como un hombre moribundo en busca de aire. Mis manos recorren cada centímetro de su cuerpo que pueden, dibujan su rostro, acarician su cabello, descienden como brasas por la curva de su espalda.

Pero no es suficiente.

Quiero más. *Necesito* más.

De repente, se oyen pasos afuera, alguien sube despacio por las escaleras y apaga las llamas con una inundación helada de realidad.

–Bájame –susurro, pero la orden es imponente.

Cuervo se tensa, pero obedece y me baja despacio por su cuerpo hasta dejar mis pies en el suelo.

–Estor…

–No –lo interrumpo mientras me paso las manos por el cabello para apagar el deseo y recuperar algo de autocontrol. Lo veo entrar en la habitación, ponerse una camisa y zapatos, respiro hondo y continúo, aunque las palabras suenan amargas–: Tenemos que dejar el pasado atrás, Cuervo. Será lo mejor para los dos.

–Si eso es lo que quieres… –Tras terminar con el segundo zapato, sus ojos miel encuentran los míos, ya sin brasas encendidas.

Y, sin decir más, se da la vuelta y se aleja de la habitación.



La isla de Maricious es el lugar al que todos salen a divertirse por las noches en Los Tormentos, cuyas orillas están llenas de bares y burdeles para satisfacer todos los deseos.

Corinto me recuerda a Maricious como una gota me recuerda a una tormenta.

A pesar de la hora, o tal vez debido a ella, las calles bullen de actividad, tanto como cuando llegamos por la mañana. Brota música de balcones y ventanas, vuela en el aire y se fusiona para generar una melodía de alegría contagiosa.

–¿A dónde vamos? –le pregunto al grupo, que camina con una familiaridad que hace que me pregunte cuánto tiempo de su primer año al frente lo han dedicado a explorar la noche en las calles de esta ciudad.

–A La serpiente alada –responde Lori, con una sonrisa infantil.

–Imagínate La Musa, pero más grande –ofrece Alondra.

–Y después imagina algo completamente diferente –añade Lori, y Alondra asiente como si hubiera dicho algo muy inteligente.

Nyssa y yo nos miramos, ambas confundidas.

–¡Ahí está!

La emoción en la voz de Alondra dirige mi atención hacia el lugar que señala. La calle se divide en dos angostos caminos más

adelante, que siguen serpenteando hacia el laberinto de la ciudad. En la esquina entre los dos caminos se eleva un edificio de cuatro pisos, de un color que me recuerda al vino tinto. Por las ventanas se ven luces cautivadoras, que cambian de índigo a malva al ritmo de la música. El letrero sobre la doble puerta no dice nada, solo consta de una serpiente plateada con alas emplumadas abiertas en vuelo.

No me fijo en el hombre fornido ante las puertas hasta que nos acercamos. Con los brazos musculosos cruzados sobre el pecho, nos escanea con ojos implacables mientras nos acercamos y, al parecer, pasamos la prueba, porque se hace a un lado y nos concede el paso con un asentimiento. En cuanto entramos, las palabras de Lori y de Alondra cobran sentido por completo. El lugar me recuerda mucho a La Musa, pero es totalmente diferente al mismo tiempo.

El suelo por el que caminamos forma un balcón amplio que rodea la habitación. A la izquierda hay una barra llena de clientes, además de los que están reunidos en grupos en mesas y sillas alrededor del lugar. El centro está abierto al aire libre y, al mirar hacia arriba, puedo ver los balcones de los cuatro pisos superiores. Desde el techo alto cuelgan telas sedosas, en las que artistas con poca ropa se envuelven y giran en una danza seductora.

Nos dirigimos hacia una escalera a la derecha que baja al nivel inferior, donde las telas terminan sobre el suelo. Allí, más personas merodean y bailan entre ellas al compás de una sinfonía hipnótica.

–Por los dioses. Cuando muera, me quiero reencarnar en un trozo de seda –jadea Nyssa, hipnotizada por los artistas aéreos.

–Yo igual –coincide Alondra con un suspiro ensimismado.

Mis ojos se desvían hacia Miná y estoy segura de que mis cejas se fusionan con la línea de mi cabello.

–¿Creciste con estos dos? –pregunta.

–No del todo, pero siete años es *mucho* tiempo –digo.

–Te compadezco –responde con seriedad.

–¡Oye! –exclaman los hermanos al unísono y con la misma expresión ofendida.

–Para que lo sepas, somos una excelente compañía –dice Alondra mientras enlaza el brazo de Nyssa.

–Excelente –enfatiza ella, y ambos se alejan por las escaleras.

–Y yo que pensaba que una versión de Alondra ya era demasiado. –Miná niega con la cabeza, pero una pequeña sonrisa afectuosa asoma en sus labios.

–Los dos juntos son un nuevo nivel de caos.

–Que los Anemoi se apiaden de nosotros.

Una risita escapa por mi pecho y va apagándose al llegar al nivel inferior, pero la sonrisa perdura, porque la atmósfera es contagiosa. Nos abrimos paso entre las personas que bailan, en busca del resto de nuestros compañeros, desperdigados por los sofás de terciopelo, con botellas de vino y copas sobre una mesa baja. Cuervo levanta la vista cuando nos acercamos, pero fijo la mía en el espacio vacío a su lado antes de sentarme junto a Lori, quien me ofrece vino y una sonrisa, que acepto con gusto. Vacío la copa con los ojos cerrados y un tarareo de placer ante el sabor que explota en mi lengua.

Bebemos y conversamos durante un rato, hasta que Nyssa me toma de la mano y, con una sonrisa traviesa, me arrastra hacia la pista de baile. Miná se une a nosotras y las tres bailamos en sincronía perfecta al ritmo de la música hipnótica que llena el aire. Nos entregamos a las vibraciones que guían nuestros cuerpos, nos permitimos disfrutar este último momento. Una enorme sonrisa se

despliega en mi rostro al dejarme llevar por el clima embriagador y por el vino que libera mis movimientos y me pone eufórica.

De repente, siento un cosquilleo en el cuello, con una intensidad que me provoca escalofríos por la espalda. Cuando me doy la vuelta, me encuentro con los ojos de Cuervo fijos en mí y el tiempo se ralentiza con la respuesta instintiva de mi cuerpo. El recuerdo de sus labios en los míos me invade, hasta que no puedo pensar en nada más. Como si mi cuerpo tuviera vida propia, mis movimientos se vuelven sensuales y seductores; la seda del vestido que cae por mi hombro me recuerda cómo sentía su cuerpo bajo mis manos y me acelera el corazón.

En este momento, bailo para él. Por lo que pudo haber sido.

Y, durante el resto de la noche, la mirada de Cuervo no se aparta de mí.



TRECE

El carruaje se sacude de un lado al otro por los serpenteantes caminos del interior de Eretria. Los asientos son lujosos, con tapizados de terciopelo carmesí suave y aroma a lavanda y cedro. Las ventanas son de vitrales delicados, que proyectan un colorido mosaico sobre mi falda.

Esta es mi primera experiencia en un carruaje, porque los caminos estrechos y canales de Los Tormentos no son propicios para ellos. En casa, botes y ferris son los transportes preferidos. Así que no sé si es el vaivén constante o la inminente llegada a Vilea lo que me provoca náuseas constantes en la boca del estómago. Sea lo que sea, la sensación se ha extendido por todas mis extremidades y me ha hecho su prisionera.

Nos encontramos con los demás miembros de la orden en la frontera este de la ciudad por la mañana, ya en nuestros personajes. Es extraño ver a tantas Aves Cantoras y Nocturnas reunidas fuera del Aviario, y aún más verlos con el atuendo del Palacio de Los Tormentos. Después de presentarnos, estábamos listos para avanzar.

Pero, antes de que lo hiciéramos, otro grupo se nos unió.

No fue necesario fingir el placer que me provocó ver a los recién llegados: una caravana que avanzaba lentamente por el camino con carruajes brillantes como piedras preciosas bajo la luz de la mañana. Cada carro cuenta su propia historia en pinturas y tallados intrincados, y los caballos que tiran de ellos son igual de coloridos, con crines y colas trenzados con listones y mantos brillantes.

Thíasos ton Theíon.

La compañía de artistas más reconocida de todos los reinos de Los Empyrieos también va de camino a Vilea, para disgusto de Cuervo.

Desearía poder estar fuera con ellos. A pesar de que no he montado a caballo en meses, anhelo la sensación de aventura, del viento en el cabello y la vista de nuevas tierras extendiéndose frente a mí. En cambio, tengo que pasar el resto del viaje encerrada en este carruaje, con una compañía nada ideal.

Me giro para ver a la compañía en cuestión: Nyssa duerme a mi lado, con la mejilla contra la ventana, que empaña con cada aliento que escapa de sus labios abiertos. Se quedó dormida poco después de que saliéramos, algo que envidio de ella. Cuanto más nos acercamos a Eretria, más inquieta me siento.

No duermo bien desde antes del Bautizo y soy demasiado consciente de las somnisemillas almacenadas en mi nuevo baúl de equipaje. Aunque tengo los dos viales que le compré a Skiepo, he estado intentando evitar las pequeñas semillas, pero resulta más desafiante de lo que imaginaba, y la idea de una noche sin soñar es demasiado tentadora.

Frente a mí, Miná está tendida en otro asiento de terciopelo, leyendo un libro como si fuera un banquete después de semanas de hambruna. Solo se oyen los cascos de los caballos y las ruedas del

carruaje sobre el camino de tierra, que resuenan a un ritmo acelerado a través de la madera.

Como si percibiera mi mirada, Miná levanta la vista del libro hacia mí.

–Sabes que no será fácil, ¿verdad? –pregunta.

–¿Participar en las pruebas? Dudo que buscar novia para un príncipe sea más difícil que el entrenamiento al que nos somete el Aviario –resoplo.

–No. *Fingir* que son difíciles es lo que no será fácil. Tendrás que esforzarte o al menos fingir que lo haces.

Tarareo distraída por lo bajo, porque mi mirada ha vuelto a enfocarse en la ventana del carruaje, en un intento desesperado por ignorar el escalofrío que repta por mi espalda. Es un buen consejo, en especial viniendo de alguien como Miná. Pero ella no entiende todo lo que está en juego, no presenció las amenazas del Águila.

Tendré que encontrar alguna clase de equilibrio, algo que me destaque pero no levante sospechas. Se supone que soy una princesa, no una hija desechada y criada en el Aviario.

Me giro otra vez y frunzo el ceño al ver que Miná ha vuelto a concentrarse en su libro sin dificultad. He descubierto que es un hábito suyo el hacer pequeñas declaraciones que descolocan mi mente o que nos ponen a Nyssa y a mí a prueba en diferentes aspectos de nuestra historia falsa.

Exhalo agotada antes de concentrarme de nuevo en el tema más frecuente de sus pruebas improvisadas: Nombres.

Como si no tuviéramos suficientes que recordar. Cada miembro de nuestra Bandada ha elegido una leve variación de los nombres

otorgados por el Aviario en caso de que deban darlo durante la misión.

Corva, Londrel, Nira, Zarza, Lorenzo, Rina.

Descanso en el asiento con los ojos cerrados y repito esos nombres una y otra vez, hasta grabármelos en la mente mejor que el mío. Debí quedarme dormida en algún momento, porque después de lo que pareció apenas un instante, el golpe de nudillos contra el carruaje me despierta de un salto. Nyssa se incorpora sobresaltada, con expresión confundida y marcas rojas en la mejilla. Al mirar por la ventana, solo distingo el contorno de cuerpos moviéndose en la oscuridad.

–Nos hemos detenido a pasar la noche –informa Miná–. Esa ha sido la señal de Lori de que podemos salir –añade mientras guarda su libro.

–Gracias a los Anemoi –celebro y me cubro un bostezo con la mano de camino a la puerta–. Necesito un descanso de este carruaje.

Cohibida, me paso las manos por el cabello, y la textura sedosa dispara mis nervios. Me saqué el pendiente esta mañana, y pensar en mostrar mi verdadera apariencia me provoca un nudo en el estómago.

–Te sienta bien –dice Miná con una sonrisa.

–Gracias –respondo y bajo las manos.

–Hora de actuar, princesa.

Resoplo por el sarcasmo en su voz, pero acepto el consejo de todas formas y, cuando toco el suelo, mi personaje entra en juego. Nyssa y Miná me siguen, y las tres nos congelamos, pasmadas, al ver la escena que nos espera.

La compañía ha formado un muro circular con sus caravanas, que provee un espacio seguro alrededor de una fogata. En la noche nublada, brilla una hilera de faroles pequeños, como si hubieran bajado las estrellas del cielo para capturarlas en prisiones de cristal. Entre las caravanas cuelgan faroles más grandes de colores, que derraman charcos de luz coloridos sobre el césped suave.

Decenas de personas deambulan por el área; algunas disponen alfombras, sillas y mesas que bajan de los carros, otras se ocupan de preparar la cena sobre el fuego. Al prestarles más atención, veo que más de la mitad tienen los rasgos distintivos de los ninfai: cabello en distintas tonalidades de azul, verde y rojo, escamas brillantes mezcladas en la piel y pequeños cuernos curvados en la frente. Aroma a humo en el aire, risas, camaradería y espíritus libres y despreocupados se perciben en la atmósfera.

Esta compañía ha creado su propio mundo aquí, en medio de la nada. Es un lugar con sus propias reglas y costumbres. Su propio modo de vida.

Bajo la admiración burbujea un sentimiento amargo. Parte de mí anhela lo que tienen, su libertad y la cercanía entre ellos. No algo que me resulte familiar, porque, más allá de las pocas constantes en mi vida, la lista de personas a las que considero cercanas es muy limitada. Incluso el tiempo que he pasado con la Bandada la última semana ha sido tenso, sin la fraternidad que siempre imaginé. Busco sus rostros entre la multitud y los encuentro levantando tiendas para pasar la noche y ocupándose de los caballos. Por propia voluntad, mi mirada se desvía hacia Cuervo, que está pasándose las manos por el cabello para apartarse los mechones de la frente. Él levanta la vista de repente, como si hubiera sentido el calor de mi escrutinio. Sus

ojos color ámbar se encuentran con los míos y hacen que mi corazón se agite en mi pecho por el recuerdo de anoche.

Sus manos bajan por la curva de mi espalda y mi trasero hasta coger mis muslos y…

–Princesa –dice una voz grave detrás de mí y atrae mi atención hacia la figura alta y oscura que se aproxima–, ¿qué le parece?

El rostro del director de la compañía está envuelto en sombras, pues las luces superiores apenas resaltan los ángulos de su rostro. Tiene una figura alta y musculosa, envuelta en un traje a medida negro como carbón, y el cabello negro y sedoso hasta la cintura. Se mueve de una forma algo femenina por la noche, elegante, deslumbrante; da la sensación de que, si quisiera, podría desvanecerse entre las sombras sin dejar rastro. La intuición me dice que tiene al menos una pizca de sangre nínfica en las venas, pero no defino cuál, pues no tiene rasgos que apunten a un elemento en particular, solo algo en su forma de moverse que dice que es más que un tycheroi normal.

–Es hermoso, Leto. No he visto nada igual –respondo con una sonrisa genuina.

–Me alegra que lo piense. –Sus ojos oscuros me evalúan antes de que tenderme un brazo–. ¿Le gustaría acompañarnos con sus damas a cenar? Solemos compartir historias alrededor del fuego por las noches.

–Por supuesto, nos encantaría –afirmo, luego tomo su brazo y permito que me guíe hacia el calor del fuego, con Nyssa y Miná unos pasos por detrás.

Al acercarnos, nos reciben sonrisas de todas partes. Algunos miembros de la compañía inclinan la cabeza con timidez cuando los

miro, mientras que otros reaccionan con reverencias o saludos más ostentosos.

Nos detenemos frente al brillo cálido del fuego, y mis ojos se abren al ver las alfombras bordadas y los almohadones mullidos que nos esperan. Hay una mesa baja de madera, llena de comidas, frutas disecadas, pan humeante y quesos secos. La imagen me hace la boca agua.

–El jefe de su guardia me ha dicho que se dirige al Palacio de Vilea para participar en las Pruebas Reales –señala el director mientras atraviesa una manzana jugosa con un cuchillo pequeño.

–Así es –respondo mientras lleno mi plato.

–¿Ha oído hablar de las pruebas?

–He leído algo, pero no es una costumbre que sigamos en Los Tormentos. Aunque tampoco había oído que se llevaran a cabo en otros reinos.

–Era de esperar. Son resultado directo de la idea de superioridad de Eretria. Por lo que he oído, están relacionadas con la historia de nuestra tierra.

–¿Cómo es eso?

–Ah, ¡esa es una buena historia! –exclama un hombre que se deja caer en la alfombra junto a Leto. Reclina el cuerpo flexible sobre los almohadones antes de ofrecernos una sonrisa libertina. Aun con el cabello ondulado más corto, las similitudes con el director de la compañía no pasan por alto–. Cuéntasela.

–Un poco de decoro nunca viene mal, Pan –le advierte Leto.

–Seguro que la princesa sabía a lo que se atenía cuando aceptó viajar con *Thíasos ton Theíon* –replica Pan y le arrebata la manzana a medio comer.

Se me escapa una risotada inapropiada para una princesa, pero, afortunadamente, una nueva voz la oculta.

–Discúlpelo, maestro Leto –dice una ninfai grácil, de cabello plateado y facciones delicadas–. Ya debería saber que es incorregible.

Leto exhala despacio por la nariz antes de fijarse en nosotras con una sonrisa sardónica.

–Me disculpo por estos dos. Él es mi hermano menor, Pan. Y ella es una de nuestras bailarinas más talentosas, Eleni.

–No tiene por qué disculparse. Pero me encantaría escuchar esa historia.

–En esta compañía no solo contamos las historias, princesa. Las mostramos.

Los ojos de Leto brillan cuando levanta la mano, un destello de sombras brota de su piel y cobra forma entre sus dedos, uniéndose en medio del grupo. Me quedo boquiabierta al ver cómo la escena cobra forma a partir de las sombras: cuatro hombres alados dentro de una habitación sin ventanas.

Mis suposiciones eran ciertas, Leto tiene sangre nínfica en las venas, de *ninfa de sombras*. Algo que debería ser imposible, dado que se consideran extintas desde la Guerra de los Dioses.

Me muerdo la lengua para contener las preguntas que intentan escapar de mi boca y me limito a observar sorprendida el movimiento de las sombras que representan la historia que relata la voz magnética de Leto.

Las historias dicen que los Anemoi vinieron de una tierra lejana. Eran dioses menores entre los suyos, prisioneros de otro que deseaba usarlos por sus poderes. Estaban prisioneros en una torre

encantada sin ventanas para que no pudieran escapar volando, pero, un día, su captor olvidó cerrar la puerta.

Escapar de la torre fue solo la primera prueba que debieron enfrentar. Los Anemoi bajaron las escaleras corriendo, pero, al salir, descubrieron que la torre se encontraba dentro de un laberinto. Era una trampa de locura que podía llevarlos a la perdición con facilidad si no eran astutos e inteligentes.

Para recorrer el laberinto se valieron de un truco tan viejo como el tiempo: mantener las manos sobre el muro izquierdo para asegurarse de no perderse. Hasta que llegaron a otra puerta, una que no quería abrirse.

Tiraron de ella y la empujaron, giraron la manilla a un lado y al otro. Intentaron derribarla con viento, congelarla con hielo invernal, quemarla con el sol del verano y sacudir la tierra. Pero todo fue en vano.

Los Anemoi pelearon entre sí, culpándose unos a otros por la situación, pero el eco de una voz los silenció: «Eso no servirá».

Los dioses se alejaron de un salto y miraron a su alrededor, pero no vieron a nadie, hasta que una criatura emergió de las sombras. Tenía el rostro y el torso de una mujer hermosa, la parte inferior de un felino y alas que no se asemejaban a las de ellos.

–¿Quién eres? –exigió Euro, el viento del este.

–Soy muchas cosas –respondió la criatura, que seguía todos sus movimientos con los ojos felinos–. Custodio de secretos, de respuestas, y de puertas. Pero podéis llamarme Esfinge.

–¿Y abrirás esta puerta para nosotros? –preguntó Bóreas, el viento del norte, el mayor y más sabio de los cuatro.

–Aún no.

–¿Por qué no? –protestó Noto, con el calor del viento del sur en la voz.

–Primero debéis responder a un acertijo.

–Adelante, entonces, pregunta –añadió Céfiro, el viento del oeste y el más tranquilo de los hermanos.

Esfinge soltó un gruñido resonante, casi como si se aclarara la garganta.

–¿Qué la atraviesa, pero nunca entra y nunca sale?

Los Anemoi guardaron silencio, pero pronto reiniciaron sus discusiones y todos afirmaron saber la respuesta. Solo Bóreas, el mayor y más sabio, los observó en silencio.

–Daos prisa, pero recordad que solo podéis responder una vez –advirtió Esfinge, que caminaba de un lado a otro frente a ellos.

–Tengo la respuesta –afirmó Bóreas y miró a cada uno de sus hermanos. Todos correspondieron a su mirada antes de asentir con la cabeza.

–Escuchémosla, entonces.

–El ojo de la cerradura.

Esfinge permaneció en silencio, y los Anemoi contuvieron la respiración a la espera de la sentencia. Entonces, por arte de magia apareció una llave en la cerradura, giró con un chasquido y la puerta se abrió. Los dioses no perdieron el tiempo para atravesarla, pero la voz de Esfinge los detuvo.

–Esta puerta no ha sido abierta en siglos y yo he sido prisionera hasta que mi acertijo ha sido resuelto. Escaparé con vosotros si me lo permitís.

Los Anemoi se apiadaron de la criatura y accedieron a que escapara con ellos.

–Será mejor que corráis lo más rápido que podáis, jóvenes vientos, porque él sabrá que la puerta ha sido abierta.

Los dioses escucharon la advertencia y corrieron lo más rápido posible, usaron sus alas para impulsarse por el laberinto, pero encontraron otra puerta y una música que hizo que se detuvieran. El sonido de un arpa los envolvió, tentándolos a dar la vuelta y regresar, pero sabían que era otra trampa, así que reunieron todas sus fuerzas para avanzar.

Cada paso era un desafío y cada nota del arpa les suplicaba que dieran la vuelta. Que miraran.

Euro fue el primero en flaquear. La tentación lo hizo caer, pero, de todas formas no miró atrás. Céfiro fue el siguiente, y la criatura rugió para instarlos a seguir adelante.

Otro sonido se sumó a la música: pasos resonantes y cada vez más cercanos. Con miedo en la mente y determinación en el corazón, los Anemoi siguieron avanzando, luchando con uñas y dientes hasta que por fin lo lograron.

En cuanto atravesaron la puerta, la música se desvaneció y salieron al exterior. El aire los recibió, feliz de reencontrarse con sus viejos amigos, pero no perdieron tiempo en celebraciones, sino que desplegaron las alas y volaron lejos de allí.

Una vez libres, los Anemoi coincidieron en que no podían volver a su tierra natal, así que continuaron volando hacia el norte. Las horas se convirtieron en días, los días, en semanas y las semanas, en meses, hasta que por fin llegaron a una tierra que no había sido tocada por su especie. Decidieron descansar allí y, al pasar los años sin novedades, allí crearon Los Empyrieos.

La imagen de los Anemoi explorando la nueva tierra se desvanece frente a mis ojos y las sombras se disuelven en el aire.

El grupo queda en silencio, y entonces veo que Leto domina la atención de todo el campamento. Incluso su propia compañía está cautivada por su habilidad como narrador.

–Apuesto a que nunca ha visto una historia representada así, ¿o sí, princesa? –La voz rítmica de Pan rompe el silencio.

–No. –Mi voz es un susurro, así que me aclaro la garganta–. Ha sido hermoso.

–Gracias, Su Alteza –responde Leto con una inclinación de cabeza, sin dejar de mirar mi rostro–. Creo que deberíamos recogerlo todo, mañana tendremos otro largo día de viaje y todos necesitamos descansar.

Después de que nuestra Bandada terminara de prepararse para dormir, la historia sigue reproduciéndose en mi mente. He escuchado infinidad de historias similares, pero ninguna con tantos detalles ni representada de ese modo.

Leto insinuó que nuestra historia había inspirado las pruebas, pero no encuentro ni una sola pista respecto a lo que me encontraré cuando llegue a la corte.

Supongo que mañana lo averiguaré.



CATORCE

Nada podría haberme preparado para Vilea.

Las canciones que escuché, los libros que leí y las pinturas que contemplé son insignificantes comparadas con la imagen frente a mis ojos.

Cuando la caravana se acercaba a la cima de la última colina, Leto hizo que todos se detuvieran para darnos a los que nunca habíamos estado aquí la oportunidad de ver la capital desde la distancia y dimensionar la ciudad y el palacio en todo su esplendor.

Y son impresionantes.

Me encuentro sola en la colina, permitiéndome bajar la guardia un momento para contemplar una de las ciudades que soñé visitar durante años.

El Palacio de Eretria, erigido en la ladera de las montañas más bajas de la cordillera de Rithean, es una maravilla de mármol, alta y orgullosa.

Es como una joya brillante en una corona natural.

Columnas y torres blancas destellan con la luz del sol débil que asoma por el manto de nubes, y las ventanas de marcos dorados

centellan con su calor remanente.

La ladera está poblada de robles altos, con hojas rojas y doradas que vuelan con el viento y hacen que la montaña parezca estar en llamas. Un camino ondulado se abre paso entre los árboles, como una serpiente que acecha la ciudad exuberante en la base de la montaña. Desde allí, una escalera demasiado larga tallada en el mármol es el único camino hacia el palacio que preside toda la ciudad.

Pero, por fortuna, no es la única forma para llegar a la corte.

Observo sorprendida los carros que conectan el palacio con la ciudad a través del aire. Había oído muchas veces de esta maravilla y es una de las muchas razones por las que Kal y yo soñábamos con visitar Vilea.

Carruajes aéreos.

Un invento ingenioso que permite que la alta sociedad de la corte real viaje con facilidad desde y hacia el palacio.

Mi corazón da un vuelco mientras observo un carro deslizándose hacia el palacio, porque la realidad de lo que estoy a punto de hacer cae como una piedra hasta el fondo de mi estómago. Me invade una sensación fatídica, acompañada por una ráfaga de aire fresco que penetra en mi abrigo y me hiela hasta los huesos. El sol se ha escondido detrás de su cubierta otra vez y la falta de calor y luz hace que la ciudad palidezca ante mis ojos.

Ya no habrá vuelta atrás.

No es que alguna vez la hubiera. Hay demasiado en juego en esta misión y cualquier paso en falso podría tener consecuencias desastrosas para el mundo como lo conocemos.

Algo se agita dentro de mí, la misma sensación que se ha estado tensando como una espiral por mis extremidades durante los últimos días. Me concentro para intentar percibirla dentro de mí, liberarla. Siento un cosquilleo en las puntas de los dedos, algo muy suave…

–Y bien, princesa, ¿le hice justicia? –Las palabras de Pan me sacan de mi trance y disipan la tensión. Al darme la vuelta, me encuentro al hombre sonriente y a su compañera de cabello plateado, Eleni. Durante una parada de descanso anterior, Pan me cautivó con historias de la ciudad, ante la mirada divertida de su hermano mayor.

–Para ser honesta, creo que nadie podría hacerle justicia a este lugar.

–Debe estar en lo cierto. Leto acaparó todo el talento narrativo –responde con una risita.

–Entonces, ¿cuál es tu talento?

–¿Además de decir tonterías? –pregunta Eleni con una sonrisa maliciosa en su rostro delicado.

Pan se lleva una mano al corazón como si lo hubiera herido de muerte, pero se recupera enseguida y la coge de la mano. La atrae hacia él y la hace girar con una pirueta.

–Soy bailarín –dice como si fuera obvio–, y toco el laúd.

Eleni pone los ojos en blanco y me mira como si se preguntara si me trago esas patrañas. Respondo con una sonrisa.

–De hecho, hemos venido a decirle que debemos ponernos en marcha –advierte antes de que Pan continúe con lo que seguro que será otra lista de talentos autoproclamados–. Querrá llegar al palacio antes de que el sol se ponga por completo.

–Supongo que sí –respondo distraída mientras observo al grupo que espera junto a los carros, buscando a Cuervo. Mi corazón se acelera al encontrarlo mirándome, con una leve sonrisa. Inclina la cabeza hacia la ciudad, para preguntarme si estoy lista para seguir, y mi corazón se llena de calidez al saber que ha permitido este pequeño retraso por mí.

–No nos olvide cuando esté en la corte, princesa –dice Pan, mientras camina hacia atrás arrastrado por Eleni–. Daré un espectáculo especial para usted.

Sacudo la cabeza ante su excentricidad y miro mis pies para ocultar la sonrisa que se despliega en mi rostro. Una vez en el carruaje, cierro la puerta y tomo asiento. Miná ya está esperando dentro, otra vez perdida en su libro como si no se hubiera movido. Un instante después, la puerta se abre de golpe.

–Lo siento –exclama Nyssa–. Me distraje con la vista.

La miro con una ceja en alto al percibir el leve rubor en sus mejillas y la forma en que retuerce la tela de su vestido. Extiendo la mano para darle un apretón a la suya mientras el carruaje avanza y comienza el descenso hacia la ciudad.



En cuanto mis pies descienden sobre el suelo de mármol suave del patio del palacio, la tensión apenas se libera un poco.

La compañía *Thíasos ton Theíon* cogió un camino diferente en la estación de carros aéreos en el centro de Vilea, pues, al parecer, los carros de servicio deben usar otras vías hacia el palacio, en otra

estación en las afueras al este de la ciudad. Los demás miembros del Aviario que nos acompañan se quedarán abajo, en uno de los puestos de guardia al pie de la montaña. Me inquietaba viajar con tantos de ellos, pero ahora es un alivio saber que estarán cerca en caso de que necesitemos refuerzos.

El viaje en el carruaje aéreo fue emocionante, aunque aterrador. Era como los carruajes que usamos en Corinto, con tapizados de terciopelo rojo por dentro y exterior blanco y dorado, pero, en lugar de ruedas, estaba suspendido con un sistema de poleas y cables de acero gruesos. Las ventanas traslúcidas nos permitieron ver la ciudad extensa y las copas otoñales de los árboles debajo de nosotros mientras nos mecíamos con la brisa rumbo al palacio.

Siento que he vivido en constante asombro en todo lo que va de este viaje, pues cada imagen y experiencia es más increíble que la anterior, y el palacio que se eleva hasta las nubes no es la excepción. Mientras los demás descargan nuestro equipaje, mis ojos recorren el patio de mármol y veo que los únicos puntos de entrada al palacio son para los carruajes aéreos, las escaleras empinadas en la montaña y las puertas arqueadas de roble. Más de veinte guardias cubren los muros, fusionados con la piedra en sus uniformes blancos inmaculados. Almaceno esa información en un rincón de mi mente, igual que debe estar haciendo el resto de la Bandada que me acompaña.

El eco de las puertas del palacio al abrirse desvía mi atención de los guardias hacia los tycheroi que se acercan. Los lidera un hombre alto, de piel cálida color oliva y cabello cobrizo, que parece rondar los treinta años, aunque las líneas suaves que enmarcan sus ojos

sepia sugieren que es mayor de lo que aparenta. El grupo se detiene a unos pasos de nosotros y todos se inclinan en una reverencia.

–Bienvenida a Vilea, princesa Aella –dice el hombre de cabello caoba tras levantarse de su reverencia. Luego invita a una mujer joven a adelantarse–. Soy lord Hestion y ella es mi hija, Titaia.

No me sorprende que la presente como su hija, ya que el parecido es notable. Titaia tiene el mismo tono de piel oliva, aunque con el cabello tan oscuro que casi parece negro. Sus ojos, del mismo color caoba que los de su padre, me observan con detenimiento y con una mezcla de curiosidad y malicia que encaja a la perfección con su sonrisa de medio lado.

–Es un honor conocerles –respondo con una sonrisa mientras asimilo cada pequeño detalle de ambos–. Gracias por recibirme en su corte.

Lord Hestion es el hermano menor del rey Dédalo, lo que convierte a Titaia en prima del príncipe. Según la información que me compartió Cuervo sobre la familia real de Eretria, no se conoce animosidad entre hermanos y primos, pero tampoco ostentan lazos familiares inquebrantables. No me arriesgaría a considerarlos potenciales aliados, pero es una debilidad que podría aprovecharse. Mi mirada se mantuvo en el rostro sonriente de Titaia mientras divagaba, pero vuelve a lord Hestion cuando él habla.

–Permítame escoltarla a la sala del trono, la familia real está esperándola allí –dice señalando al grupo que aguarda en silencio tras él–. Nuestros asistentes ayudarán a los suyos a llevar el equipaje a sus aposentos.

Observo al grupo que se apresura a recoger baúles y maletas y me sorprende ver las señales de envejecimiento: piel marchita,

cabello cano y movimientos rígidos a pesar de sus apariencias juveniles por lo demás.

Goiteíanos.

Sirvientes empleados por tycheroi ricos para realizar magia y tallar *goiteía* por ellos. El sacrificio egoísta de la magia del alma de otra persona para salvar la suya.

Verlo me llena de disgusto, pero lo reprimo para mirar a lord Hestion con una sonrisa forzada.

–Se lo agradezco.

Mientras camino junto a padre e hija hacia las puertas del palacio, me giro para ver a Cuervo, Nyssa y Miná siguiéndonos de cerca. El resto de la Bandada se quedó atrás para ocuparse del equipaje.

El vestíbulo del palacio es tan impresionante como el exterior. Una escalera imponente lleva a los pisos superiores, con barandillas cubiertas de oro líquido que recorren todos los pisos circulares para protegerlos del vacío que se eleva hasta donde alcanza la vista. Frunzo el ceño al ver los pequeños orbes de cristal luminosos suspendidos en las paredes en soportes dorados. Al mirar alrededor, veo que están por todas partes, iluminando tapices y pinturas majestuosas.

A excepción de unos pocos guardias, el lugar no tiene vida y nuestros pasos son el único sonido que se percibe. Pero, a medida que subimos por las escaleras, el murmullo se hace más notorio, amortiguado por las puertas de roble grueso en el primer descansillo.

Cuando nos acercamos, Titaia se acerca a mí.

–Prepárate, princesa.

Apenas tengo tiempo de procesar su advertencia antes de que su padre abra las puertas y cientos de voces me reciban. Todos los dueños de las voces giran hacia nosotros, y me quedo sin aliento al encontrarme de pronto en el foco de sus atentas miradas. Hago un repaso mental de mi aspecto, enderezo la espalda, elevo la barbilla con arrogancia y sigo a lord Hestion hacia el salón abarrotado.

Mantengo la vista al frente, fija en la cabeza de Titaia y en la forma en que las esferas de luz proyectan una corona dorada en su cabello cobrizo. De reojo, veo filas y filas de bancos elegantes, todas llenas de tycheroi con atuendos inmaculados que nos siguen con la mirada.

Los murmullos se expanden como llamas por el salón. Me pregunto qué historias y rumores habrán oído de mí aquí. Qué creen saber sobre mí. ¿Repetirán rumores de la hija exiliada a la Isla de los Vientos? ¿O se preguntarán si estoy tan desprovista de magia como dicen?

Cuando llegamos al final del salón, lord Hestion y Titaia se hacen a un lado para dejarme frente a frente con la familia real, sentada en tronos de oro sobre un estrado.

Una exhibición de belleza real.

El rostro de Dédalo es tan duro como la piedra con la que fue construido este salón, no revela indicios de sus emociones o pensamientos. Se parece mucho a su hermano, aunque es más fornido y las profundidades de sus ojos caoba muestran malicia. Me provoca un escalofrío, así que aparto la vista hacia la mujer a su derecha. La reina Atalana lleva un vestido plisado de color plateado y su postura rígida hace que parezca tallada en mármol. Su cabello oscuro cae en rizos colocados a la perfección sobre sus delgados

hombros y su expresión es más suave que la del rey, pero sus ojos son distantes y su complexión es pálida a pesar de que me sonríe desde el trono.

Siento un cosquilleo consciente en la nuca cuando por fin me permito dirigir la mirada hacia la última persona en el estrado. He visto retratos del príncipe Keres, pero verlo en persona me deja sin aliento. Sus rasgos son una combinación llamativa de los de sus padres; sus ojos son más rojizos y el cabello caoba con reflejos cobrizos cae en ondas suaves alrededor de un rostro que parece tallado por los propios dioses. Su complexión es más delgada que la de su padre, pero musculosa de todas formas, y la chaqueta resalta sus hombros anchos y se ajusta a su cintura.

Es hermoso.

Y la sonrisa libertina en su rostro dice que él también lo sabe. Sin embargo, la crueldad en el ángulo de sus pómulos, el veneno en la curva de sus labios y el frío de su aura opacan el calor de su piel.

Algo destella bajo el interés en sus ojos, pero desaparece demasiado rápido como para llegar a comprenderlo.

–Princesa Aella Sotiría de Los Tormentos. –La voz del rey Dédalo desvía mi atención del príncipe–. Es un honor recibir a nuestros amigos desde el otro lado del mar de Solorai en nuestra casa. Y es un placer que se una a las pruebas.

–El honor es mío, Su Majestad –respondo con humildad. Hago una reverencia, con lo que el velo cenizo de mi cabello cae de mis hombros y me protege de miradas juiciosas y ojos penetrantes. Cuando me levanto, mi rostro es una máscara, pulida como la piedra a mi alrededor.

–Mi reina Atalana. –El rey señala a su esposa–. Y mi hijo, el príncipe Keres, sobre quien estoy seguro de que ya está informada.

–Es un placer, Su Majestad. –Inclino la cabeza hacia la reina, y ella responde con una sonrisa.

Entonces me giro hacia el príncipe y esta vez le mantengo la mirada. Veo el mismo destello en sus ojos rojizos y ahora logro reconocer la expresión.

Depredadora.

Es un gato con un canario en la mira, esperando el momento adecuado para atacar.

Lo que él no sabe es que las garras de esta ave cantora están afiladas.

La lección de Calíope hace eco en mi mente y me guía en este momento: «Algunos hombres disfrutan la cacería. Pero primero debes convencerles de que eres una presa valiosa».

Despliego una sonrisa despacio y lo miro por debajo de las pestañas antes de hablar con voz profunda.

–Príncipe.

Aunque su reacción es casi imperceptible, lo observo con suficiente detenimiento como para notar la ligera dilatación de sus fosas nasales.

–Princesa –responde con una leve inclinación de la cabeza.

Mientras nos sostenemos la mirada, porque ninguno está dispuesto a ser el primero en romper el contacto, noto que el salón ha quedado en silencio. Los tycheroi reunidos contienen la respiración, como si esperaran que su príncipe emitiera un veredicto.

Pero el rey Dédalo aplaude y acaba con el duelo de miradas y con el silencio de una sola vez.

–Como parte de las pruebas, cada competidora contará con un mentor de nuestra familia que la instruirá sobre la vida en la corte. Lady Titaia será la suya y ahora la escoltará a sus aposentos para que pueda instalarse. La ceremonia de apertura será en tres noches, así que descanse mientras pueda.

Dada la orden evidente en sus palabras, ofrezco una última reverencia y luego busco a mi mentora con la mirada. No tardo mucho en encontrarla, ya que se acerca a mí y señala la puerta por la que habíamos entrado con la cabeza. Me giro hacia Cuervo, Miná y Nyssa para indicarles que me sigan. Han esperado en silencio e inexpresivos durante todo el intercambio, aunque puedo percibir la tensión en los hombros de Cuervo cuando aparta la mirada del príncipe Keres.

Emprendemos la retirada del salón por el pasillo central, ignorando las miradas que, de nuevo, siguen todos nuestros movimientos. Una vez atravesamos las puertas de medio punto por fin puedo respirar hondo, pero mantengo la compostura, porque Titaia coge mi mano para hacer que la tome del brazo y guiarme por el pasillo.

–Ha sido una actuación increíble, princesa –dice con una sonrisa pícara.

–¿Actuación? –pregunto y hago que se detenga para mirarla de frente. Tengo que obligar a mi cuerpo a permanecer relajado, a pesar de la ansiedad que burbujea en mi estómago, porque seguro que notaría la tensión en nuestros brazos enlazados y no puedo levantar sospechas tan pronto.

–Sí, no había visto a nadie mirar a Keres a los ojos durante tanto tiempo –responde mientras analiza mi rostro con ojos agudos.

–¿Lo he ofendido? –La preocupación hace que la ansiedad se dispare, así que me muerdo el labio y repaso mis acciones en busca de algo que pudiera haber sido una ofensa.

–Al contrario, creo que ha despertado su interés. –Me ofrece una sonrisa reconfortante antes de empujarme hacia delante–. Vamos, estoy segura de que está cansada después del largo viaje para cruzar el mar.

Al escucharla, me arrasa una oleada de agotamiento que no había percibido hasta ahora. La emoción de las últimas semanas se disipa y me deja con una sensación de pesadez. Entonces, con un suspiro aliviado, dejo que Titaia nos guíe.

El tablero ha sido dispuesto, los jugadores están colocados, ahora solo hay que poner todas las piezas en su sitio.



QUINCE

Paseo por uno de los muchos patios del palacio, con lady Titaia a mi lado y Nyssa y Miná siguiéndonos como sombras gemelas.

Durante los últimos dos días, he estado trazando el mapa más preciso posible de la corte; un desafío, dado que casi todo se ve igual. Cada centímetro del palacio está compuesto por mármol pulido, ventanas con marcos bañados en oro y roble dorado.

El cielo es un lienzo de nubes amenazantes que envuelven las cumbres de las montañas y ocultan las torres más altas con su manto. Puedo sentir cómo el débil sol que asoma entre ellas intenta calentar mi piel, pero el aire frío de las montañas con aroma a moho no lo permite.

Cuando entramos, los grupos de tycheroi desperdigados dejan de hablar, pero los murmullos se reinician una vez que mi mirada pasa por encima de ellos. Mis hombros quieren tensarse por la atención, pero me obligo a relajarme, porque el objetivo de que dejara de ocultarme es ser vista.

Servir de distracción.

Aunque no me había percatado de lo eficiente que sería mi sola presencia en este lugar.

–¿Puedes llevarnos luego a la biblioteca? –le pregunto a lady Titaia–. He oído que es imponente.

–Podría –balbucea con una mirada apenada–. Pero preferiría no hacerlo. Está en el sexto piso por escaleras, y ya me ha arrastrado por la mitad del maldito palacio.

Sus ojos se abren un poco y se posan en los míos, pero se relaja cuando me rio.

–Está bien. Será en otra ocasión.

Los pies me llevan hacia la barandilla de mármol que recorre el patio.

Lady Titaia me sigue y se reclina conmigo sobre la piedra fría. A mi derecha, la ciudad se despliega desde la base de la montaña, con edificios y árboles que parecen tan pequeños como para caber en la palma de la mano. Mis ojos se fijan en una estructura solitaria en medio del follaje rojo y dorado, a poco más de un kilómetro del límite de la ciudad. Cables gruesos salen de ella y desaparecen detrás del palacio, por lo que asumo que será la estación aérea de los sirvientes.

–La vista desde aquí es encantadora –observo y giro hacia Nyssa y Miná detrás de mí–. Venid a echar un vistazo.

Cada una se pone a un lado de mí para apreciar la vista.

–Encantadora –dice Nyssa y, conociéndola, no paso por alto el tedio en su voz. Resisto el impulso de darle un codazo y, en cambio, miro a Miná y luego a la estación. Ella sigue mi mirada y una tensión casi imperceptible recorre su cuerpo.

–Es hermoso, princesa. –Sus palabras sonarían informales para oídos fisgones, pero yo veo cómo sus ojos inspeccionan la estación aérea, cómo toma nota de la ubicación y de la trayectoria de los cables que llegan a la parte trasera del palacio.

Cuando estoy a punto de responder, alguien se me adelanta. Una voz grave que cosquillea por mi piel y me cierra la garganta.

–Me alegra que a tres hermosas damas les agrade mi reino.

El príncipe Keres.

Le echo un vistazo a su prima y frunzo el ceño al verla moverse con incomodidad a mi lado. Luego me giro para ver al príncipe unos pasos más atrás, examinándonos a todas antes de fijar los ojos rojos escalofriantes en mí, con una intensidad que me eriza la piel. Tomo una inhalación profunda y me obligo a posar erguida.

–Príncipe Keres –saludo con una inclinación de la cabeza, que él sigue con detenimiento.

–Princesa Aella –responde con el mismo gesto antes de mirar a su prima con desprecio–. He oído que cargaba con el peso de ser la decepción de la familia. Pero, dada su posición, el protocolo dispone que la acompañe una dama de alto rango, y mi madre pensó que harían buena pareja.

Me invade la furia, tanto por sus palabras como por la forma en la que lady Titaia se estremece. No quedan rastros de la mujer animada que conozco. Sin embargo, dibujo una sonrisa forzada en mi rostro antes de volver a enfrentarme al príncipe.

–¿En qué puedo servirle, príncipe? –consigo preguntar con voz dulce.

–Camine conmigo. –Es una exigencia, no una pregunta.

–Por supuesto. –Miro a Nyssa y a Miná, ambas hacen una reverencia y luego se retiran con lady Titaia para dejarme sola con el príncipe. Las sigo con la mirada hasta el centro del patio, donde fingen tener una conversación banal entre criadas, aunque Miná nunca me saca los ojos de encima.

Sonrío coqueta al aceptar el brazo de Keres y me mantengo relajada mientras lleva mi mano a la curva de su codo para guiarme por el patio. El aire vuelve a llenarse de murmullos, pero los ignoro y contemplo las glicinas con excesiva atención mientras espero a que él hable.

–¿Qué piensa de lo que ha podido ver de Eretria? –pregunta finalmente.

–Es hermosa –respondo con honestidad–. No solo la corte y la capital, sino todo lo que he conocido.

A juzgar por su sonrisa de autosatisfacción, mi respuesta debe complacerlo, como si hubiera sido un halago hacia él.

–Imagino que es muy diferente a lo que está acostumbrada a ver en Los Tormentos.

Al pasar por debajo de otra rama de glicina, me detengo frente a una estatua de gran altura. Me quedo sin aliento y siento como si una infinidad de agujas recorrieran mi espalda. El príncipe Keres lo nota, y sus ojos se iluminan.

–Es maravillosa, ¿no cree? –pregunta mientras me lleva más cerca.

A pesar de la inquietud que revuelve mi estómago, asiento con la cabeza, porque la estatua me ha dejado sin habla. Es el cuerpo de una mujer tallado por una mano experta, que captura la textura de la tela que envuelve sus curvas. Una mano sujeta la empuñadura de

una espada rota, cuyos fragmentos se encuentran en la plataforma sobre la que se alza. Un par de alas hermosas se abren en su espalda, con plumas talladas en perfecto detalle. Pero lo que me provoca escalofríos es el hecho de que no tiene cabeza.

Y no es que la estatua esté incompleta.

Fue decapitada.

Es evidente que el artista dedicó una cantidad extraordinaria de tiempo a tallar los detalles de los ligamentos y la columna cercenados y a la sangre que brota de la herida. Es tan realista que parece un cuerpo alado petrificado.

–Se llama *La vencida*. –Keres extiende la mano hacia la punta de la espada rota antes de volver a mirarme–. ¿Ha oído hablar de los Harpaurai?

El nombre me es familiar de las historias que nos contaba nuestra nana Melita a Kal y a mí antes de dormir cuando estábamos inquietos.

Los Harpaurai son seres mitológicos alados, como los Anemoi. En las historias de Melita, Bóreas, dios del viento del norte y del invierno, creó a los dos primeros Harpaurai a partir de las plumas de sus alas. Eran como los tycheroi, con vidas largas, visión y oído agudos y habilidades físicas destacadas. Pero los dones extra que les brindó son lo que los hacen especiales: alas emplumadas y *thëikos* con la capacidad única de controlar los elementos del cielo y el viento.

Estaba tan obsesionada con las historias de esos seres legendarios que, una vez, Kal fabricó un par de alas con plumas de pergamino para mí. Las usé durante todo un día y fingí ser un Harpaurai. Hasta

que mi padre me vio. Se enfureció tanto que me arrancó las alas de la espalda y las quemó en la chimenea.

Observé las plumas de pergamino arder hasta que no quedó nada. Y, desde esa misma noche, Melita dejó de contarnos historias para dormir. Kal y yo no volvimos a verla.

Los recuerdos repentinos llegan con una punzada de dolor agudo en el pecho, que hace brotar un siseo entre mis dientes apretados. Giro el anillo en mi dedo y evito la mirada curiosa de Keres.

–Mi nana nos contaba historias a mi hermano y a mí hace mucho tiempo.

–Las leyendas dicen que los Harpaurai vivían en las profundidades de los Thalkanos. El propio Bóreas creó palacios y fortalezas para ellos en las montañas del norte cuando la población comenzó a crecer –relata Keres, con la mirada en la estatua–. Así sucedió hasta la Guerra de los Dioses, cuando mostraron su verdadero rostro: una especie malvada, sedienta de sangre, que arrasaba en el campo de batalla.

–Habla como si creyera que fueron reales –señalo con una arruga en el entrecejo.

–¿Acaso no cree que todas las historias comienzan con una verdad, princesa? –Me mira con ojos rojos penetrantes–. Contamos con una extensa biblioteca privada que documenta la Guerra de los Dioses. Y muchos de los textos relatan las batallas con los Harpaurai.

–Entonces, ¿por qué la mayoría cree que son cuentos para dormir? –pregunto, decidida a no responder a su interrogante.

–Es una pregunta que yo mismo me he hecho muchas veces. Nuestros textos afirman que fue Euro quien los detuvo. Esta estatua

inmortaliza el momento en el que cortó la cabeza de su líder durante la última batalla. –Pensativo, recorre la espada rota con un dedo, al parecer, perdido en preguntas que aún no hallan respuesta–. Después de que fueron destruidos en la Guerra de los Dioses, desaparecieron de nuestras historias. Todos los registros sobre su especie se esfumaron, como si ni siquiera los libros pudieran soportar guardar el recuerdo de su existencia.

–A excepción de los suyos.

–Cuando mi bisabuelo supo que los textos estaban desapareciendo, ocultó los de nuestra familia. Solía leérmelos cuando seguía con vida. –Da un paso hacia mí, lleva el mismo dedo con el que acarició la espada rota hacia mi mentón, haciendo que aparte la vista de la estatua para mirarlo a él–. Parece triste, princesa. ¿Qué le inquieta?

–Son tantas vidas desperdiciadas…

Keres inclina la cabeza y sus ojos rojos destellan con la luz. Su movimiento me recuerda a las águilas que acechan, atentas a la pesca matutina en mi puerto natal.

Es calculador. *Depredador.*

–Tiene un corazón muy dulce, princesa.

Lo dice de un modo que no suena como un cumplido, pero sonrío como si lo fuera de todas formas. En este momento, no importa si es la brisa fresca, la historia o la mirada cruel del príncipe lo que me provoca escalofríos, sino revivir un rastro de la calidez que vi antes en sus ojos.

Él retira el dedo de mi rostro, junta las manos en la espalda y me mira con el rastro de una sonrisa.

–Esperaba que me acompañara a cenar esta noche.

–¿No cenaremos juntos con las demás concursantes?

–Pensaba en algo más privado.

Desvío la mirada para darme un respiro de sus ojos penetrantes. Incapaz de fingir rubor en las mejillas, opto por timidez y lo miro por debajo de las pestañas.

–Me encantaría, príncipe Keres.

–Eso creía. Nos servirán en mis aposentos. Lleve a un acompañante si lo desea, sé que hay costumbres de Los Tormentos que debe seguir –añade con una sonrisa lasciva–. Hasta entonces, espero que disfrute de la corte.



El sol hace rato que se ha escondido en el horizonte y ha dejado el cielo como un manto de oscuridad, sin luna ni estrellas que lo iluminen. La ciudad brilla con miles de luces parpadeantes que descienden por la montaña y se esparcen por debajo, haciendo que me pregunte si el mundo se ha puesto del revés.

Mis aposentos están en silencio excepto por el chasquido del fuego, porque las demás han salido a requisar cada rincón del palacio. No hemos descubierto nada desde que llegamos, ni un indicio ni murmullo respecto al posible escondite del arma, así que, a pesar de los preparativos previos de la Bandada, no estamos más cerca de encontrarla. Anoche, Alondra y Lori inspeccionaron los calabozos, mientras que Cuervo, Paloma y Garza revisaban los aposentos reales. Dado que la ceremonia de apertura será mañana por la noche y que no estamos más cerca de hacernos con el arma,

tendremos que continuar con esta farsa por más tiempo de lo que esperaba.

Lo que significa que tendré que representar bien mi papel.

Un golpe suave en la puerta hace que desvíe la vista de la ventana, justo a tiempo para ver cómo Cuervo se queda congelado al verme. Me deja sin aliento la forma en que sus músculos se tensan y se hinchan bajo su uniforme de guardia. Sus ojos emanan calor mientras analizan mi cuerpo con tanta intensidad que parece una caricia. Mi cuerpo reacciona como si lo fuera: se me eriza la piel y mis pezones se endurecen tanto que estoy segura de que son visibles a través de la tela del vestido. Los ojos de Cuervo sobre ellos lo confirman. Él presiona los dientes y traga con dificultad, como si intentara reprimir palabras que intentan escapar.

Anhelo escuchar esas palabras, saborearlas, conocerlas de inmediato.

He recreado nuestro beso en Corinto incontables veces. A pesar de saber que no debo, que nada bueno resultará de esto, quiero besarlo otra vez.

Cuervo se aclara la garganta y atrae mi mirada de vuelta a su rostro. Aunque su expresión es controlada, su voz espesa como la miel se derrama sobre mí.

–¿Lista?

–Sí –afirmo y no puedo resistirme a deslizar las manos por la tela borgoña que se ajusta en mis caderas–. ¿Crees que le gustará?

Sus ojos se oscurecen cuando se acerca a mí, y mi respiración se ralentiza, sincronizada con sus pasos calculados.

–Le encantará –ruge al llegar a mí y acorralarme contra la ventana, pero cierra los puños a los lados, como si resistiera el

impulso de tocarme–. Y será perfecto para lo que voy a pedirte.

Se me corta la respiración y se me acelera el corazón, pero sus palabras atraviesan la consciencia dolorosa de nuestra proximidad.

–¿De qué se trata, *comandante*?

Él se tensa y da un paso atrás. Y, aunque se me hace más fácil respirar, echo de menos el calor de su cuerpo.

–Yo seré tu acompañante mientras los demás siguen con la búsqueda. Pero hay una habitación cerrada en sus aposentos a la que no hemos podido entrar. Garza dice que tiene tallados de *goiteía* que no reconoce, así que necesito que… distraigas al príncipe para inspeccionarlos mejor.

–Distraerlo, ¿cómo?

–Sabes a lo que me refiero, Estornino.

–No quiero tener dudas. –Doy un paso hacia él y lo miro desde abajo–. ¿Debo mirarlo así?

–Podrías hacerlo. –Los destellos color miel en sus ojos se convierten en llamas.

–Quizás un toque suave aquí. –Acaricio el dorso de su mano con los dedos, veo cómo la cierra y luego subo a su pecho agitado–. O aquí.

–El príncipe ha mandado decir que está listo –dice entre dientes.

Sus palabras tardan un momento en atravesar la niebla de deseo en mi mente, pero, cuando lo hacen, la frustración me arrasa con la fuerza de un huracán.

–¿Y has esperado hasta ahora para decirlo?

–Mis disculpas, princesa –responde sin un rastro de arrepentimiento–. Me parece que algo me distrajo.

Frunciendo el ceño, resoplo irritada y lo empujo para dirigirme hacia la puerta. Siento un escalofrío cuando la tela del vestido roza mis pezones sensibles y maldigo a Cuervo por lo bajo. Al mirar atrás, lo veo seguirme con una sonrisa engreída.

Idiota.



La única palabra para describir el salón comedor en los aposentos del príncipe Keres es «romántico». En lugar de las luces de cristal que están por toda la corte (Titaia dijo que se llamaban auras), aquí hay decenas de velas, cuyas llamas centelleantes se reflejan en las paredes pulidas e iluminan todo el ambiente. Una extensa mesa de roble ocupa el centro del salón, con dos lugares dispuestos en un extremo y varios platillos listos, cada uno de apariencia más deliciosa que el anterior.

Pero mi atención no está en la comida.

El príncipe está en su silla, con el rostro en una combinación de luces y sombras.

–Príncipe Keres –lo saludo mientras tomo asiento.

–Creo que podemos dejar de lado los títulos entre nosotros –dice.

Lo observo con detenimiento un instante, analizo la sonrisa maliciosa y el brillo depredador en sus ojos y evalúo la mejor forma de actuar en este escenario. Sé que cualquier error esta noche podría poner en riesgo la misión, pero las únicas señales por las que puedo guiarme son las que él me envía.

Entonces, doy un salto de fe y lo miro a los ojos, con una sonrisa edulcorada.

–¿Cómo querría llamarme, entonces?

El destello acalorado en sus ojos me dice que he tomado la decisión correcta. Se acerca a mí, tanto que siento su aliento en mi rostro.

–Se me ocurren algunos nombres por los que me gustaría llamarte. –Quiero huir del tono sugerente en su voz áspera, pero me mantengo firme–. Pero creo que Aella bastará, al menos por ahora.

La mirada de Cuervo es como una daga clavada en mi piel, así que me inclino para tomar mi copa de vino, con lo que reduzco la distancia entre el príncipe y yo. Le sonrío por encima de la copa antes de beber y luego lamer el vino de mis labios de forma sugerente, mientras veo cómo sigue el movimiento con ojos hambrientos.

–Entonces, supongo que te devolveré el favor.

Él me sonríe como si hubiera ganado algo, y no puedo evitar corresponderlo. No con la intención de seducirlo, sino que es una sonrisa genuina, porque, mientras que él piensa que ha ganado, la verdad es que yo estoy jugando un juego totalmente diferente.

Me reclino en la silla y le lanzo una mirada a Cuervo.

–Déjanos solos –le ordeno, como si él no significara nada. Cuervo se despide con una reverencia antes de marcharse. Entonces, vuelvo a enfocarme en Keres–. Entonces, dime, ¿qué busca un príncipe en su futura esposa? –pregunto mientras hago girar el vino–. Estoy segura de que sabes lo que esperas ver en las pruebas.

–¿Además de todas las cosas que mi padre espera de mí? –Su expresión se vuelve pensativa cuando extiende su brazo para coger

una rosa del centro de mesa. La gira entre los dedos mientras la examina, junto con mi pregunta, imagino. Y, entonces, la rosa se marchita ante mis ojos, Keres absorbe su vida hasta que no queda más que un despojo.

Alguna vez oí que la magia que los Anemoi concedieron a los linajes reales era robada, arrancada de la tierra en la que vivían antes de encontrar Los Empyrieos. En principio, la conservaron para sí mismos, pero, después de la Guerra de los Dioses, la transmitieron a las familias que gobernarían en su lugar.

El *thëikos* de Eretria era el opuesto al de su vecino occidental, Reveza. Mientras que el oeste tenía el poder de la primavera, aquí controlaban el del otoño.

El poder de marchitar. De descomposición.

Él me ofrece la rosa, y tengo que reprimir un escalofrío cuando nuestros dedos se tocan.

–Necesito una esposa fuerte. Resiliente. Alguien que pueda ser mi par en todos los sentidos.

Requiere un gran esfuerzo no poner los ojos en blanco ante el tono en el que habla, como si hubiera ensayado esas palabras frente al espejo infinidad de veces.

Permito que otra sonrisa curve mis labios despacio, y los ojos de Keres se fijan en ellos. Mi corazón da un vuelco al pensar que cubrirá la distancia final entre nosotros, pero una llamada oportuna a la puerta me salva de ese momento.

La llama en los ojos de Keres muta de deseo a rabia y su mandíbula se tensa mientras se reclina en la silla para poner una distancia apropiada entre nosotros. Aprovecho el momento para

dejar la rosa marchita y limpiarme los dedos con disimulo en mi vestido.

–Pase –ordena Keres, incapaz de ocultar la ira por completo.

Un guardia atraviesa la puerta, con Cuervo a su lado. El hombre analiza la escena antes de hacer una reverencia.

–¿Qué ocurre, Jorah? –exige Keres.

–Mis disculpas, príncipe, pero hay algo que requiere su atención –dice el guardia.

Observo con atención como una serie de emociones atraviesan el rostro de Keres. Inhala profundamente por la nariz, se pone una máscara impasible y sus ojos cálidos se vuelven fríos como la piedra. El príncipe libertino con el que se suponía que cenaría esta noche ha desaparecido, reemplazado por este hombre frío y cruel.

Y presenciar la transformación me provoca escalofríos.

–Me disculpo por la interrupción, Aella –dice al ponerse de pie. Yo lo sigo–. Pero tendremos que terminar la cena antes de tiempo.

–No tienes por qué disculparte, Keres. –Me acerco para poner una mano en su hombro–. Además, tendremos muchas oportunidades para pasar tiempo juntos durante las pruebas.

Él baja la vista a mi mano antes de cogerla, llevarla hasta su boca y besarme el interior de la muñeca.

Sus ojos me hacen una promesa silenciosa, y por dentro rezo a los dioses para que nunca se cumpla.



DIECISÉIS

Cuando doblamos la esquina, empujo a Cuervo hacia un rincón en penumbra y llevo un dedo a sus labios para silenciar la pregunta que gritan sus ojos. El eco de los pasos de Keres se desvanece poco a poco en la distancia, amortiguados por las paredes de mármol. Espero a que desaparezcan por completo antes de salir de nuestro escondite y llevar a Cuervo hacia la habitación del príncipe.

–¿Qué planeas, Estornino? –pregunta su voz suave en mi oído, con una mezcla de cautela y motivación.

–Dijiste que necesitabas ver esa cerradura. –La prisa hace que me mueva rápido, con la mente acelerada por las posibilidades y las posibles consecuencias. El tiempo es limitado, pero no podemos perder la oportunidad–. No hay momento como este, Cuervo.

Presiono su mano cuando nos acercamos a la puerta. Al comprobar que la cerradura tiene llave, saco una pinza de mi cabello, me inclino para ver mejor, la inserto en la cerradura y la muevo con cuidado para mover los engranajes hasta que se abren con un chasquido satisfactorio.

–Impresionante –murmura Cuervo cuando abro la puerta. Le lanzo una sonrisa engreída mientras entramos y cerramos. La habitación está a oscuras, excepto por un rastro de luz que emana del aura solitaria en el escritorio. El brillo suave proyecta sombras perturbadoras sobre la puerta cerrada que lleva a la sala en la que estábamos hace un momento.

–¿Qué puerta es?

Cuervo no pierde tiempo en responder, sino que zigzaguea hacia la puerta de la derecha.

–¿Traes el aura?

Obedezco, y el frío del cristal contrasta con la luz cálida que brilla dentro de él. Me acerco, anticipando el momento, y me hinco para iluminar la manilla de la puerta con el aura. Cuando el metal brilla, mis cejas se elevan de forma instintiva, porque hay símbolos *goiteía* intrincados en toda la superficie. Reconozco los de «sellar», «cerrar» y «silencio», pero las demás son desconocidas y extrañamente familiares a la vez.

–¿Has visto estos símbolos antes? –le pregunto a Cuervo.

Él contempla los símbolos con la mandíbula y los músculos tensos. Luego niega con la cabeza, con un gesto de decepción fugaz que me acelera el corazón. El aire está cargado de incertidumbre y nos invaden las dudas, pero me resisto a rendirme con tanta facilidad. Porque, si han puesto tanta seguridad en esta puerta, tal vez hemos encontrado lo que estábamos buscando.

Mi corazón late con más fuerza, como un tambor que anuncia el principio del fin. Le entrego el aura a Cuervo, quien la acepta distraído, y me acerco al escritorio abarrotado para coger un trozo de pergamino, una pluma y un tintero. Él sigue concentrado en la

manilla indescifrable, como si creyera que con fuerza de voluntad y atención inquebrantable podrá desentrañar los significados ocultos en los símbolos.

Mantengo la mente en blanco y la mano firme para copiar los símbolos en el pergamino, con atención a cada detalle. La magia del *goiteía* reside en pensar en infundirles poder, es necesario visualizar la intención para tomar una hebra de poder del alma y grabarla en el símbolo. Trazarlos sin intención como lo estoy haciendo no tiene ningún efecto.

–Listo –anuncio al terminar la última línea y devolver el tintero y la pluma al escritorio–. Ahora podremos descifrarlos sin necesidad de estar irrumpiendo en la habitación de un príncipe a plena luz del día.

–¿Alguna vez te he dicho que eres brillante? –pregunta con una sonrisa pícara.

Abro la boca para responder, pero la cierro al escuchar sonidos.

Voces en el pasillo.

Mierda.

Cuervo debe escucharlas también, porque se levanta de un salto y los dos analizamos la habitación. Me detengo en un armario alto en una esquina.

–¿El armario?

–El armario –concuerda antes de correr hacia él y sujetar la puerta abierta para mí. Hago a un lado las prendas colgadas para presionar la espalda contra el fondo de madera desgastada, Cuervo me sigue y cierra la puerta tras él, al mismo tiempo que la puerta de la habitación principal se abre.

Una risita aguda atraviesa la madera, seguida por una carcajada masculina. Escucharlas me deja boquiabierta.

¿Ese maldito arrogante abandonó nuestra cena para tener sexo?

Como si pudiera percibir mis pensamientos, Cuervo posa una mano cálida sobre mi boca para recordarme guardar silencio. Respiro hondo por la nariz, lo que atrae el aroma a humo, a canela y una pizca tentadora de miel. Su esencia hace que sea demasiado consciente de la situación y, al estar tan cerca, el calor de su cuerpo penetra mi piel.

–Si querías estar tan cerca de mí, princesa, solo tenías que pedirlo –me susurra al oído.

Afuera, las risas coquetas se convierten en gemidos y jadeos suaves. Un sonido que, combinado con la cercanía al cuerpo de Cuervo, enciende un calor en mi bajo vientre que me impulsa a presionar los muslos. Sin bajar la mano de mi boca, él usa la otra para explorar la piel expuesta sobre mis costillas, dejando un rastro ardiente a su paso.

Insensato. Insensato. Insensato.

Aunque las palabras se repiten en mi mente, no puedo prestarles atención cuando los gritos de pasión de la mujer llegan al clímax, cuando Cuervo presiona las caderas contra mí, cuando aferro su camisa para atraerlo más cerca.

Se oye otro grito agudo, seguido por un estruendo que nos deja a los dos congelados. Escucho con atención como el ruido de risas y de pasos presurosos se aleja y otra puerta se cierra de un golpe.

Con cuidado, Cuervo abre una rendija de la puerta del armario para espiar. La habitación debe estar vacía, porque baja la mano de mi boca para coger la mía y sacarme de nuestro escondite de vuelta a la realidad.

A nuestra misión.

Nuestro objetivo.

Pero, a diferencia de la última vez en Corinto, la razón no funciona esta vez.



Cuervo y yo volvemos a mis aposentos envueltos por una tensión casi palpable. Tanto que, si mirara con atención, podría verla tejida en el aire como hebras de un tapiz.

Cuando llegamos a la puerta, siento un temblor por todo mi cuerpo, así que aferro la llave con fuerza para controlarme mientras abro la cerradura. Una vez dentro, las hebras de tensión me presionan más y mi respiración se acelera al ritmo de mi corazón.

Apenas alcanzo a dar unos pocos pasos antes de que Cuervo me tome por la cintura y me arrastre hacia atrás para pegarme a él.

–¿Has disfrutado provocándome? –pregunta con voz áspera en mi oído–. ¿Torturándome?

–¿*Yo* te he torturado a *ti*? —replico congelada, sin moverme, demasiado consciente de cada centímetro de mi cuerpo pegado al suyo. Su calor atraviesa las capas de tela y su deseo es firme contra la parte baja de mi espalda.

La risa que suelta ante mi respuesta, caliente, rica y desenfrenada, reverbera por mi piel hasta mi bajo vientre.

–Sabes muy bien a lo que me refiero. –Inclina la cabeza hasta la base de mi cuello y asciende con un camino de besos ardientes hasta la punta de mi mentón–. Dime que me detenga. –No digo

nada, solo me aferro al vestido mientras él me mordisquea la oreja–. Pídeme que me detenga y te tomaré la palabra.

Debería hacerlo, lo sé. No podría funcionar nada entre nosotros, no existe un «felices por siempre» como en los libros que leo por las noches.

Él debe encontrar el arma que estamos buscando y yo debo ganar estas pruebas. En pocas semanas, él volverá a casa y yo me quedaré aquí. Puede que nunca vuelva a verlo y aun así…

Al diablo.

Me libero de sus brazos para girarme hacia él. Con el corazón descontrolado, lo miro de cerca, observando los músculos marcados del mentón y la tensión en su postura por intentar contenerse. Luego llevo las manos detrás de mi espalda para desatar las tiras de mi vestido y deslizar las mangas por mis hombros y mis brazos. Sin nada que la detenga, la seda cae hasta amontonarse a mis pies.

Y me encuentro allí, frente a él, totalmente desnuda.

Pero nunca dejo de mirarlo a los ojos, porque quiero que vea la sinceridad de mis palabras.

–Nunca volveré a pedirte que te detengas.

La oscuridad en su mirada es la única advertencia antes de que se lance hacia mí al perder el último rastro de autocontrol. Con una mano me rodea por la cintura y, con la otra, me levanta cogiéndome el trasero. En el aire, rodeo con las piernas su cintura y entierro las manos en su cabello mientras que él toma mis labios por asalto. Los acaricia con la lengua, como si suplicara mi permiso, y se lo concedo. Su sabor despierta un hambre salvaje en mí y un gemido que brota desde mi pecho. Su calor y su rigidez amenazan mi razón y, sin pensarlo, nos devoramos uno al otro.

Estoy tan perdida en él que no me doy cuenta de que me lleva a la habitación hasta que mi espalda cae sobre el colchón suave. Nos separamos un instante, en el que jadeo para tomar aire y él se arrodilla para quitarse la camisa. Luego se posa entre mis piernas y frota la cadera contra mí. Nos convertimos en un embrollo acalorado de besos fervientes y manos hambrientas. Yo recorro cada centímetro de sus hombros anchos y de su espalda tensa, mientras sus manos encienden llamas en la piel sensible de mi abdomen y pechos. Se detiene para presionar la punta erecta de un pezón entre dos dedos ásperos, una sensación que me hace gemir y sacudirme de deseo debajo de él por el fuego que se enciende dentro de mí.

–Cuervo –jadeo desesperada.

–Por los dioses, Aella.

Escuchar mi verdadero nombre en sus labios me enloquece. Quiero escucharlo otra vez.

Quiero que lo pronuncie mil veces más, que nunca me llame de otra forma. Quiero escuchar que lo recite como una plegaria a los dioses mientras está dentro de mí.

–Te necesito, por favor –gimo, forcejeando con la cintura de sus pantalones.

Cuervo se levanta sobre mí para bajar los pantalones por sus muslos torneados, y el deseo me quema por dentro al verlo por fin en todo su esplendor. El cabello alborotado por mis manos inquietas, el pecho fornido que sube y baja con respiraciones agitadas, el abdomen definido, que desciende hasta una erección gruesa y pesada.

Su mirada ardiente recorre mi cuerpo, como si él también se estuviera grabando cada detalle en la memoria.

–Eres tan hermosa –jadea. Y su voz cargada de deseo es mi perdición.

Aferro su cintura para atraerlo hacia mí con una mano y con la otra cojo su miembro erecto para alinearlo en mi centro. Él empuja y me penetra en un solo movimiento salvaje. Un grito escapa de mí, pero Cuervo cubre mis labios con los suyos y lo silencia. Mi cuerpo abraza el suyo, como si quisiera mantenerlo así para disfrutar la sensación de estar llena de él, pero estoy desesperada por que se mueva.

Una vez que mi cuerpo se adapta al suyo, por fin lo hace. Retrocede despacio, luego empuja profundo otra vez y ambos gemimos por la sensación. Mientras sigue moviéndose dentro y fuera, separa nuestros labios y apoya su frente en la mía.

–Eres como el paraíso, Aella.

Él mueve las caderas y llega al punto más sensible dentro de mí, y lo único que soy capaz de hacer es morderme el labio y aferrarme a él con más fuerza. Desciende con besos por mi cuello y mi pecho, envuelve mi pezón izquierdo con los labios y me observa mientras lo acaricia con la lengua. Suelto un grito cuando lo muerde despacio antes de pasar al otro. La sensación cálida y fría, acompañada de sus embestidas, desata un caos en mi mente y hace que deje caer la cabeza sobre el colchón.

Cuervo comienza a moverse más fuerte, más profundo, mientras murmura mi nombre como una bendición. Me provoca ardor en cada lugar que toca, una tensión dulce que crece bajo mi piel y en lo profundo de mi ser. De repente, desliza una mano entre los dos, encuentra mi centro sensible y dibuja círculos tortuosos con los

dedos. Gimo y me arqueo ante su contacto, exigiendo más, y él me lo da.

–Córrete para mí. Quiero sentirlo –ordena.

Yo obedezco.

Siento una explosión de placer que llena mis venas de fuego líquido. Grito al tiempo que mis ojos cerrados se llenan de estrellas y mi cuerpo se estremece debajo de él, que sigue moviéndose y extendiendo el éxtasis con cada embestida. Cuando por fin dejo de temblar, Cuervo se levanta y lleva mis piernas a sus hombros. Tiemblo cuando la posición le permite llegar más profundo y agarro las sábanas de seda, presa de la euforia que se eleva una vez más.

El deseo arde sin control mientras observo cómo sus músculos se tensan y se flexionan. Él devuelve la mano a mi centro y sigue frotándolo en círculos con el pulgar, al tiempo que acelera el ritmo. La otra mano presiona mi muslo, su cabeza cae hacia atrás y un gemido grave escapa de sus labios. Verlo y escucharlo me lleva al abismo otra vez, mi cuerpo se aprieta contra el suyo y lo lleva conmigo. Él suelta una maldición, sus caderas tiemblan y me llena con su descarga.

Una vez que el placer desciende para los dos, Cuervo se deja caer sobre mí, y yo lo abrazo, complacida de sentir su peso en mi cuerpo. Permanecemos juntos, abrazados, hasta que nuestras respiraciones se normalizan y la habitación queda en silencio. Él se levanta hasta mirarme a los ojos, y juro que sería feliz de ahogarme por siempre en el calor de su mirada. Luego me aparta el cabello sudado de la frente y me da un beso largo y suave.

–¿Por qué frunces el ceño? –pregunta acariciando mi entrecejo.

–Esto es surrealista. –Suspiro y me giro de lado para recostarme frente a él, que me mira con una ceja levantada–. ¿Y si despertamos mañana y descubrimos que solo fue un sueño?

Cuervo se acerca para darme otro beso.

–Habrá sido el mejor sueño de mi vida.



DIECISIETE

No es un misterio por qué *Thíasos ton Theíon* es reconocida en todos los reinos. La imagen frente a mí es en verdad fascinante, magnífica, tal como sugiere el significado de su nombre, «tropa de lo divino».

Después de días de deambular por infinidad de salones, hoy no reconozco el patio norte al que llegamos el primer día. Cuelgan linternas de colores vivos de las columnas de mármol y de las ramas de los árboles en flor que crean un patrón de luces hermoso sobre el manto de cielo nocturno. Hay carpas de circo levantadas por el espacio abierto, adornadas con banderas de todos los colores existentes.

En el aire se oye música y risas de los cortesanos que visitan las carpas, con ojos ansiosos por descubrir los misterios que albergan. Los sirvientes zigzaguean entre la multitud, llevan bandejas llenas de dulces decorados con hilos de azúcar y cálices humeantes.

Hay un escenario central para espectáculos, rodeado por filas de asientos, y, más allá, una tarima elevada con una mesa para que la familia real presida las presentaciones. La escena es casi arrasadora,

pero, cuando me detengo en la expresión aburrida del rey y en los ojos vacíos de su reina, la fantasía se disipa como la niebla matutina sobre el mar.

Miro hacia atrás para mirar a Nyssa y a Miná, que observan a su alrededor con los ojos abiertos, tal como yo he hecho hace un momento. La mirada de Miná se desvía sobre mi hombro y se pone en alerta; luego, ella y Nyssa se inclinan en una leve reverencia, así que dibujo una sonrisa en mi rostro y giro para saludar a quien se acerca.

–Lady Titaia –saludo, ahora con una sonrisa mucho más genuina.

–Por favor, princesa, tengo de dama lo mismo que de lechera. Puede llamarme Titaia –responde la hermosa joven con una sonrisa traviesa.

–Solo si también me tuteas.

–Ya veremos –responde con ojos brillantes. Luego me coge del brazo y me lleva hacia el gentío–. Esperaba encontrarte, debo señalarte a la competencia.

–¿La competencia?

–Tal vez sea un término muy generoso. –Suelta una risotada impropia de una dama, pero que hace que me agrade aún más mientras llama a un camarero.

El joven se acerca deprisa, y algo ruborizado, e inclina la cabeza mientras tomamos un cáliz cada una. No paso por alto las líneas finas en su rostro juvenil ni el cabello entrecano en sus sienes, pero me muerdo la lengua y decido enfocarme en el hecho de que el cáliz de plata grabado es cálido y el líquido rojo profundo despide remolinos de vapor.

–¿Qué es esto? –pregunto confundida al sentir el aroma a especias y cítricos.

–Vino especiado caliente –responde Titaia–. Es perfecto para las noches más frías, un poco más fuerte que el *calda*. Pruébalo –me anima.

Lo pruebo y, en cuanto percibo los sabores cálidos a naranja, canela y miel combinados con el vino intenso, no puedo evitar gemir de satisfacción.

–Es bueno, ¿eh?

–Delicioso –afirmo y bebo un trago más largo, que me calienta por dentro.

–Bien. Ahora pasemos a lo importante. No es que el vino no lo sea, pero ¿ves a la dama de allí? ¿La del vestido rojo?

Sigo la dirección de su mirada hasta la dama en cuestión. La tela roja del vestido cae por las curvas de su cuerpo y deja a la vista la piel dorada de sus brazos y espalda, sobre la que cae el cabello castaño oscuro rizado hasta la cintura. Mientras la observo, echa la cabeza hacia atrás con una risa alegre.

–Es lady Lydia –continúa Titaia–. Nació y creció en esta corte, y sus padres la prepararon para que fuera la futura princesa. Es una criatura desagradable y a quien prestarle atención. La morena a su lado es lady Helen de Pyrene, la capital de Reveza, y la de cabello negro al otro lado es lady Zina de Corinto.

Analizo a las otras dos jóvenes. Ambas usan vestidos plisados en tonos dorados, algo que sin duda les desagrada, a juzgar por la forma en que se miran.

–¿Y las tres competirán en las pruebas? –pregunto.

–Así es, aunque les disguste. Han sido amigas desde la infancia –explica Titaia, con una sonrisa maliciosa, como si le divirtiera el predicamento de las damas–. Se mantendrán unidas hasta que tengan que enfrentarse una contra otra.

–¿Hay más contendientes?

–Sí. Lady Dehlia de Lienza, un pequeño pueblo al sur de aquí. –Apunta con la cabeza a otra mujer morena, cuya piel resalta en contraste con el blanco del vestido. Luego señala a otra joven con la mirada–. Y lady Cynna de Arkhadia.

Parpadeo, sorprendida al ver a la última dama, porque su cabello es como el mío, rubio ceniza y ondeado, tal vez un poco más claro. Sus ojos azules como el hielo, que combinan a la perfección con el vestido que se ajusta a su cuerpo torneado, apuntan hacia mí, frunce el ceño ante mi escrutinio y luego se fija en Titaia.

Supongo que las similitudes no deberían sorprenderme, ya que mi madre era de Arkhadia después de todo. Sea como sea, las similitudes terminan en el color de ojos. Su piel es la más blanca que haya visto jamás, como si nunca se hubiera expuesto a un rayo de sol en toda su vida.

Aparto la vista de lady Cynna para analizar a las demás. Son cinco competidoras. Seis contándome a mí. Las observo a cada una de ellas, con atención en sus movimientos gráciles, en cómo baten las pestañas y en sus risas delicadas que llenan el aire. Giro el anillo en mi dedo e intento aplacar los nervios que cosquillean en mi estómago.

Titaia suspira a mi lado y suelta mi brazo.

–El deber me llama –dice con una sonrisa amarga–. Disfruta de la celebración, Aella. Intentaré encontrarte más tarde.

–Gracias, Titaia.

Ella se inclina y sonríe a Nyssa y a Miná, que han sido sombras silenciosas durante nuestro intercambio. La veo contonearse entre la multitud para ocupar su lugar en el estrado real junto a su padre.

De repente, un cosquilleo en la nuca hace que desvíe la mirada hacia el príncipe Keres, quien tiene los ojos fijos en mí. Otra vez se encuentra relajado en la silla, acariciando con un dedo el borde del cáliz que balancea en una mano. Mis hombros comienzan a tensarse ante la intensidad de su mirada, pero me obligo a resistir el impulso y, en su lugar, me muerdo el labio, bajo la vista y exhibo una sonrisita cómplice. Cuando levanto la vista otra vez, encuentro otros cinco pares de ojos que me observan con curiosidad y veneno al mismo tiempo.

Por suerte, las miradas no duran mucho tiempo, porque un hombre alto, con el cabello oscuro recogido y un traje real, sube al escenario. Alza una mano, un solo gesto que resulta suficiente para silenciar a todos los presentes.

–¡Bienvenidos! –Su voz resuena en la noche silenciosa–. Para quienes no sean residentes de la corte, mi nombre es Cyril, soy el maestro de ceremonias. Esta noche es la apertura oficial de las Pruebas Reales de Eretria, una tradición que ha sido parte importante del reinado Selmónico desde el comienzo de la monarquía. Durante las próximas semanas, veremos competir a damas de todo Los Empyrieos en una serie de tres pruebas, en las que se seleccionará a la mejor candidata para convertirse en novia del rey y futura reina. De acuerdo con nuestras tradiciones, solo podemos anticipar de qué trata la tercera prueba. Será una oportunidad para que las candidatas se luzcan frente a la corte con

una demostración de talento, algo que crean que complacerá al príncipe. La primera prueba tendrá lugar en tres días. Hasta entonces, disfruten de lo que nuestra corte tiene para ofrecer.

Me sobresalto por el estruendo de cañones que acompañan la reverencia final del maestro de ceremonias. Y el estallido de luces de colores desplegadas en el cielo me deja boquiabierta; chispas rojas, azules, verdes, amarillas y púrpuras se arremolinan en un patrón caleidoscópico. Cada explosión destella un instante antes de desaparecer en la oscuridad, excepto la última, que se solidifica en el cielo antes de caer como una lluvia de gemas diminutas sobre el suelo de mármol. Me agacho para recoger una piedra roja como rubí y girarla entre mis dedos, hasta que se convierte en polvo y deja solo un rastro oscuro.

Me levanto cuando comienza a sonar música desde algún lugar y la multitud de damas y caballeros comienza a reunirse. Entre las incontables conversaciones, sigo lanzándole miradas y sonrisas coquetas al príncipe, y la voz de Calíope vuelve a sonar dentro de mi mente.

«Espera siempre que él se acerque a ti. La tentación es una trampa efectiva, úsala bien».

Cuando los cortesanos se aburren de la princesa extranjera entre ellos, Nyssa, Miná y yo por fin tenemos un momento de paz para nosotras.

–No has estado ocultando algún talento secreto durante los últimos siete años, ¿o sí? –pregunta Nyssa.

–Creo que podría haber algo –respondo y me pongo de puntillas al encontrar a dos rostros familiares en la multitud. Una idea comienza

a cobrar forma en mi mente, una imagen detallada a la que solo le hacen falta los trazos finales para terminar su diseño.

–No estoy segura de que tu precisión para lanzar dagas sea del agrado de la familia real.

–Yo creo que al príncipe Keres podría resultarle interesante –comenta Miná.

Nyssa se ríe, pero yo no presto atención a las palabras de Miná, porque estoy enfocada en mis objetivos, que acaban de entrar en una carpa.

–Seguidme –digo sin esperar para avanzar entre los juerguistas, pero sin olvidar sonreír a quienes se detienen a hacer una reverencia.

Al llegar a la carpa, escucho con atención antes de entrar seguida de Nyssa y Miná.

–¿A quién tenemos aquí? A la princesa de Los Tormentos en persona –dice Pan con una sonrisa entre una pila de almohadones. Eleni se encuentra a su lado frente a una mesa baja, con una colección de cristales esparcidos en la superficie y un plato pequeño, del que emana humo arremolinado de brasas aromáticas. Los dos se ven extravagantes con sus numerosas joyas y prendas de gasa, reposando entre los almohadones decorativos.

–¿Quieren acompañarnos? –ofrece Eleni señalando los cojines en el suelo, y un tintineo rítmico brota de sus brazaletes.

–¿En qué les acompañaremos exactamente? –pregunto mientras me siento frente a los dos ninfai y observo los objetos en la mesa con escepticismo. Lanzo una mirada rápida hacia atrás para comprobar que Miná y Nyssa se han sentado detrás de mí, aún en sus papeles de criadas fieles.

–*Parémvasi tou theíou* –responde Pan con un ademán–. Intervención divina.

Miro a Eleni intrigada, y ella me sonríe compasiva antes de explicarlo.

–Estamos actuando como oráculos. ¿Le gustaría que leamos su fortuna?

Le ofrezco una sonrisa forzada, aunque por dentro siento escalofríos al recordar la última vez que alguien predijo mi futuro.

«Nada bueno, mi dulce anémona. Nada bueno».

Las palabras de Calíope me atormentan. Su capacidad de grabarse en los rincones más profundos de mi mente es despiadada.

–¿Es algo que hacen con frecuencia?

–El maestro Leto dice que fomenta el misterio de la compañía. –Eleni se encoge de hombros y se frota los ojos delineados.

Miro alrededor, observo el humo aromático que danza bajo las luces que cuelgan del techo, y vuelvo a enfrentarme a la mirada expectante de Eleni.

–Esta noche no. Quería hablarles sobre algo.

–¿Qué la ha hecho buscar a nuestra estirpe? –pregunta Pan, animado y con una sonrisa traviesa.

–¿Cuánto tiempo se quedará la compañía en la corte?

–El rey Dédalo nos contrató mientras duren las pruebas –responde Eleni–. Ofreceremos entretenimiento en la mayoría de los eventos.

Asiento con la cabeza mientras proceso la información, y los ojos de Pan brillan de interés.

–¿Por qué lo pregunta?

Tejo otra hebra en el tapiz de mi mente y una sonrisa taimada se despliega en mis labios.



DIECIOCHO

Un grito atraviesa la noche tranquila, interrumpido por un crujido agudo.

Restos de un bote destruido… burbujas en la superficie de un canal oscuro y hambriento… una mano diminuta asomando del agua…

Una llamada a la puerta me despierta de repente. Cada golpe contra la madera genera una respuesta igual dentro de mi cabeza.

–Cielos –me lamento y me hundo más entre las sábanas–. Llevadme, Anemoi. ¿Qué tengo que hacer para conseguir una buena noche de sueño?

–Ni siquiera los dioses pueden salvarte de esto, Estornino.

Bajo las sábanas para mirar hacia la puerta. Cuervo está apoyado contra el marco, con una sonrisa malvada, y fulminarlo con la mirada no hace más que ensanchar su sonrisa.

–Vamos. Todos están esperándote. Eso va para ti también, Gorrión –dice hacia el otro lado de la cama.

Se oye un gruñido debajo del montón de mantas a mi lado, seguido de la aparición de Nyssa.

–Coincido con Estornino. Me someto a la misericordia de los Anemoi.

–Si yo tengo que lidiar con estos imbéciles, ¡entonces también vosotras! –exclama Miná desde el salón, lo que despierta un coro de carcajadas.

Pero cuando Cuervo levanta las cejas, expectante, me levanto de mala gana, y Nyssa patea las sábanas, protesta y me lanza una mirada lamentable. Me divierte ver que se ha quedado dormida con el vestido que usaba anoche, pero me amargo de inmediato al descubrir que yo hice lo mismo. El olor a humo y a vino en la tela me revuelve el estómago.

–¿Nos das un minuto para cambiarnos de ropa? –le pregunto a Cuervo con ojos suplicantes. Él pone los ojos en blanco, pero retrocede y cierra la puerta. Entonces, Nyssa y yo nos cambiamos los vestidos a toda prisa por pantalones de algodón holgados y camisas. Luego me lavo la cara rápido en el cuarto de baño y me trenzo el cabello.

Cuando nos reunimos con el resto de la Bandada en el salón, todos están en condiciones similares: ojos cansados, aferrados a sus tazas como si contuvieran un líquido milagroso. Imagino que investigar el palacio día y noche durante casi una semana tiene ese efecto. Me animo al ver el jarrón de *calda* en la mesa baja entre los sofás y sirvo dos tazas, para Nyssa y para mí.

–¿Qué novedades tenemos, jefe? –pregunta Lori, pero ha perdido el brillo habitual. Ahora suena cansado y desanimado.

Creyeron haber reducido la lista de posibles ubicaciones del arma y que encontrarla sería la parte fácil de la misión, así que no puedo imaginar cómo deben sentirse después de haber encontrado solo

callejones sin salida y una puerta que no pueden abrir. Me siento frustrada, porque odio no poder ayudar en la búsqueda. En cambio, tengo que jugar al gato y el ratón con un príncipe que podría estar desquiciado.

Cuervo saca una serie de pergaminos y los extiende sobre la mesa. Los miro confundida antes de descubrir que ha dibujado un plano detallado de casi todo el castillo, interrumpido en los lugares que aún no han explorado. En otros puntos, está claro que se han encontrado con puertas que no pudieron abrir.

–Entre todos hemos trazado el mapa de la mayor parte del castillo. Las zonas sombreadas son las que ya hemos eliminado de la lista.

–Así que no estamos más cerca de lo que estábamos al llegar –señala Garza con un gesto de disgusto. Su cabello rubio sedoso está recogido, lo que destaca la tensión de su mandíbula cuando me mira; noto algo que parece compasión en su mirada.

–No tenemos más opción que seguir con el plan. Gorrión y Miná seguirán actuando como criadas y los demás debemos revisar cada grieta y rincón de esta corte. –Cuervo nos mira uno a uno, con una intensidad que deja en claro lo que está en juego si fallamos–. Tenemos hasta la última prueba para encontrar el arma. Si nos retrasamos, podríamos no llegar a robarla la noche del baile.

Un silencio solemne recorre la habitación hasta asentarse pesado sobre mis hombros.

–¿Cómo os fue anoche? ¿Tenéis novedades sobre la familia real? –me pregunta Cuervo.

–Ninguno de ellos se dignó a moverse de su mesa –respondo encogiéndome de hombros. Pasé gran parte de la noche lanzándole

miradas penetrantes al príncipe y, aunque él no me quitó los ojos de encima, la familia real no se movió de su estrado frente a los juerguistas–. Pero sí anunciaron que la prueba final será un ridículo concurso de talentos.

–Suena decepcionante y no parece el estilo del príncipe –comenta Alondra.

–¿Hacer que un grupo de mujeres se pavoneen frente a él y compitan por ganar su atención? –resopla Miná–. Es totalmente su estilo.

–Concentraos –ordena Cuervo, y todos volvemos a enfocarnos en él de inmediato–. ¿Tienes algo en mente? –pregunta con los ojos miel fijos en mí.

–Sí. –Hago una pausa para sorber un poco de *calda*. Pasé las últimas horas de la noche discutiendo la idea con Pan y Eleni y confío en que podemos lograrlo–. Bailaré. Pero me preocupan más las dos primeras pruebas. ¿Alguien tiene idea de qué tratan?

–Nada que hayamos podido descubrir. La familia real resguarda la información para evitar que haya ventajas injustas entre las competidoras –explica Miná, con los dedos en la cicatriz en su labio–. Siempre son diferentes según el príncipe o princesa. Las del rey Dédalo fueron… sangrientas. Durante las de su madre, se hizo más énfasis en la fuerza y la valentía. Y, a juzgar por la reputación de Keres, podemos suponer que seguirá el ejemplo de su padre. De todas formas, la verdadera prueba será tener que casarse con ese infeliz.

El silencio vuelve a extenderse por el peso de las palabras de Miná. Aunque seamos una Bandada que trabaja unida para cumplir esta misión, estoy sola en esto. Pensarlo me produce ansiedad, pero

la ignoro, porque no tengo tiempo para estar nerviosa ni para preocuparme por cómo será mi vida después de esto.

Tengo que ganar las pruebas para que el Águila no tenga motivos para cumplir sus amenazas.

Mis ojos se desvían hacia Nyssa y uso su imagen para reforzar mi resolución.

–Estornino… –comienza Cuervo.

–Tenéis que enfocaros en encontrar el arma –lo interrumpo antes de ponerme de pie de forma abrupta. Siento la intensidad de su mirada en mi rostro, pero me niego a enfrentarla ahora–. Tengo una prueba que ganar.



Más tarde, las demás contendientes y yo nos reunimos en uno de los salones inferiores. Aunque la tensión es palpable, me reconforta tener a Titaia a mi lado; es un alivio agradable ante las miradas fulminantes de Lydia y sus damas. El maestro Cyril también está aquí junto con su escriba y dos guardias que vigilan las puertas frente a nosotras.

Me inquieta ver al maestro de ceremonias hablándole en voz baja a su joven escriba, que registra todo a una velocidad frenética. Por fortuna, la sensación familiar de la daga en mi muslo alivia un poco la tensión. Visto un traje de noche gris, con capas y pliegues sueltos, que facilitan ocultar una abertura para acceder a la daga.

Percibo movimiento a la izquierda, que anticipa una voz suave. Sin embargo, el volumen no oculta lo mordaz de las palabras.

–Princesa Aella, el norte desconocía que Los Tormentos deseara aliarse con Eretria.

Me giro para enfrentarme a esos ojos azules como el hielo, que parecen ver directamente dentro de mi alma y mover algo dentro de mí con su intensidad.

–Lady Cynna –pronuncio mientras observo la belleza a mi lado. Es tan extraño ver a alguien con rasgos similares a los míos que casi me deja sin aliento notar el brillo de su cabello a la luz de las auras. Su imagen es etérea, casi como la de una ninfa, y hace que me pregunte si tendrá sangre mestiza–. Tampoco sabía que Arkhadia planeaba hacer lo mismo.

Es mentira, pero ella no tiene por qué saberlo. La Bandada supo hace tiempo que una dama de Arkhadia se uniría a las pruebas, y me sorprendió cuando Cuervo me lo dijo, ya que la relación entre los reinos del norte y del este es tensa desde la Guerra de los Dioses. Es una historia manchada de sangre y pérdidas que nunca se ha esclarecido.

Los ojos de Cynna se vuelven más helados ante mis palabras, pero no tiene tiempo para responder, porque el maestro de ceremonias se aclara la garganta al frente del salón.

–Bienvenidas a la primera prueba –dice con los brazos abiertos–. Por el futuro de Eretria, es fundamental que la futura novia de nuestro príncipe posea sabiduría e ingenio. Esta noche, pondremos a prueba ambas habilidades. Una a una, entrarán en la habitación detrás de mí, donde escucharán un acertijo. Tendrán media hora para resolverlo y, si están en lo cierto, podrán atravesar la puerta que se encuentra al otro lado, que da paso a la sala donde el príncipe Keres y el resto de la corte estarán esperándolas.

–¿Qué sucede si la respuesta es incorrecta? –pregunta la voz suave de Dehlia sobre los murmullos que se desataron entre las competidoras.

–Les aconsejo que no lo sea –responde el maestro Cyril con una sonrisa maliciosa.

–No suena tan mal –susurro para Titaia, pero su expresión es tensa cuando la miro.

–Concéntrate. No te apresures a responder por temor.

–Princesa Aella, será la primera.

Mi corazón se agita y la advertencia de Titaia resuena en de mi mente. Al levantar los ojos, veo a Lydia con un gesto malicioso, pero aprieto los dientes y avanzo hacia las puertas con pasos controlados. Los guardias las empujan y se abren con un crujido presagioso. No se ve más que oscuridad tras ellas, pero el vello erizado de mi nuca me dice que no es lo único que acecha aquí dentro.

Después de exhalar lentamente para armarme de valor, atravieso el umbral. Las puertas se cierran de inmediato detrás de mí, bloquean toda la luz del salón y me dejan paralizada. Me zumban los oídos mientras espero a que mi visión se adapte a la oscuridad. Apenas logro definir el contorno de una puerta al otro lado, doy algunos pasos controlados hacia ella, pero el sonido de algo afilado contra el suelo de mármol hace que me paralice por completo.

–¿A quién tenemos aquí? –Una voz incorpórea reverbera por la habitación, y, aunque no resonara, sería suficiente para justificar el temor que me revuelve las entrañas. Es una voz femenina que suena como cientos de mujeres a la vez.

Susurra. Sisea. Canta.

Bajo la vista al vello erizado en mis brazos y acepto el temor singular que repta por mi piel; encorvo los hombros hacia delante y miro alrededor con los ojos bien abiertos. Con cuidado, deslizo la mano por la abertura del vestido para tomar la empuñadura de mi daga y hago temblar la voz para responder.

–Soy la princesa Aella de Los Tormentos.

–Esos son un título y un nombre, pero no quién eres –replica un aullido altisonante.

–¿Y con quién tengo el placer de hablar?

La oscuridad se llena con una risa que suena a campanilla y cristales rotos, y algo húmedo y áspero toca mi hombro por sorpresa. Con un escalofrío, me doy la vuelta para enfrentar a mi interlocutora, pero la habitación está vacía detrás de mí.

–Qué modales –dice la voz, desde ningún lugar y todos al mismo tiempo–. Soy custodia de secretos, de respuestas y de puertas. Pero puedes llamarme Esfinge.

Las palabras despiertan un recuerdo lejano, pero sacudo la cabeza, consciente de que estoy perdiendo un tiempo precioso, segundos que se escurren como arena entre mis dedos.

–Estoy aquí para responder un acertijo.

–Y yo estoy aquí para formularlo.

Me giro al percibir otra señal de movimiento y, una vez más, no hay nada detrás de mí.

–¿Y cuál es? –Debo esforzarme por no demostrar la irritación que crece dentro de mi pecho, porque todo lo que ha dicho esta mujer hasta ahora suena como un acertijo maldecido por los Anemoi.

–Sabe a viento, furia y mortalidad.

–¿Ese es el acertijo? –exijo con el ceño fruncido y escaneando las sombras oscuras.

–No.

Me muerdo el labio para contenerme de maldecir por la frustración, pero de repente caigo en la cuenta de lo que ha sucedido. Mis ojos se amplían mientras intento controlar el escalofrío que recorre mi cuerpo.

–¿Me… has lamido?

La risa resuena otra vez y, de entre las sombras, una criatura comienza a caminar hacia mí.

Estaba parcialmente en lo cierto al asumir que era una mujer. Unos ojos felinos me observan desde un rostro anguloso, y una melena de rizos negros cae por sus hombros y oculta sus pechos desnudos, pero allí terminan las similitudes con una mujer tycheroi. La criatura se posa sobre brazos femeninos fuertes, con manos elegantes coronadas por uñas afiladas; por debajo del pecho, la piel dorada se pierde bajo el pelaje ocre de un cuerpo felino gigante. Los músculos de las piernas fuertes resaltan con cada paso que da por el suelo suave, que araña con garras letales. Ostenta un par de alas plegadas en la espalda, que nacen del mismo color que el pelaje del lomo, pero se vuelven del color de la noche como su cabello al llegar a las puntas.

La imagen devuelve la historia de Leto a la superficie de mi mente de forma repentina.

–Eres real…

Esfinge se sienta sobre las patas traseras, ladea la cabeza y mueve la cola con nerviosismo, como he visto hacer a los gatos irritados en los callejones de Los Tormentos.

–¿Has oído de mí?

–Oí una historia.

–¿Acaso no todas las historias comienzan con una verdad? –replica con una sonrisa tan afilada que podría atravesar la piedra. Mi garganta se cierra y sujeto la daga con más fuerza, pero ella vuelve a hablar.

»No se ve ni se siente, su tacto es la nada,
pero, en tu corazón, un frío instala.
Llega primero, siguiendo al día,
un manto de sombras deja su vía.
Oculta las verdades que el miedo revela,
y en silencio triunfa cuando el valor flaquea.
¿Qué es?

Sus ojos dorados penetran en los míos y una sonrisa depredadora desfigura sus labios.

Libero la daga, le doy la espalda y comienzo a caminar de un lado al otro mientras controlo la respiración. Probablemente sea un error, pero no puedo pensar frente a su mirada penetrante. Repito el acertijo en mi mente una y otra vez, pero descarto las respuestas tan pronto como las considero.

Esfinge vuelve a reír detrás de mí.

Campanillas.

Cristales rotos.

El pavor sobrenatural que reina en la habitación penetra mi piel y hace correr un hilo de sudor por mi espalda. Cierro los ojos para intentar no pensar en ella, pero es inútil, así que me paso las manos por el cabello de forma frenética y abro los ojos para enfrentarme a la oscuridad que me rodea…

Entonces, mis manos se congelan y la respiración me falla.

–La oscuridad –la respuesta sale de mis labios en apenas un susurro, pero el silencio que la sigue es esclarecedor. Me doy la vuelta para enfrentarme a Esfinge otra vez y repito la respuesta con convicción–. La oscuridad.

El silencio se extiende a la espera de su veredicto, en la que repito el acertijo una y otra vez en mi mente.

–Correcto –dice con una voz inquietante, pero ahora con una sonrisa más genuina en el rostro.

Suelto el aire de golpe, y con él se va gran parte de la tensión que dominaba mi cuerpo. Al mismo tiempo, la sensación maligna en el aire también desaparece.

Lo he hecho, puedo irme.

Pero no puedo moverme.

Estoy congelada en el lugar, atrapada en los magníficos ojos dorados de la criatura. Sé que debería marcharme, pero la curiosidad siempre ha sido uno de mis peores defectos, y Esfinge hace que la curiosidad ruja dentro de mí.

–¿Sería grosero preguntar qué eres?

–Dependerá de cómo lo preguntes.

No digo nada, a pesar de que la pregunta arde en la punta de mi lengua. En su lugar, la observo un tiempo más, con atención a sus garras letales y su cuerpo esbelto y musculoso. Ella hace lo mismo y ladea la cabeza, un movimiento acompañado por su cabello salvaje. Tras unos minutos de contemplación mutua, se decide a responder.

–Solo soy.

Apenas escucho sus palabras, porque veo el collar en su cuello, hecho de un metal gris oscuro que no reconozco. Lo que sí

reconozco son las marcas talladas en la superficie.

Goiteía.

Debajo del collar, su piel dorada está irritada y corre una línea de sangre hasta desaparecer entre sus pechos. Verlo hace que apriete los dientes y que cualquier prisa que sentía desaparezca por completo, consumida por las llamas de la furia.

–¿Qué te han hecho? –Las palabras escapan sin intención, en un tono peligrosamente bajo.

Una sonrisa maníaca inesperada se despliega en el rostro de Esfinge, llena de dientes blancos y afilados que brillan en la oscuridad.

–El príncipe te espera –dice. Aunque no responde a la pregunta, la amargura en su voz me dice todo lo que necesito saber.

Aprieto los dientes, consciente de que tiene razón y de que se me acaba el tiempo, pero pensar en dejarla aquí prisionera revuelve mi estómago.

La misión. Recuerda el propósito de estar aquí.

Suelto la empuñadura de la daga y obligo a mis pies a moverse hacia la puerta. Su mirada aguda quema en mi espalda y, cuando alcanzo la manilla de la puerta, ella abre la boca otra vez. Cientos de voces que murmuran, gritan y cantan.

–Volveremos a vernos, Hija de la Tempestad.

La puerta se cierra antes de que pueda siquiera pensar en lo que quiso decir, y la ovación que me recibe borra sus palabras de mi mente.

–Felicitaciones, Aella –dice Keres, al tiempo que se acerca para besar mis manos. Yo fuerzo una sonrisa mientras lo hace–. Esperaba que lo lograras.

Aunque sus palabras puedan sonar sinceras, no confío en ellas en absoluto, pero sonrío como si lo hiciera.

–Gracias, Keres –respondo, esforzándome por ocultar el veneno que quema dentro de mi pecho–. Por un momento, no estaba segura de poder lograrlo.

Él sonríe antes de retroceder, y luego una multitud de damas y caballeros me rodea y me llenan de sonrisas y elogios. Pero no paso por alto la decepción en algunos rostros.

Y mucho menos los destellos de oro que cambian de manos.



DIECINUEVE

El aire escapa de mis pulmones cuando entro en la biblioteca al día siguiente. Por sus paredes de mármol ascienden venas doradas, que se fusionan a la perfección con el techo cavernoso.

La luz de la mañana se cuela por las ventanas altas de marco dorado que ocupan los muros curvos, se refleja en el suelo pulido y llena el espacio de un brillo suave. El centro está ocupado por un mostrador circular sobre una plataforma elevada, con un grupo de tycheroi mayores ocupados en sus tareas.

Desde el mostrador se abren hileras de estanterías de roble blanco, distribuidas en perfecta simetría como rayos de sol. Todas las estanterías rebosan de pergaminos antiguos, libros de cubiertas doradas y tomos viejos. El espacio entre ellas está ocupado por mesas, sillas, sofás grandes e individuales, llenos de académicos con pilas de libros a su lado.

Al fondo, una escalera dorada en espiral lleva a una entreplanta que se extiende por todo el perímetro, donde hay más estanterías y nichos privados y algunos tycheroi deambulando por allí. Sin embargo, a pesar de su belleza, la biblioteca parece fría, igual que el

resto del palacio. Es un frío implacable que brota de los muros y suelos de mármol.

–Aquí estamos –anuncia Titaia con expresión aburrida–. Libros. Muchos, muchos libros y ancianos.

–Imagino que no tendrás lecturas para recomendarme –comento con una sonrisa de medio lado.

Solo estamos las dos, porque, cuando llegó a mi puerta esta mañana, monté el espectáculo de darles el día libre a Nyssa y a Miná. Después de la reunión de la Bandada de anoche, quedó en evidencia que ellas también deben enfocarse en encontrar el arma.

–Sígueme, princesa. –Titaia me guía entre las estanterías, sin dejar de murmurar mientras selecciona libros y me los entrega.

Una vez que tenemos los brazos llenos, volvemos hacia una de las mesas pequeñas, dejo mi pila de libros y extiendo los brazos, aliviada. Pero el alivio desaparece cuando cuento más de veinte libros apilados en la mesa.

–Son demasiados libros para alguien que aparenta no disfrutar la lectura –comento con una mirada escéptica, pero ella la ignora y se deja caer en la silla.

–Tú pediste y yo he cumplido. Tómalo como un curso acelerado sobre la historia de Eretria –hace una pausa y una arruga se forma en su ceño–. ¿Has aprendido al respecto con los Acólitos?

Cuando abro la boca para responder, otra voz nos interrumpe.

–Princesa Aella –exclama un hombre conocido. Se acerca deprisa para hacer una reverencia y regar mi mano de besos inocentes.

–Lord Yiannis, es un placer encontrarlo –respondo con una sonrisa.

–El placer es mío, por supuesto. –Luego, su sonrisa se apaga al saludar a Titaia–. Milady.

–Milord –responde ella con sequedad–. Asumo que ha tenido el honor de conocer a la encantadora Aella en sus viajes. Dígame, ¿cuánto ha tenido que ofrecerle al rey de Los Tormentos para convencerlo de enviar a su hija aquí?

Me deja boquiabierta y hace que lord Yiannis se sonroje y tartamudee.

–Se lo aseguro, princesa, no he hecho…

–Estamos ocupadas, lord Yiannis –lo interrumpe Titaia.

–Por supuesto. Le deseo la mejor de las suertes, princesa. Aunque estoy seguro de que no la necesita.

Observo entretenida como desaparece entre las estanterías.

–Es la marioneta de mi primo, me sorprende que lo hayamos visto aquí –murmura Titaia.

Aprieto los labios para contener la risa, pero muere enseguida al ver a una servidora que devuelve libros a sus lugares. A pesar del aspecto juvenil de su cuerpo y rostro, tiene la piel marchita y el cabello derramado en mechones desteñidos sobre el rostro.

–¿Hay muchos *goiteíanos* por aquí? –le pregunto a Titaia. Ella se tensa al seguir mi mirada.

–Sí, pero no todos se ven así por ello.

–¿A qué te refieres?

–¿Keres ya te ha dado una rosa? –pregunta y debe ver la respuesta en mi rostro, porque da tantas vueltas a los ojos que me preocupa que se quede ciega–. He escuchado al menos a la mitad de las damas de este castillo alardear de haber recibido una en algún momento.

Arrugo la nariz por el disgusto, pero disimulo la reacción antes de que Titaia vuelva a mirarme.

–El *theïkos* de la familia real de Eretria es único, al igual que todos. Podemos hacer que las hojas caigan, manipular las cosechas y los elementos del otoño, marchitar plantas. Pero su esencia es de descomposición y, a diferencia del otoño, no solo aplica a las plantas.

–¿Estás queriendo decir que esas personas han sido «descompuestas»? –Mi cuerpo se tensa y la respiración me falla.

–Descompuestas, marchitas. –Titaia se estremece–. Es el castigo predilecto de mi querido primo para quienes no lo complacen.

Esta información es nueva para mí, aunque dudo que lo sea para la orden. Pensarlo me llena de resentimiento, y mi mirada vuelve hacia la mujer marchita.

¿Es posible haber encontrado un lugar que me desagrade más que el Aviario?

Me sobresalto cuando un destello de luz recorre el cielo, seguido por el rugido de un trueno y una cortina de lluvia. Un escalofrío me recorre y me froto los brazos para calentarme.

–Debes echar de menos el calor de Los Tormentos –comenta Titaia.

–Sí, pero siempre me gustaron las tormentas.

–¿Llueve con frecuencia en el sur?

–No mucho, pero, cuando sucede, subo al edificio más alto para sentir cómo ruge el mundo a mi alrededor.

–¿Una princesa tiene tanta rabia reprimida para liberar?

–Creo que todos la tenemos. –Me encojo de hombros y paso una página del libro, aunque mi mente dejó de prestarle atención hace

un buen rato–. La rabia suele ser esperanzas marchitas.

–No puedo discutir eso. Ten. –Me ofrece un libro celeste, mucho más delgado que los demás, pero más grande y cuadrado. Con el ceño fruncido, abro la portada para ver la primera página.

Es un libro de cuentos para niños. Levanto la vista despacio y me encuentro con el brillo malicioso en los ojos de Titaia que ya me es familiar.

–Es bueno repasar lo básico.

Pongo los ojos en blanco, pero ojeo las páginas. Es la historia básica de los Anemoi y el descubrimiento de Los Empyrieos, nada que no haya leído antes. Vuelvo a ponerme cómoda en la silla para mirar los dibujos, y frunzo el ceño al ver las mismas imágenes de las sombras de Leto representadas en una página. Luego me congelo al pasar la página y ver el dibujo de una criatura. Dibujo el rostro femenino, el cuerpo felino y las alas emplumadas.

–Esta criatura –señalo–, querías que tuviera cuidado antes de la primera prueba. ¿Sabías de ella?

–Sí. –Sus ojos se fijan en los míos, sin rastros de su humor característico en los iris rojizos.

–¿Siempre reside en ese salón de las pruebas?

–Esfinge no *reside* ahí –dice entre dientes. Luego mira alrededor con nerviosismo antes de inclinar la cabeza hacia mí–. Es prisionera.

Me reclino en la silla para mirarla, y su frente se arruga mientras pasa la mirada entre mi rostro y el libro. Veo los pensamientos que atraviesan por su mente, aunque son demasiado rápidos como para entenderlos. Ella desvía la mirada hacia la ventana y se muerde el labio con nerviosismo. Afuera, la tormenta crece y otro trueno resuena en el cielo.

–¿Por qué me muestras esto? –pregunto, inquieta.

–Puede que te conozca hace poco tiempo, Aella –responde mirándome a los ojos. En los suyos, veo un canto de dolor que armoniza con el mío–. Pero he conocido a mi primo toda la vida y confío en que tus intenciones sean más nobles.

–¿Qué intentas pedirme, Titaia?

–Quiero que me ayudes a liberarla.

Excepto por el momento previo a la prueba, nunca la había visto ser más que cínica y pícara, pero ahora su cuerpo irradia tensión y su expresión es solemne. El cambio mueve los hilos de mi corazón y despierta una melodía amarga.

Debo recordar la misión.

Pero es más fácil decirlo que hacerlo al tener el recuerdo de Esfinge grabado en la mente. Recuerdo la sangre que goteaba de la carne quemada bajo el collar en su garganta y la voz torturada que cantaba, susurraba, gritaba.

–Llévame con ella.

Las palabras escapan de mis labios antes de que pueda pensarlo dos veces.



El túnel es un abismo negro que se extiende frente a nosotras como la garganta de una bestia.

Tengo la piel erizada, tal vez por la humedad en el aire o por el ligero aroma cobrizo y putrefacto. La única luz disponible emana del aura en la mano de Titaia, pero no llega lejos, tan solo alcanza a

iluminar nuestros pasos. La sigo con el corazón a destiempo, que se acelera con cada sombra que acecha en el camino. Debemos llevar al menos una hora en este túnel en el que cada paso hacia las entrañas de la montaña supone una eternidad.

Aquí abajo los muros son irregulares y dentados, con hilos de agua que caen como sudor por un rostro febril. Nuestros pasos resuenan en la oscuridad, acompañados por un goteo ocasional en algún sitio por encima de nosotras. A pesar de que mis ojos ya se han adaptado a la oscuridad, es difícil saber lo profundo que hemos llegado, lo único que sé es que cada giro nos aleja más de la vida y de la civilización. Y, aunque eso debería ponerme alerta, algo en Titaia me dice que puedo confiar en ella. Cuervo seguro que me diría que soy una tonta por creerlo, pero tampoco es que vaya a confesarle que soy una espía que ha venido a robar un arma. Es solo que no creo que ella vaya a darme un golpe en la cabeza y a encerrarme en una celda.

Nos detenemos en una bifurcación del camino.

–Esa dirección va a los *talleres* de Keres.

El disgusto en su voz no deja dudas de que le repugna lo que sea que suceda aquí abajo.

–¿Y la otra?

–Es un túnel que sale a la base este de la montaña –responde. Yo mantengo una expresión neutral mientras almaceno esa información. Titaia se gira hacia mí y me entrega una segunda aura que sacó del bolsillo de su traje–. ¿Estás segura de que quieres hacer esto, Aella?

–Creo que ya sabes la respuesta.

–No puedo entrar ahí contigo.

–¿Por qué no?

–Le hace un acertijo a cualquiera que quiera pasar, como en tu primera prueba. –Su ceño se frunce y duda antes de seguir–. Si respondes mal, mueres.

–¿Cómo? –Mi corazón da un brinco.

–No es culpa suya, es parte de su atadura.

–El collar –infiero disgustada. Fue una suerte que todas las damas resolvieran el acertijo de Esfinge; de lo contrario, imagino que hubieran enfrentado una muerte brutal.

–No sé qué es lo que mi tío y Keres hacen que custodie, pero no puede ser nada bueno.

Mi corazón se acelera ante la palabra «custodia». Intento recordar los mapas que Cuervo desplegó en mis aposentos, ¿han encontrado estos túneles? Estoy segura de que no, ya que no han mencionado a Esfinge, y es difícil pasarla por alto e imposible olvidarla.

–No tienes que esperarme. –Tomo sus manos y les doy un apretón suave–. Presiento que no resultaría bien para ti. Encontraré el camino de regreso y, si me encuentro con alguien, diré que me perdí.

Ella duda, debatiéndose entre hacer lo que digo o mandar las consecuencias al diablo y seguirme de todas formas. La primera opción gana.

–Ten cuidado, princesa. Será muy aburrido por aquí si mueres por mi culpa.

–Bueno, no querría ser la causa de tu aburrimiento.

Titaia me sonríe con recelo y da unos pasos hacia atrás.

–Ve. Te haré saber si encuentro una forma de ayudarla –la animo.

Entonces, sonríe agradecida y emprende el camino de vuelta por el túnel. Espero a que el brillo del aura desaparezca junto con el eco

de sus pasos antes de darme la vuelta, afirmar la espalda y seguir avanzando en la oscuridad.

Apenas he dado unos cien pasos cuando el halo de mi aura ilumina una puerta de madera pesada. Intento abrirla, pero, por supuesto, está cerrada. Así que me pongo de rodillas, dejo el aura en el suelo de piedra, hago a un lado la falda de mi vestido y saco las ganzúas del estuche en mi muslo. No tardo mucho en abrir la cerradura con dos palillos y escuchar el chasquido satisfactorio del pestillo. Satisfecha, guardo las ganzúas, cojo el aura y me levanto para abrir la puerta.

Siento la misma intranquilidad que durante la primera prueba al entrar en la habitación; son mis sentidos advirtiéndome del depredador que acecha más adelante.

–¿Esfinge? –susurro, pero mi voz hace eco por el espacio y es seguida por garras sobre la piedra.

–Hija de la Tempestad. –La voz de Esfinge llega antes que su imagen–. Dije que volveríamos a vernos, aunque no creí que fuera tan pronto.

–No estás aquí por voluntad propia. –Me adentro más en la habitación y fijo la vista en el collar.

–Rara vez estoy donde deseo estar.

–Esperaba que pudiéramos ayudarnos mutuamente. –Devuelvo la mirada hacia sus ojos felinos, que brillan en la oscuridad.

–¿Y qué es lo que buscas?

–¿Qué es lo que custodias? –replico, y una sonrisa depredadora curva sus labios.

–Para algunos traigo muerte;

para otros, traigo seguridad.

Si no fuera por mí, muchos morirían,

pero, por mi causa, muchos lo harán.

Dime, ¿qué soy, Hija de la Tempestad?

–Un arma –respondo, con una sonrisa similar en mi rostro. Esfinge ronronea y sus ojos destellan con aprobación–. Si pudiera sacarte ese collar, ¿serías libre?

–Tan libre como cualquiera de nosotros podría serlo. –Su respuesta resuena dentro de la cámara.

–Y, si fueras libre, ¿te interpondrías en el camino de quien quisiera atravesar esa puerta detrás de ti?

–No es mi voluntad interponerme en el camino del destino.

Frunzo el ceño ante esas palabras, pero me acerco y, con cuidado, extiendo la mano hacia el collar. Ella sisea cuando lo giro para ver los símbolos *goiteía* y grabarlos en mi memoria. De repente, cuando retrocedo, una garra se dispara hacia mí y jadeo ante la punzada de dolor. Al mirar hacia abajo, veo una marca desconocida grabada en mi piel y sangre derramada entre mis senos. Luego observo perpleja como la herida sana y la marca se desvanece en mi piel hasta desaparecer por completo, como si mi cuerpo hubiera absorbido la magia.

–Es un trato –dice Esfinge en un tono presagioso que me eriza la piel–. Ahora debes irte.

Una variedad de preguntas arde en la punta de mi lengua, pero opto por hacer una.

–¿A qué te referías al llamarme «Hija de la Tempestad»?

Contengo la respiración mientras ella me observa con los ojos en llamas, pero me decepciona descubrir que no responderá. Así que no dudo ni un segundo más y dejo a Esfinge y a sus secretos atrás.

Vuelvo sobre mis pasos, dándole vueltas a todo lo que descubrí, en silencio, hasta llegar al túnel principal. De repente, con el corazón en la garganta, me apresuro a tomar el camino de la derecha, el que Titaia señaló que desemboca en una salida. Oculta en las sombras, guardo el aura en los pliegues de mi vestido para que no atraiga miradas y, mientras me adapto a la oscuridad otra vez, me cubro la boca para ocultar el sonido de mi respiración en el túnel silencioso.

–¿Cómo que falló? –Una voz familiar llega hasta mi escondite, tan llena de furia que me eriza la piel de la nuca.

Es la voz de Keres, la conozco lo suficientemente bien como para reconocerla, aunque nunca lo había escuchado tan furioso.

–El sujeto murió, mi príncipe. –La nueva voz es desconocida. Suena un siseo profundo y ronco, como si su dueño hubiera gritado hasta dañarse las cuerdas vocales–. No era un recipiente con la fuerza necesaria para contener el poder.

Resuena un gruñido de frustración a través del túnel.

–Volverás a intentarlo. No importa cuántos recipientes sean necesarios –exige Keres.

–Por supuesto, Su Alteza.

Permanezco congelada donde estoy mientras escucho una especie de pasos y las voces se desvanecen en la distancia y una puerta se cierra de golpe.

Una vez segura de que ha pasado suficiente tiempo, me asomo e inclino la cabeza hacia la derecha, atenta a cualquier señal de movimiento en el túnel.

Una brisa gélida extiende sus garras en la oscuridad, como una mano helada sobre mi piel, y hace que el calor omnipresente de la magia en mi alma se estremezca.

Y, ahora, estoy segura. Encontré lo que hemos estado buscando.



VEINTE

Suelto un grito y la vela se abre de repente, demasiado y con mucha fuerza, tanto que el bote vuela sobre el agua e impacta contra un muelle al otro lado del canal.

Un sollozo escapa de mi garganta cuando su mano desaparece por última vez bajo la superficie burbujeante, como si quisiera alcanzarme, como si me suplicara que la salve.

Una mano gélida se cierra en mi garganta…

Una puerta se cierra de un golpe en el salón de mis aposentos. Me levanto sobresaltada, con el corazón acelerado y el último rastro de mi pesadilla en la mente. Han sido demasiado frecuentes desde que dejé de tomar las somnisemillas.

Las voces y pasos se hacen más cercanos, así que cojo la daga de la mesilla de noche, lista para cuando la puerta se abra.

–¡Por las bolas de Noto! –grito, aliviada al ver a Nyssa y a Cuervo–. Casi me provocáis un infarto.

Dejo la daga sobre la cama, me froto el rostro y me dejo caer otra vez sobre las almohadas. Un silencio expectante domina el lugar y,

cuando espío entre mis dedos, encuentro dos miradas furiosas fijas en mí.

–¿Qué? –pregunto al tiempo que bajo las manos.

–¿Qué? –repite Nyssa con una tranquilidad escalofriante.

–Yo he preguntado primero.

–¿Qué demonios, Estornino? –exige Cuervo–. ¿Dónde estuviste anoche?

Cuando la pregunta penetra la confusión matutina, recuerdo la aventura de anoche con Titaia a través de los túneles. Me levanto de golpe otra vez, ahora con una sonrisa incontenible en mi rostro, que no hace más que ensancharse al ver la rabia que brilla en los ojos de Cuervo.

–La encontré.

–¿A qué te refieres? ¿Qué encontraste? –Él se cruza de brazos, sin dejar de fulminarme con la mirada.

–El arma –respondo y me encojo de hombros como si no fuera gran cosa.

Nyssa se queda boquiabierta; los ojos de Cuervo me atraviesan y los músculos de su mentón se tensan cuando aprieta los dientes.

Salgo de la cama, extiendo los brazos sobre mi cabeza y camino con tranquilidad hacia el armario para tomar el primer vestido que veo. Me visto despacio, con sus miradas penetrando mi espalda en todo momento. Al darme la vuelta, compruebo que ninguno de los dos se ha movido ni un centímetro, ambos me miran incrédulos y furiosos, pero también noto el calor acumulado en los ojos de Cuervo, que frunce el ceño antes de dar la vuelta y salir.

–Reunión, ¡ahora! –exclama.

–Estás en muchos problemas. –Nyssa niega con la cabeza.

–¿Cuáles?

–Yo de ti me prepararía para unos azotes y sexo duro de reconciliación.

–No sé de qué me hablas –respondo sin expresión, y Nyssa se ríe por lo bajo de camino al salón.

Pero me congelo cuando todas las miradas giran hacia mí. La rabia de las Nocturnas crea un ambiente sofocante.

–Eh, ¿buenos días? –saludo dudosa, con las manos unidas mientras muevo los pies con incomodidad.

Garza resopla, niega con la cabeza y mira a los demás con evidente frustración.

–¿Qué esperaban al traer a Polluelos a una misión como esta?

–Cantoras –lo corrijo mientras me dejo caer en el sofá.

–¡Es suficiente, Estornino! –sentencia Cuervo. Se presiona el puente de la nariz y cierra los ojos un momento–. ¿Por qué no nos pones al día con tus revelaciones?

Ante su tono, frunzo el ceño, irritada, y me siento recta.

–En primer lugar, dejaré en claro que anoche intenté encontrar a alguno de vosotros, pero este palacio es gigante y no es fácil buscar a espías y asesinos entrenados.

–Continúa.

–Creo que he descubierto la ubicación del arma.

–¿Lo *crees* o lo sabes?

–Lo sé –afirmo sosteniéndole la mirada. Nos miramos uno al otro sin pestañear, resistiéndonos a ceder.

Alguien se aclara la garganta.

–¿Cómo la has encontrado? –pregunta Lori, así que rompo el contacto visual con Cuervo para analizar los ceños fruncidos de mis

compañeros.

Respiro hondo y me pongo cómoda en el sofá para prepararme para una mañana eterna. Cuando termino de relatar la historia sobre Esfinge, los túneles secretos y el deseo de Titaia de liberarla, me explota la cabeza, así que suspiro aliviada al volver a mi habitación.

Los demás pasaron horas bombardeándome con preguntas y dibujando un plano de los pasajes y túneles que llevan a los talleres del príncipe. Como imaginaba, Cuervo casi enloqueció al escuchar que seguí a Titaia, pero no fue nada comparado con el silencio iracundo que se produjo cuando revelé mi trato con Esfinge.

Dibujé el *goiteía* del collar, y Garza ideó la mejor secuencia de símbolos para anularlo. Si eso no funciona, tendrá que dañar las marcas lo suficiente para atravesar el efecto de atadura. Luego escuché en silencio cómo los demás hacían planes y Cuervo les daba órdenes a todos para comenzar los preparativos.

Esperaba que se quedara un momento después, pero salió disparado antes de que pudiera hablarle. Siento rabia y pena al recordar cómo se negó siquiera a mirarme antes de salir; no es que no entienda que fui descuidada, lo sé, pero haberme arriesgado con Titaia y haber hecho un trato con Esfinge podría llevar al éxito de nuestra misión.

Escucho a alguien resoplar por lo bajo detrás de mí y, al darme la vuelta, encuentro a Alondra apoyado contra el marco de la puerta, mirándome con la expresión más seria que haya visto en él.

–¿Qué? –resoplo.

–Sé que no quieres escuchar esto –comienza con las manos en el cabello–. Pero ten cuidado con Cuervo.

–Tienes razón, no quiero escucharlo –sentencio–. Además, no hay nada con lo que deba tener cuidado. Yo me quedaré aquí y él volverá a Los Tormentos.

–Solo te lo digo porque eres como familia para mí, Estornino… –duda antes de seguir–, el Aviario lo es todo para él. Te aconsejo que tengas presente que esta vida es su primer amor y que siempre le será leal. –Con eso, se marcha y cierra la puerta con cuidado tras él.

Aprieto los dientes, irritada, pero la rabia desaparece poco a poco. Nada de esto importa, porque sé cómo es la situación entre Cuervo y yo.

En poco tiempo, estaremos en dos reinos diferentes.

De repente, el cansancio de una noche de aventuras cae sobre mí y, dado que Cuervo no me dejó indicaciones para hoy, vuelvo a la cama y me acurruco bajo las sábanas. No tardo mucho en quedarme dormida, pero, en cuanto lo hago, imágenes de corredores de piedra interminables y de ojos dorados amenazantes acechan mis sueños.



Me despierta un peso que hunde la cama a mi lado, acompañado de aroma a humo y a canela. Sin abrir los ojos, siento caricias que recorren mis labios, bajan por mi cuello y mi pecho y recorren mi esternón, donde se oculta la marca de mi trato con Esfinge.

–Sé que estás despierta. No me engañas manteniendo los ojos cerrados –ronronea Cuervo.

Con un suspiro, abro un poco los ojos y veo su tierna sonrisa. Su mirada aún es dura, pero ya no arde de furia como antes.

–¿Sigues molesto? –pregunto.

–Furioso –ruge y baja la mano a mi cadera para acercarme a él. El contacto con sus músculos rígidos me hace estremecer–. Pero solo porque estaba aterrado. No podía encontrarte, Estornino.

–Lo siento –susurro y deslizo la mano entre su cabello ondulado para atraer su frente a la mía–. Tuve un presentimiento y lo seguí, no era mi intención hacer que te preocuparas.

–Creo que «preocupación» no alcanza a describir cómo me sentí.

–Pero lo compensé, ¿no? –pregunto mientras analizo su rostro en busca de una reafirmación que no sabía que necesitaba.

–Sí –dice con un suspiro–. Encontramos los túneles y a la criatura que describiste.

–Esfinge.

–Nunca había encontrado algo como ella –confiesa con un escalofrío–. Garza y yo tuvimos que responder sus acertijos solo para poder inspeccionar el collar y la celda.

–No es tan mala después de la primera vez –respondo con una sonrisita engreída, que se apaga cuando proceso lo que implican sus palabras–. Entonces, ¿la encontrasteis?

–Lo hicimos. Tú lo hiciste. –Comienza a acariciar mi cadera–. Ahora necesitamos que mantengas a la corte distraída y superes las últimas dos pruebas. Tengo que asegurarme de que todas las piezas encajen en su lugar.

–Estoy segura de que lo lograrás, comandante –afirmo, ahora con una sonrisa forzada.

Él me sonríe con malicia y me deja sin aliento al levantar la tela de mi vestido. En cuanto desliza la mano callosa sobre mis costillas,

arqueo la espalda hacia él, y el calor que me recorre erradica cualquier pensamiento de mi mente.

–Cuervo –jadeo. Los dedos dejan un sendero de llamas a su paso, que me acalora y excita. Necesito que haga algo más que tocarme. Necesito que… lo necesito a él.

Movida por la desesperación, lo empujo de espaldas para montarme sobre él y frotarme en la erección que siento a través de sus pantalones. Sus manos bajan a mis caderas y, con un gemido grave, intensifica mis movimientos. Entonces, aferro mi vestido levantado y me lo arranco, y el aire frío y su mirada ardiente tensan mis pezones. Él se levanta, con una mano en mi cintura y la otra en mi cabello, y me besa con intensidad. Pero no es suficiente.

–¿Por qué sigues vestido? –gruño frustrada mientras tiro de su camisa. Una risita sensual cosquillea la curva de mi cuello.

–Mis disculpas, princesa. Permíteme remediarlo.

Jadeo sorprendida cuando me hace girar de repente y contemplo hambrienta desde el colchón cómo se quita la camisa por encima de la cabeza. Sigue por los pantalones antes de descender sobre mí y besar cada centímetro de piel expuesta.

Cuando frota su erección contra mí, mis caderas se elevan en respuesta y mi sangre arde en llamas al escucharlo gemir. Lleva una de mis piernas a su cintura y me penetra con un movimiento fuerte que me hace gritar.

–Cielos –gimo, dominada por una oleada de placer–. Maldita sea, Cuervo. Muévete.

Él vuelve a reír y retrocede para penetrarme otra vez con fuerza.

–Gracias a los dioses –jadeo cuando lo hace otra vez.

–Creo que no es a los dioses a quienes deberías dar las gracias, Estornino –gruñe–. Ellos no son los que te están dando placer.

Me estiro para tomarlo del cuello y atraer su boca hacia la mía, siento su gemido en el alma cuando al fin acelera el ritmo. Esta vez, no se detiene. No me da respiro con sus embestidas implacables, que me llevan cada vez más cerca del éxtasis.

Cuando lo rodeo con las piernas, lo siento más profundo, y él aumenta mi placer acariciándome con una mano entre los dos. Suelto un grito por el placer que explota por mis terminales nerviosas. Aprieto las piernas a su alrededor y él gime mientras caemos por el abismo del éxtasis.

Satisfecho, Cuervo se desploma en la cama a mi lado, con la respiración agitada, y me atrae hacia él para mordisquearme la oreja. Pero son sus palabras las que despiertan una sensación agridulce en mi pecho.

–No hemos terminado.

–Jamás –miento y lo sello con un beso.



VEINTIUNO

El tiempo ha volado desde mi descubrimiento, y la segunda prueba ya está sobre nosotros. Sigo a Titaia a través de otro túnel de muros de piedra, por el que nuestros pasos resuenan como hace una semana, cuando me llevó hacia Esfinge.

En cierto punto, noto que las paredes son menos refinadas, las ventanas desaparecen y las auras en el techo son la única fuente de luz. Después de lo que pudieron ser minutos o una hora, llegamos a una puerta de roble; mirarla hubiera sido suficiente para ponerme alerta si no lo hubiera estado ya.

La madera tiene escenas y augurios de batalla tallados en la superficie, pero la imagen que me llena de terror es la de cuatro hombres alados que corren por un laberinto de giros en falso y puntos muertos. El camino frente a ellos está cerrado y, aun desde mi perspectiva, no parece haber un sendero hacia la libertad.

–¿Lista, Aella? –pregunta Titaia sobre su hombro, con una sonrisa alentadora.

Hace unos días, le conté una breve historia inventada, así que ahora piensa que algunos de mis guardias están trabajando en un

plan para liberar a la criatura mítica. Desde entonces, casi no se ha movido de mi lado y ha estado compartiéndome cualquier chisme de la corte que cree relevante.

A pesar de que es un engaño necesario, me siento culpable, pero lo reprimo y le devuelvo la sonrisa.

–Tanto como podría estarlo.

Ella abre la puerta, y la luz blanca que revela por poco me ciega. Mi visión se adapta a la luz al avanzar a un lado de un escenario, pero la imagen hace que el ritmo ya acelerado de mi corazón se vuelva doloroso.

Un manto de nubes grises pende sobre un anfiteatro, lleno de superficies de mármol que reflejan la luz pálida. El aire está cargado de anticipación y cientos de susurros se fusionan en un zumbido penetrante. Filas y filas de asientos, tallados en la misma piedra blanca, rodean la arena frente al escenario, ocupados por cientos de tycheroi. El escenario es una maravilla, con tallados intrincados y murales como los de la puerta por la que entramos.

El maestro Cyril y su escriba se encuentran en el centro, esperando la llegada de la familia real. Las otras damas ya se encuentran aquí y nos miran con desconfianza y desagrado; aunque no podría culparlas, ya que todas lucen vestidos más apropiados para un banquete que para el centro de un anfiteatro. Solo Cynna me mira con cierta curiosidad en sus ojos gélidos.

Siguiendo el consejo secreto de Titaia, me he puesto una blusa envolvente color gris que se sujeta en la cintura, cuyas mangas largas y sueltas no ofrecen mucha protección del aire frío. Los pantalones a juego tienen bolsillos ocultos, que me permiten acceder a la daga, a las ganzúas y a dos cuchillos arrojadizos que he

sujetado en las tiras de mis sandalias porque no sabía qué esperar. El atuendo es similar a otros que he usado en la corte y, con el cabello suelto por la espalda, se ve elegante además de ser práctico.

Después de años en las sombras, evitando llamar la atención, encontrarme de pie frente a una multitud me revuelve el estómago. Me siento expuesta, como si me estuvieran exhibiendo para que todos me juzguen y me despedacen como buitres.

–Estás un poco pálida, princesa –susurra Titaia.

–No estoy acostumbrada a ser el centro de tanta atención.

–Claro, imagino que los acólitos en la Isla de los Vientos no debieron hacer demasiados aspavientos por ti.

Abro la boca para inventar alguna excusa, pero la llegada de la familia real me salva y distrae a Titaia.

Keres llega por el lado opuesto del escenario, a través de una puerta similar a la que atravesamos nosotras. Le hace honor a su título en un traje en tonos carmesí que resalta sus ojos, con bordes de brocado dorado a juego con la diadema en su frente. El rey y la reina, con sus regios trajes, se encuentran en la entrada para dejarle a su hijo el centro del escenario durante el transcurso de las pruebas.

La presencia de los tres es suficiente para silenciar a la multitud, que queda muda como si todos estuvieran conteniendo la respiración al mismo tiempo.

Keres recorre a las contrincantes con la mirada, pero se detiene en mí con una expresión que me provoca escalofríos. Me mantengo firme de todas formas e intento mostrarme nerviosa y emocionada. Cuando me mira a los ojos, me muerdo el labio inferior antes de que

dirija la mirada hacia el público con el rastro de una sonrisa. Titaia resopla a mi lado, y tengo que resistir el impulso de mirarla.

–Miembros leales de la corte, bienvenidos a la segunda Prueba Real –anuncia el maestro de ceremonias. Tras una pausa dramática ante los aplausos del público, continúa–: En un principio, nuestros grandiosos dioses, los Anemoi, eran prisioneros y para escapar debieron enfrentar una prueba. Hoy, las damas ante ustedes enfrentarán una prueba similar, que evaluará su capacidad de resiliencia frente a la adversidad y a lo desconocido. Entrarán por las puertas que ven detrás de mí y deberán salir por las del balcón superior.

Mientras el maestro Cyril habla, su escriba se acerca para entregarnos un aura a cada una. Acepto la mía con una sonrisa agradecida, al tiempo que repaso las palabras del maestro en mi mente.

Pan y Eleni bromearon respecto a que la compañía engalanaba sus dones para la adivinación para crear una sensación de misterio. Pero las similitudes entre la historia de Leto en el viaje hacia Vilea y las pruebas son demasiado obvias como para haber sido coincidencias.

Tendré que cazar a algunos ninfais cuando termine aquí.

–Nadie sabe a qué se enfrentarán al otro lado, pero, si no salen en dos horas, quedarán descalificadas.

Sus palabras generan una descarga de adrenalina que me hace estremecer. Los hombres alados de la puerta que Titaia y yo atravesamos me vienen a la mente y mi mirada se dispara hacia la parte trasera del escenario, donde seis tycheroi fornidos, con la

armadura de cuero flexible de la Guardia Real y armados con ballestas, montan guardia frente a puertas con tallados similares.

Un cosquilleo inquietante me atraviesa al ver aljabas llenas de flechas afiladas.

–Damas –la voz del maestro Cyril me distrae de mis pensamientos–, cada una debe seleccionar una puerta.

–Buena suerte –susurra Titaia.

Le doy las gracias con un movimiento silencioso de cabeza y avanzo por el escenario con las demás, fingiendo indecisión hasta elegir una puerta. Finalmente, observo al guardia frente a la puerta elegida con recelo, mientras que él mantiene la mirada estoica en el anfiteatro. Es de estatura media, con lo que aún me saca una cabeza, y su cuerpo fornido me dificulta imaginar que pueda actuar con sigilo. Así que, si me persigue como creo que lo hará, podré evitarlo sin que parezca demasiado fácil.

–¡Que comience la prueba!

Siguiendo la orden del maestro Cyril, mi guardia abre la puerta y da paso a un túnel lúgubre. Titubeo antes de lanzarme hacia las sombras y la puerta se cierra detrás de mí. Mi corazón se detiene ante la oscuridad y el silencio repentinos, donde la única luz proviene del aura en mi mano.

Cierro los ojos y respiro hondo mientras recuerdo la historia de Leto en el campamento en el camino entre Corinto y esta ciudad.

«Para recorrer el laberinto, los Anemoi se valieron de un truco tan viejo como el tiempo: mantener las manos sobre el muro izquierdo para asegurarse de no perderse».

Mis ojos tardan un momento en adaptarse después de abrirlos, pero, cuando lo hacen, puedo distinguir los muros del túnel en las

sombras. Tras una respiración profunda, apoyo la mano izquierda en un muro y comienzo a avanzar a paso firme. Los giros me desorientan y no tardo mucho en llegar a un camino sin salida.

–Mierda –maldigo por lo bajo–. No quiero volver a ver un túnel jamás.

Sigo avanzando con la mano en el muro, pero la roca desaparece de repente. Congelada, me enfrento a la pared e intento tocarla otra vez, pero mi mano desaparece dentro de la piedra. Con una sonrisa de satisfacción, doy un paso atrás y levanto el aura para iluminar los muros del túnel, y un escalofrío me recorre al ver los símbolos *goiteía* de ocultamiento tallados en la piedra, aunque el resentimiento lo aplaca enseguida.

Qué forma tan trivial de desperdiciar una vida.

Tomo aire para dejar ese pensamiento a un lado y atravesar la roca falsa.

El pasaje en el que entro es mucho más estrecho que el primero, así que bajo el ritmo para seguir avanzando por los giros y contragiros a través de la montaña, y voy perdiendo la noción del tiempo y de la dirección con cada paso. La ansiedad me clava sus garras y comienzo a preguntarme si he tomado la dirección equivocada, pero, justo cuando un sudor frío me cubre la nuca, cojo otra curva y me lleno de alivio al salir hacia…

Un jadeo escapa de mis pulmones al ver el suelo desaparecer debajo de mí. Giro e intento aferrarme con desesperación a la cornisa de roca que deja mis manos en carne viva. Siseo entre dientes al conseguir levantarme y caer de espaldas en tierra firme. Luego recupero el aura que dejé caer y que, por fortuna, no rodó

hacia el abismo, aunque sí se desgarró con el golpe. En poco tiempo quedaré atrapada en la oscuridad.

Agitada, entierro los dedos en mi cabello y me clavo las uñas en el cuero cabelludo. Las sombras se extienden frente a mí, listas para proclamar mi derrota.

Aferro el aura con fuerza para iluminar el hoyo frente a mí, que ocupa el ancho del túnel como un pozo amenazante sin final aparente, y mi estómago se revuelve al percatarme de lo cerca que estuve de la muerte. Pero, de repente, un pequeño saliente en el muro izquierdo atrae mi atención. Con las piernas temblorosas, bordeo el hoyo con cuidado y guardo el aura en mi bolsillo para poder recorrer el muro con las manos hasta encontrar el saliente.

Me duelen las manos al aferrarme a la piedra, pero aprieto los dientes, decidida, y dejo que mis brazos soporten mi peso. Con cada cambio de manos para avanzar por el saliente, me muerdo el labio más fuerte, hasta que por fin suspiro aliviada al llegar al otro lado. Entonces, saco el aura de mi bolsillo para inspeccionarme las manos y, con la nariz arrugada, saco un fragmento de roca afilado de un corte.

De repente, escucho una bota resonar en la distancia, así que me quedo quieta y agudizo el oído. Echo una mirada sobre mi hombro para analizar la oscuridad del túnel que dejé atrás y escucho otro eco de metal raspando contra la piedra, como si el guardia estuviera haciendo ruido a propósito para aterrorizarme.

Contengo una sonrisa.

Que comience el espectáculo.

Sin perder más tiempo, apoyo la mano izquierda en la pared otra vez y sigo avanzando, ahora un poco más rápido y con pasos un

poco más ruidosos, por un camino que comienza a ascender poco a poco. Con cada paso, el eco de las botas de mi perseguidor se hace más fuerte y mi corazón late con más intensidad contra mis costillas.

El eco es más cercano.

Dejo escapar un quejido, que recibe una risa macabra en respuesta.

Entonces, lo siento: una brisa ligera desde arriba, sutil como la caricia de una pluma en mi alma. Miro hacia arriba, y un viento suave roza mi mejilla izquierda.

Y era lo único que necesitaba para animarme a seguir.

Oigo un gruñido detrás de mí que reverbera por los muros de piedra fría, pero no me molesto en mirar atrás, sino que mantengo la vista fija en el final del túnel, movida por la determinación. La puerta acecha más adelante, pero ni siquiera pienso en reducir el paso, sino que impacto contra ella, la abro de un golpe y la atravieso dando tumbos.

Al igual que la primera vez que salí al escenario, la luz blanca es cegadora y el rugido de la multitud nubla mis sentidos. Pero, al contrario de lo que esperaba, no caigo al suelo al otro lado de la puerta, sino que soy recibida por unos brazos fuertes que me mantienen en pie.

Una vez que mi vista se adapta al brillo, encuentro el rostro sonriente de Keres frente a mí.

–Felicidades, princesa.

–¿Lo he logrado? –jadeo y lo miro con ojos amplios.

–Y ni siquiera eres la última.

Intenta parecer juguetón, coqueto, pero me provoca deseos de golpearlo en su hermoso rostro.

En cambio, le ofrezco una sonrisa.

Hasta que registro sus palabras. Entonces me libero de los brazos que seguían sobre mí y miro a las demás ganadoras en el balcón. La mirada de Lydia es tan dura que desearía tener un talismán de *goiteía* para protegerme del mal de ojo. Su vestido está cubierto de polvo y tiene los rizos perfectos pegados a la frente por el sudor. A su lado, Zina se encuentra en condiciones similares, con el ceño fruncido hacia la mano de Keres que sigue en mi cintura. Al otro lado, Cynna tiene una expresión divertida y no parece haber derramado una gota de sudor.

Dos puertas siguen cerradas, de modo que Helen y Dehlia deben seguir en los túneles.

–Si tomaron el camino equivocado, ¿los túneles al final las llevarán a una salida? –le pregunto a Keres.

–Tal vez. No lo sé con certeza, nunca he entrado en el laberinto.

Su respuesta indiferente me pone los pelos de punta y me ciega de furia, pero me muerdo la lengua para controlar los improperios que amenazan con escapar de mis labios.

Los minutos parecen años a la espera de las dos últimas damas, y el público se queda mudo otra vez.

–¡Se acabó el tiempo! –anuncia el maestro Cyril.

Entonces, una puerta se abre de golpe y Dehlia se desploma en el suelo, con una mano ensangrentada en el hombro y sacudida por sollozos descontrolados.

Nadie celebra su llegada, por el contrario, el público la abuchea con desaprobación. El eco del sonido desagradable me provoca escalofríos. Me acerco para arrodillarme junto a ella e inspeccionar su herida; aún tiene una flecha de ballesta clavada en el hueso del

hombro y la sangre que brota tiñe su ropa y mi propia mano de rojo carmesí.

–¡Necesita un sanador! –exclamo para las demás personas en el balcón. Keres nos mira con un desinterés que me provoca náuseas, pero llama al mentor de Dehlia para que asista a la chica y se la lleve.

–Titaia, lleva a la princesa Aella a que se asee. Su corazón sensible está sangrando sobre el mármol –dice Keres, y Lydia se ríe nerviosa como si hubiera dicho algo de lo más gracioso.

Me muerdo la lengua más fuerte, hasta sentir un sabor cobrizo en la boca. Estoy segura de que terminaré con cicatrices permanentes en la lengua cuando esta farsa termine.

Me pongo de pie y miro a Titaia, que señala con la cabeza la puerta por la que se han llevado a Dehlia. Luego, con una sonrisa forzada, reprimo la rabia y me enfrento a Keres, con las manos ensangrentadas unidas en una demostración grotesca de recato.

–Gracias por su consideración, príncipe Keres –digo y, sin esperar respuesta, sigo a Titaia fuera del anfiteatro.

La verdad retorcida de la corte de Vilea se desvela cada vez más con el paso de los días. Su fachada adornada y radiante se desmorona para exhibir la realidad repugnante que oculta. Mis fantasías infantiles sobre el mundo se han marchitado una a una ante mis ojos, y mis sueños han sido reemplazados por pesadillas.

Puede que haya salido airosa de la prueba de hoy, pero, al salir del balcón de vencedoras, no puedo evitar sentir que he perdido algo.



VEINTIDÓS

–¿Lista? –pregunta Nyssa desde la puerta de la habitación. Se ve perfecta con un vestido celeste que acentúa sus curvas y los rizos castaños arreglados al estilo de Eretria: la mitad recogidos, la mitad sueltos.

Ha pasado una semana desde la segunda prueba y he tenido que tolerar visitas al príncipe Keres casi a diario. En ocasiones damos simples caminatas por los jardines, en las que finjo prestar atención a cada una de sus palabras mientras me relata historias sobre Eretria. A veces tenemos cenas privadas en sus aposentos, ambos cargados de tensión por motivos muy diferentes. Y, otras, compartimos la noche con las otras damas participantes y todas competimos por su atención.

Esta es una de esas noches.

Quedamos solo cuatro después de la prueba del laberinto: Lydia, Zina, Cynna y yo. A pesar de haber salido del laberinto letal a través de la montaña, Dehlia no lo logró a tiempo y fue eliminada de las pruebas. No he visto a Helen desde que atravesó su puerta y me provoca escalofríos pensar en lo que podría significar, sobre todo al

recordar el momento en el que casi muero, de no haber sido por los reflejos que desarrollé en el Aviario.

Vuelvo a fijarme en mi reflejo en el espejo, en la imagen de una mujer que se ve como yo y como una extraña a la vez. Mi cabello, recogido con el mismo estilo que el de Nyssa, cae en rizos perfectos sobre mi piel dorada. Mi vestido plisado es largo hasta el suelo, con aberturas en ambas piernas y la parte superior cruzada en el pecho para luego caer hacia atrás sobre mis hombros como una capa. Es de un tono de azul metálico que combina con mis ojos y los resalta. En la cintura llevo un cinturón elaborado, que parece una rama de laurel bañada en oro.

Me veo como una princesa.

Quisiera arrancarme el vestido y esconderme debajo de las sábanas.

–Acabemos con esto –le digo a Nyssa, aunque lo que quiero es gruñir.

Entonces salimos de nuestros aposentos y recorremos el palacio a través de infinidad de muros de mármol blanco. Voy añadiendo una pieza a mi armadura a cada paso: hombros erguidos, vaivén en las caderas, sonrisa emocionada. Y, cuando por fin llegamos al salón comedor, estoy segura de que me veo como una persona totalmente diferente.

Este salón es mucho más pequeño que el comedor formal, destinado a cenas más íntimas de la familia real. Una chimenea calienta el aire frío y las auras en las paredes proyectan sombras en el suelo de mármol. Las demás participantes ya se encuentran sentadas a la mesa, pero Keres aún no se presenta y la tensión es palpable.

Cynna ocupa el lugar a la derecha del trono vacío, desde donde sonríe a Lydia y a Zina con suficiencia. Estoy a punto de reírme ante los ceños fruncidos de ambas, pero me contengo y ocupo el lugar junto a Cynna, mientras Nyssa permanece de pie detrás de mí.

–¿Alguien ha sabido algo de Helen? –pregunto cuando el silencio se torna sofocante.

–¿Por qué nos importaría saber de ella? –Lydia dirige su mirada fulminante hacia mí y frunce el ceño hasta casi cerrar los ojos.

Proceso sus palabras, impactada por el desinterés en alguien que ha sido su amiga desde la infancia. No puedo imaginarme olvidar a Nyssa así, de un momento al otro; si ella hubiera quedado atrapada en el laberinto, yo estaría allí, intentando encontrarla.

A mi lado, Cynna resopla.

–Ah, tal vez porque se suponía que eran amigas.

–No es mi problema que no haya pasado la última prueba –sentencia Lydia–. No sé por qué se molestó en entrar siquiera. Era una pérdida de tiempo desde el principio, todos sabemos que el príncipe Keres y yo somos el uno para el otro.

Mis hombros se tensan, y no son los únicos. Zina traga saliva con fuerza y mira a su amiga frunciendo el ceño.

–¿Tú lo sabías, Zina? –pregunto.

–¿Si sabía qué? –La hermosa joven de cabello negro me mira con una arruga en su ceño perfecto.

–Que estás perdiendo el tiempo –respondo con un gesto compasivo.

A mi lado, Cynna tiene un ataque de tos, que imagino oculta una carcajada. Sonrío complacida, aunque la expresión de Zina se ensombrece.

–No soy yo la que pierde el tiempo, princesa. Todos saben que la decisión estará entre Lydia y yo. Y las probabilidades de que elija a una o a la otra son las mismas.

Lydia gira hacia ella con una mirada asesina, pero, cuando está a punto de responder, cierra la boca y vuelve la mirada hacia el príncipe recién llegado.

Mientras nos ponemos de pie, Cynna se inclina hacia mí y, con ojos traviesos, me susurra en tono conspirativo.

–No estaba segura de quién sería apuñalada primero, si tú o Zina.

–Tendríamos que apostar para la próxima vez.

–Un *dracma* de oro a que serás tú.

–Lo mismo dijo mi criada –respondo con una mano en el corazón para fingir dolor, y Cynna se ríe por lo bajo. Al mirar atrás, veo a Nyssa con los ojos en el techo, temblorosa y con los labios apretados por la risa apenas reprimida.

–Damas –saluda Keres al ocupar su trono en la punta de la mesa–. Me honra encontrarme otra vez en tan buena compañía.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco cuando las demás hacen reverencias elegantes. Contengo la respiración ante la mirada de Keres, que permanece sobre mí mientras tomamos asiento, y solo la libero cuando Lydia, como era de esperar, reclama su atención.

–¿Está ansioso por ver mi talento mañana, mi príncipe? –pregunta en un tono tan insinuante que debo desviar la mirada.

Keres se reclina en el trono y la observa, con el pulgar en su labio inferior.

–Lo estoy, lady Lydia. Ansío ver lo que todas tienen que mostrarme. –Sus ojos rojos se encienden y nos devoran una a una, como si fuéramos su banquete personal.

Como si hubiera dado una señal, el salón se llena de sirvientes que cargan platillos y jarras de vino. Se me hace agua la boca al sentir el aroma a carne especiada y tengo que presionar una mano sobre el estómago para controlar el rugido que amenaza con escapar.

No debí haberme molestado.

Pierdo el apetito cuando una joven se inclina por un lado para llenar mi copa de vino y noto el mechón de cabello gris que escapa de su melena de rizos castaños. No debe pasar de los dieciséis años y ya han abusado tanto de su magia que han comenzado a drenar su vida.

O ha sido víctima del toque decadente de Keres.

Siento náuseas al ver la piel arrugada de los dedos en la mano temblorosa que sirve mi copa. Luego miro alrededor y palidezco ante las señales evidentes, de abuso de magia de los sirvientes: cabello cano, ojos sin vida y piel avejentada, que contrasta con sus aspectos juveniles.

Empujo la silla, cuyo chirrido en el mármol interrumpe la conversación, por lo que las damas me miran sorprendidas y Keres frunce el ceño.

–Gracias por la cena, príncipe Keres –me disculpo con voz afectada por el esfuerzo de ocultar el disgusto–. Me temo que no me encuentro muy bien.

–La acompañaré a sus aposentos –ofrece al ponerse de pie.

Lydia fija sus ojos furiosos en mí y se dispone a protestar, pero me apresuro a responder.

–No es necesario. Quédese y disfrute su noche con las damas.

Keres se queda helado, con expresión furiosa, pero vuelve a sentarse y su rostro se vuelve inescrutable. Sin embargo, no paso por alto la animosidad en sus siguientes palabras.

–Por supuesto, princesa. Espero que mejore antes de la prueba mañana por la noche.

Tras inclinar la cabeza hacia él, doy la vuelta para marcharme, seguida por Nyssa, quien ha perdido el color y tiene un gesto sombrío. Logro mantener la compostura y la boca cerrada hasta cerrar la puerta de nuestros aposentos detrás de nosotras; entonces, dejo que todo salga.



–Hazlo otra vez, querida. ¡Ahora con más afán! –me anima Pan. Está desparramado en el sofá, con una pipa en los labios. Eleni y Nyssa celebran entre ataques de risa desde los almohadones esparcidos por el suelo.

Eleni y Pan llegaron poco después de que Nyssa y yo volviéramos de la desastrosa cena. Se suponía que tenían que ayudarme con mi última prueba, pero me encontraron aún furiosa cuando llamaron a la puerta. Se marcharon rápidamente y enseguida reaparecieron cargando una vasija de vino entre los dos. Yo ignoré la vocecita que me decía que fuera racional y los invité a pasar.

Después de que me escucharan despotricar sobre el príncipe de Eretria y las costumbres abusivas de su reino, bebimos casi la mitad de la vasija de vino y, luego, Pan tuvo la maravillosa idea de robar el retrato con marco dorado del príncipe Keres que ahora cuelga de la

pared del salón. La pieza de arte se encuentra atravesada por pequeños cuchillos voladores.

Incentivada por los demás, cojo otros tres cuchillos de la mesa baja, sostengo dos en una mano junto con la copa de vino y apunto con la otra.

–Es un narcisista…

La daga vuela y se clava en el retrato.

–Abusivo…

La segunda se clava entre los ojos del príncipe.

–Desperdicio de vida.

La última daga se entierra en la entrepierna del príncipe.

Concluyo con una reverencia, con lo que derramo todo el vino en el suelo.

–Ay, mierda.

Pan aplaude y deja caer la pipa al desternillarse de la risa junto con los demás.

De repente, la puerta se abre.

Mi sonrisa desaparece al ver entrar a Cuervo, seguido por Miná y Alondra. Mientras que ellos permanecen en la puerta, yo me congelo, horrorizada por la forma en la que Cuervo desvía la mirada de mí hacia el retrato apuñalado. Parte de mí es consciente de las carcajadas de mis amigos porque Pan se ha caído del sofá al suelo, pero no puedo desviar la atención de la ira que crece en los ojos de Cuervo, que recorre la habitación y ve la vasija de vino vacía, la pipa y a los dos artistas que ruedan sobre los almohadones.

–Princesa –dice entre dientes–, creo que es hora de que la compañía se vaya.

Me rompe el corazón que las risas de Eleni y Nyssa se apaguen. Pan no puede controlar la suya, así que Eleni le tapa la boca con firmeza.

–Vaya, mirad qué hora es –exclama con dramatismo. Por suerte es cantante y no actriz–. Debemos irnos. Tenemos espectáculos que organizar, cortesanos que entretener y todo lo demás. –La ninfai se levanta, arrastra a Pan con ella y me señala con la pipa ilegal que ha cogido de la mesa–. Hasta la próxima, querida.

Se marchan y la puerta se cierra de un golpe tras ellos.

Cuervo se presiona el puente de la nariz y cierra los ojos con fuerza. Nyssa se pega a mí mientras él toma aire y esperamos el sermón que sin duda nos espera. Espero gritos, pero, en su lugar, habla con una tranquilidad amenazante.

–Explicadme, ¿qué os hizo pensar que esta era una buena idea?

–Estábamos liberando un poco de tensión –respondo con un encogimiento de hombros.

–¡Tenemos una misión, Estornino! Y, en lugar de distraer al príncipe durante la cena como se suponía que tenías que hacer, te encuentro aquí borracha y lanzándole dagas al príncipe.

–A decir verdad, creo que es una mejora –comenta Alondra, apuntando el marco dorado con una bota. Junto a mí, Nyssa ahoga una risa, y yo me muerdo el labio inferior.

–No es el momento, Alondra –ruge Cuervo y comienza a caminar de un lado al otro con las manos en el cabello. Se detiene frente al retrato a soltar improperios y, tras un momento de silencio y tensión, empieza a arrancar las dagas de la pintura. Me estremezco cuando caen al suelo una a una. Finalmente, se dirige a Miná y a Alondra entre dientes–. Devolved esto a su lugar. Con suerte, nadie notará el

daño antes de que nos hayamos marchado. Si lo hacen, estoy seguro de que nuestra princesa no estará entre los principales sospechosos.

Los dos entran en acción, toman el retrato y desaparecen por el pasillo sin mirar atrás. Luego, Cuervo vuelve a enfocarse en nosotras, y lo miro con precaución.

–Si no fuerais vosotras, os enviaría a casa y solicitaría vuestra expulsión del Aviario –dice en un tono digno del comandante de nuestra Bandada, sin rastros del hombre que me tiene entre sus brazos por las noches–. Hemos dedicado meses y meses a esta misión, antes de que vosotras fuerais bautizadas siquiera, y podríais haberlo echado todo a perder en una sola noche de estupidez. Ahora, dos de nuestras Aves Nocturnas están limpiando vuestro desastre cuando deberían estar ocupadas en otra cosa. No volveré a tolerar esta clase de comportamiento, ¿está claro?

Mi boca se seca y la culpa me revuelve el estómago.

–Sí, comandante –decimos Nyssa y yo al unísono.

Él analiza nuestros rostros para asegurarse de que hayamos captado el mensaje y, con un gesto brusco, se gira para irse. Pero, al llegar a la puerta, se da la vuelta y fija sus ojos penetrantes en mí antes de decir sus últimas palabras.

–Esperaba más de ti.



VEINTITRÉS

Espero en las sombras al fondo del gran salón, que se encuentra sumido en la oscuridad, excepto por la hilera de auras que penden sobre el escenario. Los cortesanos miran alrededor, con sus máscaras de superioridad teñidas de confusión.

Están ansiosos, expectantes.

A un lado del escenario, Pan levanta la vista hacia mí, preparado con los dedos en las cuerdas de un laúd. Enderezo la espalda, levanto el mentón y observo su sonrisa maliciosa cuando comienza a tocar.

La primera nota reverbera como una campanada a través del salón y silencia los murmullos de la multitud. Comienzo a avanzar hacia el escenario al ritmo de la canción, guiada por la melodía que siento bajo la piel.

Cuando estoy a punto de llegar al escenario, Keres gira en el asiento y fija sus ojos implacables en mí, y no puedo evitar sentir aprehensión.

Por un momento, dudo de mí misma.

No temo admitir que ver las demostraciones de talento de las demás me ha puesto nerviosa. Debo reconocer, a mi pesar, que Lydia tiene la voz de una diosa y que Cynna toca el arpa de forma hermosa. Por fortuna, Zina también eligió cantar, pero su presentación ha dejado mucho que desear. He visto cómo muchas personas del público se cubrían los oídos para protegerse de las notas agudas.

Sé que mi presentación será arriesgada, pero necesitaba algo que me destacara. Unirme al Aviario joven no implicó que abandonara las habilidades que estaba cultivando en la corte, así que puedo cantar y tocar instrumentos con la misma pericia que cualquier dama de la corte, pues son habilidades tan importantes como el espionaje para un Ave Cantora.

Sin embargo, durante una prueba, dichos talentos ya serían exhibidos por otras competidoras, así que debía trabajar con mis otras fortalezas.

Los últimos siete años de entrenamiento me han dado un equilibrio, una agilidad y un control del cuerpo excepcionales. Mis maestros me han permitido continuar con las lecciones de baile y la memoria muscular ha despertado durante las lecciones privadas con Eleni y Pan.

Conforme avanzo entre el público con la vista en el escenario, a pesar de los rostros que giran hacia mí, miles de pensamientos pasan por mi mente como estrellas fugaces.

La tela de mi traje negro roza el suelo de mármol y se abre con cada paso para revelar mis piernas. Es un vestido de estilo sureño, que no llamaría la atención en casa, pero que sería algo atrevido para este lugar, por lo que añadí un toque modesto con lo que Eleni

llama medias «autorregulables». Son de una tela brillante, adornada con gemas pequeñas, que se torna opaca al subir por mis piernas.

Tras subir las escaleras hacia el escenario de madera, frío bajo mis pies descalzos, tomo aire para armarme de valor y avanzo hacia las capas de seda que me esperan. Bajo la luz tenue, la tela brilla con diferente intensidad, desde dorado pálido hasta bronce profundo, y me llama como un canto de sirena.

Cuando recurrí a Eleni y a Pan, no creí que fuera a disfrutarlo tanto, pero, una vez en el aire, algo encajó. Estuvo bien. Como estar en casa.

Pan llega a la nota indicada, así que envuelvo las manos en la tela, siento la tensión y, con un movimiento de la muñeca, me elevo en el aire, girando y contoneándome mientras subo más y más.

La seda y el aire me envuelven como una segunda piel, que se desliza con naturalidad por mis brazos y piernas mientras realizo mi rutina. Los jadeos del público se vuelven parte de la música, como un fondo disonante pero emocionante para la canción que represento. Por un momento fugaz, envuelta en la tela, la audiencia desaparece, la música me envuelve y me dejo llevar por el ritmo que ya me es familiar. Dejo que fluya por mis venas, que emane de mi cuerpo llevado por la emoción, y suelto todos mis pensamientos y preocupaciones.

Por un momento, soy *libre*.

Libre del peso de mis responsabilidades.

Libre de las expectativas.

En este momento, solo somos la tela, yo y la música que me guía en los giros y piruetas. Los Empyrieos desaparece, reemplazado por un mundo propio.

Mi compañera en esta danza aérea cae desde el techo como una cascada de seda brillante que se fusiona con mi figura. Cada ascenso, giro y pirueta son una conversación silenciosa entre mi cuerpo y los hilos de seda. Las hebras doradas rodean mis muñecas y dibujan patrones en el aire mientras doy vueltas, con las que el mundo se desdibuja en una paleta de colores iridiscentes y de rostros difusos. Aquí arriba, soy tanto marioneta como titiritera; manejo los hilos y, al mismo tiempo, sigo los caprichos de la danza.

La música comienza a ralentizarse demasiado pronto, y yo sigo la melodía suave que guía mi cuerpo con delicadeza hacia un descenso grácil. Cuando mis pies tocan el suelo con las últimas notas del laúd, mi pecho asciende y desciende con respiraciones agitadas. Entonces, levanto la cabeza y encuentro la mirada de Keres. Él me observa sin pestañear, inclinado hacia delante en su asiento. Aunque su expresión es indescifrable, el calor en su mirada es inconfundible.

Se siente un aire de anticipación en el gran salón, como si el tiempo se hubiera congelado mientras espero, con la respiración contenida como el resto de la corte. Las luces de las auras proyectan sombras danzantes sobre los tapices elaborados que adornan las paredes, y los murmullos de la audiencia cargan el aire de tensión contagiosa. Todos esperamos a que alguien más rompa el hielo que tiene a la multitud congelada, buscando alrededor señales de movimiento o sonido.

Me sorprende que quien rompa el silencio sea la persona que menos esperaba.

La reina Atalana se levanta de su asiento con una sonrisa encantada y aplaude. El sonido resuena por el salón y sirve de catalizador para que todo el público se levante entre vítores.

Me invade una oleada de orgullo, a pesar de que todo es una farsa, una distracción para ocultar planes desleales. Bajo la vista al suelo al saludar a la audiencia y, cuando me levanto, la ovación se desvanece, reemplazada por murmullos ante la aparición del maestro Cyril.

–Creo que todos estamos de acuerdo en que hemos visto demostraciones de talento excepcionales esta noche. Sin embargo, no todas las damas podrán continuar. –Hace una pausa que tiene al público en ascuas–. Quienes lo harán son lady Lydia, lady Cynna y la princesa Aella. El príncipe anunciará su decisión final después del baile de máscaras.

La multitud aplaude una vez más, y aprovecho el momento para escapar hacia donde Nyssa, Titaia, Pan y Eleni me esperan con enormes sonrisas. Me contoneo hacia ellos, con una sonrisa similar.

–¿Qué creéis? ¿Leto me ofrecerá un lugar en la compañía si pierdo las pruebas?

–Querida, después de esa presentación, si ninguno te acoge, los tres escaparemos hacia el atardecer para iniciar nuestra propia compañía –dice Pan, con mi mano entre las suyas.

–Querrás decir los cuatro –lo corrige Nyssa–. No sobrevivirá ni un día en estas tierras sin mí.

Sigo embriagada por la danza y no puedo contener la risa.

–Bien, al menos tengo un plan de respaldo para el plan de respaldo. Me alegra haberlo logrado.

–Me alegra que la reina lo haya disfrutado. Si no hubiera roto el silencio y sacado a la multitud del trance, hubiera sido demasiado incómodo para las dos –comenta Titaia con tedio, pero, bajo su aparente indiferencia, percibo que está tan complacida como todos.

–¿Para las dos? –La miro con una ceja levantada.

–Por supuesto, soy tu mentora. Todo lo que haces se refleja en mí.

Sus palabras me generan culpa, pero la oculto detrás de una sonrisa.

–No tienes de qué preocuparte, fue la mejor presentación de la noche y fue gracias a mí –bromea Pan con una reverencia exagerada.

Eleni abre la boca para discutirlo, pero alguien se aclara la garganta detrás de nosotros e interrumpe el momento de ligereza. Al girar, encuentro a Keres observándonos con evidente curiosidad. Sus ojos se fijan en mí.

–Princesa Aella, esperaba pedirle un momento de su tiempo. –La petición suena a exigencia. Es una orden.

–Por supuesto. –Inclino la cabeza con sumisión, aunque parte de mí ruge en desacuerdo.

De reojo, veo cómo mis amigos se pierden en las sombras mientras acepto el brazo que Keres me ofrece. Dejo que me lleve lejos del salón aún atestado hacia el patio contiguo, donde el cielo es un manto de oscuridad, sin señales de estrellas entre las nubes espesas. El aire frío penetra la piel expuesta de mis brazos, pero lo permito, porque no debería usar mi magia en presencia de Keres. Caminamos en silencio, en una batalla de egos para ver quién cederá primero. Cuando nos detenemos bajo una glicina, cuyas flores color lavanda y hojas anaranjadas tapizan el suelo de mármol, Keres por fin se gira hacia mí.

–Debo admitir que no imaginaba que la princesa de Los Tormentos fuera a dar una presentación como esa –comienza, pero

percibo la sonrisa de suficiencia asomar en sus labios–. Fue… poco convencional.

–¿Poco convencional? ¿Es lo mejor que puedes decir, príncipe?

–¿Qué te gustaría escuchar, princesa? Fue encantadora, embriagadora.

–Algo así –respondo con timidez. Al ver cómo sus ojos se encienden de interés, sonrío despacio.

–Fue todo eso y más –afirma con la voz profunda mientras se acerca a mí. Debo obligar a mi cuerpo a no tensarse cuando me toma por la cintura para atraerme más hacia él–. Serás una hermosa reina, Aella –murmura con los labios en mi oído, lo que me provoca escalofríos. Me muerdo el labio, con esperanzas de que lo confunda con deseo–. De no ser por las reglas de las pruebas, hubiera pedido tu mano en cuanto pusiste un pie en esta corte.

Recorro los ángulos de su rostro, como si buscara la verdad de sus palabras escrita allí. Aunque, por dentro, me esfuerzo por controlarme, por encontrar una respuesta que no incluya decirle que aparte las manos de mi cuerpo.

Por suerte, no es necesario.

–¿Princesa? –interviene la voz de Nyssa.

Keres se aparta enseguida, con expresión tensa ante la intromisión. También giro hacia mi amiga para agradecerle con la mirada.

–¿Sí? –pregunto sin aliento.

–Ha llegado un cuervo con una carta de su padre. –Duda antes de continuar–: ¿Se la llevo a sus aposentos?

El alivio es tan dulce como una tormenta sureña de verano.

–No, será mejor que le eche un vistazo ahora. –Suspiro y giro para mirar a Keres con los ojos caídos–. Gracias por el paseo, Keres.

–Cuando gustes, cariño –me susurra en tono engreído.



Nyssa y yo corremos de vuelta a nuestros aposentos, apegándonos a las sombras para evitar a miembros de la corte que puedan seguir deambulando por los corredores. Cuando llegamos, la energía positiva que sentía antes se ha esfumado casi por completo.

–Ahora mismo, podría besarte –afirmo al dejarme caer en la cama.

–Lo sé –responde con petulancia.

–Pensé que no llegarías a tiempo y tendría que besarlo.

Nyssa se deja caer a mi lado, con una sonrisa maliciosa demasiado familiar en el rostro.

–Se me pasó por la mente.

–¿Estuviste mirándonos todo el tiempo? –pregunto, perpleja.

–Serás una hermosa reina, Aella –repite imitando la voz grave del príncipe y con ojos penetrantes.

–¡Perra! –la maldigo antes de darle un golpe con la almohada. Nyssa cae de espaldas en un ataque de risa.

–Debiste verlo –dice entre carcajadas–. Cuando te acercó a él, pensé que le darías un puñetazo.

–Si gano estas pruebas, supongo que tendré que enfrentarme a él tarde o temprano. –Resoplo con las manos sobre el rostro.

–Bueno, no podré rescatarte siempre.

–¿Te quedarás esta noche? –pregunto tras una risa desanimada.

–No –lamenta mientras se levanta–. Cuervo me ordenó recorrer los túneles que encontraste, con Miná. Debería ir a reunirme con ella.

–Te lo tienes merecido –me burlo mientras me reclino sobre las mantas y almohadas para verla marcharse.

Nyssa me enseña el dedo medio sobre su hombro, sin molestarse en mirar atrás, y mi risa hace eco tras ella antes de que cierre la puerta de un golpe. Una vez sola, suspiro y voy camino al armario, pero, antes de llegar, un brazo firme me toma por la cintura y me atrae hacia un cuerpo firme.

–Has dado un gran espectáculo, princesa.

La voz ronca de Cuervo corre como fuego líquido por mi cuerpo directo hacia el centro. Él me abraza con más fuerza, tanto que siento evidencia de su excitación en la parte baja de mi espalda.

–¿Por qué no me sorprende que estuvieras espiándome desde las sombras? –pregunto antes de quedarme sin aliento por la caricia de su nariz en el cuello. Arqueo la espalda para ofrecerle mejor acceso, al tiempo que me froto contra él.

–No puedo estar lejos de ti, Estornino.

Recorre mi mentón con besos y baja los tirantes de mi vestido, con lo que la tela se desliza hasta caer en un montículo a mis pies. Él gime, recorre la curva de mi cintura y asciende hasta mis senos, que se endurecen, hambrientos.

–¿Has disfrutado del baile?

Cuervo me hace girar para quedar de cara a él y devora todo mi cuerpo con sus ojos ardientes.

–Tanto como para saber que quiero un espectáculo privado –confiesa. Luego saca varios lazos de seda dorada de su bolsillo,

cuyos bordes irregulares dejan en evidencia que los ha cortado de la misma tela que he usado esta noche–. A la cama, Estornino.

La orden y el deseo en su voz envían una descarga de excitación a todo mi cuerpo. No dudo en obedecer, me recuesto sobre la cama y lo veo acercarse.

Toma mis manos en una de las suyas, las une con un lazo de seda suave y las amarra al cabecero de la cama. Luego acerca su rostro a milímetros del mío.

–¿Confías en mí?

Respondo *sí* en un susurro antes de que cubra mis labios con los suyos. Abro la boca para recibirlo y profundizar el beso, pero, cuando cierro los ojos, dominada por un temblor de placer, él se aparta.

–Cuervo –suplico y abro los ojos.

Las comisuras de sus labios se elevan y percibo el movimiento agitado de su pecho, el rubor en su piel bronceada y las pupilas tan dilatadas que apenas queda un rastro de color miel alrededor de ellas.

–Paciencia, princesa –es lo único que dice antes de usar el último trozo de tela para cubrirme los ojos, con lo que me priva de ver su rostro deslumbrante.

Lo único que escucho antes de que la cama se hunda a mi lado es el susurro de prendas cayendo al suelo. Luego, unas manos fuertes y cálidas ascienden por mis piernas hasta sujetar la cintura de mis mallas y arrastrarlas despacio junto con mi ropa interior.

Estoy sin aliento, mi corazón late acelerado, al ritmo de la palpitación entre mis piernas. Aprieto mis muslos, desesperada por

sentir placer, pero él ruge por lo bajo y separa mis rodillas con fuerza.

Nunca me he sentido más expuesta.

Vulnerable.

Entonces, comienza por los tobillos, recorriendo cada centímetro de mi piel con la lengua y los labios. Cada toque es mil veces más intenso, como una caricia en lo más profundo de mi ser. La sangre corre como calor líquido por mis venas.

Cuando llega a la cima de mis muslos, se detiene, provocándome con el calor de su aliento contra mi piel.

Tentándome.

Poniendo a prueba mis límites.

Forcejeo con la seda que restringe mis manos, porque los últimos rastros de autocontrol se debilitan.

–Por favor –suplico y arqueo la espalda en un intento de cubrir la distancia entre los dos.

–Dime a quién perteneces, Estornino. Aunque sea mentira.

–Cuervo… –Suena como advertencia y como súplica, porque su pausa es enloquecedora, pero embriagadora a la vez.

–Dilo y te daré lo que quieres.

–Soy tuya –jadeo.

Apenas me deja terminar de hablar antes de lanzarse hacia mí.

Me devora.

Me consume.

Gimo al sentir sus dedos dentro de mí, moviéndose en sincronía con su lengua. El deseo que me domina arde como un incendio forestal, la lujuria recorre mis venas y se acumula en mi bajo vientre.

No tardo mucho en derretirme en temblores de placer, en réplicas que me recorren y estallan con luces blancas bajo mis párpados.

Sin esperar a que me recupere, Cuervo reclama mis labios y me penetra en una sola embestida. Suelto un grito de placer, que él consume con avidez. En su boca, en nuestras lenguas enredadas, percibo la evidencia de mi descarga combinada con su sabor.

Lo rodeo con las piernas para acercarlo más y sentirlo más profundamente. Sigo forcejeando con las ataduras, ansiosa por tocarlo, por sentir sus músculos tensos y hundir los dedos en su cabello, pero la frustración no hace más que incrementar el calor de mi interior.

–Aún no. –Su tono no da lugar a discusiones, así que me aferro a los últimos rastros de control, pero cada movimiento de sus caderas aumenta la tensión. Mis gemidos crecen, mi respiración se agita y ya no puedo contenerme.

»Córrete para mí, princesa –ordena.

Y eso hago.

Mi cuerpo se sacude con la intensidad del placer que lo recorre, por las sensaciones contrapuestas de caer y de volar. Cuervo acalla mis gritos con la boca mientras sigue moviéndose y extendiendo mi clímax con cada embestida. Su cuerpo se tensa, suelta un gemido gutural y muerde la curva de mi cuello para controlarlo.

Sus brazos ceden y el peso de su cuerpo me hunde más profundamente en el colchón, pero permanezco allí, arropada por su calor en una nube de dicha absoluta. El único sonido en la habitación silenciosa es el de nuestras respiraciones agitadas. Un momento después, él se mueve para liberar mis manos, entonces me saco la venda de los ojos y busco los suyos de inmediato.

Cuervo me mira con una ternura que conmueve mi corazón y me deja sin palabras. Luego se eleva, recorre la línea de mi mentón y levanta mi rostro hacia él. Parece recorrer cada mínimo detalle, como si quisiera grabar cada una de mis facciones en su memoria. Al terminar, se acuesta a mi lado y me toma entre sus brazos. Me acurruco contra él, con la cabeza en su hombro, mientras él me acaricia la columna con suavidad.

–Cuervo, ¿cuál es tu verdadero nombre?

Siento cómo se tensa; aunque es una reacción muy ligera, es difícil pasarla por alto al tenerlo tan cerca.

–¿Por qué lo preguntas?

–Quiero saber más sobre ti, de quién eras antes.

Antes del Aviario. Antes de su Bautizo.

Antes de que ascendiera rangos hasta llegar a ser quien es hoy.

–Cuervo es el único nombre que importa.

Su respuesta hace que las palabras de advertencia de Alondra se reproduzcan en mi mente.

«El Aviario lo es todo para él. Te aconsejo que tengas presente que esta vida es su primer amor y que siempre le será leal».

Él me coge la mano para llevarla a sus labios y besar mis dedos. La ternura en su gesto me derrite, hasta que encuentra el anillo en mi dedo con el pulgar.

–Siempre lo llevas puesto.

–Kal me lo dio. –Me libero para ocultar la mano y el anillo de oro debajo de las sábanas–. Me hace sentir que siempre llevo una parte de él conmigo.

–Quizás también tendría que darte algo por lo que me recuerdes. –Se eleva sobre un codo y, con la otra mano, acaricia mi cabello.

Le sonrío, esforzándome por fingir que no se me rompe el corazón, pero noto el mismo dolor reflejado en sus ojos.

Cuervo desciende sobre mí otra vez e iniciamos una danza suave de besos y caricias, de gemidos agitados que avivan las brasas del deseo. Me entrego a él, al fuego del placer, y dejo que las llamas me consuman.



VEINTICUATRO

El vestido brilla como el sol. La tela destaca mis curvas y cae desde mis rodillas con delicadeza. Es una obra de arte de oro y cuarzo, de luz y oscuridad, como si estuviera envuelta en un manto de sol que se esconde detrás de las sombras. Tiene un patrón floral, tejido con fragmentos de cuarzo amarillo que destella con el brillo suave de las auras en mi cintura. La tela se cruza sobre mis pechos y se cierra con un escote alto en el cuello, lo que deja mis hombros y brazos al descubierto, excepto por los brazaletes dorados en la parte superior.

Llevo el cabello rubio suelto en ondas sedosas hasta la parte baja de la espalda, con hilos de oro que caen de los bucles de la diadema sobre mi cabeza. Mi máscara es una obra de arte, creada con los mismos fragmentos de cuarzo brillante y trozos pequeños de espejo roto. Solo cubre mis ojos y deja el resto de mi rostro al descubierto.

Jamás había parecido una princesa tanto como ahora. Mi corazón da un vuelco en respuesta a esa idea, así que suelto el aire con debilidad. No sé cuánto tiempo estuve mirando mi reflejo después de que Nyssa y Miná dieran su trabajo por cumplido y se marcharan,

pero por fin reúno el valor para salir a la sala, acompañada por el roce de la tela en el suelo.

Los miembros de la Bandada están reunidos aquí y, a excepción de Nyssa que vendrá al baile conmigo con un vestido azul, todos visten de negro y están en silencio e inmovilizados por la tensión. Todos levantan la vista cuando aparezco, con expresiones diversas ante mi atuendo.

La reacción de Garza es la más sutil; él apenas abre los ojos, en contraste con la boca totalmente abierta de Lori. Nyssa y Miná parecen orgullosas, como si merecieran felicitaciones por sus esfuerzos.

Pero es en Cuervo en quien fijo la atención. Él endereza la espalda que apoyaba contra la pared, recorre mi cuerpo de arriba abajo devorando cada centímetro, y vuelve a mirarme a la cara con los ojos en llamas. La intensidad de su calor me envuelve el corazón y se acumula en mi estómago. Pero ese calor se convierte en hielo cuando Alondra abre la boca.

–No –dice al ponerse de pie y negar con la cabeza–. Esta es una pésima idea. Terrible.

Me pongo tensa, Nyssa se cruza de brazos y lo fulmina con la mirada.

–¿Qué dices? Por supuesto que funcionará.

–¿Eres ciega? ¿No la ves? –Arruga el rostro mientras me señala–. ¿Ves todo eso?

–Explícate, Alondra –exige Cuervo.

Alondra lo mira con exasperación.

–El príncipe la verá y querrá comérsela viva.

Arrugo la nariz y mi estómago se revuelve de disgusto ante esa imagen.

–Esa es la idea, Alondra –responde Garza con los ojos en blanco–. ¿Terminamos con el drama? Tenemos una misión que completar. Estoy seguro de que Estornino podrá manejarlo.

El ambiente se tranquiliza de inmediato.

Cuervo se aclara la garganta, y yo me giro hacia él con el corazón en un puño. La luz crea un aura en los rizos alborotados que caen alrededor de su rostro, destaca los ángulos bronceados de sus pómulos y marca la pequeña arruga que se forma en su ceño y el músculo que se hincha en su mejilla como si estuviera presionando los dientes.

Contengo la respiración mientras me grabo cada detalle en la memoria, porque esta podría ser la última vez que lo vea y no puedo despedirme con los demás alrededor.

–Garza tiene razón, ya deberíais iros. Quedaos en el baile y aseguraos de que la familia real esté ocupada hasta que recibáis mi señal.

–¿Cuál es la señal? –pregunto con un temblor odioso en la voz, que espero que los demás no perciban.

Sus ojos brillantes color miel me atraviesan con intensidad.

–Lo sabrás cuando la veas.



–¿Lista para entrar? –susurra Nyssa. Sus ojos brillan con compasión antes de colocarse la máscara.

–Será mejor que no lo posterguemos más. –Aunque lo digo con firmeza, la sonrisa que dibujo en mis labios flaquea. Entonces respiro hondo, me armo de valor y le doy la señal al criado que nos espera en la puerta. Me muerdo el labio mientras él toma aire para anunciar mi nombre.

–Princesa Aella Sotiría de Los Tormentos.

La fuerza de su voz anula cualquier oportunidad de correr y esconderme. Así que levanto el mentón con aire regio, atravieso las puertas del salón de baile y salgo al balcón.

La imagen al otro lado me deja sin aliento y me congela como si fuera una de las estatuas de mármol que adornan los pasillos del palacio.

Dos escaleras curvas descienden desde el balcón hacia la pista de baile, ocupadas por damas y caballeros en atuendos elegantes, cada uno más hermoso que el anterior. La música de cientos de instrumentos llena el aire y resuena dentro de mí como mil plegarias susurradas al unísono.

Sobre la pista de baile atestada cuelgan candelabros de auras brillantes que encienden las vetas doradas de los muros de mármol como ríos de fuego.

Todos los invitados llevan máscaras y trajes elaborados de telas bordadas, con joyas y plumas brillantes, y bailan al ritmo de la hermosa música que resuena por el salón.

Sin embargo, a pesar de la escena imponente frente a mí, no olvido a las serpientes que acechan en sus nidos.

Esta es una corte ponzoñosa, llena de gente peligrosa.

Numerosos pares de ojos, crueles y calculadores, siguen mi descenso por las escaleras desde atrás de sus máscaras. Me lanzan

sonrisas y saludos falsos al pasar, que respondo del mismo modo.

Puede que en esta corte sean serpientes, pero yo no soy un ave inocente.

Soy un ave de presa.

Cuando llego a la pista, la multitud de enmascarados se abre ante mí para dar paso a un hombre cuyo torso musculoso está envuelto por una chaqueta que parece haber sido tejida con hilos de oro puro. Tiene terminaciones de encaje plateado y botones de plata elegantes en el centro y se ajusta a sus brazos fornidos. Los pantalones son del mismo material, amoldado a sus muslos torneados. Un par de ojos sepia me observan detrás de la máscara elaborada, con un bordado dorado y diamantes plateados; las manos están cargadas de anillos superpuestos y el arco de la oreja está cubierto de argollas doradas.

Aun con máscara, es fácil de reconocer. Solo el príncipe de Eretria tiene la arrogancia para bañarse de oro. Además de mí, claro, pero yo tuve a un equipo de espías conspirando para combinar con él.

Me esfuerzo al máximo por no poner los ojos en blanco antes de que se detenga frente a mí.

–Princesa –ronronea.

–Príncipe –respondo con una sonrisa cohibida.

–¿Me concede este baile? –pregunta con una mano bañada en oro extendida hacia mí. La observo por un momento antes de tomarla.

–Sí.

Odio las formalidades de la corte.

Miro a Nyssa sobre mi hombro, ella responde con un movimiento suave de cabeza y desaparece entre la multitud mientras Keres me

lleva a la pista de baile. Esta noche, ella vigilará a la familia real y yo, al príncipe.

Sin soltar mi mano, Keres me rodea por la cintura y descansa la otra mano en la parte baja de mi espalda. Me mira a los ojos antes de comenzar a guiarme en sincronía perfecta con la nueva canción.

–¿Cómo me estoy desempeñando en esta última prueba?

Sus labios se elevan despacio, en una sonrisa devastadora. Como una serpiente que se desenvuelve, lista para atacar.

–Nadie ha dicho que esto fuera una prueba.

–No, pero imagino que lo es, ya que anunciarán tu decisión después de esta noche –digo con timidez.

Él guarda silencio mientras seguimos bailando, pero su expresión contemplativa me pone nerviosa.

–Combinamos –dice finalmente, y por poco suspiro aliviada.

–Lo tomaré como una buena señal.

Keres sigue mirándome con detenimiento y algo destella en sus ojos, pero desaparece demasiado rápido como para identificarlo.

–¿Te gusta este lugar, Aella?

–No se parece a ningún sitio en el que haya estado –respondo con un suspiro soñador–. Aunque no he tenido oportunidad de visitar la ciudad.

–¿Y si te pidiera que te quedaras? –Presiona mi cintura con más fuerza para atraerme contra él. La pregunta me toma por sorpresa y hace que dé un paso en falso, pero él lo compensa por mí y sigue bailando como si no hubiera pasado nada.

–¿Que me quede?

–Así tendrías muchas oportunidades de visitar la ciudad.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede escucharlo. Su mirada en mi pecho lo comprueba, así que rezo para que crea que es por la emoción.

Cuando la canción termina y nos detenemos a un lado de la pista, él sigue hablando antes de que pueda responder.

–¿Lo pensarás, princesa? –Con una reverencia y un beso en el dorso de mi mano, se marcha rumbo a la multitud.

Lo observo sin palabras mientras se desvanece, y, en cuanto lo hace, el pánico me invade por completo. Tomo una copa de vino de una bandeja y la vacío de un trago, con la esperanza de que calme mis nervios. Este era el plan, debería estar feliz de que las piezas encajen en su lugar. Sin embargo, parte de mí debía tener una minúscula esperanza egoísta de perder las pruebas y ser enviada a casa. Pero las palabras de despedida de Keres han cortado las alas de la esperanza y me han encerrado en una jaula de incertidumbre.

El peso de la revelación me impide respirar, pero, por fortuna, nadie me está prestando atención. Una ráfaga de viento repentina sacude las ventanas y alarma a algunos tycheroi. Giro el anillo en mi dedo mientras busco a Nyssa en la multitud, con la esperanza de que su rostro familiar me transmita calma, que me recuerde por qué debo hacer esto bien.

–Mi primo está encantado contigo –dice una voz detrás de mí que me sobresalta.

–Es el vestido. –Me doy la vuelta con una sonrisa forzada y meneo las caderas para que las piedras preciosas reflejen su brillo como estrellas en el suelo de mármol–. Tiene ese efecto.

Titaia se ríe frente a mí. Su vestido rojo se ajusta a su figura en los lugares correctos y cae sobre sus brazos. Trae el cabello caoba

peinado hacia atrás con dos peinetas con incrustaciones de rubíes y un velo rojo traslúcido sobre los ojos, con gemas diminutas tejidas en la tela.

Cuando me toma del brazo para guiarme fuera de la pista de baile, junto las manos para controlar el temblor que las domina. Algunas personas nos saludan y nos sonríen al pasar rumbo a una esquina recluida del salón.

–¿Puedo darte un consejo no solicitado, Aella? –pregunta sin perder la sonrisa ni apartar la vista del baile.

–¿Tú? Siempre. –Siguiendo su ejemplo, mantengo la vista al frente.

–La flor de belladona puede oler dulce. Una sirena puede cautivarte. Pero ambas son letales al final.

–Puedes ser directa conmigo. –La miro y ella hace lo mismo.

–No juzgues a Keres por su apariencia. Es un rostro bonito, pero la belleza solo es superficial.

–Eso no ha sido menos críptico, Titaia –sentencio.

–No puedo ser más directa. Si lo hiciera, desaparecería en medio de la noche, y tú te aburrirías sin mí.

Ambas nos quedamos en silencio ante el significado implícito en sus palabras. Imagino que ella está mirándome para definir si ha cometido un error al expresar sus preocupaciones conmigo. Yo la observo para buscar fisuras en su máscara, la que usa debajo del velo con gemas. La misma que usan todos en este lugar; mentiras preciosas para ocultar verdades desagradables.

No encuentro nada.

Me invade una tristeza repentina, acompañada de arrepentimiento. Creo que Titaia podría ser una amiga sincera. En

cada oportunidad me ha ofrecido honestidad y verdades sin garantías.

Mientras tanto, he sido yo quien tuvo una máscara todo el tiempo.

–Gracias –respondo, con intención de expresar todo lo que no puedo decir en una sola palabra–. Puedes estar tranquila de que lo que me has dicho no será repetido.

Su alivio es notable en la relajación de los hombros y en la sinceridad de su sonrisa.

–Será mejor que no me quede en las sombras o pensarán que estoy planeando una rebelión y me encerrarán.

Tras un apretón en el brazo, se marcha en dirección a un grupo de cortesanos. Sus palabras siguen dando vueltas por mi mente como un torbellino mientras la veo alejarse.

De todas formas, suspiro y vuelvo a la fiesta. Cuando por fin dejo la pista de baile otra vez, después de horas que perecieron eternas, me duelen los pies y la cintura de tanto bailar y los rostros enmascarados comienzan a desdibujarse.

La preocupación por la falta de señales de Cuervo está carcomiendo mi mente y provocándome náuseas. Busco a Nyssa alrededor, pero hay demasiada gente, una infinidad de cuerpos amontonados en el salón gigante.

Necesito aire.

Necesito respirar.

Me abro camino entre los tycheroi reunidos y por poco jadeo de alivio al atravesar las puertas de cristal hacia el frío de la noche. El balcón está vacío, los invitados prefieren el calor del salón. Aquí sola, el viento me envuelve como una canción de cuna.

A pesar de la pequeña sensación de alivio, la ansiedad me clava sus garras afiladas desde adentro y me corta la respiración. Ya es casi medianoche y no he tenido señales de él. La preocupación es un veneno que me provoca visiones en las que nuestra Bandada es capturada por la guardia real y encarcelada.

O algo peor.

Camino de un lado al otro, dividida entre el impulso de ir a buscarlos para asegurarme de que estén bien y las órdenes que me atan a esta ridícula farsa.

–Cualquiera diría que me tienes muy poca fe.

Me giro, acompañada por el vuelo del vestido en mis tobillos.

Cuervo descansa despreocupado contra una pared, vestido con un traje negro a medida y una máscara negra que cubre la mitad superior de sus ojos.

Al verlo, me siento dividida una vez más. Ahora entre el deseo de arrancarle la ropa o de descargarme con él.

Elijo lo segundo.

–¿Por qué demonios has tardado tanto? –siseo.

–¿Qué pasa, Estornino, estabas preocupada por mí? –replica con una sonrisa ligera.

–¿Puedes hablar en serio? –exijo y le doy un golpe en el pecho con el dorso de la mano–. ¿Qué ha ocurrido?

–Tenemos el arma. Los demás están sacándola por el túnel ahora.

–¿Y Esfinge?

–Desapareció en cuanto la liberamos del collar.

–¿Y por qué estás aquí? Tienes que irte…

Él me tira hacia las sombras para darme un beso caótico, desesperado, como si besarme fuera lo único que mantuviera su

corazón en marcha. Cuando se aparta, lo único que deseo es que vuelva hacia mí.

–Necesitaba verte –me susurra al oído, lo que dispara un cosquilleo de placer por mi espalda–. Necesitaba sentirte temblar bajo mis dedos. Saborearte. Pero, más que nada, necesitaba un recordatorio de por qué estoy haciendo todo esto.

–Eres tonto –le digo. Pero si él es tonto, ¿qué soy yo?

Me saco la máscara y la dejo caer al suelo antes de arrancarle la suya, atraer su rostro de vuelta hacia el mío y darle un beso suave. Lento y dulce, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si no fuera la última vez que vayamos a vernos.

Como si mi corazón no se estuviera haciendo polvo.

El beso se extiende hasta que por fin me alejo y ambos estamos sin aliento.

Él aprieta la mandíbula antes de meter la mano en su bolsillo y me deja perpleja al sacar un colgante en forma de corazón con un patrón arremolinado, colgando de una cadena de plata.

–¿Puedo?

Asiento con la cabeza, me giro y aparto mi cabello para que pueda colocar el colgante alrededor de mi cuello. Una vez que se asienta en mi pecho, oculto el corazón debajo del vestido y me vuelvo a girar, pero frunzo el ceño ante su expresión sombría.

–Aunque me encantaría que fuera un gesto romántico, el colgante contiene una dosis letal de belladona.

Sus palabras me dejan perpleja.

–Cuídate, princesa. Úsalo solo si no tienes otra opción –suplica y luego duda como si quisiera decir algo más. Contengo la respiración

mientras me mira a los ojos, pero tan solo me da un beso en la cabeza–. Soñaré contigo.

Con eso, desaparece entre las sombras y deja mi corazón desbocado.

Cierro los ojos y suelto una exhalación temblorosa, presionando la tela del vestido para combatir el torrente de emociones que intenta sofocarme.

Tengo la fuerza para esto.



VEINTICINCO

Por las ventanas altas de mi habitación se cuela la luz gris del día, y el cristal cubierto de neblina genera un brillo inquietante. Giro mi anillo mientras observo la neblina arremolinada, con esperanzas de que se despeje y por fin me permita ver la ciudad y las tierras bajas.

Han pasado dos días desde el baile.

Dos días desde que Cuervo se marchó con la mitad de nuestra Bandada y sentí que se llevaron mi corazón con ellos.

No he tenido noticias de Keres desde esa noche. Él y el rey han estado ausentes y la reina ha estado más apática de lo habitual. La corte parece tensa; a donde quiera que vaya, los cortesanos murmuran entre sí, con miradas cómplices y ceños fruncidos. El silencio es casi espeluznante; incluso los músicos de *Thíasos ton Theíon* han dejado de tocar, como si presintieran que algo anda mal.

Imagino que esperaban que ya se hubiera hecho un anuncio, pero tal vez piensen que su príncipe está disconforme con la selección y que a eso se deben los retrasos. Las miradas poco sutiles que nos lanzan a las otras competidoras y a mí parecen decir lo mismo.

Pero yo conozco la verdadera razón del retraso.

La familia real sabe que el arma ha sido robada.

El símbolo *goiteía* que Esfinge grabó en mi pecho reapareció y volvió a desaparecer la noche del baile. Asumo que eso significa que han podido liberarla y que nuestro trato está completo. Sin embargo, desde la última vez que vi a Cuervo en el balcón no hemos tenido forma de estar en contacto. Solo me queda esperar que hayan podido escapar a salvo.

Le he estado rezando a cualquier dios que quiera escucharme para que la Bandada haya llegado lo más lejos posible. Sé que el príncipe estuvo en el baile hasta el amanecer, así que eso debió darles una buena ventaja y, si cubrieron sus pasos, Keres y el rey no debieron ser capaces de seguirlos.

A pesar de la lógica, aún crece una semilla de duda en mi corazón.

Nace y florece…

Un cristal se rompe de repente detrás de mí y mi mano vuela hacia mi corazón, que ahora late sin control.

–¡Por las bolas de Noto, Nyssa! –exclamo. Cuando me doy la vuelta, ella me observa con una mueca inocente.

–Ha sido un accidente. Además, era horrible –se justifica mirando el jarrón roto en el suelo.

Sus palabras me hacen reír y liberan parte de la tensión. Ahora estamos solas, porque Miná y Garza han salido en busca de información sobre la familia real; y me alegra no tener que estar fingiendo.

Aunque el alivio no dura demasiado.

Alguien llama a la puerta con fuerza.

Mis hombros se tensan y mi boca se seca. Al otro lado de la habitación, los ojos color avellana de Nyssa reflejan la misma

aprehensión que debe haber en los míos.

«Nada bueno, mi dulce anémona. Nada bueno.

El recuerdo de la advertencia de Calíope despierta una oleada de ansiedad.

–Escóndete –le susurro a Nyssa.

Ella aprieta los labios, pero obedece y corre a su habitación contigua en silencio.

Controlo mi expresión de camino hacia la puerta. Jorah, el guardia de Keres, se encuentra al otro lado y analiza mi rostro con ojos azules punzantes.

–Jorah –digo en tono de sorpresa complacida, en contraste con el sabor amargo en mi boca–. ¿Necesitas algo?

–Se solicita su presencia, princesa.

–¿Quién la solicita?

–El príncipe Keres, por supuesto.

–Deja que me cambie por algo más apropiado –respondo con una sonrisa triste. Pero, cuando giro para cerrar la puerta, él lo impide con una mano en la superficie dorada.

–No será necesario, princesa. Ordenó que la llevara con él de inmediato.

–Por supuesto.

Y tiene que ser la única vez que no llevo mi daga.

La sonrisa en mi rostro es frágil cuando cierro la puerta con fuerza al salir. Con suerte, Nyssa ha escuchado toda la conversación desde su escondite.

–¿Están sus criadas con usted?

–No, las he enviado a hacer recados de último minuto.

Jorah no dice nada más y sigue caminando. Yo lo sigo. Los pasillos están vacíos, sin un solo sirviente a la vista, y nuestros pasos resuenan por las paredes. Cada latido es como el golpe de una guillotina, que resuena dentro de mi pecho. Respiro hondo para intentar tranquilizarme.

Cuando llegamos a la puerta del estudio de Keres, por fin he logrado controlar el miedo que me envenenaba desde dentro como una serpiente venenosa. Jorah llama a la puerta, y yo contengo la respiración mientras esperamos una respuesta.

–Pase.

Jorah abre y me empuja hacia dentro, pero no me sigue, sino que cierra la puerta y me deja sola.

Keres está de pie de espaldas a mí detrás del escritorio, mirando por las ventanas altas que ocupan la pared. Aquí, la misma niebla gris acecha detrás de los cristales y empaña la vista de Eretria.

Como él no se gira a mi llegada, me tomo un momento para observarlo en silencio. Debajo de la túnica blanca y dorada, sus hombros se ven tensos, tiene una mano apoyada en el marco de la ventana y, en la otra, balancea un vaso con líquido color ámbar. El cabello, siempre arreglado a la perfección, hoy está alborotado, como si se hubiera estado pasando las manos por los rizos brillantes. Sus hombros anchos suben y bajan con cada respiración controlada.

Con el paso de los segundos, que se convierten en minutos, el miedo resurge, serpentea por mis venas y me envenena otra vez.

–Has mandado a por mí, Keres.

Por fin se gira y sus ojos rojos enfurecidos se encuentran con los míos.

Es un hecho, estoy perdida.

Me mantengo firme, con una sonrisa grabada en el rostro, mientras él rodea el escritorio y camina hacia mí. Analizo todos sus movimientos, la forma en que sus ojos recorren cada centímetro de mi cuerpo antes de volver a mi rostro.

–He oído historias sobre la princesa de Los Tormentos. Dicen que su padre nunca la aceptó y que, en lugar de darle su título, la envió a la Isla de los Vientos. Las historias terminan allí, hasta que reapareció convenientemente cuando anuncié las pruebas.

Comienzo a tener un sudor frío y debo esforzarme para no cerrar los puños, dominada por el instinto de pelear que intenta controlar mi cuerpo.

–Son solo historias, Keres. Como puedes ver, estoy aquí. Con título real y todo. –Extiendo las manos para enfatizarlo.

–Ajá… –Bebe un sorbo de líquido ámbar antes de detenerse frente a mí–. Creo que ya te lo he preguntado antes, princesa, ¿no crees que todas las historias comienzan con una verdad?

Antes de que pueda responder, el vaso estalla contra el suelo, Keres me aferra por la garganta y me deja sin aire al golpearme contra la puerta. Escucho el chasquido de algo al cerrarse alrededor de mi cuello, acompañado por una agonía ardiente que recorre todo mi cuerpo.

–¡Qué demonios, Keres!

Mi fachada se desmorona, pero me aferro a sus restos. La duda puede ser lo único que me saque de esto con vida.

–No eres la princesa dócil que fingías ser. Ya me lo imaginaba.

–Quítame esto, ahora –exijo entre dientes. El terror asciende por mi columna mientras aferro el collar y recorro con mis dedos el

goiteía tallado en el metal. Es como el de Esfinge, diseñado para causar debilidad, cansancio, dolor insoportable.

Diseñado para doblegar la voluntad.

Keres me acorrala contra la puerta, con una pierna entre mis muslos. Necesito de todo mi autocontrol para no demostrarle lo lejos que estoy de ser una princesa dócil cortándole la garganta con los dientes.

–Yo he oído otra historia. Aunque esta era más bien… –frunce el ceño, pensativo, como si buscara la palabra correcta. Luego, una sonrisa maliciosa distorsiona su rostro–. Un canto.

Un temor gélido congela mi corazón.

–No sé de qué estás hablando. Esto es una locura.

–De acuerdo, permíteme ponerte al tanto. La mitad de tu comitiva ha desaparecido, junto con algo *muy* valioso de mi propiedad.

–No sé nada al respecto –respondo con toda la tranquilidad posible–. Ya que pensé que estaba a salvo aquí, mis guardias han estado disfrutando algo de tiempo libre en la ciudad.

–¡No mientas!

–No miento –susurro. Odio el temblor en mis palabras, ya que no es forzado esta vez.

–Aella –dice de forma afectuosa mientras me acaricia la mejilla–. No te creo.

Al igual que sucedió con el collar, no veo el golpe hasta que llega y me lanza al suelo. La conmoción nubla mis sentidos y, por un momento, no sé qué duele más, si el golpe o la caída. Pero la duda se desvanece cuando Keres me aferra del cabello y jadeo ahogada. Luego me levanta y me obliga a seguirlo a través de otra puerta; mi cuerpo es incapaz de resistirse.

Es la puerta que Cuervo y yo no pudimos abrir.

Es una habitación austera, con muros sin ventanas y una única aura colgando del techo para iluminarla. Mi estómago da un vuelco al ver la cama en el centro y me domina una nueva clase de temor. Intento liberarme de las garras del príncipe, pero el collar de *goiteía* despoja a mi cuerpo de sus fuerzas.

Keres me tira al suelo a los pies de la cama y conecta una cadena a la parte trasera del collar, una que no había visto en medio del pánico. El ligero alivio que sentí porque no me lanzó a la cama se ve superado de inmediato por furia, así que arremeto contra él, pero la cadena se tensa y me ahorca.

–Yo no me molestaría. Ni siquiera tu determinación es tan fuerte como para romper el acero.

–Los Tormentos vendrá a por ti cuando sepa de esto –escupo, consciente de que es mentira, aunque es la única defensa que tengo ahora.

–Eso no me preocupa, ¿quieres saber por qué? –pregunta y continúa antes de que pueda decirle lo que puede hacer con sus pensamientos–. Por supuesto que quieres saber. Es porque eres prescindible, descartable. Te enviaron aquí sabiendo los riesgos que eso implicaba, y a nadie le importó.

Sus palabras ponzoñosas rodean mi pecho y presionan hasta que no puedo realizar una respiración completa.

Y no porque sean mentiras, sino porque es la verdad.

Soy prescindible. Descartable. Una exiliada. Un Ave Cantora.

–Me temo que ahora eres mía, querida –afirma con alegría genuina y se arrodilla frente a mí para que estemos frente a frente–.

Mi preciosa princesa mascota. Si tengo que torturarte para sacarte información, lo haré, y no puedo prometer no disfrutarlo.

–Eres un maldito enfermo –replico con desprecio.

–A muchas de mis acompañantes les encanta eso de mí. Tú también aprenderás a disfrutarlo –dice y se da la vuelta para marcharse.

–No puedes dejarme así, Keres.

Él se detiene en la puerta y mira hacia atrás con una sonrisa cruel y ojos lascivos.

–No te preocupes, no te dejaré sola durante mucho tiempo.

Cierra la puerta tras él y el ruido del cerrojo suena como una sentencia de muerte.

Me desplomo contra los pies de la cama, pero me retraigo cuando la presión hace que el collar se clave en mi piel sensible. Las lágrimas queman mis ojos, pero los froto con furia.

No lloraré.

Este siempre fue un riesgo cuando se decidió que parte de nuestra Bandada se quedara aquí, un riesgo que acepté y que planeé. Pero la esperanza puede ser tan tóxica como el miedo, y yo tenía la esperanza inocente de que nos saldríamos con la nuestra.

Ahora, esa esperanza ha muerto, reemplazada por la amarga decepción que sabe como cenizas en la boca.

Como veneno en la lengua.

El colgante que Cuervo me ha dado es pesado debajo de mi vestido y la dosis mortal de belladona parece calentarse dentro de su delicado recipiente para recordarme que tengo un método para escapar.

Pero aún no estoy dispuesta a considerar ese método.

No estoy lista para rendirme.

Una ira helada corre por mis venas, arrasa con el miedo y fortalece mi determinación.

Los propios dioses tendrán que arrancarme el alma del cuerpo antes de que me rinda.

Y ellos no han sido vistos en años.



VEINTISÉIS

–¿Por qué viniste a Eretria?

La voz punzante de Jorah atraviesa mi mente afectada, cada nota aguda es como otra puñalada que aumenta la jaqueca.

–Para competir en las pruebas –respondo.

El filo de un cuchillo recorre mi muslo ensangrentado a una velocidad agónica que prolonga el dolor.

–¿Qué planean hacer tus amigos con el arma?

–No sé nada sobre un arma y me estoy cansando de tus preguntas sin sentido –escupo.

El cuchillo me corta otra vez.

–¿A dónde han ido?

–No lo sé.

Otro corte, más profundo esta vez.

Aunque aprieto los dientes, un sollozo escapa de las profundidades de mi alma mancillada.

No sé cuánto tiempo llevo atrapada aquí, encadenada a los pies de esta cama con un maldito collar en el cuello. Si me guiara por las

veces que Keres y Jorah me han bendecido con su compañía, diría que son tres días.

Tres días de preguntas.

Tres días mordiéndome la lengua.

Tres días de más dolor del que había sentido en toda mi vida.

Habían descubierto el colgante de Cuervo por la mañana. No es que pensara usarlo, pero hallarlo redobló sus sospechas y los esfuerzos de Jorah.

Al menos los demás están a salvo. Nyssa, Miná y Garza ya deben haber escapado.

No es un pensamiento tan alentador como creía.

Mi garganta está en carne viva; la piel de mi cuello está pegajosa por la sangre que ha brotado donde el collar me ha irritado la piel; la falda de mi vestido está hecha harapos, para revelar mis muslos cubiertos de cortes y de sangre. Todo mi cuerpo está golpeado y magullado.

A excepción de mi rostro.

Después de que Jorah me golpeara la primera vez y me cortara el labio, Keres insistió en que no quería arruinar algo tan bonito. En especial porque, al parecer, aún planea hacerme su esposa.

Sobre mi maldito cadáver.

El recuerdo de haberle escupido sangre en el rostro despierta una alegría enfermiza, por lo que debo combatir la sonrisa que intenta dibujarse en mis labios.

–Déjanos solos, Jorah –dice Keres desde su lugar habitual contra la pared.

Él siempre está presente. Le gusta mirar.

Jorah se levanta y se marcha sin decir una palabra.

Libre de él, descanso contra los pies de la cama, aliviada por tener un respiro del dolor. Mantengo la vista en Keres, que se separa de la pared para caminar hacia mí.

La sangre hierve de odio dentro de mí. Jorah podrá ser quien maneje las armas, pero Keres siempre será la mayor amenaza en esta habitación.

Él es la razón por la que las hojas cortan.

Presiono la espalda contra la cama cuando se acuclilla frente a mí, sin preocuparse por que sus rodillas caigan sobre el charco de sangre que ha brotado de mis muslos. Intento cerrar las piernas para mantenerlo alejado, pero entre el *goiteía* en el collar y la pérdida de sangre, no tengo fuerzas.

Keres toma mis rodillas sin piedad para separarlas más y luego desliza las manos por mis muslos heridos. Inhalo entre dientes por el dolor.

–Cariño, esto sería mucho más fácil si me dijeras lo que quiero escuchar.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que no sé nada para que me creas?

Chasquea la lengua como si fuera un tutor decepcionado, ladea la cabeza y recorre mi cuerpo con un calor en la mirada que hace que la bilis me suba por la garganta.

–Tal vez no te estoy dando la motivación correcta –dice, pero no me da oportunidad de procesarlo antes de cogerme por las piernas y tirarme hacia él. El golpe de la espalda contra el suelo frío me corta el aliento y, sin que tenga tiempo a respirar, él toma mi barbilla y cubre mi boca con la suya. Cuando se frota contra mi pelvis, la evidencia de su erección me provoca náuseas. Forcejeo en vano, con

miedo y rabia, pero luego desliza la otra mano por debajo del vestido para tocarme con brusquedad y desata mi ira.

Le muerdo el labio, con fuerza, y un sabor metálico corre por mi lengua.

Keres retrocede con una risa maniática y se lleva una mano a la boca. Se mira los dedos ensangrentados un momento antes de lamerlos, con un tarareo de placer. Cuando se inclina hacia mí otra vez, me inmoviliza y derrama un líquido agridulce dentro de mi boca. Presa del pánico, intento escupirlo, pero me tapa la boca y la nariz hasta que no puedo respirar y debo tragarlo.

–Un regalo de despedida, el néctar más dulce para ti. La llamo miel loca. No creo que hayas oído hablar de ella, porque la hice yo mismo. Fue lo único que funcionó con el último pajarillo que atrapé. Tal vez te ayude a ser más comunicativa.

El último pajarillo.

Mi mente retrocede al día en la oficina del Águila, cuando nos informaron a Nyssa y a mí de la misión y nos asignaron nuestras tareas.

«Después de esa primera misión, perdimos comunicación con el Cantor, por lo que debemos suponer que fue capturado».

Mi corazón se rompe un poco más, con una nueva herida por alguien extraño y por el destino que debió haber enfrentado.

El Aviario fue estúpido al enviarnos aquí si ya sospechaba que estábamos en riesgo. El orgullo del Águila lo hizo descuidado.

Al levantar la vista, encuentro a Keres mirándome desde la puerta, con una sonrisa satisfecha, como si pudiera ver las conexiones en mi mente. Antes de marcharse, repite las palabras que me dijo en el baile, que esta vez son como un golpe.

–Piénsalo, princesa.

Contengo la respiración hasta que los pasos desaparecen en la distancia y espero hasta estar segura de que no volverá. Mis pulmones arden y mi visión se tiñe de oscuridad antes de que por fin la deje salir.

Y entonces grito.

Es un sonido gutural y desgarrado, que aún contiene suficiente rabia y fuego para quemar mientras resuena por la habitación.

Cuando el eco se apaga, el único sonido que perdura es el de mi respiración agitada mientras intento sentarme. Una vez que lo consigo, observo mis muslos heridos y la sangre que brota de los cortes. Cuento cada gota carmesí y dejo que alimenten la furia que arde dentro de mí.

Me aseguraré de ver cómo la vida se apaga en los ojos de Keres.

Aunque sea lo último que haga.

La idea apenas atraviesa por mi mente antes de que mi cuerpo comience a temblar. Se me nubla la vista con un halo de sombras.

Y entonces, comienzan las convulsiones.



VEINTISIETE

–Tengo el arma. –La voz de Nyssa es un murmullo desesperado y sus ojos recorren la habitación sombría.

–¿Dónde está?

–Está a salvo. No puedes dejar que lo sepan.

–No lo haré, lo prometo.

–Nadie puede saberlo, Aella. –Su voz y su rostro se vuelven maliciosos–. Ni siquiera tú.

Veo un destello plateado antes de que se lance hacia mí.

Suelto un grito.

Y derramo sangre en el suelo.



VEINTIOCHO

Unos dedos ásperos recorren mis muslos con delicadeza, retiran mi ropa interior e inspiran un gemido suave en mis labios. Siento el peso de Cuervo sobre mí y muevo las caderas contra su erección, gimo bajo sus labios, y él muerde los míos para convertirlo en un jadeo. El sabor a sangre cubre mi lengua, al tiempo que él me penetra en un solo movimiento fuerte.

–Te siento tan bien, princesa. –Su voz ronca domina mi mente, mi cuerpo y mi alma y me acerca más al éxtasis–. ¿Te correrás para mí?

–Sí. –Lo aferro con fuerza para acercarlo a mí, y sus movimientos se vuelven más intensos, más rápidos y profundos. El placer crece en lo más hondo de mi centro–. Por los dioses –exclamo, y cierro los ojos al ver estrellas.

–Mírame.

Abro los ojos cuando el orgasmo me atraviesa, pero los ojos color miel de Cuervo son rojos.

Horrorizada, suelto un grito, que hace estallar la imagen en mil pedazos.

Giro la cabeza para vomitar.

Cuando vuelvo a girarme, la habitación está vacía.
Cierro los ojos otra vez.



VEINTINUEVE

Mi cuerpo tiembla sin control y voces lejanas invaden mi mente.

–¿Has tenido suerte?

–No, mi príncipe. No ha dicho más que delirios sin sentido.

Un resoplido frustrado atraviesa el aire, seguido por un estallido.

–Amordázala hasta que entre en razón. Y esfuérzate más.

Un par de manos levantan mi cabeza y algo frío y áspero cubre mi rostro.

Intento arrancármelo, pero se ajusta. Y…

No puedo respirar.

No puedo respirar.

No puedo

respirar.



TREINTA

Despierto en una oscuridad impenetrable, con un jadeo apagado que escapa de mi garganta dolorida. Me duele y arde el cuerpo cubierto de sangre y de cortes. He perdido toda percepción del tiempo y del espacio, lo único que percibo es esta habitación, con sus paredes de piedra helada.

La madera dura de la cama en mi espalda.

Metal frío en mi garganta.

Algo firme en…

Mi mano sale disparada a mi rostro y rasguña la extraña máscara de cuero.

No puedo respirar.

–Estornino –murmura una voz suave en la oscuridad. Me quedo helada.

Mi vista se adapta a la oscuridad lo suficiente para distinguir el rostro preocupado de Miná, que está de rodillas frente a mí. Me sobresalto al ver un destello plateado, pero luego tomo una bocanada de aire temblorosa al quedar libre de la máscara. Es

punzante y dulce, la primera inhalación después de estar a punto de ahogarme.

¿Estoy alucinando otra vez?

–¿Alucinando? –pregunta Miná.

Es la miel loca. Agridulce, con un regusto desagradable. Pero creo que las alucinaciones son lo peor. O las convulsiones.

La Miná imaginaria maldice y sonríe. Puedo imaginar una reacción así en ella.

Nada de esto es real.

–Soy real, Estornino.

¿Y cómo sabes lo que estoy pensando?

–Porque estás pensando en voz alta.

–Ah… –La miro un momento más. Ella hace lo mismo.

La realidad resurge poco a poco, como los primeros rayos de sol de la mañana, que despejan el velo de niebla de mi mente. Tomo una inhalación larga y temblorosa, que deja en evidencia el alivio profundo que corre por mi cuerpo.

–Perdón por no haberte encontrado antes. –Los ojos de Miná se oscurecen al observar mi cuerpo torturado.

–Te quedaste –dice mi voz quebrada, prueba del pozo de desesperanza en el que he caído–. Le dije a Nyssa que quería que todos se alejaran de aquí.

–No podíamos irnos sin ti.

–Era lo que debíais hacer si alguien era capturado.

–Esta vez no. –Sus ojos me miran, decididos y determinados.

Le ofrezco una leve sonrisa, pero desvío la mirada porque las lágrimas amenazan con caer de mis ojos. Los delirios se desvanecen con cada segundo y mi percepción de la realidad aumenta.

Casi desearía que no lo hiciera.

–Puedo forzar el cerrojo de la cadena, pero el collar tendrá que esperar. Gorrión está montando guardia en el pasillo. Garza se adelantó para preparar las monturas.

–¿Dónde está Keres?

–Ahogado en vino y mujeres.

–Gracias a los dioses.

Miná se acerca para examinar la cadena y el collar en mi cuello.

–Esto puede doler un poco.

Hace silencio para concentrarse en el cerrojo, pero, en lugar de ser cómodo, el silencio es opresivo. Mi respiración se acelera, mis hombros se tensan y mi mente comienza a dar vueltas. Tal vez esto no sea real. Tal vez esta es otra alucinación…

–¿Nyssa está bien? –pregunto, y mi voz suena demasiado fuerte en el silencio.

Miná se sobresalta, pero sigue examinando el cerrojo.

–Lo estará cuando te saquemos de aquí. Ahora, quédate quieta. Abandonaremos parte de estas joyas.

Le dedico una pequeña sonrisa, porque sé que intenta levantarme el ánimo.

–El príncipe tiene pésimo gusto.

Ella tararea para asentir, concentrada en el cerrojo, y yo contengo la respiración cuando el metal roza mi piel expuesta. Se hace el silencio otra vez, interrumpido solo por el tintineo ocasional de la cadena.

–¿Cuál es tu verdadero nombre, Miná?

Apenas termino de formular la pregunta cuando el cerrojo chasquea y la cadena se libera dejando solo el collar. Miná coloca la

cadena en el suelo a mi lado con cuidado de no hacer ruido y sin dejar de mirarme. Puedo ver en sus ojos oscuros cómo le da vueltas a la pregunta.

Permanecemos en silencio, ambas indecisas, y creo que no responderá.

–Melantha.

Otra leve sonrisa se despliega en mis labios, guardo su nombre como un pergamino secreto y lo atesoro en un rincón de mi alma.

–Gracias, Melantha.

Ella frunce el ceño, por lo que me pregunto cuándo fue la última vez que alguien la llamó por su nombre.

–¿Puedes levantarte?

Aprieto los dientes antes de ponerme de pie y, como me tambaleo, ella me sujeta por la cintura.

–Apóyate en mí todo lo que necesites. ¿Lista para salir de este maldito palacio?

–Creí que nunca lo preguntarías.

Despacio, atravesamos las habitaciones oscuras hacia el salón vacío. Avanzo con determinación, a pesar del dolor.

Es de noche, el mundo detrás de las ventanas está a oscuras y los pasillos solo están iluminados por el brillo débil de las auras en las paredes.

Cuando llegamos al pasillo siguiente, una sombra sale disparada desde un recoveco, demasiado rápido como para poder reaccionar en mi estado de debilidad. Aun así, levanto el brazo y lo llevo hacia atrás, lista para atacar. Miná me sujeta la muñeca mientras la sombra impacta contra mí. Todo mi cuerpo arde por el impacto y gimo por el dolor.

–Aella. –Mi nombre suena como un susurro secreto en mi oído, cargado de miedo y de alivio. Sin embargo, la voz de Nyssa es el sonido más dulce que haya escuchado jamás.

Correspondo a su abrazo envolviéndola, aunque hacerlo me queme la piel, aunque comprima mi pecho. La sensación se alivia cuando se aparta y coge mi rostro entre las manos, pero sus ojos se ensombrecen al ver mi cuerpo ensangrentado.

–Mataré a ese maldito príncipe. –La violencia en su voz me cierra la garganta.

–Tendrás que ponerte a la cola –dice otra voz y la sangre en mis venas se congela. Titaia aparece entre las sombras.

–Está bien –asegura Miná al sentir la tensión en mi cuerpo–. Ella nos ayudó a salir. La puerta de la habitación tenía marcas que solo permitían el ingreso de quienes tuvieran sangre de la familia de Keres.

Mi mirada vuelve al rostro de Titaia, donde veo la palidez en la piel que solía brillar y el dolor acumulado en sus ojos.

–Las busqué en cuanto vi que habías desaparecido, porque no creí que estuvieras enferma como Keres quiso hacer creer a todos en la corte.

Mi pecho se llena de calidez por descubrir que tengo una verdadera amiga en ella. Es una flor hermosa, que crece con orgullo en un campo de mala hierba. Pero, de repente, el pánico reaparece y acelera mi respiración.

–¿Qué será de ti? Keres sabrá que alguien de su familia nos ayudó a escapar.

–Iré al norte –duda antes de continuar–, con un amigo. Pero no te preocupes por eso, tienes que salir de aquí.

Extiendo la mano para apretar la suya; sé que es un gesto pequeño, pero es lo mejor que puedo hacer ahora.

–Gracias –digo, mirándola a los ojos para que pueda ver la sinceridad en mí.

–Nos volveremos a ver, Aella. –Ella devuelve el apretón antes de darse la vuelta y alejarse deprisa por el oscuro pasillo. Observo cómo desaparece en la oscuridad y rezo a los dioses para que esté a salvo.

–¿Cuál es el plan? –pregunto a Nyssa y a Miná mientras seguimos avanzando.

–Casi todos duermen o están en la fiesta de Keres –responde Mina–. Iremos hacia las cocinas y saldremos por el carruaje aéreo hacia las montañas.

–¿Y dónde está Garza?

–Salió del palacio hace algunas horas para conseguir caballos –explica Nyssa.

Seguimos en silencio, más rápido una vez que llegamos a las cocinas. La puerta que lleva al carruaje aéreo se eleva imponente; detrás de ella, la libertad llama como un canto de sirena que incita a mis pies a moverse más rápido a pesar del dolor. Miná abre la puerta, pero todas nos quedamos congeladas.

Frente a nosotros, una sirviente joven también se queda inmóvil, con los ojos abiertos por la conmoción. A pesar de los indicios de que es *goiteíana* (o del toque decadente de Keres), se ve que es muy joven, una testigo inocente en el lugar y el momento equivocados.

La indecisión revuelve mis entrañas y el pánico me domina.

A mi lado, Miná se ha puesto tensa.

–Solo incapacítala –suplico.

Ella duda, pero algo en mi expresión debe convencerla y disipar las dudas, porque asiente con la cabeza y suelta mi mano.

El rostro dulce de la sirviente palidece.

–Lo siento –le digo con sinceridad mientras Nyssa nos hace pasar junto a ella.

Oigo una inhalación sorpresiva y, de reojo, veo un alboroto de movimiento antes del ataque de Miná. El golpe seco de un cuerpo al caer al suelo me hace estremecer.

Miná se nos une cuando giramos la esquina, justo cuando el carruaje aéreo aparece a la vista, meciéndose en el viento, y me acelera el corazón. Es un alivio comprobar que no hay más guardias ni sirvientes a bordo. Nyssa y yo subimos al carruaje, un cubículo sencillo, sin la elegancia de los que usa el resto de la corte, y luego me doy la vuelta esperando a que Miná nos siga.

No lo hace.

–De prisa, se nos acaba el tiempo –la insto, pero ella no se mueve para hacerlo. En cambio, cierra la puerta y da un paso hacia atrás.

–Alguien debe activar la palanca, Aella –explica Nyssa en voz baja.

–¿Qué? –La miro, horrorizada por sus palabras, y me lanzo hacia la puerta. Mi mente grita de terror y mi cuerpo de protesta, pero es demasiado tarde. Estoy demasiado débil. El carruaje se sacude con la activación de la palanca y comienza el descenso–. Qué demo… –exclamo, pero me quedo sin palabras al ver a Miná retroceder para tomar impulso. No puedo escuchar nada más allá del rugido de la sangre en mi oídos y el palpitar de mi corazón descontrolado.

El cuerpo de Miná vuela e impacta contra el carruaje con tanta fuerza que nos sacude peligrosamente. Solo al verla trepar por la

puerta consigo relajarme en el asiento y volver a respirar.

–Creo que mi corazón se ha detenido. –Nyssa se desploma a mi lado, frotándose el rostro.

–Jamás vuelvas a asustarme así –rujo hacia Miná. Ella sonríe con debilidad antes de sentarse en el asiento frente a mí.

–Me alegra saber que te importo tanto.

Casi desearía que no.

Las tres permanecemos en silencio el resto del viaje, mecidas por el viento que sopla a nuestro alrededor.

Al llegar al pie de la montaña, Garza nos espera entre las sombras del establo, con dos mozos de cuadra inconscientes a su lado y cuatro caballos listos para montar. Recorre nuestros rostros con ojos sombríos mientras nos acercamos. Miná me ayuda a montar, con cuidado de no tocar mis muslos heridos, y luego Nyssa monta detrás de mí.

–Ten –dice al rodearme para dejar algo en mi mano–. Sé que es lo único que tienes de ella, así que la mantuve a salvo.

Mis ojos se llenan de lágrimas al ver la daga de mi madre.

–Gracias. –Apenas es un susurro, pero mi voz tiembla por el peso de la emoción.

Con la daga aferrada con fuerza entre las manos, cierro los ojos y dejo que el abrazo adormecedor de la oscuridad me lleve.



TREINTA Y UNO

Tardamos tres días en llegar a la selva.

Ahora nos encontramos sobre los caballos, en la cima de una colina, observando las copas de los árboles que se extienden por debajo de nosotros, con hojas otoñales hasta donde alcanza la vista.

Eretria es muy… *roja.*

Sangre que tiñe el mármol. Crueles ojos rojos mirándome…

Las imágenes aparecen y desaparecen de un momento a otro, pero es suficiente para que mi boca se llene de saliva y la bilis ascienda por mi garganta.

Respira.

Tomo una inhalación temblorosa, pero el aire me ahoga y debo intentarlo otra vez. En un rincón de mi mente, surge un recuerdo de Nyssa preguntándome cómo se vería un bosque. Por fin tengo la respuesta frente a mí, pero no soy capaz de disfrutar realmente de esta belleza natural. El deseo de descubrir estas nuevas tierras ha perdido fuerza.

Las nubes de tormenta que cubrían Vilea durante nuestra visita nos han seguido hasta aquí y cubren el bosque de sombras grises,

haciendo que los viejos árboles parezcan amenazadores. El viento mece las ramas y hojas de un modo que la selva parece una bestia esperando a devorarnos a todos.

Tomo otra inhalación temblorosa y arrugo la nariz al oler el aroma a césped húmedo y a putrefacción. Nunca había anhelado tanto el olor a salitre en el aire como ahora.

Al segundo día de huida, encontramos a un herrero en un pueblo pequeño. Aunque no quería detenerme por temor a que estuvieran siguiéndonos, Miná insistió en que no podía seguir usando el collar. Le pagamos al herrero una suma generosa por borrar las marcas *goiteía*, cortar el collar y no hacer preguntas.

El alivio que sentí fue indescriptible.

Abrumador.

Esa noche, lloré en silencio, rezando para que los demás no lo notaran. Si lo hicieron, sintieron lástima por mí o decidieron no preguntar nada.

Siento que me estoy desvaneciendo lentamente, como si un veneno de acción lenta aún corriera por mis venas. No sé qué fue real y qué no de lo que vi en esos días, pues todo se fusiona en una sola pesadilla febril.

Pero no quiero enfrentarme a eso ahora, prefiero no saberlo.

El herrero nos remitió a una curandera del mismo pueblo, que me ayudó con las heridas y con los resabios de la miel loca. Aunque se esforzó, no pudo eliminar las heridas por completo; el collar me dejó una cicatriz plateada alrededor del cuello y el cuchillo dibujó un mapa desagradable de cicatrices diminutas en mis muslos. La mujer dijo que podrían borrarse con el tiempo e intento convencerme de

que no importan. Tener una piel perfecta es irrelevante en el esquema general de las cosas.

Pero odio las cicatrices.

Odio cada una de ellas con el calor de un sol ardiente.

Pues son un recordatorio permanente de los días de tortura, atrapada a merced de Keres, que me acechará por siempre.

Ahora visto una blusa abrochada hasta arriba y una túnica cerrada en el cuello para ver mis cicatrices lo menos posible. Y para que los demás no las vean y empiecen a hacer preguntas.

–¿Crees que siguen aquí? –pregunta Nyssa detrás de mí. Hemos compartido el mismo caballo durante todo el viaje, a pesar de mis protestas y de asegurarle que estaba bien para montar sola. Ella tan solo me ignoró algunas veces; otras, me dijo que debía guardar fuerzas.

–Es poco probable –responde Miná–. El plan era que permanecieran en la casa segura uno o dos días. Pero recemos a los Anemoi para que sigan ahí.

–No nos hagamos esperanzas –interviene Garza, al tiempo que agita las riendas de su caballo para avanzar–. Cuervo no se retrasaría a menos que algo estuviera mal en su grupo.

Miná asiente y mi corazón se encoge en un intento de protegerse de la verdad implícita en las palabras de Garza.

El camino colina abajo es rápido y la selva nos envuelve en poco tiempo con sus viejos árboles elevados sobre nosotros. Al atravesar el límite del bosque, el aire cambia, se convierte en una brisa suave y fría que carga un aroma que logra ser putrefacto y fresco al mismo tiempo.

El grupo avanza en un silencio pesado, solo interrumpido por el piar de las aves que llaman a sus parejas para anidar y el crujir de las hojas secas bajo las herraduras.

La luz no tarda en atenuarse y llevarse el calor consigo. Las sombras crecen conforme avanzamos, hasta que la oscuridad es tal que, de no ser por nuestra visión privilegiada, no podríamos ver nada.

Puntos de luz aparecen al frente como ojos atentos de criaturas nocturnas. Siguen creciendo mientras nos acercamos, los árboles escasean y la barrera de vegetación se abre para revelar una granja descuidada y olvidada, que se desmorona en medio del césped alto de un pequeño claro. Junto a la casa se eleva un granero en un estado similar, con la estructura ladeada que de algún modo se resiste a colapsar. Las puertas están abiertas, y en ellas acecha la oscuridad.

Nos detenemos a corta distancia de la casa, con los ojos pegados a la imagen frente a nosotros. La luz que brilla desde el interior de la casa podría ser un faro de los propios dioses que nos invita a acercarnos, que nos da esperanzas cuando creíamos que no era posible.

En vano, presiono el pomo de la montura para contener el temblor de mis manos.

–Están aquí. –La voz tranquila de Miná tiene un alivio similar al mío. Un temblor recorre mi cuerpo y amenaza con desbordar mis ojos, pero parpadeo con furia para contener las lágrimas.

–¡Nyssa! –Una sombra aparece corriendo desde el granero y, en segundos, Alondra se materializa con el rostro ceniciento frente a nosotros. Nyssa salta del caballo a toda velocidad a los brazos

abiertos de su hermano, quien la abraza con fuerza antes de alzar la vista–. Estornino –dice como si yo fuera un fantasma. Como si estuviera dudando de la realidad y de su salud mental. Y es como una llamada, porque, un segundo después, la puerta de la casa se abre y mi mundo deja de girar. Cuervo corre hacia el grupo.

Estoy tan perdida en él, en los ángulos del rostro que no creía volver a ver, que no vi que Alondra se acercaba hasta que extendió los brazos hacia mí. Me alejo antes de que pueda tocarme.

–Retrocede, Alondra –le advierte Miná, y mi rostro arde de vergüenza y de culpa al ver su expresión confundida.

Desvío la mirada para evitar la pregunta que veo surgir en él y cierro los ojos por el nudo que se ha formado en mi garganta.

–¿Qué ha sucedido? –pregunta otra voz, que me deja congelada en el lugar porque la conozco mejor que a la mía. Soñé con ella en mis peores momentos, me aferré a ella en las noches más oscuras, recé a los dioses por poder volver a escucharla.

Me giro despacio y veo a Cuervo, pero, en lugar de ver en sus ojos el alivio que imaginaba, veo algo diferente. Frustrado, se pasa las manos por el cabello y me mira fijamente, a la espera de una respuesta.

–Hubo una complicación –dice Miná mientras baja de su caballo–. Nos descubrieron.

Siseo cuando el impacto de desmontar hace que mis muslos palpiten, y el silencio de los demás hace que me incomode por la tensión creciente.

–Dentro. Hay sobras de estofado si tenéis hambre –dice Cuervo al final, entre dientes–. Y hay un arroyo detrás de la casa, no muy lejos, por si queréis asearos.

Los seguimos a la casa, pero me quedo atrás mientras los miembros de la Bandada se saludan entre abrazos y palabras de alivio. Juego con los lazos de mi túnica, veo a los demás quitarse las suyas y dirigirse hacia el estofado, pero, aunque mi estómago ruge por el hambre, unos momentos de privacidad y un baño suenan más tentadores.

Así que salgo en silencio rumbo a los árboles detrás de la casa; el roce del ruedo de mi túnica sobre el césped alto enmascara mi respiración agitada. El arroyo que Cuervo mencionó no está demasiado lejos, pero al llegar ya he recuperado algo semejante a la tranquilidad.

El agua parece tinta negra derramada en el suelo de la selva, corre despacio entre los helechos y las rocas cubiertas de musgo en las orillas. Algunas luciérnagas vuelan sin rumbo sobre la superficie y añaden sus luces suaves al brillo inquietante que asoma entre el follaje.

Me saco la túnica, la doblo y la dejo sobre las rocas antes de desatar los lazos del cuello de mi blusa. Al hacerlo, el aire frío hace que sienta aguijonazos en la piel herida, que me erizan la piel y me provocan escalofríos.

Alertada por el crujido repentino de una rama que resuena detrás de mí, me doy la vuelta con la daga desenvainada y con el corazón rugiendo como una bestia salvaje que intenta liberarse.

–Soy yo –dice Cuervo al salir de entre las sombras. La luz azul pálida acentúa la arruga profunda en su ceño.

–Cuervo. –Su nombre sale como una exhalación temblorosa, y mis hombros caen junto con la mano que sostiene la daga.

A la velocidad de la luz aparece frente a mí, con una mano en mi barbilla para que levante la vista hacia él. Pero, cuando se inclina para besarme, el temor se dispara con tanta violencia que me estremezco y doy un paso atrás.

Cuervo se tensa y baja las manos, aprieta la mandíbula y me recorre con la mirada. Ninguno de los dos se mueve, tan solo nos miramos uno al otro hasta que doy un paso cuidadoso hacia él, atraída por el calor que emana de su cuerpo, pero él no intenta tocarme otra vez.

–No creíamos que seguiríais aquí –suelto con la garganta cerrada.

–Tampoco yo.

Aparto la vista de sus ojos color ámbar, porque sus palabras me dejan perpleja por un momento. Pero entiendo que no deberíamos haberlos encontrado aquí.

–¿Qué ocurrió?

–No podía irme sin ti.

Mi pecho se llena de un calor tan intenso que me saca el aire.

–¿Qué ha pasado, Estornino? Los demás me han dicho todo lo que sabían, pero nadie conoce lo que sucedió mientras Keres te tenía cautiva en esa habitación.

La sangre se convierte en hielo en mis venas y se lleva todo el calor que he sentido poco antes.

–Nada relevante. –Le doy la espalda y camino hacia el arroyo.

–Necesito saber a qué nos enfrentamos.

–Creo que deberíamos partir antes del amanecer.

–¿Por qué?

–Cuervo, no hablaré de esto ahora. Necesito un momento a solas.

Silencio.

–Esto no ha terminado, Estornino.

Permanezco inmóvil hasta que sus pasos desaparecen en la noche y solo entonces termino de desvestirme para sumergirme en el agua. El arroyo no es profundo y el agua helada me congela hasta los huesos, pero refresca mi piel irritada mientras limpia el sudor y la suciedad que la cubren. A pesar de que me restriego hasta irritarme, no me siento limpia. La suciedad llega hasta los huesos, hasta el centro mismo de mi alma.

Cuando por fin salgo del agua, es como si hubiera mudado la piel, pero siguiera teniendo restos de la antigua, colgando como las escamas de una serpiente. Me seco rápido antes de vestirme y subir los lazos del cuello para ocultar las verdades desagradables. Cuando llego a la casa, Alondra, que descansa junto a la puerta, me analiza mientras me acerco.

–¿Tienes la primera guardia? –pregunto con una sonrisita forzada.

–Así es. Entra a descansar. Puedes ocupar mi lugar junto a Nyssa.

–Gracias. Puedes despertarme cuando termines tu turno. –Dudo un momento, pero añado–: Me alegra verte, Alondra.

–Y yo a ti, Estornino. –Sus ojos se suavizan, pero mantiene los brazos a los lados con firmeza.

Inhalo con dificultad antes de dirigirme a la casa, donde el fuego aún encendido de la chimenea proyecta sombras danzantes en las paredes. Camino hacia Nyssa, que duerme profundamente en un colchón improvisado con mantas al otro lado de la habitación, y noto cómo Cuervo sigue mis pasos entre los cuerpos tendidos en el suelo hasta tumbarme junto a ella.

Nyssa suspira por lo bajo y se gira para tomar mi mano entre las suyas con delicadeza. Su calor en mis dedos congelados hace que

me percate del frío y que mi cuerpo comience a temblar.

–¿Estás bien? –susurra ella, con el rostro teñido de preocupación. Debo resistir el impulso de cerrar los ojos ante el escrutinio de su mirada avellana.

–No lo sé.

No lo sé.

No lo sé.

Esas tres palabras resuenan en mi mente, implacables, como olas furiosas que rompen contra un acantilado. Y, como a las rocas, sé que las olas tarde o temprano me desgastarán. Con tiempo y fuerza suficientes, lograrán degradarme.

Cambiarme.

Erosionarán la persona que soy hasta volverme irreconocible.

–Superaremos esto. Pronto estaremos de vuelta en Los Tormentos y podremos dejar esto atrás.

Ahora, la única respuesta que soy capaz de darle es apretar su mano y cerrar los ojos. Ella se acerca y yo me mantengo inmóvil mientras me arropa con cuidado. Después de que el calor del fuego y de su cuerpo calienten mis huesos poco a poco, me dejo llevar por la inconsciencia y recibo la oscuridad, que me arrastra con ella.



TREINTA Y DOS

La daga corta mi muslo otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

Escapa un sollozo de mis labios, junto con un charco de lágrimas y de sangre carmesí sobre el suelo de mármol.

Un par de manos frías y mojadas se aferran a mis rodillas para atraerme más cerca.

Forcejeo con la cadena, tiro con desesperación del collar que quema y me ahorca. Pateo, grito y suplico.

Las manos me liberan, pero solo para cerrarse en mi garganta.

–Mírame.

Despierto cubierta de sudor frío, con un grito ahogado y el corazón tan acelerado que lo siento en la garganta. En todo el cuerpo.

Mis manos se disparan hacia mi cuello, se clavan en mi piel. Al sentir el dolor y el cálido hilo de sangre, me percato de que el collar ya no está.

Ha sido una pesadilla. Ya estoy a salvo.

Pero, sin importar cuántas veces repita esas palabras en mi mente, el pánico no se alivia.

El fuego ya se ha apagado y la oscuridad que antes atesoré ahora es opresiva y me desorienta. La realidad y los recuerdos se mezclan y no consigo escapar de la prisión sin ventanas de mi mente hacia la realidad de la noche.

Aparto la sábana de una patada para levantarme y, sin esperar a que mis ojos se adapten a la falta de luz, esquivo los cuerpos de los demás de camino a la puerta. Apenas soy consciente del aire frío al caer de rodillas sobre la tierra y lanzar todo el contenido de mi estómago entre espasmos que sacuden mi cuerpo entero. Cuando no me queda nada más que vaciar, me desplomo contra la casa desvencijada, con la cabeza contra la madera podrida y los ojos cerrados, intentando controlar la respiración agitada y el miedo que me rodea como telas de araña. Me concentro en inhalar despacio, en sostener el aire y soltarlo contando hasta tres.

Una vez que consigo estabilizar la respiración y dejar de temblar, abro los ojos.

La luz de la luna se cuela entre las nubes e ilumina el césped alto que se agita con el viento helado, congelando las lágrimas que corren por mi rostro. Dejo que caigan, con los dedos hundidos en la tierra para disfrutar del frío y de la mugre bajo las uñas.

Esto es real. Soy libre. He sobrevivido.

A duras penas, susurra una parte distante de mi mente.

La bilis asciende otra vez por mi garganta y vuelvo a doblarme para vomitar. Cuando mi estómago por fin deja de quejarse, descanso contra la pared una vez más y dejo escapar un suspiro tembloroso, que se ve arrastrado por el viento.

Otra lágrima corre por mi mejilla, pero no tengo tiempo para analizar el caos dentro de mi mente, porque el viento que se ha llevado mi suspiro también trae algo hacia mí. Inclino la cabeza y presto atención al sonido, como si los propios dioses estuvieran susurrándome al oído.

Son pasos. Hojas secas aplastadas por pies cautos.

Y se dirigen hacia nosotros.

Miro alrededor y, por primera vez, noto que no hay nadie montando guardia, así que me levanto con dificultad y corro hacia la puerta más rápido de lo que puedo pensar. El miedo de la pesadilla aún tiene sus garras espectrales sobre mí y potencia el pánico que me domina.

–Despertad –digo entre un susurro y un grito. Cuervo se levanta de un salto, como si no estuviera dormido, así que comienzo a sacudir a los demás para despertarlos–. Se acercan personas desde el bosque.

Mis palabras se expanden como el fuego y arrasan con la fatiga a su paso. Corro hacia Nyssa y observo su expresión sombría y las dagas que ya tiene en las manos.

–¿Quién estaba de guardia? –sisea Miná.

–Lori me relevó –responde Alondra.

–Eso no importa ahora. Alondra y Miná, conmigo. Nos enfrentaremos a ellos y los atraeremos hacia la casa –indica Cuervo con voz firme, sin rastros de miedo o de inseguridad–. Garza, Gorrión y Estornino, id por la parte trasera, adentraos en el bosque y sorprendedlos por detrás.

No espera respuestas antes de tomar la espada y ponerse en marcha, seguido de cerca por los demás. Garza se dirige hacia la

puerta trasera sin dudarlo, y Nyssa lo sigue.

Yo no puedo moverme.

Mis pies están pegados al suelo y mi mirada, a la espalda de Cuervo. Él se detiene y se da la vuelta. Ver su rostro iluminado por la luz de la luna, que se cuela por la ventana rota, me estruja el corazón.

–Ve –gesticula, y desaparece.

Mi cuerpo por fin despierta y mis pies me llevan hacia la puerta. Afuera, me agacho en las sombras donde me esperan los demás y le hago un gesto a Garza para hacerle saber que estoy bien.

No lo estoy, pero él no tiene por qué saberlo.

–Lo siento, Estornino, es todo lo que tengo –dice al tomar mi muñeca para dibujar el símbolo *goiteía* para ocultamiento con su propia sangre. Siento cómo hace efecto en mí, son como hebras sedosas de una telaraña que cae sobre mi cabeza y me hace desaparecer. Luego repite lo mismo con Nyssa y con él mismo, y ambos se desvanecen–. No podrán vernos, pero debemos ser silenciosos. Y no emborronéis la marca. Ahora, moveos.

Me levanto y repto por el claro, atenta a las marcas de los pies de los demás en el césped. De repente, un coro de gritos apagados llega desde el otro lado de la casa; tenemos que llegar a los árboles, y no solo porque nuestras vidas están en juego, sino porque el futuro de nuestro reino también depende de esto.

Cuando casi llegamos, un grito desgarrador atraviesa la noche, por encima del impacto de metal contra metal.

Escucharlo me hiela la sangre.

Pero logro resistir el impulso de correr hacia allí. Cuando llegamos a los árboles, todo mi cuerpo tiembla por el esfuerzo de contenerme.

La adrenalina corre por mis venas y viaja por mi cuerpo con cada latido de mi corazón desbocado.

–Ve al otro lado –susurra la voz incorpórea de Garza–. Mantén el camuflaje, pero no salgas de entre los árboles.

Cuando llegamos con los demás, me invade el olor penetrante a sangre que llena el aire y tiñe el césped. El suelo está regado de cuerpos inmóviles, pero me alivia ver que nuestra Bandada sigue en pie, resistiendo a los soldados que siguen con vida.

Al ver cómo los tres acorralan a Cuervo, el temor se ve superado por la furia. Sin perder más tiempo, salimos de nuestro escondite entre los árboles y yo arremeto contra los soldados que intentan encerrar a Cuervo. Sin dudarlo, levanto mi daga y la hundo en la garganta del primero; la hoja atraviesa músculos y arterias, que salpican mi rostro de sangre. Al liberar la daga, el hombre se desploma, con los ojos sin vida hacia las estrellas.

Otro soldado maldice, confundido al ver a su camarada caer al suelo, luego levanta la vista y… me ve.

Mierda.

Bajo la vista a mi brazo y me maldigo en silencio, porque el símbolo que Garza dibujó ya no es más que una mancha de sangre, mezclada con la del soldado muerto.

El otro hombre avanza, con su espada en alto. El tiempo parece detenerse observando la luna reflejada en la hoja. Hago el ademán de ir hacia la derecha y, cuando él me sigue, lo esquivo por debajo para pincharle en el estómago. Él se echa atrás, se tambalea y se lleva una mano al estómago para detener el sangrado antes de desplomarse contra la casa. Levanta los ojos aterrorizados hacia mí.

–Por favor…

Me lanzo hacia él para clavarle la daga en el pecho, pero se atasca sin llegar a penetrar por completo, así que, con un rugido, descargo todo el peso sobre la daga para que llegue a su corazón. Mi estómago se retuerce al ver cómo la luz de sus ojos se apaga, pero no es por mis acciones, sino porque no me afectan. En cambio, algo dentro de mí sisea con satisfacción por el reguero de sangre y me insta a tomar venganza por lo que tuve que soportar.

–¡Estornino!

Un grito atraviesa el sonido metálico y me hace girar fuera del camino, justo cuando una espada cae en el lugar en el que estaba un momento antes. Arrugo la nariz, disgustada porque la espada del soldado atraviesa el cuerpo de su camarada. Sin embargo, con el próximo aliento estoy en pie, retrocediendo mientras el hombre gruñe y libera su espada.

Mis ojos se disparan hacia el cuerpo, porque mi daga sigue clavada en el pecho del difunto. El otro soldado sigue mi mirada y sonríe con satisfacción.

–Creo que te llevaré a la corte, princesa. Tal vez hasta consiga que me promuevan. Quizás el príncipe esté tan agradecido que también sea compasivo contigo.

–No –jadeo aterrorizada, y una sonrisa macabra se extiende en su rostro.

No volveré allí.

Apenas termino de formar ese pensamiento, llevo la mano a mi anillo para quitármelo.

Lo dejo caer.

Y el mundo contiene la respiración.



TREINTA Y TRES

–Rápido, El –exclama Hali, presa del pánico–. Tenemos que desplegar la vela.

Aunque no sé lo que hago, corro a ayudarla con la vela. Su padre era pescador, así que sabe más que yo, que forcejeo con las cuerdas con manos temblorosas hasta conseguir soltar la vela.

Una sonrisa se despliega en mis labios, pero la victoria no dura demasiado.

–Esto fue un error, Aella. –La voz fría hace que me quede helada sin poder moverme, con los ojos llenos de terror mirando al hombre de pie en la punta del muelle, acompañado por otros dos cubiertos con túnicas tras él.

El Águila.

–Atrapadla y matad a la otra. No hay lugar para la deslealtad en el Aviario –ordena.

A mi lado, Hali se estremece y se aferra a mi brazo con fuerza.

El miedo que comprime mi corazón provoca un dolor mucho más agudo que sus uñas clavadas en mi piel. Empujo a Hali detrás de mí para lanzarme hacia los hombres de túnica antes de que puedan

abordarnos. Caigo sobre uno de ellos, él impacta contra el otro, y los tres caemos sobre el muelle.

–¡Ve, Hali! –le grito a mi amiga.

Un hombre me sujeta, así que forcejeo contra él mientras el otro se pone de pie y va de camino al bote.

–No puedo. ¡No hay viento! –Hali coge un remo y empuja el bote lejos del muelle–. Por favor, Noto.

No dejes que muera. Por favor, que no muera.

Algo salvaje despierta dentro de mí. Caótico. Destructivo.

Es demasiado.

Suelto un grito y el viento grita conmigo.

La vela se despliega con demasiada fuerza, tanto que el bote sale disparado por el agua e impacta contra el muelle al otro lado del canal. La embarcación se hace pedazos y Hali grita al salir disparada, pero el grito se ahoga cuando se golpea la cabeza contra un poste de madera y cae al agua.

Un sollozo escapa por mi garganta al ver desaparecer su mano bajo la superficie burbujeante, como si hubiera querido alcanzarme, como si me hubiera estado suplicando que la salvara.

Una mano helada se cierra en mi garganta.

–Qué lástima.

Dejo atrás los vestigios del recuerdo, pero mi *theïkos* desatado se aferra al dolor persistente. Cobró vida en cuanto me saqué el anillo, desde un lugar escondido en las profundidades de mi alma.

El lugar en el que ha estado dormido.

Reprimido.

De repente, el mundo es más nítido, el aire es más intenso. Y, en lugar de escuchar el viento como un susurro, lo escucho como un

grito.

Libre del miedo, respiro hondo y disfruto al sentir el aire que cosquillea por mis dedos. Cierro los puños y tiro de ellos, atraigo los elementos hacia mí, mientras observo con una mezcla de horror y fascinación como el soldado abre los ojos. Él deja caer la espada, se lleva las manos a la garganta y cae de rodillas, con el rostro azul por la falta de aire.

–No es… posible –jadea.

–No debería serlo –coincido, porque tiene razón.

Los Anemoi nunca han obsequiado el control de los vientos y de los cielos. Es un poder que perteneció a los dioses y a los seres mitológicos de las historias para dormir. La idea de que alguien más lo posea sería considerada blasfema.

Peligrosa.

Con precaución, avanzo para levantar su espada del suelo.

–Vendrán… más. Él…

Erguida, llevo la espada a su cuello y lo miro a los ojos, que me suplican pidiendo aire.

–Deja que lo intente –respondo antes de cortarle la garganta.

Con la respiración temblorosa, giro y doy unos pasos atrás hasta encontrar el anillo acunado en el césped teñido de sangre donde lo dejé caer. Me arrodillo para recogerlo, y la luna resalta el pequeño grabado *goiteía* en su interior, el que mantuvo mi *theïkos* oculto durante tanto tiempo.

Una vez que vuelve a mi mano, el viento se aplaca con un sonido fracturado, y sacude el cabello suelto por mi rostro. Lo ignoro y me pongo el anillo.

Cierro los ojos aliviada cuando el mundo se desdibuja a mi alrededor, pero el alivio se transforma en pavor al abrir los ojos y encontrar a Miná frente a mí.

Aunque su rostro no refleja reacción alguna, sus ojos penetran en los míos. Aguanto su mirada sin pestañear, a pesar de estar gritando por dentro.

No hay dudas de que me ha visto.

–Miná –digo con la voz estrangulada, porque no sé qué voy a decirle. Mi mente está abarrotada de pensamientos aterrados que luchan por tomar el control, así que me aclaro la garganta y comienzo otra vez–. Miná, lo que has visto…

–No he visto nada –afirma, con una mirada decidida que silencia mis explicaciones incompletas.

–Gracias –respondo con un suspiro aliviado. Me he pasado toda una vida guardando este secreto y por poco mis esfuerzos se desmoronan en un abrir y cerrar de ojos. No es extraño que yo tenga *theïkos*, sino que no debería ser capaz de manipular el poder del viento. Para muchas personas, eso sería un sacrilegio.

Puede que el pánico me haya dejado vulnerable, pero la furia me dejó completamente expuesta. No puedo permitir que vuelva a suceder. Tengo que recuperar el control y domar la tormenta que ruge dentro de mí.

–¡Aella!

Nyssa corre hacia mí y me abraza por el cuello. Sobre su hombro, veo cómo Miná frunce el ceño y presiona los labios. La respiración me falla, pero ella sacude la cabeza y se da la vuelta.

Me separo de Nyssa y cojo su rostro entre mis manos para examinar cada centímetro, y la tensión de mis hombros cede apenas

un ápice al verla casi libre de sangre.

–¿Estás bien? –le pregunto de todas formas; necesito escucharlo.

–Sí. ¿Y tú?

–Estoy bien –afirmo, y me acerco para susurrarle al oído–. No olvides llamarme Estornino.

Ella asiente con ojos sorprendidos.

Cuervo se acerca, con los demás tras él. Todos ensangrentados de la cabeza a los pies. Alondra se acerca a Nyssa para abrazarla con cuidado y, sin preocuparse por la suciedad, ella se acurruca más cerca de él.

Los últimos rastros de tensión dejan mi cuerpo después de recorrer a Cuervo con la mirada. A pesar de estar bañado en sangre, no parece ser suya. Él también me recorre con ojos fríos, pero se suavizan al llegar a los míos y el alivio devuelve parte de su calor.

Mi corazón se oprime por la necesidad de ir hacia él, de tocarlo y de hablarle para estar segura de que está bien. Pero mis músculos están bloqueados, como si hubieran crecido raíces de mis pies para inmovilizarme. Él debe notar el debate interno escrito en mi rostro, porque se forma una pequeña arruga en su ceño antes de girarse hacia Lori.

–¿Cómo demonios han podido tomarnos por sorpresa? De no haber sido porque Estornino nos despertó, todos estaríamos muertos.

Lori se estremece, sin rastros del bromista que conozco.

–Estaba revisando el arma para comprobar que fuera segura. Lo siento, comandante. Debían estar demasiado lejos en ese momento, no los escuché acercarse.

Cuervo presiona la mandíbula antes de asentir con seriedad. Sus ojos se vuelven hacia los míos, pero no hace preguntas. Si estaba despierto cuando volví a despertar a la Bandada, de seguro vio cómo las pesadillas hicieron que saliera corriendo de la casa. Por los dioses, las paredes están tan destruidas que debió escucharme vomitar.

–Ya no es seguro que nos quedemos hasta el amanecer. Los soldados debieron rastrearte desde que saliste de la corte y no sabemos si se han comunicado con Keres o no.

–Vendrán más –digo, y me aclaro la garganta al convertirme en blanco de todas las miradas–. El último soldado que… dijo que vendrían más.

El claro cae en un silencio profundo. Incluso las criaturas de la noche enmudecen, como si también temieran llamar nuestra atención.

El silencio y la soledad no solían perturbarme. De hecho, las anhelaba y amaba los momentos en los que podía escapar del mundo a mi alrededor. Pero ahora el silencio es sofocante. Da lugar a recuerdos que preferiría olvidar y a pesadillas que ulceran y desatan el caos en mi mente. La piel sobre mi columna comienza a cosquillear y mis muslos palpitan de dolor.

Cuando Cuervo por fin vuelve a hablar, por poco sollozo aliviada.

–Tomaos un momento para asearos como podáis y recoged vuestras cosas. Partiremos en una hora –ordena.



Tal como dijo, Cuervo apenas nos permitió descansar desde que salimos de la casa. Salimos del bosque temprano por la mañana, aunque continúa acompañándonos por la izquierda, a través de colinas de césped oxidado que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Detrás del manto espeso de nubes de tormenta que ensombrecen nuestro camino, el sol desciende por el cielo y lanza una luz sombría sobre el paisaje. Cada inhalación carga el olor a tierra húmeda y al invierno inminente que nunca llegará a estas tierras. Todo mi cuerpo arde de agotamiento y mis articulaciones están rígidas por tanto tiempo a caballo, pero no dudo de que toda la Bandada siente la misma fatiga profunda que yo, aunque avanzamos en un resolutivo silencio.

Debajo de mí, mi caballo robado, al que decidí llamar Grace, se mueve con gracia fiel a su nombre. Su manto gris moteado brilla bajo la luz tenue y sus cascos aplastan hojas secas, que resuenan en la quietud. Su crin negra, enmarañada y salvaje, baila con una ráfaga de viento y acaricia mis manos como dedos espectrales, una sensación que disfruto con los ojos cerrados.

El viento siempre es más suave cuando uso el anillo, más juguetón y mucho menos caótico.

Más fácil de controlar.

Cuando abro los ojos otra vez, se enfocan en el baúl cubierto con una lona y tirado por dos caballos guiados por Lori. Apenas he podido quitarle los ojos de encima desde que vi cómo Lori y Alondra lo sacaban del granero deteriorado la noche que dejamos la casa. Siempre está cubierto, con la lona asegurada encima, y lo único que se oye es el ruido de cadenas desde el interior. Ese sonido me ha

estado enloqueciendo poco a poco y cada golpe metálico me provoca escalofríos.

–Así que, ¿de qué se trata? –pregunto cuando ya no puedo soportarlo.

–¿Qué? –responde Cuervo a mi lado, con la mirada al frente, como si se resistiera a mirarme.

Me muevo en la montura, porque mi corazón se oprime incómodo en mi pecho. La tensión entre nosotros ha crecido desde la primera noche junto al arroyo y, al estar siempre rodeados por los demás, no hemos podido hablar para aclarar las cosas. Aunque ni siquiera sé muy bien cómo hacerlo. Cuervo dejó claro que nuestra conversación no terminó, pero pensar en decirle lo que pasó me provoca ganas de vomitar.

–Sabes bien a qué me refiero. Al arma –digo con sequedad.

Al otro lado, Alondra se coloca bien en su montura y hace que me fije en él: tiene los hombros rígidos y los labios apretados. Podría ser por fatiga o por la amenaza constante de un nuevo ataque, pero lo conozco bien como para saber que no es nada de eso. Ha estado actuando de forma extraña desde que llegamos a la casa y no muchas cosas logran arruinar su ánimo alegre, es su forma de lidiar con todo lo que debe enfrentar. Verlo así significa que se trata de algo que no termina de comprender. Y el nerviosismo con el que desvía la mirada de mí confirma mis sospechas.

–No hagas preguntas de las que no quieres conocer las respuestas.

–No me digas lo que quiero –sentencio con el ceño fruncido.

–Solo debes conocer la información necesaria –dice con un suspiro cansado–. Como Cantora, no necesitas saber eso.

Guardo silencio a pesar de que las palabras queman como ácido en mi garganta. En lugar de decirlas, me las trago y me aferro a la amargura del rencor. Dejo que me inunde hasta ahogarme, así puedo ignorar el dolor que intenta aflorar. Reprimo esa emoción, la hundo todo lo posible hasta ocultarla en los confines más profundos de mi alma.

–No te comportes así –añade Cuervo.

–¿Cómo, Cuervo? –La frustración sale a la superficie. Así ha sido desde que nos llevaron a Nyssa y a mí al estudio de lord Malis, donde nos dieron la información mínima indispensable. Verdades a medias y datos seleccionados con cuidado para mantenernos a raya y en la oscuridad. Y he entendido las razones apenas me he convertido en Cantora, pero eso no alivia el resentimiento.

–Estoy siguiendo órdenes.

–¿Y esas órdenes especifican que yo no debo saberlo?

–Sí. –Cuervo resopla con frustración y se pasa las manos por el cabello. Y, por fin, aparta la vista del horizonte para mirarme–. No lo uses como excusa para alejarme.

–No lo hago –respondo entre dientes.

–¿Y cómo lo llamarías?

Mantengo la vista en el baúl y me sobresalto cuando se sacude con un ruido metálico al pasar por un pozo superficial en el camino.

–Estoy harta de estar en la oscuridad, Cuervo.

–Lo siento. –Su voz es afectada, con una mezcla de resignación y de sinceridad.

–Pero no hay nada que puedas hacer al respecto.

Su silencio es respuesta suficiente.



TREINTA Y CUATRO

Cuando cayó la noche, casi no podía mantenerme erguida, me pesaban los párpados y tenía que abofetearme para mantener los ojos abiertos. Y no solo la Bandada estaba exhausta, también los caballos, que respiraban con dificultad y estaban cubiertos de sudor.

Por suerte, ya que no había señales de que nos persiguieran y ninguno de los soldados del ataque anterior sobrevivió, Cuervo pensó que era seguro tomar un descanso. Así que levantamos un campamento improvisado detrás del límite de los árboles, oculto bajo ramas bajas.

A pesar del cansancio, el sueño es esquivo.

O, más bien, yo lo evito.

Cada vez que cierro los ojos surgen recuerdos indeseados, que se aferran a mi consciencia como una herida infectada que envenena mi sangre. Siempre he visto al sueño como mi enemigo, pero ahora es un torturador que no da respiro ni consuelo a las cosas que me atormentan. Es como si las profundidades de mi mente se hubieran convertido en un laberinto de oscuridad y desesperación, muy similar al laberinto que se extiende por la montaña bajo el palacio de

Eretria. Todas las noches han sido iguales: me dejo llevar por el sueño, pero, en cuanto me envuelve, me encuentro en otro viaje a través de los caminos enrevesados de mi subconsciente.

Siento la bilis amarga en la boca.

Una hoja cortando mi carne.

Gritos que resuenan por las paredes.

Ojos de miel que se convierten en el color de la sangre fresca.

El miedo se apodera de mí, sus tentáculos capturan mi corazón y roban el aire de mis pulmones. Se me nubla la vista, así que sacudo las piernas para liberarme del embrollo de sábanas y me clavo las uñas en las manos hasta perforarme la piel.

El frío de la noche y el dolor me devuelven al presente y dividen los recuerdos de la realidad. Me obligo a respirar profundamente y, tras unos momentos dolorosos, recupero un ritmo estable y el pánico abandona mi cuerpo y mi mente.

El sonido de mis compañeros dormidos me rodea mientras observo el follaje, pero la intranquilidad recorre mis extremidades y mis pensamientos descontrolados se alborotan, hasta que me rindo y me levanto en silencio entre los cuerpos tendidos. El frío eriza mi piel cuando me distancio del calor que me proporcionaban los cuerpos de los demás.

Mi mirada se dirige al carro con el baúl cubierto sobre él. Miná descansa contra un árbol, con la mirada en el camino. Debería ser un alivio verla alerta y montando guardia, pero me invade la frustración. La intranquilidad incesante me domina otra vez, como el roce de seda bajo la piel que me hace estremecer; intenta hacerme avanzar, pero Miná está en mi camino.

Me adentro en el bosque con pasos ligeros, con cuidado de no pisar las hojas secas en el suelo. Al llegar al camino, tomo una roca pequeña, la arrojo lo más lejos posible y vuelvo a esconderme a la sombra de los árboles.

Miná saca dos dagas y se lanza hacia el sonido. Una vez que se aleja lo suficiente, salgo de las sombras y me arrodillo junto al carro. Mientras desato los nudos, un sonido metálico desde el interior me deja congelada, esperando a ser atrapada. Esperando que Miná vuelva y me atrape en el acto o que Cuervo aparezca detrás de mí.

El tiempo se extiende, pero nada sucede.

Tomo aire para centrarme, toco la daga y, en un solo movimiento, levanto la tela pesada que cubre el baúl.

Y el aire escapa de mis pulmones.

No es un baúl.

Es *una jaula*.

Y detrás de los barrotes de hierro, me observan los ojos de un hombre.

Lo único que puedo ver de su rostro son unos ojos de color mercurio con pestañas oscuras y espesas, que me miran con la furia de mil tormentas. Lo demás está oculto detrás de una especie de mordaza de cuero barbárica. El cabello plateado sin forma cae por debajo de sus hombros anchos y contrasta con sus cejas oscuras arrugadas. Sus prendas no son más que harapos; la camisa hecha jirones revela marcas de aspecto antiguo en cada centímetro visible del torso musculoso. Y, aun viéndolo apretado en una jaula, es evidente que debe medir más de un metro ochenta. Tiene un collar y grilletes metálicos sobre la piel ensangrentada, encadenados al fondo de la jaula y con símbolos *goiteía* grabados que me resultan

demasiado familiares. Pero es la mordaza de cuero en su rostro lo que me revuelve el estómago.

Levanto la mano hacia mi boca, distraída, y el recuerdo de la sensación sofocante me hace estremecer.

No puede respirar.

Un gruñido ahogado resuena en el pecho del hombre y me arranca de mi estupor.

–¿Qué te han hecho?

Las palabras son apenas un susurro ahogado, como si hubieran tenido que abrirse paso por mi garganta hacia la realidad. El hombre inclina la cabeza al escucharlas, más como animal que como tycheroi. Parece mover la boca debajo de la máscara, pero lo que sea que intente decir queda atrapado detrás del grueso cuero. Luego ruge, frustrado, y sacude la cabeza. Mientras observo el cuero, una semilla de furia florece dentro de mi pecho, crece, se expande y supera el impacto y el disgusto.

La máscara vil cubre la mitad inferior de su rostro y está sujeta por correas gruesas detrás de la cabeza…

La madera dura de la cama contra mi espalda.

El metal frío en la garganta.

Algo firme en…

Parpadeo para olvidar el recuerdo y, con la respiración agitada, bajo la vista a la daga en mi mano. Cuando vuelvo a mirarlo, el hombre tiene el ceño fruncido fijamente en la hoja.

–No espero que confíes en mí –comienzo y sus ojos plateados por fin vuelven a los míos–, pero puedo hacer algo por ti si estás dispuesto a intentarlo.

Sus hombros se tensan mientras observo la mordaza y, tras lo que podrían ser segundos, minutos u horas, por fin se acerca; con los brazos cerca del cuerpo para evitar que las cadenas resuenen. Luego se arrodilla frente a mí y estamos frente a frente, separados solo por los barrotes de hierro.

No es hasta que mis pulmones comienzan a gritar cuando me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. La libero con una exhalación débil, sin apartar los ojos de él mientras levanto las manos, las paso entre los barrotes y sujeto su mentón cubierto de cuero sobre una palma. Cuando la daga roza su sien al cortar las correas, siseo por lo bajo, pero él apenas se mueve. Su sangre comienza a brotar al mismo tiempo que cae la mordaza, y yo retrocedo para observarlo con los ojos abiertos.

Las marcas extrañas desaparecen debajo de una barba del mismo color que el cabello. Tiene los labios carnosos bajo una nariz fuerte y pómulos afilados para completar la imagen de un rostro impresionante. Me arriesgaría a estimar que es varios años mayor que yo, pero es difícil saberlo con nuestra especie.

Comienzo a comprender por qué todos lo llamaban arma, pues, a pesar del collar de *goiteía* y de los grilletes, puedo sentir su poder. Es profundo, brota de cada parte de su cuerpo.

Él extiende los labios, lo que revela hileras de dientes blancos y caninos afilados que me dejan sorprendida.

Nunca había visto a un tycheroi con dientes afilados.

La idea da vueltas por mi mente mientras lo veo mover el mentón como si fuera la primera vez que lo hace en meses.

Él se deja caer, visiblemente aliviado.

–¿Tú…? –comienzo, pero, ahora que puede hablar, las palabras no quieren salir. Y es evidente que le resulta muy entretenido, porque exhibe esos extraños dientes afilados en una sonrisa aún más afilada.

–¿Perdiste tu canto, pajarito? –Su voz suena baja, áspera por el desuso.

–¿Qué eres? –La pregunta escapa en contra de mi voluntad.

–Muchas cosas y nada en absoluto –responde en un tono que revela autodesprecio–. Pero puedes llamarme Xan.

–Xan –repito. Esas tres simples letras no parecen suficientes para nombrar al hombre frente a mí.

–¿Y cómo debo llamarte, pajarito?

–Estornino. –El nombre parece papel de lija en la lengua. Con esfuerzo me contengo de hacer una mueca de dolor, pero creo que lo ve de todas formas.

–Ah, así será, ¿eh?

–No sé a qué te refieres.

Xan sonríe intencionadamente, pero no dice nada. En cambio, baja la vista a la daga que sigo aferrando con fuerza y una expresión extraña atraviesa por su rostro, aunque desaparece demasiado rápido para identificarla. Sin embargo, me pone tan nerviosa que devuelvo la daga a su estuche, fuera de su vista.

Cuando estoy a punto de ofrecerle agua y comida, él habla primero.

–Será mejor que vuelvas a dormir, pajarito. Tus amigos no estarán felices si descubren lo que has hecho.



TREINTA Y CINCO

Mis ojos permanecen pegados a la jaula mientras la cargan a bordo de *El Ruiseñor*, pues saber lo que se oculta bajo la lona atrae mi mirada como el norte la aguja de una brújula.

Si alguien revisó a Xan desde que dejamos el campamento, no ha dicho nada respecto a la mordaza. Y no sé si eso me alivia o me pone más nerviosa.

Llegamos a Puerto Serre a media mañana, cuando la ciudad bulle con actividades. Los niños corren por los caminos empedrados, desgastados por incontables transeúntes, y sus risas contrastan con el estruendo de sierras y martillos. El puerto está en construcción, lleno de tycheroi que trabajan sin descanso para construir nuevos muelles junto a los tres más viejos.

Las nubes de tormenta por fin han liberado al cielo de su manto, así que las tablas de madera recién pintadas brillan con el sol de la mañana.

El capitán Nikolas y su tripulación esperaban ansiosos a la Bandada como lo habían planeado y si los confundió ver pasajeros extra, no lo demostraron. Me alegró ver al encantador capitán otra

vez, pero el alivio que pensé que sentiría al ver el océano no llegó. En cambio, me siento intranquila, como si unos tentáculos grasientos rodearan mi pecho y lo comprimieran.

Cuando moví esa lona y vi esos ojos plateados mirándome fue como correr una cortina de mis propios ojos. Y ahora, sin el velo que no sabía que tenía frente a mí, por fin puedo ver mi entorno con claridad.

No he confrontado a los demás respecto a mi descubrimiento, preferí mantenerlo en secreto. Como dijo mi bisabuelo cuando construyó el Aviario: «el conocimiento es poder». En cambio, he estado atenta a cada uno de ellos, observando y esperando, desesperada por descubrir quién más sabe lo que es el «arma» en realidad.

Es evidente que Cuervo, Alondra y Lori lo saben, ya que fueron ellos los encargados de sacarlo de Eretria. Y, a juzgar por el comportamiento de Alondra durante los últimos días, diría que él tampoco está muy feliz con esta misión.

Es obvio que no le han dicho nada a Nyssa tampoco, porque ella me lo hubiera contado de inmediato.

Pensar en ellos me llena de culpa.

Garza siempre ha sido un enigma, así que es más difícil de leer, pero de verdad espero que Miná no sepa lo que ha estado buscando todo este tiempo. Nos hemos vuelto cercanas durante nuestro tiempo en Vilea y, después de la confianza que hemos construido, pensar que me esconde esta información es como una puñalada en las entrañas.

Exhalo con brusquedad mientras amarran la jaula al mástil principal y Lori se asegura de que la lona esté segura en su lugar.

–¡Estornino! –exclama Cuervo, con lo que desvío la mirada de la jaula.

Él y Nyssa están esperándome en el muelle; el resto de la Bandada ya debe haber abordado. Saberlo me despierta una repentina sensación de urgencia.

–Lo siento –digo al alcanzarlos–. Parece irreal por fin volver a casa.

Nyssa toma mi mano y me guía hacia la pasarela, con una sonrisa que no se refleja en sus ojos. Es una sonrisa pequeña, hecha de cristales rotos y cosas frágiles, como si, a pesar de no saber lo que sucedió, sintiera mi dolor en las entrañas. Siempre hemos tenido esa clase de amistad en la que si una sangra, la otra también.

En cuanto mis pies llegan a la cubierta, me invaden las emociones, demasiadas para atravesarlas, así que, en vez de eso, las reprimo. Dos miembros de la tripulación pasan junto a nosotros para levantar la pasarela de desembarco y, después de asegurarla, uno de ellos mira hacia el timón y hace señas con la mano. Sigo su mirada hasta el capitán sonriente al mando de la embarcación.

–Ahora que nuestros pasajeros preferidos están a bordo, ¡vamos a casa! –exclama.

La tripulación celebra y parte de mí quiere sonreír con ellos, pero vuelvo a ver la jaula cubierta y lo único que puedo hacer es una mueca de disgusto.

–Gracias a los dioses este viaje será breve –murmura Nyssa.

El barco se agita al alejarse del muelle y ambas nos tambaleamos, pero una mano me estabiliza tomándome por la cintura. Siento el calor ardiente del cuerpo de Cuervo en mi espalda y sé que, si no fuera por Nyssa, estaría exigiéndome respuestas, así que mi pecho

se cierra dolorosamente al escucharlo inhalar como si estuviera a punto de decir algo.

–Iré a ponerme al día con el capitán –digo de repente y me alejo antes de que pueda responder.

Mientras subo las escaleras, miro hacia atrás con disimulo; Cuervo y Nyssa están murmurando. A pesar del impulso de apretar los dientes, fuerzo una sonrisa antes de llegar con Nikolas.

–¿Debería prepararme para otra de sus aventuras salvajes, capitán?

Él me mira con malicia, y me quedo boquiabierta por el horror al percatarme de cómo ha podido sonar la pregunta. Sonrojada, intento repararlo, pero él me interrumpe.

–Dulce Estornino, no sé si alguna vez estarás preparada para una aventura salvaje conmigo.

Se me escapa una risa estrangulada repentina, así que me llevo la mano a la boca y abro los ojos, como si no estuviera segura del origen del sonido extraño. Nikolas me mira con una ceja levantada y los ojos azules brillantes como el océano que nos rodea. Aparto la mano de mi boca para darle un golpe en el brazo.

–Eres imposible.

–Creo que has confundido las letras. Querrás decir «increíble».

–Solo en sus sueños, capitán.

–Y qué maravillosos sueños –responde, risueño.

Resoplo entre risas y pongo los ojos en blanco, luego descanso contra la barandilla para observar a la tripulación terminar con los preparativos.

–¿Cuánto tardaremos en llegar a Los Tormentos?

–¿No quieres preguntárselo a tu comandante? –replica en tono insinuante. Le dedico una mirada fulminante, a la que responde con un gesto cómplice antes de mirar hacia el frente del barco.

Sigo su mirada hacia el resto de mis compañeros, de pie en la proa. Alondra abraza a Nyssa y ambos se apoyan contra la barandilla a observar cómo los demás tienen lo que parece una discusión acalorada. Cuervo escucha a Garza y a Miná con los brazos cruzados sobre su ancho pecho y los ojos de acero. Como si pudiera percibir mi atención, sus ojos se fijan en mí y sus labios forman una línea delgada antes de que desvíe la atención.

–¿Por qué lo haría cuando tengo al capitán del barco a mi disposición? –replico con un gesto burlón.

–Tenga cuidado, milady, o me veré tentado a hacerla caminar por la plancha. –Sus ojos tienen un brillo travieso–. Pero, para responder a su pregunta, deberíamos llegar con la puesta del sol.

Compartimos un silencio amigable, que, junto a la charla ligera, alivia la tensión en mi pecho lo suficiente para que sea más fácil respirar. Cierro los ojos para disfrutar del viento en mi cabello, el rocío salado en la piel y el calor creciente del sol en mi rostro.

Ninguno de los dos habla durante un largo tiempo, satisfechos de ver el oleaje que genera el barco. Es Nikolas quien rompe el silencio, para repetir las palabras que me dijo en un tiempo que ahora parece lejano.

–Dime, Estornino, ¿has sentido el miedo a lo desconocido? ¿La excitación corriendo por tu cuerpo? ¿La emoción de la victoria?

Es un hombre muy perceptivo, por lo que formula la pregunta con un tinte de duda, como si yo fuera un animal salvaje herido y su cercanía pudiera asustarme y hacer que huya.

Espero esa sensación, que los músculos de mis extremidades se activen, listos para luchar, que el miedo envuelva mi corazón con sus dedos gélidos.

Pero no llega.

Así que ladeo la cabeza mientras pienso en ello y decido ofrecerle a este hombre casi desconocido una pequeña fracción de mi alma fracturada. Las palabras salen de mi boca tan fácilmente como las lágrimas de un recién nacido.

–Mi miedo fue tan grande que no creo ser capaz de volver a soñar. En lugar de aventuras y sueños, tengo veneno en las venas y pesadillas en mi alma.

El silencio que sigue a mis palabras me oprime y la intensidad en la mirada de Nikolas quema mi rostro. Su peso se asienta en mi pecho como una roca que hace que mis respiraciones sean superficiales y dolorosas, y los latidos de mi corazón acelerados resuenan en mis oídos cada vez más fuertes y caóticos.

–No podemos elegir las cosas que nos suceden, Estornino. Eso está en manos del destino –dice por fin, con lo que el peso se levanta tan pronto como apareció–. Pero sí podemos decidir cómo responder a ellas. Si seguiremos siendo los mismos o si permitiremos que nos cambien.

–Capitán y sabio, ¿quién lo hubiera dicho?

Mis ojos vuelven hacia la jaula sobre la cubierta, al mismo tiempo que sus palabras se alojan en lo más profundo de mi mente. No aparto la vista de allí hasta que el sol del atardecer enciende llamas en el cielo y Los Tormentos aparece en el horizonte.



TREINTA Y SEIS

Parece irreal ver el mundo que te rodea inalterado y sin reparo cuando tú has cambiado por completo.

Percibo el paso del tiempo, veo la salida y la puesta del sol de cada día, pero todo parece haber quedado congelado, inmune al constante paso del tiempo.

Los Tormentos está exactamente igual a como lo recuerdo. Las islas y canales aún bullen de energía bajo el calor del sol ardiente, rodeados por el aroma a pulpo a la plancha y a cítricos frescos. Los edificios blancos siguen ornamentados por buganvillas en flor que caen por los balcones y por las vides que trepan por las celosías. En el centro de todo, el Palacio de los Tormentos exhibe su brillo dorado habitual y las ventanas de sus torres más elevadas reflejan la luz del sol. Las mismas banderas blancas engalanadas con águilas grises flamean en la cima de los domos cerúleos.

Un grupo de Aves Nocturnas nos recibe en los muelles a nuestra llegada y se ocupa de la «carga» para que los demás nos dirijamos a dar parte de nuestra misión al Águila.

Recorremos los pasillos del Aviario en silencio, evitando las miradas curiosas de los miembros de la orden y los ojos deslumbrados de los Polluelos. Cuando llegamos al estudio de lord Malis, él ya está esperándonos. Su estudio es justo como lo recuerdo: paredes cubiertas con estanterías llenas de libros y pergaminos viejos, velas que proyectan luces parpadeantes, y el Águila sentado detrás del escritorio de madera gruesa.

–Tomad asiento –indica, lo que me recuerda de inmediato la última vez que estuve aquí, cuando me asignó esta misión. Frunzo los labios mientras él señala las sillas disponibles. Cuando nos sentamos, él se inclina hacia el frente, con las manos unidas y una mirada fulminante–. Al parecer contamos con miembros de la Bandada de más.

Mi corazón se rompe un poco más y me siento estremecer, pero presiono el borde de mi asiento, pues no dejaré que él vea la profundidad de mi dolor.

–Águila, la misión se vio comprometida –explica Cuervo, en un tono de voz afectado que revela el fracaso de la misión. Se aclara la garganta antes de continuar–. Nos dividimos en dos grupos tal como planeamos, uno para encontrar el arma, otro que se quedaría con Estornino una vez que ganara las pruebas. Sin embargo, después de que nos marcháramos con el arma, quedó en evidencia que el príncipe Keres sabe de la existencia del Aviario y que Los Tormentos es su principal sospechoso.

El silencio que sigue a su declaración es tan absoluto que puedo escuchar a mi corazón bombear sangre por mis venas. Con la vista en el suelo, noto una marca en las maderas impolutas, donde han sido rasguñadas y astilladas.

–Comienza por el principio –ordena el Águila, y Cuervo relata la historia desde que partimos en *El Ruiseñor*. Termina en el momento en que llegamos a la casa abandonada en el bosque, y Miná continúa el relato. Describe por encima los detalles de mi captura, con la información suficiente para, con suerte, evitar más preguntas.

Al final, todos contenemos la respiración ante la mirada del Águila. Cuando sus ojos se fijan en los míos, le devuelvo mi propia mirada amortiguada. Me oculto bajo mi piel, protegida bajo capas de tejidos, músculos y huesos.

–Esperaba más de ti, Estornino –dice lord Malis con desprecio evidente–. No solo has sido capturada, sino que al permitir que los demás te rescataran has puesto a la orden y a Los Tormentos en un riesgo mayor. Debiste cantar para declararte culpable. –Presiono la mandíbula y no abro la boca–. A pesar de todo, la misión ha sido un éxito y el arma está en nuestras manos. Me aseguraré de que sea utilizada para mantener a Los Tormentos y a nuestro pueblo a salvo de lo que se avecine.

Sus palabras encienden alarmas en mi mente. Retrocedo hacia el claro en el bosque, a la casa destruida, al peso extraño de la espada en mi mano y al hombre de rodillas que jadea para respirar.

Vendrán más.

Conozco a Keres lo suficiente para saber que no descansará hasta vengarse de nuestros actos. Nos infiltramos en su corte, lo engañamos y le robamos. Y vendrá por nosotros, tal como dijo su soldado con su último aliento.

–Comandante, usted quédese. Los demás, pueden retirarse. –La voz del Águila me despierta de mis pensamientos desbocados.

Miro a Cuervo al levantarme de mi asiento, pero él mantiene la mirada estoica al frente y, si percibe la mía, la ignora.

Sigo a los demás hacia afuera, pero avanzo despacio para quedarme atrás. Una vez cierro la puerta al salir, todos han desaparecido ya de la vista. Solo quedan Nyssa y Alondra, ambos con expresiones enfadadas.

–Adelántate, Nyssa –le digo a mi amiga. Luego miro la puerta de forma intencionada–. Necesito hablar con el Águila.

Ella duda e intercambia miradas con Alondra, que sigue con el ceño fruncido.

–Puedo esperarte.

Niego con la cabeza antes de que termine.

–No sé cuánto tiempo tardaré, pero estaré bien.

Tras algunas palabras de aliento más, los dos se marchan. Entonces, reviso cada recoveco y sombra en el pasillo para comprobar que no haya nadie y, satisfecha, me arrodillo frente a la puerta para espiar por el ojo de la cerradura.

–¿Has conseguido los documentos? –pregunta el Águila.

–Sí. –Cuervo hace una pausa y se oye que manipula papeles–. Todo el procedimiento está detallado aquí. Según hemos descubierto en nuestra última misión, la transferencia de poder es bastante sencilla, el problema se presenta cuando el recipiente no es lo suficientemente fuerte.

La conversación despierta un recuerdo lejano en el fondo de mi mente. Me acerco más a la puerta, con el ceño fruncido.

–Eso no me preocupa –sentencia lord Malis. Luego lo escucho respirar profundo y exhalar despacio para controlar su temperamento–. ¿Tenemos todo lo necesario para completarla?

–Sí, milord.

–Excelente. ¿Cómo está nuestro invitado?

–No está feliz, sin duda, pero a estas alturas ha estado dentro de una celda durante poco más de un año. Así que sus circunstancias no han cambiado demasiado. –Cuervo duda antes de continuar–: Usaba una mordaza cuando lo sacamos, pero fue retirada durante el viaje.

Sus palabras disparan los latidos de mi corazón. Fui una tonta al pensar que él no notaría la ausencia de la mordaza, pero, claro, no es que estuviera pensando, solo actué.

Al tintineo de cristal lo sigue el de líquido en un vaso.

–¿Crees que alguien de la Bandada se la quitó? –pregunta lord Malis en un tono letal.

–Aún no lo sabemos. Si alguno de ellos lo hizo, probablemente fue para darle comida o agua para que no muriera en el camino. Pero puedo investigarlo.

–No te molestes. Pronto estará muerto, nadie puede sobrevivir sin su *theïkos*. Ni siquiera *él*.

–Por supuesto.

–Deja los documentos. Los llevaré a los Búhos por la mañana. Puedes irte.

–Como ordene, Águila.

Me alejo de la puerta con pasos ligeros hasta un nicho oscuro. Cuervo sale al pasillo un momento después, cierra la puerta tras él y se aleja. Presto atención a sus pasos hasta que desaparecen y solo escucho mi corazón acelerado, pero me adentro en las sombras del rincón y espero.

Lord Malis no tarda en aparecer, con una expresión satisfecha que me hace apretar los dientes y los puños.

Intento abrir la puerta, pero no me sorprende que esté cerrada. Me agacho, tomo una ganzúa de mi cartuchera y fuerzo la cerradura. En cuanto escucho el chasquido satisfactorio, me levanto y entro de inmediato. En el estudio, las velas apagadas despiden humo arremolinado y la única luz proviene del sol menguante que se cuela por las ventanas. Aquí en privado, me permito sonreír con satisfacción antes de dirigirme directo hacia la pila de pergaminos que no estaba en el escritorio durante el informe. Tal como esperaba, la arrogancia de lord Malis y creer que nadie se atrevería a entrar en su oficina lo han vuelto descuidado.

Levanto el primer papel para acercarlo a la ventana y, cuando la luz ilumina la superficie, mi corazón se detiene. La sonrisa se borra de mis labios y debo esforzarme por tomar aire.

En la página hay un dibujo de dos cuerpos tendidos lado a lado, con una serie de símbolos *goiteía* intrincados en cada uno de ellos. Puedo identificar los símbolos para drenar, transferir y absorber, pero la gran mayoría son desconocidos.

Sin embargo, no son los símbolos lo que me impacta, sino las palabras escritas sobre la página, con tinta derramada sobre el pergamino como un mal augurio.

Instrucciones para la transferencia de theïkos.

Dejo el papel sobre el escritorio para ojear los demás. El corazón me sube por la garganta con cada palabra y, en la última página, me detengo en la anotación marginal con letra afilada.

La transferencia de theïkos ha resultado ser una tarea compleja e infructífera. Solo puedo concluir que hay factores desconocidos que debemos descubrir respecto a la compatibilidad entre el recipiente y el theïkos que recibirá. Durante todos los intentos realizados hasta el momento, la tasa de mortalidad ha sido elevada, con un solo caso de transferencia exitosa. En todos los casos, cuando el theïkos fue extraído por completo del portador original, la muerte del recipiente fue inmediata.

Mientras observo las palabras, mi propia magia reprimida se tuerce dentro de mí.

La sola idea de pensar en robar el *theïkos* de alguien más es nefasta, pero no tengo dudas de que eso es justo lo que lord Malis planea hacer. Estoy segura de que desea robar la magia de Xan y usarla para sí mismo.

Mis pensamientos divagan hacia el hombre de cabello plateado, tanto que lo veo como si estuviera aquí frente a mí, con el collar y sujeto a los barrotes de una jaula. Llevo los dedos hacia la cicatriz en mi garganta y me estremezco ante el dolor fantasma. ¿Y si este era mi destino? ¿Y si Keres descubrió mi secreto de algún modo y decidió que quería robármelo? ¿Puedo permitir que le hagan eso a alguien más?

Con esos pensamientos frenéticos que dan vueltas por mi mente, recojo los pergaminos con cuidado y me aseguro de que estén tal como los he encontrado.

Ahora estoy segura de una cosa.

Si quiero salvarlo, necesito un plan, rápido.



TREINTA Y SIETE

Cuando llego a mi habitación, mi mente no se ha tranquilizado, sigue dominada por un remolino de pensamientos y emociones en conflicto. Es como si hubiera una guerra dentro de mí, una batalla de ideas y ansiedad que me deja exhausta y confundida.

Después de cerrar la puerta con el talón, me apoyo contra ella, cierro los ojos y, con un suspiro, intento controlar el caos dentro de mí.

Lo que he descubierto…

Tal vez mi bisabuelo valoraba el conocimiento por encima de todo, por eso fundó el Aviario en primer lugar, pero es mejor que algunas cosas sigan siendo un misterio. Los documentos que he encontrado en el escritorio de lord Malis son de esa clase de cosas. Por un momento, me pregunto si debería haberlos quemado, pero un cosquilleo en la nuca borra ese pensamiento.

Abro los ojos, que se fijan de inmediato en la figura oscura apoyada en mi escritorio. El brillo suave de la luna por la ventana tiñe sus facciones de sombras, pero su mirada es como un hierro

caliente sobre la piel. Mi corazón se detiene un instante antes de dispararse a un ritmo descontrolado.

–Cuervo… –Mi voz se apaga mientras busco las palabras correctas. La culpa se abre paso bajo mi piel al repasar las últimas semanas. Él tenía razón al decir que lo estaba alejando. Incluso ahora, no me muevo de mi lugar contra la puerta. Pero no es la culpa lo que me mantiene aquí, sino el hecho de que, aunque quisiera confiarle todas las cosas que acechan mi mente, no podría hacerlo.

«El Aviario siempre será su primer amor».

–Tenemos que hablar, Estornino. –El calor de su voz me envuelve con suavidad, pero el contenido de sus palabras tensa mis hombros.

–¿De qué tenemos que hablar? –pregunto al pasar, aunque la intranquilidad toma mis extremidades por asalto. Me despego de la puerta y pienso en quitarme la túnica, pero dudo al recordar la cicatriz plateada en mi cuello. Sin embargo, maldigo por lo bajo y la arrojo sobre el sofá en la esquina de la habitación, con lo que le doy la espalda a Cuervo en el proceso.

–Tal vez de lo que sucedió después de que te dejara en ese maldito lugar –ruge.

–Sabes lo que sucedió. –Sentada en el sofá, finjo extrema concentración en la tarea de sacarme las botas–. Miná habló de ello en el informe.

–Si te ocurrió algo más, yo…

No dejo que termine, porque la tensión que ha estado creciendo dentro de mí llega al punto de quiebre y, antes de inhalar siquiera, estoy de pie frente a él.

–¿Qué harás, Cuervo? ¿Volverás allí? ¿Cobrarás venganza por mí? Deja de mentirme y de mentirte a ti mismo.

–Estor…

–¡Deja de llamarme así!

–Solo quiero ayudarte. –A pesar de la luz tenue, noto cómo palidece y amplía los ojos–. No soporto verte así.

–¿No soportas verme así? –Una risa entrecortada escapa de las profundidades fragmentadas de mi alma–. Yo no soporto *estar* así. –Tenía la intención de sonar dura, pero mis palabras suenan rotas, interrumpidas por las lágrimas que caen libres.

–Tal vez hablar de eso te ayude…

–¿Y si te dijera que no lo sé?

–¿A qué te refieres?

–No sé lo que pasó. –Las palabras comienzan a brotar de las grietas de mi corazón y sacuden todo mi cuerpo–. No sé cuánto tiempo me tuvo cautiva, encadenada y con ese collar. No sé cuántos minutos, horas o días pasaron. No sé qué le dije, qué secretos o verdades escaparon de mis labios después de que me obligara a tragar ese veneno. No sé si me violó o si el miedo, el veneno y el dolor alteraron tanto mi mente que ya estaba rota a esas alturas. No sé qué fue real y qué no. Así que no, no puedo decirte qué pasó.

Él observa con impotencia cómo suelto los lazos de mi blusa y me desnudo para él, aunque sea como desollarme viva.

–Lo que sí puedo decirte es cómo un collar con el *goiteía* correcto quema la carne hasta la garganta, hasta que respirar se vuelve doloroso. Puedo decirte qué partes del muslo son las más sensibles al corte de un cuchillo. Puedo decirte qué pensamientos pasan por tu mente cuando crees estar a punto de morir. Pero no *quiero* decirte eso.

Mis cicatrices expuestas brillan bajo la luz plateada de la luna, y la nuez de Cuervo sube y baja mientras él registra cada una de ellas. Cuando me mira a los ojos, la angustia en los suyos podría romper mi corazón otra vez si quedara algo sustancial en él.

–¿Y qué es lo que quieres, Aella? –Su voz áspera roza cada parte irritada y destruida de mi cuerpo y me hace estremecer.

–Quiero olvidar. Quiero sentirme *viva*.

Él está sobre mí apenas termino de responder. Un encuentro de dientes y lenguas. Lo atraigo hacia mí mientras sus manos me presionan tanto como para dejar marcas, me levanta y me carga a la cama. En un abrir y cerrar de ojos, se despoja de la ropa para caer sobre mí, en un caos de besos hambrientos y embestidas salvajes.

No es un acto de amor y ternura.

Es desesperado, caótico y salvaje.

Quiero vivir en este momento y solo *sentir*, pero, por mucho que desee dejarme llevar, estoy atrapada en el fuego cruzado de mis propios pensamientos. Se aferran a mi mente como las garras de bestias salvajes e intentan arrastrarme de vuelta a la realidad.

Una vez que ambos llegamos al éxtasis, nos dejamos caer sobre la cama, con respiraciones agitadas y cuerpos temblorosos.

Mientras observo el dosel sobre mí, atenta a la forma en la que la respiración de Cuervo se profundiza, un deseo intenso se apodera de mí. Una sensación persistente en mi interior me hace anhelar los pequeños viales de somnisemillas perdidos al otro lado del mar, así que resoplo, giro y, con el rostro en la almohada suave, me insto a perderme en el olvido.

Sin embargo, cuando el sueño por fin me alcanza, me atormenta con decisiones imposibles y ojos en llamas.



Toc, toc, toc.

Resoplo, giro para hundirme más en las sábanas y entierro el rostro en la almohada, pero el movimiento despierta una variedad de dolores a lo largo de mi cuerpo, junto con el recuerdo de Cuervo. Una sonrisa comienza a aflorar, pero luego la totalidad de los acontecimientos de ayer revive en mi mente, aplasta todo lo demás, y la sonrisa se convierte en una mueca amarga como la bilis en mi garganta.

Cuando me levanto sobre los codos para observar el otro lado de la cama, mi corazón se rompe al encontrarlo vacío y aún más al sentir las sábanas frías al tacto.

Surgen demasiadas emociones dentro de mí, demasiadas para identificarlas, acompañadas por una oleada de furia que amenaza con ahogarme. Me dejo caer en el colchón para apagar un grito angustiado, aunque no impide que eso desgarre mi garganta.

Toc, toc, toc.

Mi cuerpo se aquieta cuando el ruido que me ha despertado vuelve a sonar, ahora más fuerte e insistente.

–¡Tizne! –jadeo al levantarme en una maraña de sábanas, sin preocuparme por estar desnuda al lanzarme hacia la ventana.

Mi amigo emplumado chilla antes de entrar con sus alas teñidas de hollín, y mis ojos se llenan de lágrimas al verlo revolotear por la habitación hasta descansar sobre el escritorio. Entonces, caigo de rodillas, con el corazón a punto de explotar ante la imagen familiar de él sobre la superficie rayada.

–Te he echado tanto de menos –jadeo al extender la mano para acariciarlo. Sin embargo, en lugar de sentir sus plumas sedosas, grito por un dolor agudo en los dedos y observo desconcertada la sangre que brota tras el picotazo de Tizne. Él me mira, con la mirada acusatoria–. ¿Estás enfadado conmigo?

Él agita las alas con indignación, con lo que su cuerpo esbelto se hincha, y luego gira la cabeza. La sorpresa me deja boquiabierta, pero me apresuro a cerrarla por si eso lo altera más. En cambio, acuno la mano herida contra el pecho y me acerco más.

–Lo siento, tenía que irme, no tenía elección.

Como sigue ignorándome, cojo el frasco de pescado seco del escritorio y dejo una pila generosa frente a él. Es una ofrenda de paz que sé que mi amigo glotón no podrá rechazar. Contengo la sonrisa cuando mira la pila con la cabeza ladeada.

–Hagamos un trato: a partir de ahora, no iré a ningún sitio sin decírtelo primero. ¿Te parece justo?

Su mirada penetrante se fija en mi rostro, como si de verdad estuviera considerando mis palabras. Después de un momento, suelta un chillido agudo y extiende una pata hacia mí.

Me quedo sin aliento al ver el pequeño rollo de papel en ella.

Mientras Tizne se lanza sobre la pila de pescado, libero y extiendo el papel con cuidado. Al ver la caligrafía arremolinada familiar me invade el alivio y las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos.

Jardines del este. Doce treinta.

Kal.

Ansiaba verlo otra vez y, por fortuna, ya no tendré que esperar.

A juzgar por el ángulo de las sombras que veo a través de la ventana abierta, aún es temprano, y debo tener algunas horas antes del mediodía.

El tiempo suficiente para poner mis planes en marcha.

Revuelvo el cajón del escritorio en busca de un formón afilado y busco un joyero pequeño de la estantería. Sentada en la cama, saco un pendiente de oro sencillo del joyero, cierro los ojos y me enfoco en el brillo cálido dentro de mi pecho, la magia del alma que los Anemoi le obsequiaron a todos los tycheroi para que pudieran tallar *goiteía*.

La magia que mi madre me legó.

Siempre la imaginé como una madeja de hilo dorado, que se extiende y se reduce poco a poco cuanto más la usas. En mi mente, extiendo unos dedos espectrales para coger la punta de la madeja.

Y, por primera vez en años, tallo un símbolo.



TREINTA Y OCHO

A pesar del colgante con *goiteía* de ocultamiento en mi cuello, aguardo en la escalera de los calabozos, aferrada a la sombra donde no llega la luz de la antecámara.

Es la primera vez que bajo aquí en todos los años que llevo en la orden. Los calabozos están fuera de los límites para los Polluelos y fui enviada a Eretria en cuanto recibí mi Bautizo. E incluso de no haber sido así, estoy segura de que hubiera evitado bajar aquí todo lo posible.

Los calabozos están por debajo del Aviario, con la entrada a través de un pasillo desde las cocinas. Siempre me ha perturbado pensar en que alguien encontró sentido a construir un espacio tan desolado debajo del lugar más reconfortante de todos.

Aquí abajo la atmósfera es fría, húmeda y pesada. Con el paso de los años, ha empezado a filtrarse salitre del océano por las paredes y se ven algunos rincones que empezaron a desmoronarse y fueron reparados. El aire se siente cargado de miseria y desesperación y, a pesar de las Aves Nocturnas que conversan en la sala, hay un silencio escalofriante que presiona mi mente.

Doy un paso hacia la habitación, pero me estremezco cuando la gravilla cruje bajo mis pies y miro a los cuatro guardias sentados alrededor de la mesa desvencijada, bromeando como si no tuvieran una sola preocupación en el mundo. Como si no estuvieran custodiando a un hombre que está a punto de perder la vida.

Con disgusto, miro más allá de ellos, hacia la Nocturna estoica apostada junto a la puerta de madera que imagino que conduce hacia las celdas.

Miná.

Contengo el suspiro de alivio que intenta escapar cuando ella no me mira, sino que resopla y niega con la cabeza hacia los otros guardias. Luego saca un manojo de llaves de su bolsillo e inserta una en la puerta detrás de ella. Murmura mientras atraviesa la puerta, y yo suspiro por lo bajo cuando la deja entornada.

Esforzándome por mantener mi cuerpo relajado y con pasos lo más cuidadosos posibles, sigo a Miná sin dejar de mirar a los guardias hasta atravesar la puerta. Al otro lado, entorno los ojos para observar el sombrío pasillo: hay celdas vacías a ambos lados, con las puertas abiertas como fauces de bestias esperando por sus víctimas.

Al escuchar el chasquido de la puerta al cerrarse, me doy la vuelta y veo a Miná recorrer el espacio con sus ojos oscuros. Y, aunque sé que no puede verme, permanezco tan quieta como si mi cuerpo estuviera tallado en mármol, uno en el que el único movimiento presente es el de mi corazón agitado como ave que intenta liberarse de la jaula de mi pecho.

–Tienes cinco segundos para mostrarte, Estornino –dice Miná, con lo que destruye todas mis esperanzas–. Uno…

La observo con el ceño fruncido, analizo su nube de rizos oscuros y la cicatriz familiar que siempre palidece un poco cuando sonríe.

–Dos…

¿Tendré que… matarla?

La idea me espanta, así que la aparto con la misma violencia con la que ha aparecido en mi mente.

–Tres…

Tal vez podría pensar con más claridad si me diera un momen…

–Cuatro…

–Ay, ya para con la maldita cuenta –siseo y me saco el colgante por encima de la cabeza. La sensación de hormigas caminando por la piel confirma que soy visible otra vez, así que le lanzo una mirada a Miná que ahora puede ver–. ¿Cómo lo has sabido?

Ella se cruza de brazos y levanta una ceja, impávida.

–De camino a Puerto Serre, ¿en verdad creíste que tardaría tanto tiempo en revisar el área y volver al campamento?

–¿Me viste?

–Sí.

En lugar del temor que esperaba, es una nueva emoción la que cobra vida. El palpitar vacilante de algo más peligroso.

Esperanza.

–¿Y no dijiste nada? –pregunto, esforzándome por mantener la voz estable, por no dejar que ese sentimiento incipiente se filtre en mi tono y me delate.

–Por supuesto que no.

–¿Por qué?

Ella se encoge de hombros con sutileza, un gesto que logra ser letal y elegante a la vez.

–Tal vez no eres la única que no está del todo cómoda con los planes del Águila.

–Entonces ayúdame a detenerlo –suplico, con un paso cuidadoso hacia ella–. Por favor, Melantha.

–Así que ahora recurriremos a los verdaderos nombres –replica con sequedad y sus ojos destellan con la luz tenue–. ¿Debería llamarte Aella? ¿O Su Alteza?

Lo sabe.

La revelación me arrolla como una ola, fría y repentina, y me deja sin aliento. De repente, el suelo bajo mis pies parece menos estable y el aire se siente cargado con una energía diferente. Hasta ahora me había envuelto en un manto de anonimato, convencida de que eso me protegía de ser reconocida y del pasado del que me exiliaron. Sin embargo, ella está aquí, indiferente, al parecer, usando mi verdadero nombre como de pasada. Como un arma que ha decidido mantener enfundada. Por ahora.

–¿Cuándo lo descubriste? –pregunto por fin, a través de la garganta cerrada.

–Hubo señales. –Miná se ríe y acaricia sus rizos oscuros–. Tantas que me siento tonta por no haber atado cabos antes. Tu color de cabello nunca te sentó del todo bien. Manejas la vida en la corte y la etiqueta mejor que cualquier Cantora recién salida del nido. Y luego vi tu *theïkos* y escuché a Gorrión llamarte Aella después del ataque y todo encajó.

Ella se queda en silencio, y busco qué decir. Pero la revelación me ha dejado sin palabras. En cambio, las dos permanecemos en silencio, mirándonos a los ojos con cautela, a la espera del próximo movimiento en este punto muerto.

–¿El Águila tiene idea de que lo sabes? –pregunta ella finalmente, y suspiro aliviada, un sonido demasiado extraño para un lugar como este.

–No, y espero que no lo descubra –respondo despacio.

Miná maldice por lo bajo, comienza a caminar de un lado a otro con los hombros tensos y a pasarse las manos por el cabello otra vez. Cuando se detiene y vuelve a mirarme, percibo la batalla en las profundidades de sus ojos, que poco a poco se convierte en resolución.

–Esto es peligroso, Aella.

–No, Miná. Esto está mal –respondo con firmeza, aferrada a su inseguridad y sin prestar atención a cómo mi corazón se agita al escuchar mi nombre–. Lo sabes tan bien como yo. No puedo sentarme a mirar cómo lord Malis sigue adelante con sus planes. Y después del tiempo que hemos pasado juntas en Eretria, creo que tú tampoco.

Miná cierra los ojos, respira hondo. Cuando vuelve a abrirlos, son más brillantes y decididos que antes.

–Si permito esto, si te ayudo, será a mi modo.

Siento una oleada de alivio y no me esfuerzo por contener la sonrisa.

–Puedo con eso.



–Me estaba preguntando si volvería a ver tu rostro, pajarita.

Xan está desplomado contra la pared de ladrillos húmedos, con el cabello plateado hacia un lado, como si se hubiera estado pasando la mano en esa dirección sin parar.

–Ah, ¿sí? –pregunto en voz baja para que no resuene por el pasillo.

–Es agradable ver algo bonito antes de morir.

–Me halagas –sentencio antes de acercarme para analizar el *goiteía* tallado en los barrotes de hierro. Son símbolos básicos, más que nada para fortalecer el metal y provocar dolor a quien lo toque. Es casi ridículo lo poco custodiado que está Xan, en especial para alguien que planea traicionar a la orden desde dentro.

Otro ejemplo de la arrogancia desmedida del Águila.

El movimiento dentro de la celda atrae mi atención, y me tomo un instante para analizar a Xan con más detenimiento: brota sangre fresca de media docena de cortes en su pecho y mancha su camisa rota. Aunque él desvía la mirada, llego a ver un corte sobre su ceja derecha, del que gotea sangre como una pintura grotesca. Aún usa el collar y los grilletes, pero al menos ya no tiene el peso de las cadenas, ahora que lo creen seguro detrás de las rejas.

–¿Qué te sucedió? –Es una pregunta vacía y rota, que me deja un sabor amargo en la boca. Y la risa con la que responde es de autodesprecio, un sonido que sienta como un cuchillo clavado en el pecho, a través de nervios y tejidos.

–Sería más fácil hacer una lista de todas las cosas que *no* me han sucedido.

Desenvaino mi daga y recorro la hoja con cuidado con el pulgar. Eso atrae su atención y se enfoca en el arma.

–¿Dónde conseguiste eso?

Frunzo el ceño al recordar su interés la primera vez que desenvainé la daga para retirar su mordaza. En un primer momento, pensé que era simple interés en un arma, pero quizás haya algo más, así que muevo la daga y observo como la sigue con la mirada.

–Intercambiaré mi canto por el tuyo.

–Típico de las aves –protesta antes de dejarse caer contra la pared.

–No he sobrevivido entregando mis secretos a cambio de nada.

Xan inclina la cabeza para evaluarme y, despacio, se levanta del suelo para acercarse a la reja.

–Y yo no he sobrevivido hasta ahora confiando en palabras ponzoñosas que salen de labios bonitos.

–¿De eso crees que se trata? ¿De una rutina de captor malo y captor bueno? No he venido aquí para espiarte, he venido para ayudar.

–¿Y por qué querrías ayudar?

–Porque sí. –Me encojo de hombros como si no fuera gran cosa y me esfuerzo por no llevar la mano a la garganta movida por el recuerdo del collar que quemaba mi piel.

Los ojos plateados de Xan titilan bajo la luz suave y sus labios se curvan, con lo que revelan las puntas afiladas de sus colmillos. Me aclaro la garganta y desvío la mirada.

–Entonces, ¿me lo permitirás?

–¿Qué?

–Ayudarte.

Nos miramos uno al otro en silencio, hasta que una gota de sangre cae lentamente desde su frente hasta su mejilla y me hace

estremecer. Cuando él por fin abre la boca para responder, una conmoción en el pasillo lo interrumpe.

–Cuidado con lo que haces, Nocturna –exclama la voz gélida de lord Malis a lo lejos.

–Mis disculpas, Águila –responde Miná en voz alta para que resuene por la habitación. Lo tomo como la advertencia que es, miro al hombre enjaulado y corro a esconderme en las sombras de la celda vecina. Luego paso el colgante de ocultamiento sobre mi cabeza y controlo la respiración agitada con el brazo, mientras espero en silencio agónico a que los pasos se detengan a corta distancia.

–Lyxander –dice el Águila con desprecio–, los poderosos han caído.

–Amon. –El nombre es un rugido que resuena por el lugar, con una animosidad intensa que me provoca escalofríos y eriza todo el vello de mi cuerpo–. Debí imaginar que tú estabas detrás de esto. Las pestes suelen ser muy resistentes frente a la muerte.

La familiaridad de su intercambio roba mi atención. Ellos se conocen, y no solo eso, sino que hay una historia desagradable entre ellos que destila bajo las palabras amargas y barbas prominentes.

–Deberías darme las gracias. Mi Bandada te rescató, después de todo.

–Por supuesto, agradezco mucho que me sacaran de una celda para meterme en otra.

–Tranquilo, no sufrirás mucho más. Los dos sabemos que conozco la razón por la que Keres te tenía prisionero, lo que intentaba hacer

en las profundidades de las montañas. Ya tengo a un equipo trabajando en el plan y pronto ese poder será mío.

Xan suelta una risotada, rota y áspera que por poco me hace jadear.

–¿Crees que serás capaz de sobrevivir? Te quemará vivo desde el interior hacia afuera, tal como hace con cada uno de sus recipientes.

–Yo saldré airoso donde el tonto príncipe fracasó.

Con esa declaración final, los pasos de lord Malis se alejan, pero contengo la respiración de todas formas.

–¿Qué quieres? –escupe Xan.

–Asegúrate de que reciba agua y comida, Miná. –La voz de Cuervo cae como una cubeta de agua helada sobre mi cabeza, corre por mi espalda y me hace temblar. Me clavo las uñas en los brazos, pero el dolor apenas logra distraerme del ardor de mis pulmones.

–Le pediré a María que prepare algo –responde Miná, en un tono soso, pero despreocupado. De todas formas, sé que debe estar al borde del pánico, igual que yo.

Si Cuervo me descubre aquí…

No me permito terminar ese pensamiento, sino que me concentro en controlar la respiración mientras sus pasos se alejan por el corredor. Permanezco en mi escondite, congelada en las sombras, hasta que la puerta se cierra en la distancia, e incluso entonces espero un poco más. Una vez segura de que no volverán, salgo de mi escondite, saco el colgante sobre mi cuello y espío entre los barrotes de la celda de Xan. Él camina de un lado al otro por el espacio reducido, hasta que se detiene de repente y enfoca sus ojos plateados y llenos de furia en mí.

–Muy bien, pajarita. Si logras sacarme de aquí, supongo que puedo seguir con ese plan que dices.

Me quedo congelada al oír el chirrido de la puerta del pasillo, pero me relajo un poco al ver que se trata de Miná.

–Afuera –grita en un susurro–. *Ahora.*

Consciente de que se me ha acabado el tiempo, me doy la vuelta para irme, pero me detengo a mirar a Xan, quiero ofrecerle una rama de olivo. Una pequeña ofrenda para que confiemos uno en el otro.

–La daga perteneció a mi madre.

Una expresión extraña atraviesa su rostro, pero no tengo tiempo para analizarlo cuando Miná me arrastra fuera de allí.



Me escabullo por las sombras de Santora, escondida en callejones y esquivando desconocidos. Aún después de meses, las calles empedradas y las fachadas de piedra caliza me resultan demasiado familiares; este camino se ha grabado en mi mente detodas las veces que lo he recorrido.

Las casas blancas inmaculadas y los jardines pulcros de la isla real se desdibujan a mi alrededor mientras avanzo deprisa hacia el Palacio de Los Tormentos. No sé cuál es mi situación ahora que he vuelto de la misión, dado que no se suponía que regresara. ¿Aún soy la princesa Aella Sotiría o me han despojado de mi título otra vez? Estoy segura de que el Águila y sus Búhos están esforzándose por

inventar una historia creíble para explicar el caos que ha creado esta misión.

Grabé un nuevo pendiente de *goiteía* junto con el colgante de ocultamiento, pero el tinte oscuro en mi cabello ya no es como antes. Ya no lo siento como si estuviera ocultando mi identidad, sino como un intento de esconderme de mí misma.

De todo lo que ha pasado.

Sacudo la cabeza para despejar mis pensamientos al divisar la portería del este y luego me agacho para esconderme detrás del árbol de albaricoque a esperar el cambio de guardia.

–¿Qué estamos haciendo? –susurra una voz en mi oído.

–¡Mierda! –suelto antes de poder contenerme y me hago más pequeña cuando los guardias se giran hacia mí. Chasqueo la lengua, y Tizne sale volando hacia el palacio. Estaba esperándome en mi habitación cuando volví de los calabozos, y agradezco que esté para cuidarme las espaldas, aunque haga un pésimo trabajo.

Con el corazón en la garganta, espío a los guardias entre las ramas y suspiro aliviada, se han relajado al ver el ave. Con el ceño fruncido, giro para fulminar con la mirada a mi sombra. Un par de ojos color avellana me devuelven la mirada.

–¿Qué haces, Nyssa? –siseo.

–Te sigo, obvio. –Se encoge de hombros como si nada y me mira expectante.

Me muerdo el labio con fuerza para no soltarle la serie de improperios que amenazan con escapar. Cierro los ojos, respiro hondo y vuelvo a abrirlos cuando mi corazón por fin recupera un ritmo normal.

–Casi me matas del susto.

–Lo sé –responde con una sonrisa–. Pero volvamos a mi pregunta, ¿nos escabulliremos en el palacio?

–Yo me escabulliré en el palacio. Tú te darás la vuelta y volverás al Aviario.

Su expresión se vuelve contemplativa y, por un momento, creo que hará lo que digo, pero es obvio que no conozco a mi amiga en absoluto. Ella niega con la cabeza, con lo que sacude sus rizos castaños.

–Creo que iré contigo.

–No puedes venir conmigo, Nyssa. Si te atrapan, acabarás encadenada a la pared de una celda.

Me estremezco ante mis propias palabras, lista para que despierten los recuerdos que encerré dentro de una caja, pero las palabras de Nyssa me sorprenden lo suficiente para controlarlas.

–Suena erótico.

Resoplo irritada y presiono mi nariz, mientras que ella me observa de cerca con los ojos brillantes, aunque opacados por preocupación y resolución.

–De acuerdo. Mantente cerca.

Cuando me asomo detrás del árbol otra vez, la guardia ya ha cambiado. La pareja anterior fue reemplazada por el hombre de himatión azul cerúleo e insignia real de la última vez que me colé en el palacio.

–Vamos. –Apenas termino de hablar comienzo a andar hacia la entrada, con Nyssa pisándome los talones. Saludo al guardia con la cabeza al pasar por la portería, sin prestar demasiada atención al palacio, pero Nyssa jadea a mi lado ante la vista. Me abro paso por los caminos pavimentados, a través de los jardines esculpidos, más

rápido a medida que nos acercamos a la estatua verde del rey Cadmo.

De repente, una figura que sale de las sombras me corta la respiración e interrumpe mis pasos; los rizos castaños oscuros y los ojos color ocre son como volver a casa. Los reconocería donde fuera, los conozco mejor que a mi propio reflejo.

–El. –La voz de Kal suena aliviada y me impulsa a moverme. Me lanzo a sus brazos, que me atrapan con facilidad en un abrazo tan fuerte como para romperme las costillas. No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, pero alguien se aclara la garganta detrás de nosotros, así que me libero para girarme hacia Nyssa.

–¿Nos presentarás o…? –deja la pregunta abierta y levanta una ceja.

–Nyssa, él es mi hermano Kal. Kal, ella es mi amiga Nyssa.

–Es un placer conocerle, príncipe.

Con una mezcla entre confusión y diversión, la veo inclinarse en una reverencia burlona.

–¿Eres una de ellos? –Kal la observa con una mirada fulminante.

–Tendrás que ser más específico, ¿si soy qué? –responde Nyssa con una sonrisa cohibida.

–Una Cantora –escupe mi hermano.

–Kal, ¿no has oído la parte en la que te he dicho que era una amiga? –Me interpongo entre los dos, con las manos en alto con esperanzas de aplacar parte de la hostilidad–. Y, Nyssa, compórtate.

–No puedo creer que hayas vuelto. La situación es mala, El –dice Kal en voz baja, tanto que creo que no planeaba decirlas en realidad. Sus ojos están atormentados, llenos de sombras que los vuelven casi negros–. Eretria ha enviado una demanda.

Sus palabras me hielan la sangre y mis pulmones hasta que es difícil respirar. Por supuesto que sé de qué se trata, Keres es demasiado orgulloso, arrogante y cruel para permitir que nuestras acciones no tengan consecuencias.

–¿Qué quieres decir? –pregunto de todas formas.

–Han exigido la devolución de su propiedad –duda antes de continuar–, y de la futura novia de su príncipe.

Mi visión se nubla por el pánico que amenaza con consumirme, mi respiración se acelera a cada segundo, el mundo se desdibuja y…

–Respira –susurra Kal a través del pánico que empaña mi mente. Respiro hondo y mi mente se aclara de forma abrupta al ver las miradas preocupadas de las dos personas que tengo frente a mí–. Puedes hablar con nosotros. No tienes que cargar con esto sola –dice con suavidad.

Al mirarlos, las dos personas en las que más confío y a las que amo más que a mi propia vida, una sensación de tranquilidad me recorre y libera el pánico de mi interior.

Así que hablo con ellos.

Se lo cuento todo.

Y luego planificamos.



TREINTA Y NUEVE

–Puede que no te vea, pero siento la tensión que emanas.

Resoplo mientras sigo a Miná por la escalera curva hacia los calabozos del Aviario, donde vuelvo a arrugar la nariz por el hedor a cobre y a tierra húmeda.

–Cíñete al plan –murmura, llevando con cuidado la bandeja de comida al doblar la última esquina hacia la antecámara.

Casi gruño cuando uno de los Nocturnos —Cardenal, creo— se espabila al ver a Miná y se reclina en la silla y la balancea sobre las patas traseras con una sonrisa hostil. Lanza una daga al aire y la vuelve a atrapar.

–¿Qué haces aquí, Miná? –pregunta con desprecio, y los otros tres guardias sentados a la mesa se ríen por lo bajo.

–Estuve en la cocina y María me pidió que trajera esto. –Apunta al tazón de sobras y el trozo de pan rancio, que en nada se parecen a las comidas caseras que Mimi suele preparar–. Supongo que es para el prisionero.

Cardenal deja caer las patas de la silla con brusquedad y ojea la bandeja. Luego, con un quejido, saca el manojo de llaves de su

bolsillo y se lo arroja a Miná. Ella apenas llega a atraparlas antes de que caigan dentro del tazón de gachas.

–Llévalo tú, hoy no estoy de humor para lidiar con la escoria.

Miná presiona la mandíbula y mira a Cardenal con el ceño fruncido, pero lo ignora y se da la vuelta para dirigirse a la puerta de madera que lleva hacia las celdas. Sostiene la bandeja en una mano, abre la cerradura con la otra y, tras una mirada fugaz hacia mi ubicación aproximada, atraviesa la puerta y la cierra con firmeza tras ella.

Entonces suelto una exhalación temblorosa y me preparo. La siguiente parte del plan depende solo de mí.

Y no puedo fastidiarla.

Con la mandíbula tensa por la anticipación, me saco el anillo del dedo, y mi *theïkos* omnipresente bajo mi piel despierta en cuanto el metal deja de tocar mi piel. Agradezco que el aire aquí sea escaso y esté estancado. Aun así, mi visión se agudiza, el hedor amargo a sal y a moho cosquillea en mi garganta y la temperatura parece reducirse aún más. Controlo mi *theïkos* y llevo mi mente de vuelta a la noche en el claro.

Al miedo.

A la furia.

Una vez que el aire dormido comienza a enredarse en mis dedos, lo impulso hacia el frente, con los dientes apretados por el esfuerzo de mantener el control precario sobre él. Poco a poco siento cómo el aire se mueve hacia mí, como aumenta la velocidad conforme lo absorbo de los guardias en la mesa.

–¿Alguno ha sentido eso? –pregunta Cardenal, dudoso, y comienza a mirar alrededor de la cámara sombría, con el ceño

fruncido sobre sus ojos entusiastas. El ambiente cambia, cargado con una sensación de intranquilidad.

La pregunta permanece sin respuesta, su voz se apaga en un silencio tenso y los demás Nocturnos dejan de conversar. Todos miran a su alrededor, con expresiones de curiosidad teñida de inquietud.

Cardenal comienza a levantarse de su asiento, mi corazón se acelera, y mi *theïkos* responde al pánico de inmediato. Succiona el aire del espacio de forma tan repentina que provoca un jadeo comunitario. Los cuatro se tambalean como uno solo, con las manos en la garganta y los ojos desorbitados.

La falta de aire no tarda mucho en provocar consecuencias. Uno a uno, los hombres se desploman sobre el suelo frío de la cámara, inmóviles e inconscientes. En el momento de quietud siguiente, devuelvo el anillo a mi dedo y parpadeo ante la niebla repentina que empaña mi visión.

Luego, sin perder más tiempo, corro para arrodillarme junto al cuerpo inerte de Cardenal, acerco una mano a su boca y suspiro aliviada al comprobar que sigue respirando. Me apresuro a revisar que los demás sigan respirando antes de seguir a Miná hacia las celdas por el corredor estrecho.

Al llegar a la celda de Xan, encuentro a Miná todavía con el manojo de llaves en una mano y la bandeja de comida en la otra, observando al hombre con el ceño fruncido. Él permanece en el suelo, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Saco el colgante de ocultamiento sobre mi cabeza y me estremezco cuando la magia deja mi cuerpo al mismo tiempo que Xan abre los ojos.

–¿Has venido a darme la chapa otra vez? Creo que sería más doloroso que las visitas de tu chico, Cuervo. –Escupe el nombre como si fuera veneno.

–Cuervo no es mi nada. –Mi corazón se hace añicos con esas palabras, y debo ignorar la forma en que los ojos de Miná se disparan hacia mí–. Además, no he venido a darte la chapa, qué grosero. He venido a sacarte de aquí.

–¿Y cómo planeas hacerlo? Por si no lo notaste, estoy cubierto de metal y encerrado tras las rejas –argumenta, con las manos levantadas para mostrar los grilletes en sus muñecas.

Por suerte, aún no lo han encadenado a la pared.

–Si vas a ser tan obstinado, tal vez debería dejar que te pudras aquí –replico, mirándolo con furia entre los barrotes antes de señalar las llaves en manos de Miná–. Por si tú no lo has notado, tenemos la solución a tu pequeño problema.

Xan levanta una ceja sin demasiado interés y nos observa con escepticismo.

–Aunque esto me resulte fascinante, debo recordaros que tenemos poco tiempo –interviene Miná con sequedad.

–Claro. –Cojo aire para tranquilizarme–. Primero lo primero. Te sacaremos de esta celda y de las islas.

Extiendo la mano y Miná me entrega las llaves sin decir nada. Avanzo hacia la reja para abrir la cerradura, pero siseo de dolor al tomar un barrote con *goiteía* para empujar la puerta. De reojo, veo a Xan lanzarse hacia mí y mi estómago se desploma.

Mierda.

He cometido un error. Cuervo y lord Malis lo llamaron «arma», y un par de conversaciones breves no hacen que alguien deje de ser

un extraño, así que la verdad es que no tengo ni idea de lo peligroso que es.

Xan coge mi muñeca, la aleja del barrote y presiona los dientes mientras examina la piel inflamada en mi mano.

–Debiste dejar que yo la abriera.

–Guarda la caballerosidad para quien la necesite. –Alejo el brazo y pongo los ojos en blanco para fingir indiferencia, mientras intento respirar para acallar el pánico que ha acelerado mi corazón y ha despertado la magia en mi sangre.

Él se ríe, pero es un sonido bajo y crudo, más roto que divertido.

–Entonces, continúa con tu osado rescate, pajarita.

El sonido de vajilla rota desvía mi atención de él hacia Miná, quien nos mira expectante desde donde dejó caer la bandeja. El suelo está regado de cerámica rota y gachas.

–También tendrás que dejarme inconsciente a mí.

–Yo… –Mi corazón galopa dolorosamente dentro de mis costillas. Pensar en hacerle daño después de todo lo que ha hecho, de los riesgos que ha asumido…

–¿Me permites? –pregunta Xan al pasar junto a mí. Me retraigo ante el contacto, que revuelve los pensamientos en mi mente.

Miná se queda rígida, observándolo con un brillo letal en los ojos. Yo contengo la respiración mientras él se detiene frente a ella, como si esperara su aprobación. Los ojos oscuros de Miná se fijan en mí con una advertencia, luego inclina la cabeza.

Xan extiende una mano amplia y callosa para cogerla del cuello, ella inhala profundo y un jadeo repentino escapa de sus labios. Sus ojos se dan la vuelta y sucumbe ante la presión.

Corro hacia ella con los brazos extendidos para atraparla justo antes de que su cuerpo inerte caiga al suelo. Me levanto y giro hacia el hombre que se impone detrás de mí, pero, al acortar la distancia entre nosotros, capto los rastros más pequeños de tormento, los que escaparon de mis observaciones previas: sombras ominosas debajo de los ojos, la forma en que prefiere mostrar el lado izquierdo, y las múltiples cicatrices, evidencias de sufrimiento y resiliencia. Al verlos, la frustración que sentía se desvanece.

–Ten, ponte esto –le digo al entregarle el colgante que aún tengo en la mano–. Te hará invisible. Quédate detrás de mí.

Espero a que se ponga el collar y a que la magia haga efecto y lo haga desaparecer antes de guiarlo por el estrecho pasillo hasta la sala de guardias. Allí, suspiro al ver que los cuatro guardias siguen inconscientes.

–¿Obra tuya? –pregunta Xan, y su aliento en mi oído me hace estremecer.

–Están vivos. Pero querrás estar muy lejos cuando se despierten.

Subo las escaleras y, aunque no puedo verlo y sus pasos son tan ligeros como los míos, puedo sentir la presencia de Xan quemando mi espalda. Cuando giramos la esquina y la puerta aparece a la vista, extiendo una mano para indicarle que espere. Abro una rendija y, conteniendo la respiración, espío las esquinas oscuras que la luz de los faroles no alcanza a iluminar. Tras comprobar que no hay nadie acechando en las sombras, salgo al pasillo.

Cuando llegamos a la puerta de la cocina y acerco la mano para abrirla, la voz profunda de Cuervo suena al otro lado y me hiela la sangre.

–Mierda.

A ciegas, me doy la vuelta y cojo lo que creo que es el frente de la camisa de Xan, que desgarro un poco más al tirar de ella para arrastrarlo hacia la despensa más cercana. Una vez dentro, cierro la puerta en silencio y nos envuelvo en la oscuridad. Él es tan fornido que apenas hay lugar para los dos, tanto que nuestros cuerpos se rozan con cada inhalación agitada, por lo que me alejo y presiono la espalda contra los estantes de madera.

–¿Cómo va el plan? –susurra tan cerca que el calor de su aliento cosquillea en mi oreja. Frunzo el ceño a pesar de que no puede verme y decido no responder. En cambio, apoyo la oreja contra la puerta y me muerdo el labio al escuchar gritos lejanos y pasos apresurados.

–¡Mierda! –siseo frustrada, con las manos en el cabello–. Nos hemos dejado la puerta abierta.

–Entonces supongo que deberíamos correr.

–Mantente cerca.

Abandonamos el escondite para correr de regreso y, como temía, la puerta hacia los calabozos está abierta, por lo que me maldigo en silencio. Me detengo en la puerta de la cocina para escuchar, consciente de que otro movimiento en falso será una muerte segura para ambos. Al no escuchar más que silencio, abro la puerta.

–¡Por los dioses! –exclama María, con una mano en el pecho–. ¿Cuándo aprenderéis que mi cocina no es una vía pública, bribones?

–Lo siento, Mimi –digo, y le ofrezco una sonrisa despreocupada, contraria a lo que siento al tener una presencia invisible a mis espaldas y el peligro inminente de que Cuervo nos descubra–. Ny… *Gorrión* dijo que dejaría algunas cosas aquí para mí.

María se queja por lo bajo, pero apunta hacia la puerta, donde veo un bolso grande y pesado contra la pared. Tras recogerlo, abro la puerta y la sostengo el tiempo suficiente para asegurarme de que Xan ha salido.

–Te veré en la cena –digo sobre mi hombro. Luego, sin prestar atención a mi corazón descontrolado, cruzo la puerta y la cierro detrás de mí mientras estudio el callejón silencioso.

–¿Xan? –susurro.

Si se ha ido…

–No te preocupes, pajarita. Te dije que seguiría el plan –responde en un susurro ronco.

–No estaba *preocupada* –miento–. Salgamos de aquí.

Camino por pasajes oscuros, cambiando senderos populares por calles y puentes menos transitados. A la hora de llegar a Maricious, aún no nos hemos cruzado con nadie, pero sé que esta será la parte más difícil.

Como imaginaba, las calles están repletas de tycherois de todos los rincones de Los Tormentos, atraídos por la seducción y la diversión que la isla tiene para ofrecer. Y todos ellos se interponen entre nosotros y nuestro destino.

La Musa.

–¿Sigues conmigo, caballería?

–Sí –gruñe la voz incorpórea de Xan.

–Bien. –Sonrío con satisfacción al señalar la ubicación de La Musa, al final de la calle, en el mismo momento en que el grupo de tycheroi en la puerta estalla en una carcajada–. Tenemos que llegar allí.

–Esta parece la parte más débil del plan.

–Está funcionando hasta ahora.

–Debatible.

Pongo los ojos en blanco, me levanto de mi posición arrodillada y comienzo a caminar a paso casual, con una postura relajada y una sonrisa. Soy una más en busca de diversión. Pero, cuando nos acercamos al final de la fila, una sombra aparece desde el callejón, me coge del brazo y me lleva hacia la oscuridad.

Mi cuerpo reacciona sin pensarlo y, con el corazón acelerado, me libero de mi captor y me lanzo hacia él.

Pero Xan es más rápido.

El hombre es inmovilizado contra la pared por una fuerza invisible, que emite un rugido rabioso. Entonces, la luz revela el rostro de la sombra, y la tensión deja mi cuerpo en un solo suspiro.

–Kash, por el amor de Noto, ¿qué estás haciendo? –pregunto, y me acerco hacia donde Xan inmoviliza al ninfai promiscuo.

–Cariño –dice en tono seductor, aunque con algo de dificultad–, ¿puedes ponerle fin a… lo que sea que esté sucediendo aquí?

De repente, la situación me resulta entretenida, así que me cruzo de brazos y me acaricio el mentón para fingir que lo considero por un momento.

–Está bien, Xan, es un amigo.

Xan debe dudar, porque Kash permanece pegado a la pared un momento más. Luego se relaja, yergue la espalda y se frota la garganta mientras analiza el espacio a su alrededor. Al no encontrar nada, sus ojos de color agua se posan en mí, con un brillo entretenido.

–Suelo cobrar una suma generosa por esta clase de acción.

–Ponlo en mi cuenta –replico con los ojos en blanco.

–Como si tuvieras una. –Kash suspira con dramatismo antes de ponerse serio–. Alondra está aquí, te llevaré por atrás.

Accedo y lo sigo por el callejón, pero miro hacia atrás con una ceja en alto al sentir un cosquilleo en el cuello, que supongo que es por la tensión que brota de Xan.

Llegamos a la parte trasera del edificio al mismo tiempo que Calíope atraviesa la puerta, con una pila de ropa en las manos. Al igual que Kash, ella estudia el callejón y luego me cuestiona con la mirada.

–Colgante –digo con la mano extendida a modo de orden silenciosa.

En un instante, el colgante encantado cae sobre mi mano y Xan reaparece. En la oscuridad, sus ojos plateados brillan como si reflejaran la luz de la luna, su cabello emana un brillo suave a pesar de la capa de polvo y, gracias a los dioses, la intensidad de su piel debe estar apagada por su mal estado general.

–¿Puedes controlar eso? –pregunto.

–¿El qué? –responde con expresión confundida.

Con el ceño fruncido, señalo su figura, mientras por dentro intento comprenderlo. ¿De verdad alguien puede ser tan poderoso que sea visible en su exterior? ¿Aún limitado con un collar de anulación?

–Estás brillando.

Él baja la vista a sus manos, y luego ambos contemplamos cómo el brillo se va apagando.

–¿Mejor? –Sus ojos vuelven a los míos, ya sin el brillo anterior.

Me encojo de hombros y me giro hacia los demás con el ceño fruncido. Después de una mirada general, Calíope le entrega la ropa a Xan, quien comienza a despojarse de los harapos sin dudarlo.

Aparto la vista de inmediato hacia Calíope, y ella toma mi mano entre las suyas.

–Será mejor que no perdáis más tiempo. Tendréis más posibilidades de escapar si os dirigís a los muelles ahora mismo. Kash os llevará con un amigo mío que os espera. Él podrá llevaros al barco a salvo.

Cierta distancia en su voz me pone nerviosa.

–¿Has visto algo?

–Muchos caminos se extienden frente a ti, pero no sé cuál seguirás. Y, aunque lo supiera, es mejor no interferir con lo que el destino tiene planeado.

Me muerdo el labio y asiento con la cabeza, pues, por mucho que me inquieten sus palabras, mis opciones son limitadas. Tengo que terminar lo que empecé.

–Gracias, Calíope. Vendré a verte pronto.

–Buena suerte, mi dulce anémona. –Se despide con un último apretón a mi mano y una pequeña sonrisa–. Que el destino esté a tu favor.



El ferri al que Kash nos llevó nos deja en un muelle solitario en la isla más al este, Isola. Aquí las calles están en completo silencio y el único sonido en el aire es el del océano. Todos los edificios duermen con las ventanas a oscuras y la única luz proviene de la luna menguante y de las estrellas en el cielo.

Una sola embarcación se mece sobre el agua, amarrada a uno de los postes del muelle y recortada en el cielo que comienza a aclararse. No es un barco tan grande como *El Ruiseñor*, y tampoco veo un nombre en su casco; lo más probable es que pertenezca a un corsario y no a un mercader. Y, dado que está aquí para ayudar en mi misión de rescate, eso tiene mucho sentido.

Observo cómo la tripulación trabaja, casi sin hacer ruido que perturbe el silencio de la isla. Los tycheroi se mueven como en una danza coreografiada en perfecta armonía; sus acciones están tan ensayadas y memorizadas que no necesitan indicaciones.

Con un suspiro que parece salir de las profundidades de mi alma, finalmente aparto la mirada del barco para enfrentarme a Xan. Él ya estaba mirándome, con ojos plateados brillantes bajo la luz de la luna.

–Supongo que este es el adiós –digo con una leve sonrisa, sin prestar atención a cómo se cierra mi garganta ante la idea. No hay motivo racional para que sienta algo más que alivio al haberlo ayudado a escapar del destino que el Aviario tenía planeado para él. Sin embargo, algo similar a los celos amarga mi éxito.

–No creo que ahora por fin me digas tu nombre. ¿Debo decir siempre que una pajarita me salvo?

Sus palabras me hacen reír sin esperarlo.

–Ae… –Me aclaro la garganta porque, de pronto, me siento nerviosa–. Me llamo Aella.

La misma expresión que vi el otro día atraviesa el rostro de Xan por un instante.

–Gracias, Aella.

–No tienes por qué darme las gracias. Era lo correcto. Lo único que podía hacer.

–Estoy seguro de que no hubiera sobrevivido otro día sin ti.

Sus palabras hacen que mis mejillas se sonrojen de orgullo y, a pesar de la oscuridad, agacho la vista para ocultarlo. Percibo la mirada intensa de Xan sobre mí, como si pudiera ver mis pensamientos con la claridad de una obra de teatro. Da un paso hacia mí, hasta que nuestros cuerpos casi se tocan, y apoya una mano en mi hombro. Me congelo cuando desliza el pulgar por mi garganta, llega al mentón y hace que levante el rostro hacia él. Su tacto despierta una sensación extraña en mi cuerpo, como seda bajo mi piel, y mil descargas de energía impactan en mis terminales nerviosas.

–Y lo lamento de verdad.

Frunzo el ceño, confundida y preocupada. Pero, cuando abro la boca para preguntar qué lamenta, una punzada aguda en la base del cuello se lleva mis palabras junto con mi respiración.

Mi visión se ensombrece y lucho con todas mis fuerzas para mantenerme consciente.

Pero es una batalla perdida.

Tengo la vaga sensación de que alguien me sujeta cuando mi cuerpo se desmorona, y percibo palabras susurradas en mi oído.

Y luego las sombras se cierran sobre mí, la oscuridad me abraza como un amante reencontrado, y esas últimas palabras me siguen hacia el olvido.

–Algún día me perdonarás.


CANTO DE TORMENTOS



AGRADECIMIENTOS

Para ser honesta, no sé muy bien por donde comenzar con los agradecimientos. Este libro no sería realidad sin el aliento de un universo de personas que me han apoyado sin medida.

Mi gratitud eterna a:

Mi compañero, Terence, por ser la calma durante las tormentas. Por aguantar las noches de desvelo, las conversaciones unilaterales y el ruido interminable de mi teclado y por no ver los programas de televisión que acordamos ver juntos hasta que yo tuviera tiempo.

Mi hermana, Shaynee, y mi hermano, Sheldon, por creer en mí desde el principio. Mis padres, Kim y Hermann, quienes me enseñaron que puedo lograr todo lo que me proponga. Y a toda mi familia, que ha apoyado mis sueños, sin importar lo poco convencionales que parecieran. Vosotros habéis hecho que escribir y publicar este libro fuera posible.

Mi equipo editorial: Claire Bradshow, Emma Hatton y Rae Moody. Sin vosotras, Canto de Tormentos no se hubiera convertido en el libro que es hoy. Gracias por vuestros consejos, vuestra guía amable (excepto a ti, Rae) y vuestro entusiasmo con esta historia.

Mi increíble ilustradora y diseñadora de portada, Catrina Barquista. Estoy encantada de haberte encontrado. Elegir una portada fue más difícil que escribir el libro, y los meses hasta que me crucé con tu

arte fueron estresantes, cuanto menos. Las palabras no bastan para expresar mi gratitud.

Gracias a la ilustradora de mi mapa, Virginia Allyn. Siempre supe que serías tú. Hubiera esperado una eternidad para que tú dibujaras el mapa de Los Empyrieos, y agradezco muchísimo que hayas reservado el tiempo para hacerlo.

Gracias a Char, Jacqui, Jenna, Sarah y Tayah por tener el valor de adentrarse en el mundo que creé. Cara, Jaz, Jess y Mali, gracias por el apoyo constante y por el aliento infinito. Y gracias a todo mi equipo de difusión, que ha estado detrás de la promoción de este libro.

Y, por último, porque eres la razón para hacer esto, gracias a ti, mi querido lector. Gracias por darle una oportunidad a lo desconocido. Gracias por unirte a Aella en este viaje. Gracias por acompañarla hasta las últimas páginas. Nunca me cansaré de darte las gracias.

Índice

Aviso de contenido sensible
Pronunciación
Glosario
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince

Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Agradecimientos

Título original: *Songbird of the Sorrows*
Traducción del inglés: María Laura Saccardo
Diseño de cubierta: Catrina Barquist
Mapa e ilustraciones interiores: Virginia Allyn
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: febrero de 2026

© 2024, Braidee Otto
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-90-4

EUROPA

Seguinos

VReuropa



Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire

9788412214840

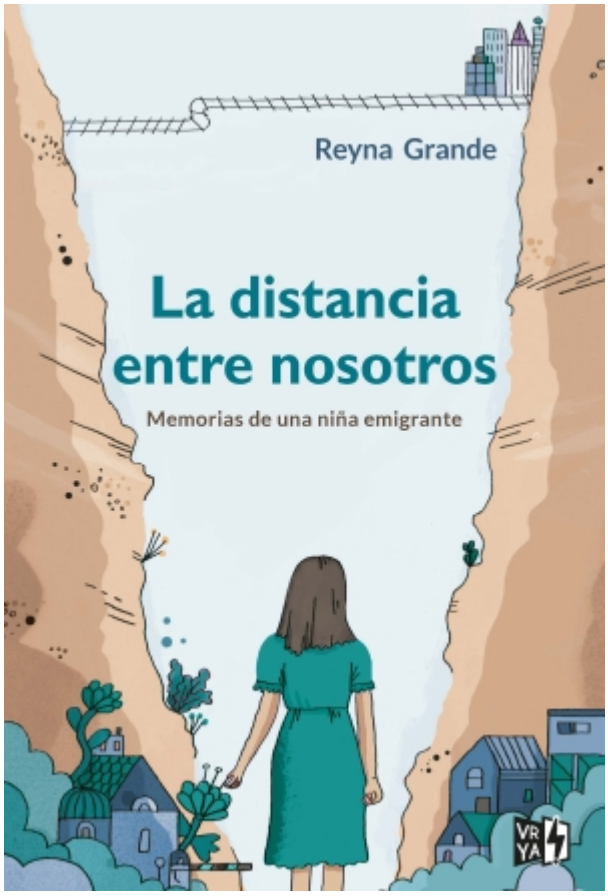
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No dejes entrar al bosque

DREWS, CG

9791387601591
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Andrew Perrault siempre ha encontrado refugio en los cuentos de hadas oscuros que escribe para Thomas Rye: el chico de las manos manchadas de tinta y el cabello color hojas de otoño. Pero algo ha cambiado. Desde que regresaron a la Academia Wickwood, su

hermana gemela lo evita y Thomas ya no es el mismo. Los padres de su amigo han desaparecido. Su ropa aparece manchada de sangre. Ha dejado de dibujar las ilustraciones macabras que solían dar vida a las historias de Andrew. Y, lo peor, algo parece acecharlo desde las sombras. Una noche, Andrew decide seguirlo hasta el bosque y presencia lo imposible: Thomas lucha contra un monstruo que él mismo ha dibujado. Criaturas que no deberían existir, pero que ahora matan a todos los que se acercan a él. Para sobrevivir, los dos deben enfrentarse a las pesadillas, noche tras noche. Pero cuanto más estrecha se vuelve su obsesión mutua, más fuertes se hacen los monstruos. Y Andrew empieza a temer que la única manera de detenerlos sea destruir a su creador… su mejor amigo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Braidee Otto
Portada
Dedicatoria
Aviso de contenido sensible
Pronunciación
Glosario
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho

Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Agradecimientos
Índice
Créditos